



SUEÑAN LAS PIEDRAS

Alzamiento ocurrido en la ciudad de México,
14, 15 y 16 de septiembre, 1847

TESIS PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN HISTORIA QUE PRESEN-
TA LUIS FERNANDO GRANADOS SALINAS,
TAL COMO LO ESTABLECE EL PLAN DE
ESTUDIOS APROBADO POR EL II. CON-
SEJO TÉCNICO DE LA FACULTAD DE FILO-
SOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD
NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MÉXICO
MIM

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

275297



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

PAS IN ACCION

DISCONTINUA

SUEÑAN LAS PIEDRAS



Era una laja rectangular, enorme, una barbaridad de mármol rugoso asentado sobre troncos de pino, si nos acercáramos más, oíríamos sin duda el gemido de la savia, como oímos ahora el gemido de asombro que salió de la boca de los hombres, en este instante en que la piedra apareció en su real tamaño. Se acercó el oficial de la veeduría y le puso la mano encima, como si estuviera tomando posesión de ella en nombre de Su Majestad, *pero si estos hombres y estos bueyes no hicieran* la fuerza necesaria, todo el poder del rey sería viento, polvo, nada. Pero, harán la fuerza.

JOSÉ SARAMAGO

¿De qué se compone un motín? De todo y de nada. De una electricidad que se desarrolla poco a poco, de una llama que se forma súbitamente, de una fuerza vaga, de un soplo que pasa. Este soplo encuentra cabezas que hablan, cerebros que piensan, almas que padecen, pasiones que arden, miserias que se lamentan y las arrastra.

¿A dónde?

Al acaso. A través del estado, a través de la prosperidad y de la insolencia de los demás.

La convicción irritada, el entusiasmo frustrado, la indignación conmovida, el instinto de guerra comprimido, el valor de la juventud exaltado, la ceguera generosa, la curiosidad, el placer de la variación, la sed de lo inesperado, el sentimiento que hace experimentar placer al leer el cartel de un nuevo espectáculo, y al oír en el teatro el silbato del maquinista; los odios vagos, los rencores, las contrariedades, la vanidad que cree que ha fracasado el destino; el malestar, los pensamientos profundos, las ambiciones rodeadas de abismos: todo el que espera de un derrumbamiento una salida y, en fin, en lo más bajo, la turba, ese lodo que se convierte en fuego, tales son los elementos del motín.

Lo más grande y lo más ínfimo; los seres que vagan fuera de todo esperando una ocasión: gitanos, gente sin profesión, vagabundos de las encrucijadas, los que duermen por la noche en un desierto de casas, sin más techo que las frías nubes del cielo, los que piden cada día su pan al acaso y no al trabajo, los desconocidos de la miseria y de la nada, los brazos desnudos, los pies descalzos pertenecen al motín.

VICTOR HUGO

FALTAN PAGINAS

I

De la:

X

A la:

DECIMOS LAS PIEDRAS COMO DECIMOS LOS ÁRBOLES,

las montañas, las nubes, las ventanas, los caballos, los cañones, las banderas, los uniformes, los fusiles, los gritos, las espadas, el pueblo, el humo, la sangre. No decimos esta piedra, huevo ígneo del tamaño de mi mano, surcada por vetas negruzcas, pulida por el agua y el lodo, por las ruedas de los carros y por pies protegidos por callos o por el cuero de botas, zapatillas y huaraches. No decimos esta piedra, hija de otra mayor y rota, delgada por efecto del martillo, de bordes irregulares en razón de la distancia que hay de techo a piso, mohosa de un lado a causa de la lluvia, oscura y con poros, volcánica sin duda aunque no tengamos sabiduría. No decimos esta piedra, rojiza y frágil, que pinta los dedos que la sostienen, disuelta en la lengua si la mordemos, salpicada con esquiras de amarillo, cuya esquina, superior derecha si la miramos de un lado, inferior izquierda si la miramos del otro, está enterrada a la orilla de una calle. No decimos esta piedra que ya no es piedra, fue primero polvo en las entrañas de la tierra y un alfarero la volvió pasta suave, un horno secó sus lágrimas y pulió su rostro, hoy es brillante azulejo que adorna el dintel de una cocina. Ni siquiera decimos esta losa, este adobe robusto y orgulloso, fiel al muro al que pertenece; esta placa de mármol, verdoso y brillante, que adornará el zaguán de una casa principal. Menos decimos esta piedrecilla, aquel pedrusco, esta morona de granito que cabe entre la uña y el dedo que la sostiene y alimenta, esta viruta de tezontle que rueda por las azotecas, esta piedrita, casi polvo, impregnada de sal, quemada por el sol, elevada por un remolino hace muchas noches, que rebota una mañana de agosto en los espejuelos de un muchacho miope.

La piedra ligera, pateada por el niño, arrojada contra el perro hambriento y el gato lúbrico, tan liviana que incluso los músculos magros del infante maldicen, tanto esfuerzo para semejante peso,

es la misma piedra, cuando decimos las piedras, que la roca desbastada en las minas de cantera por el joven aprendiz, hijo y nieto de artesanos, que muestra al cielo sus entrañas; es la misma piedra hechiza que el sol construye con el lodo dispuesto por el adobero o el horno fragua con la arena amasada por el ladrillero, y es la misma piedra trashumante, desarraigada de su peñón de origen y arrojada al fondo de una fosa para cimentar un palacio, colocada un siglo después en el hogar de una chimenea y al cabo de otro en el muro de un jardín asfixiado por edificios, piedra disminuida por seis generaciones de albañiles, rugosa y quemada, filosa en las aristas, que un indio sin nombre está arrastrando hasta una barricada enfrente de la garita de Belén. La piedra de jugar matatena, la de usar en el fusil cuando los balines de plomo escasean, la de arrojar a la ventana del amante cuando con ansiedad se busca un abrazo, la de colocar en el nacimiento para señalar a los pastores la senda hacia el pesebre, la de tropezarse el aguador si olvida mirar la rugosidad de la vereda, la de depositar sobre la lápida, pero sólo si somos judíos, y también la gran piedra, grabada con letras para que nadie confunda sus muertos con los del vecino, sobre la que depositamos piedras pequeñas, pero sólo si somos judíos, y la piedra arenisca que con alegría se inmola en los castillos levantados por los peones, y la piedra pómez, deleite para pies cansados y maltrechos, enemiga sin par de costras y semicostras que forma la mugre en codos y detrás del hueso del tobillo, y la piedra basáltica, de fabulosa regularidad geométrica, adoración de labradores de roca, albañiles y toda suerte de constructores, profesionales o aficionados, por su disposición a integrarse en muro, también ella mascullaría una representación airada si supiera, lo que no es el caso por supuesto, que en nuestros labios y en nuestras cuerdas vocales, pero sobre todo en el interior de nuestras cabezas, vienen a no importar nada cada uno de sus poros, sus recovecos y sus aristas, la biografía trivial de cada lasca, la epopeya insinuada en cada pechina, el ardor atrapado en los arcos

de La Merced, la idea que vibra en la cúpula de Loreto, la amargura que se ahoga en el pórtico de la Acordada.

Decimos las piedras creyendo que lo hacemos por comodidad, por economía de saliva y ajetreo de neuronas, confiados en que bastan dos palabras para que quien escucha o lee lo que decimos o escribimos comprenda lo que queremos decir o escribir. Pero ellas se asfixian, se pegan codazos, se raspan entre sí: apachurradas en el ridículo espacio que ocupan un artículo y un sustantivo en plural, en el hueco de la boca que se abre y sopla un artículo y un sustantivo en plural, cada una de estas piedras se encuentra a disgusto. Ya bastante han tenido con soportar los antiguos terremotos, deslaves y huracanes que poco a poco, y sin que ellas mismas se dieran cuenta, las fueron convirtiendo en piedras. Ya es mucha la parsimonia que han tenido que amasar para no impacientarse con el albañil novato que las maltrata y las maldice cuando una mayor lo golpea en la rodilla o lacera su antebrazo. Ya mucho han debido sufrir cada vez que la inepticia de un constructor atolondrado deja que la gravedad rijá sus movimientos y las precipite hasta el suelo, aunque en este caso la justicia suele colocarse de su lado, pues es sabido que el deber de ladrillos y tejas es ser duros y resistentes, no conocer las ciencias de la construcción. Ya es mucha, digamos por fin, la paciencia que han debido cultivar para resistir el vaivén cadencioso de los días y las semanas, de los años y los lustros, de las décadas y los siglos, que sobre ellas depositan grumos de olvido sin tener presente que también en las piedras el hastío pudre.

Triste y monótona, entonces, viene a parecer la vida de las piedras, sobre todo si quien tiene su futuro en las manos resulta ser escrupuloso y diligente, irascible y poderoso, un señor o el señor. Mírense si no las piedras que forman el rapapolvo de la catedral de México, abrumadas por el peso de las torres nuevas, obnubiladas por la cotidiana circulación de fieles enrebozadas, vendedores de estampitas y predicadores de fritangas, humilladas por léperos borra-

chines que alivian contra ellas sus vejigas, pero sólo en el nadir de la noche, no sea que venga la guardia y los encierre. Se esfumarán los árboles del atrio, las berlinas serán tranvías, el prado pueblerino se convertirá en plancha reluciente, el diablo liberal embestirá a caballo contra el edificio, se izará una bandera rojinegra en el asta principal de la plaza, hasta ahí llegaremos, eufóricos y adolescentes, a gritarle vivas al ingeniero, y seguirán siendo ellas mismas las piedras que guardan de miradas indiscretas las divinas imágenes: ya han perdido la esperanza de expulsar la argamasa de sus juntas. Piénsese también, para que no se dude de la general veracidad del dicho, en los cantos labrados por efecto de las lluvias, en las losas cuarteadas a causa del recio caminar de soldados y demagogos, en la multitud de guijarros que hacen o quieren hacer los pavimentos de calles, banquetas, plazuelas y explanadas. Son las mismas piedras de ayer aunque a veces tengan forma de asfalto y otras muchas el rostro purulento de la tierra hecha lodo, son idénticas a sí mismas no obstante los progresos de la técnica moderna, hermoso modo éste de llamar a la fiebre constructiva de los poderosos, tierra apisonada, tablonés de madera sobre el pantano, piedras de río bien formadas, chapopote sólido con rayas de blanca pintura, adoquines al horno, concreto armado para las guarniciones, que todo en el mundo no ha hecho más que cambiar de máscara, nunca de esqueleto, y bajo las losetas rectangulares que cubren las avenidas de la Alameda están las mismas piedras que pisaron los modernos y pisarán los antiguos: es el mismo polvo que ensucia las botas de Winfield Scott poco antes de las nueve de la mañana del catorce de septiembre de mil ochocientos cuarenta y siete.

Como la imagen se hizo pensando en ellas, imaginarlas petrificadas y cubiertas por el polvo de los siglos, lejos de ser un torpe pleonismo, resulta en realidad un simple acto de justicia: nadie mejor que ellas conoce los efectos de la quietud, del mismo modo que sólo un zapatero de San Pablo podría comprender en toda su despiada-

da sapiencia el refrán por el que ha debido interrumpir su afición a la carpintería, zapatero a tus zapatos, le han dicho, que nada hay para tí en la calle de los plateros o en el callejón de los merceros. Acaso compartan la impotencia con él, y con ellas, los vástagos y la mujer del herrero de La Piedad, que cultivan con coa el huerto familiar en lugar de emplear azadón metálico como el resto de sus vecinos, quienes, para su gracia y buena suerte, nunca han debido comprobar que la fama, aun sea la esparcida por dichos y consejos de los llamados populares, llega a pesar tanto como la bóveda de la iglesia grande de Santo Domingo. Sea entonces mármóreo el mármol y no el cuerpo de los gladiadores de antaño, sea granítico el granito y no el rostro del tribuno republicano, sea pétrea la piedra y no el corazón de la mujer que no escuchó nuestras palabras de amor, y que rueden los cantos rodados, se despeñen los peñascos y las avalanchas se abalancen sobre vallecillos bucólicos. Vayan, al menos por hoy, las palabras de regreso al sitio de su nacimiento, y que el polvo sea polvo y siglos los siglos: un día, bozo; a la semana, pátina; con el año, costra, y cada década la opacidad que asesina los colores.

Y porque cuesta trabajo imaginarlas, pensar en ellas como entes dotados de voluntad y conversación interesante, porque vienen hasta nosotros cubiertas por la misma piel de lobo y son corderos, sentenció el cristo, y porque es afición corriente de hombres y mujeres cerrar el seso ante lo ignoto, negar lo evidente aunque roce sus nupias, un día bailan a la lluvia, otro se hincan frente al equinoccio de invierno, mañana se postrarán ante las computadoras, hoy siguen, Solal querido, reverenciando al poder de matar; lo común, decíamos, nuestro propio reflejo condicionado por diez siglos de repetición incansable, es conjugar en participio y en pasado los verbos con que viven losas y mosaicos, trabes y ladrillos, arcos y contrafuertes. Las piedras fueron traídas, dice el guía turístico, instruye el profesor, del mismo modo que un instante después añade, precisa, la catedral fue levantada, el palacio fue hecho, el monumento fue erigi-

do: quedó la mujer relegada a la condición de comparsa, rióse Cam de la borrachera de Noé, ¿se acuerda alguna vez el presidente de los votos que lo eligieron? Hablamos de las pirámides de Egipto y de los taludes de Mesoamérica, de las naves de San Eustaquio de París y de los muros de la vieja Constantinopla; hablamos en especial de la Aduana de México, de la acequia del puente de Roldán, de la plaza del Factor, del Teatro Santa Anna, de los terraplenes de San Cosme y de San Antonio Abad, de las barricadas del paseo de Bucareli; hablamos de calles, de fachadas, de casas, de balcones, pero en realidad no sólo hablamos de calles, fachadas, casas y balcones, que también sobre las piedras ha quedado la impronta de las manos que las rompieron, las cocieron, las pulieron, las cargaron, las acomodaron, las unieron, las soldaron, las pintaron. Roma, ya se sabe, no se hizo en un día, pero tampoco se hizo sola.

Piedras y pobres, pobres y piedras: que nadie se extrañe si para hablar de unas debemos mencionar a los otros, si para advertir la presencia de unos necesitamos verlos acompañados de las otras, no es sólo por la inicial que comparten, tampoco a causa de poseer dos únicas sílabas, mucho menos en razón de compartir sus grupos consonánticos espacio morfológico, y eso que niños sin pudor bien pueden comprender las piebras, los podres, es problema de percepción ocular, es caso de confusión espacial, es principio de ciencia y literatura, sobre todo, empeñarse en encontrar eufonías conceptuales donde sólo había casualidades sonoras. Decimos las piedras y los pobres al mismo tiempo, sabiendo sin saber que es imposible separar el destino de unos y otras, entendiendo sin entender que piedras y pobres son dos modos de nombrar la misma cosa, uno de esos viejos matrimonios que juraron en la iglesia permanecer unidos hasta la muerte y más allá. Basta volver a pasear por San Juan de Letrán, basta recorrer de nuevo las seis varas de acequias y cantos rodados que separan el Salto del Agua del barrio de San Salvador para vislumbrar de nuevo, y comprender. No los árboles, no la música, no

los enamorados, no el agua, no las banderas, no los sables, no las cruces, no las palabras: son ellas, sucias, opacas, cacarizas, raquíficas, andrajosas, enfermas, mulatas, saltapatraces, lobas, piedras plebeyas, piedras léperas, son ellas, son ellos, la sangre y la carne de la ciudad. Alivio siente ahora el corazón: ya era el tiempo de decirlo.

Necesario es ahora hacer un aparte con guiño y mediasonrisa cómplice que anuncie e introduzca el acto de develar un misterio apenas cierto, es decir, misterioso apenas, que exige hacerse explícito y no sólo por amor a la verdad, más lo es para no fingir iluminaciones inexistentes, discernimientos primigenios o capacidades que pocas veces habitan el alma de historiadores y cronistas avezados, no se diga en el seso de un aprendiz. El despotismo no se cura con buenos modales, la caridad no salva del infierno, el sordo no oye por disposición, y para confirmarlo con datos técnicos y precisión profesional bien podríamos invocar de nuevo los saberes de la sabiduría: es el ruido lo que rompe el grumo de cerumen, es la vida ajustada a la Torá lo que eleva los espíritus hasta el lago Tiberiades, es la barbarie desde abajo la causa primordial de la educación de los poderosos, pues nada habrían aprendido, y así poco es, de no haber mediado entre instrucción y examen el hacha inglesa, la guillotina sangrante, un granero en Ekaterimburgo, esa mano accionando una bazuca en el centro de Asunción. Arde el palacio de los virreyes novohispanos, se elevan nubes negras de las torres de la Bastilla, en las iglesias andaluzas, Dolores, queda sólo el hollín de los altares: también para iluminar ha servido el fuego.

De las piedras ha nacido la voluntad, la voz y la rabia florecientes, son ellas las que han dicho aquí estamos, esto somos, seremos aquello o lo otro, lo que nos dé la gana, no lo impuesto por la arquitectura, la ingeniería y el Sagrado Corazón de Jesús. Ocurre la ventolera, la tromba, el huracán, la loma que se niega a ser decorado de autopista, y saltan las piedras. Ocurre la tristeza del socavón por ver morir de saturnismo a los mineros, y un murmullo en el fondo de la

galería siega vidas ennegrecidas y hace germinar el coraje de los sobrevivientes. Ocurre la sacudida de la tierra y aprovechan las piedras para saltar de su sitio, para buscar el suelo con ansiedad, revelan los arcanos de la corrupción, muerden la mano que mal les dio de comer y aún reclamaba fidelidad, causan tragedia entre la gente y la azuzan, la despiertan: también hasta ahí llegaremos, eufóricos y adolescentes, a remover las piedras asesinas. Y ocurre la traición, la inevitable cobardía de los de arriba, prudencia le dicen cuando en verdad es infamia, es difunto el sastre Balderas y no el benemérito Quinceañas, de muertos se pueblan los campos circundantes, se anega el agua de los acueductos, aprieta el hambre, la leva es la única ahíta; ocurre, en suma, el cataclismo político, la debacle de la patria, y un martes en la mañana se rebelan las piedras. De azoteas y balcones, de torres y ventanas brincan las mayores, de las bocas de los fusiles y las hondas de los niños surgen las pequeñas, de los brazos de los pobres, todas, a explotar llenas de ira y de rencor, a morir estrelladas contra caballos y soldados, a romper cabezas y espadines, a causar un terremoto de esperanza y amargura, a rabiar toda la rabia y a llorar todas las lágrimas. Estamos de nuevo diciendo las piedras, es cierto; acaso ahora estamos también pensando en ellas. ¶

PERO, ¿EXISTEN LOS HECHOS? ES EVIDENTE QUE ESTE VIE-

jo problema de la historia, casi el problema de la historia, no puede ser abordado con propiedad en un trabajo como éste, que busca, antes que indagar en los fundamentos de un oficio venerable, aprehender algunos de sus arcanos metodológicos más simples. No obstante, si el único modo posible de acicatear a la yunta ha sido, precisamente, formular por enésima ocasión el meollo de las ciencias históricas, ello no es sólo producto de la petulancia pueril de quien escribe. En cierto sentido, era inevitable arriesgarse a enunciar tan elevada cuestión: la naturaleza misma del alzamiento de 1847 en la ciudad de México obliga a buscar, en el ámbito de las ideas, lo que no ha podido ser hallado en el planeta de las cosas.

Digámoslo mejor de otro modo: si vale la pena repasar mentalmente los debates acerca de la naturaleza de los hechos históricos, así como las disputas sobre la participación de los científicos sociales en la formulación del conocimiento, es sólo a causa de la irritante y al mismo tiempo cautivadora elusividad de aquello que ocurrió en la capital mexicana entre el 14 y el 16 de septiembre de 1847. ¿Aquello? El pronombre es sin duda insuficiente, e incluso puede resultar agresivo. Pero hasta ahora no puede decirse que las setenta y dos horas de marras sean algo positivo, una realidad consistente y cognoscible a pesar de su antigüedad. Podrán serlo, quizá, pero sólo a fuerza de escarbar honda y concienzudamente en los grandes basureros donde suele construirse la historia, y en las vastas llanuras donde padece la imaginación. Sólo así.



Todavía ayer, la guerra entre México y Estados Unidos era materia exclusiva de grandes historiadores, provistos de grandes cantidades

de información y animados por grandes perspectivas intelectuales. Las historias generales —sobre todo en México, pero no sólo aquí— constituyeron durante décadas el único género en que los profesionales parecían sentirse a gusto cuando hablaban de la traumática guerrita decimonónica que modificó en lo más profundo el mapa geográfico y social de América del Norte. De Emilio del Castillo Negrete a José María Roa Bárcena, y de William Jay a Justin Smith,¹ la totalidad de los historiadores “clásicos” optaron por el punto de vista de Dios padre, aunque no, por supuesto, en el sentido que Fernand Braudel daba a la expresión. Incluso los actores y los testigos de la guerra, en quienes cabría esperar un poco más de humildad, prefirieron pintar murales en lugar de minear capitulares; tal es el caso del grupo de liberales moderados que escribió unos *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, y lo mismo puede decirse de Cadmus M. Wilcox, autor de una cuidada y emocionante *History of the Mexican War*.²

Sin duda, puede argumentarse que tal preferencia por la historia general es un rasgo común de toda la historiografía anterior a la incorporación de la historia al ámbito de las ciencias sociales y que, por lo tanto, resulta intrascendente hacer notar su preeminencia en el dominio restringido de la historiografía sobre la guerra entre México y Estados Unidos. Lo que importa, en todo caso, es que a causa de esa tendencia, vicio o luminosa afición de los historiadores antiguos, los tres días meridianos del septiembre que nos interesa nunca alcanzaron la dignidad de hechos históricos. Y eso a pesar de la voracidad documental de Justin Smith —sin duda el más prolijo

1. Emilio del Castillo Negrete, *Invasión de los norte-americanos en México*. México, Imprenta del Editor, 1890, 4 vols.; José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848)*. Por un joven de entonces, prólogo de Hipólito Rodríguez, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991 [primera edición, 1883], 2 vols. (Cien de México); William Jay, *Revista de las causas y consecuencias de la guerra mexicana*, traducción de Guillermo Prieto Yeme, México, Polis, 1948, y Justin A. Smith, *The War with Mexico*, Gloucester (Massachusetts), Peter Smith, 1963 [primera edición, 1919], 2 vols.

2. Ramón Alcaraz, Alejo Barreiro, José María Castillo, Félix María Escalante, José María Iglesias, Manuel Muñoz, Ramón Ortiz, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Napoleón Saborío, Francisco Schafino, Francisco Segura, Pablo María Torrescano y Francisco Urquidí, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, edición facsimilar de la primera, México, Siglo Veintiuno, 1977 [primera edición, 1848] (Historia) [en adelante, *Apuntes para la historia de la guerra...*], y Cadmus M. Wilcox, *History of the Mexican War*, edición de Mary Wilcox, Washington, Church News Publishing, 1892.

de los historiadores de la guerra—, que lo llevó a consultar más de 50 papeles distintos para la redacción de su único párrafo sobre la violenta recepción que dieron los habitantes de la ciudad de México a las tropas estadounidenses.³

Del mismo modo, la cuasi definición antigua de historia —a saber: historia es historia militar e historia de la política— impidió que el extravagante combate de la capital mexicana llamara la atención de los investigadores. Las batallas, la diplomacia y los conflictos internos de cada país monopolizaron de hecho, durante muchísimos años, las energías inquisitoriales de historiadores, cronistas o escritores, y eso precipitó en una especie de purgatorio académico al resto de los temas y los problemas relativos a la guerra. Incluso llegó a parecer que la guerra no había sido otra cosa que la sapiencia de Lee desplegada en Cerro Gordo, la valentía de Grant exhibida en la calzada de San Cosme o la monumental incompetencia de Valencia y de Santa Anna en las lomas de Padierna. O algo peor: la sucia empresa de los esclavistas de Tennessee y Alabama —por nombrar a algunos—⁴ y la prueba definitiva de la incapacidad de los mexicanos para “unirse contra el invasor”.⁵

Ni siquiera en la martirología romántica de México tuvo sitio la sublevación de los habitantes de la capital mexicana: los jarochos bombardeados en marzo de 1847 —responsables de una de las “n” que ostenta en su nombre Veracruz—, los *polkos* que pelearon en Churubusco y, sobre todo, los cadetes del Colegio Militar, acapararon la mayor parte del afán didáctico-demagógico de los nacionalistas del siglo xix. Sólo Guillermo Prieto, que en 1875 dedicó una

3. Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 416, nota 22.

4. A causa de semejante punto de vista, Norman E. Tuturow, *The Mexican-American War: An Annotated Bibliography*, West Port (Connecticut)-Londres, Greenwood, 1981, p. xxiii, cree que la historiografía estadounidense ha desatendido la guerra entre México y Estados Unidos; en sus propias palabras, “it was a war. [...] stripped of all moral pretentions and lacking of a grand crusade” [fue una guerra carente de toda aspiración moral y sin un gran objetivo].

5. Nadie como Roa Bárcena expresó la frustración nacionalista en los últimos años del siglo xix. Su juicio es aún más intenso que el juicio de los redactores de los *Apuntes para la historia de la guerra...*, pero ello puede deberse a lo cercana que era la contienda bélica para éstos y, en especial, al hecho de que casi todos figuraron activamente en la vida política mexicana de entonces. Por otra parte, es muy posible que Roa Bárcena, uno de los vencidos de las guerras de reforma, estuviera afectado por una cierta melancolía: historiar la guerra de los años cuarenta pudo ser un modo de sublimar su tristeza por la creciente influencia estadounidense en el México de los años ochenta. Sobre este punto véase *infra*, p. 32, nota 25.

hermosa porción de sus “Charlas Domingueras” al zafarrancho septembrino, se avino a considerar significativos a los insurrectos.⁶ En suma, por efecto de tres de los rasgos más característicos de la historiografía antigua —ambiciosas investigaciones, centradas en lo ideológico-político-militar, claramente pedagógicas—, los primeros tres días de la ocupación estadounidense de la ciudad de México carecieron de un contexto teórico y un interés intelectual que les diera sentido y, por lo tanto, que los hiciera historiables.

6. Se trata de cuatro artículos que aparecieron en la *Revista Universal* (México), los días 12, 19 y 26 de septiembre y 3 de octubre, 1875. En los últimos años han sido publicados, con algunas alteraciones y cortes, en *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, compilación de Carlos Monsiváis, México, Era, 1980, pp. 86-89; Guillermo Prieto, *Los yanquis en México*, edición de Paco Ignacio Taibo II, México, Secretaría de Educación Pública, 1988; Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana*, 2, presentación, compilación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996 (Obras Completas de Guillermo Prieto, xx), pp. 376-423, y Guillermo Prieto, *Mi guerra del 47*, edición y prólogo de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Coordinación de Humanidades), 1997 (Voces de la Hechicera). Por mera afición tipográfica se citará esta última edición como “Memorias de Zapatilla”, a pesar de que Ruiz Castañeda recortó los párrafos liminares del primer artículo, en donde Prieto presentaba las “memorias” de su amigo Martín Zapatilla; esas líneas están en la edición de Rosen, pp. 376-379. No creo, sin embargo, que el texto sea *obra* de Fidel en sentido estricto, pues 1) incluye información y puntos de vista que no están presentes en los otros dos textos de Prieto que tratan de la revuelta capitalina —*Memorias de mis tiempos* y el capítulo xxiii de los *Apuntes para la historia de la guerra...*—, en especial detalles geográficos que coinciden con el resto de las fuentes empleadas en este trabajo, y 2) habla bien de Antonio Haro y Tamariz, Miguel Miramón y, sobre todo, Leonardo Márquez —véase “Memorias de Zapatilla”, pp. 60-61, 87 y 95-96—, lo cual, al menos en principio, sería absurdo si el autor del texto fuera el héroe de la guerra de los Tres Años. (Es cierto, empero, que la fugaz aparición de Juan Escutia en la batalla de Chapultepec, *ibidem*, p. 73, parece indicar que el texto fue pensado y escrito en los años setenta, ya que no hay muchos indicios de la existencia *real* del famoso cadete; sobre este punto, véase Ernesto Frischte Aceves, “La representación épica de la guerra. El discurso oficial en torno de los héroes: Chapultepec y la actuación del Colegio Militar”, ponencia presentada en el coloquio “La guerra entre México y Estados Unidos: representación y participantes”, México, 24 de septiembre, 1997.) Me parece, más bien, que son una suerte de memorias colectivas, de Zapatilla y de otros combatientes, simplemente redactadas por Prieto: hasta hubiera podido decir —digo yo— “por mi voz habla la voz...” de los rebeldes de 1847.



Informe, incomprensible y por ello intrascendente, la revuelta siguió siendo todo esto a pesar de las renovaciones historiográficas ocurridas en nuestro siglo. Es cierto que el interés por las estructuras jurídicas y políticas, cultivado sobre todo en el medio académico estadounidense, o los intentos de algunos historiadores marxistas por estudiar las estructuras sociales e ideológicas del México decimonónico, establecieron un marco mínimo para la inteligibilidad del alzamiento de septiembre de 1847. Pero también es evidente que sus propios intereses y limitaciones impidieron una definición precisa y funcional de aquellos sucesos. En realidad, contribuyeron a esta definición sólo de manera incidental.

En el último medio siglo, ocho historiadores se ocuparon de la revuelta capitalina de manera más o menos específica. Ernesto Lemoine, en su tesis de licenciatura, la empleó como parte de un alegato patriótico cuyo telón de fondo era la ocupación estadounidense de la ciudad de México.⁷ Edward S. Wallace, George T. Baker y Henry O. Whiteside, en un lapso de veinte años, se ocuparon con mucha mayor seriedad del alzamiento capitalino, por la influencia que ejerció en la estructura y en el comportamiento de las instituciones del gobierno de ocupación.⁸ Dennis E. Berge, por su parte, atendió sobre todo a los rasgos políticos de la revuelta —en especial la relación del alcalde Reyes Veramendi con el gobierno federal mexicano—, en el marco de su estudio sobre el ayuntamiento de la ciudad de México durante los últimos meses de 1847 y los primeros de 1848.⁹ En los años ochenta, Gilberto López y Rivas consideró la rebelión de los capitalinos como un ejemplo de la resistencia “nacional” del “pueblo” de México, en el contexto de la formación his-

7. Ernesto Lemoine Villicaña, “Crónica de la ocupación de México por el ejército de los Estados Unidos”, tesis de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), 1950.

8. Edward S. Wallace, “The United States Army in Mexico City”, en *Military Affairs* (Washington), vol. xiii, núm. 3, 1949, pp. 158-166; George T. Baker, “Mexico City and the War with the United States: A Study on the Politics of Military Occupation”, tesis de doctorado, Duke University, 1969, y Henry O. Whiteside, “Winfield Scott and the Mexican Occupation: Police and Practice”, en *Mid-America* (Chicago), vol. lii, núm. 2, abril de 1970, pp. 102-118.

9. Dennis E. Berge, “A Mexican Dilemma: The Mexico City Ayuntamiento and the Question of Loyalty, 1846-1848”, en *Hispanic American Historical Review* (Durham [Carolina del Norte]), vol. 50, núm. 2, mayo de 1970, pp. 229-256.

tórica de los chicanos.¹⁰ Más recientemente, María Gayón Córdova ha desempolvado el viejo discurso nacionalista —y ni siquiera mucho— en las tres versiones de su vasta investigación sobre la estancia de los estadounidenses en el valle de México.¹¹ Por último, Laura Herrera Serna ha vuelto a mirar a la revuelta desde una perspectiva más general, como parte de su historia de la ciudad de México entre 1847 y 1848.¹²

De ellos, López y Rivas fue quien advirtió primero y con mayor claridad el carácter social de la insurrección de los capitalinos. Más intuitivo o dogmático que Lemoine, Berge, Baker o Herrera —por paradoja singular su investigación carece de esa solidez documental que hace tan paladeable el trabajo de éstos—, el antropólogo mexicano llamó la atención sobre ciertos elementos que hasta

10. Gilberto López y Rivas, *La guerra del 47 y la resistencia popular a la invasión*. México, Nuestro Tiempo, 1982. El objetivo principal de este trabajo es proporcionar un antecedente histórico a los movimientos de mexicano-estadounidenses del siglo xx. Con algo de razón, López y Rivas consideraba que la historiografía del caso no atendía suficientemente a los antecedentes mexicanos de California, Texas y Nuevo México; véase *ibidem*, en especial pp. 12 y 26-29.

11. María Gayón Córdova, "Los invasores yanquis en la ciudad de México", en *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales*, compilación de Laura Herrera Serna, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia (Museo Nacional de las Intervenciones), 1997 (Regiones), pp. 195-232; María Gayón Córdova, *La resistencia popular a la invasión yanqui en la ciudad de México, 1847-1848*, México, Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (Sección 9)-Organización Revolucionaria del Trabajo-Semanario *Corre la Voz*, 1997, y *La ocupación yanqui de la ciudad de México, 1847-1848*, compilación de María Gayón Córdova, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997 (Regiones). De los tres trabajos, el más interesante es la antología, porque contiene amplios pasajes del *Décimo calendario de Abraham López...* y de la *Defensa* de Francisco Suárez Iriarte, obras que, aunque conocidas, sólo existen en sus ediciones originales y por ello su consulta suele estar más o menos restringida. En general, empero, la obra de Gayón insiste demasiado en la prepotencia y en la arrogancia de los estadounidenses, así como en la "heroicidad" de los mexicanos.

12. Laura Herrera Serna, "Bajo la sombra de las barras y las estrellas. La ciudad de México durante la ocupación norteamericana (1847-1848)", mecanoscrito que será presentado como tesis de doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1998. Véase también Laura Herrera Serna, "Mexico City", en *The United States and Mexico at War: Nineteenth-Century Expansionism and Conflict*, diccionario dirigido por Donald S. Frazier, Nueva York, Simon & Shuster Macmillan, 1998 (Macmillan Reference USA), pp. 252-253, brevísimo resumen, casi un *abstract*, de aquella investigación.

entonces, si bien no eran desconocidos para la historiografía, sí habían carecido de un significado preciso. La pobreza de la mayoría de los insurrectos y, sobre todo, el comportamiento socialmente diferenciado de las clases frente a la guerra, esto es, la tensión social que se adivina en el comportamiento de los capitalinos,¹³ habían sido hasta entonces explicados, ya por el fácil expediente de la liberación de los presos del Palacio Nacional, ya apelando a la naturaleza delictiva de la pobreza, de cualquier pobreza.

El mérito principal de *La guerra del 47 y la resistencia popular a la invasión*, así, fue ofrecer un argumento en verdad social, histórico, de la rebelión septembrina: la época, las condiciones sociales, la conciencia histórica, por supuesto, no son nociones que puedan existir fuera del tiempo y al margen de las sociedades. Empero, López y Rivas se conformó con apuntar estos aspectos del problema: sea porque tales indicaciones eran mera consecuencia de seguir las premisas marxistas más convencionales —la estructura determina la superestructura, etcétera—, sea porque pensaba sólo en función de las comunidades mexicanas establecidas en Estados Unidos, sea —en fin— porque buscaba caracterizar grupos nacionales en pugna y no conflictos sociales intestinos, el caso es que no se internó en los meandros de la historia que aquí pretende ser contada. ¿Es sensato dirigirle un reproche? Todo lo más, habría que lamentar que se sirviera tan poco de *Rebeldes primitivos* —y más del capítulo segundo que del séptimo—,¹⁴ y que de plano haya hecho caso omiso del resto de la *perestroika* historiográfica iniciada a fines de los años cincuenta por el propio Eric J. Hobsbawm y por George Rudé, y que tuvo en Edward P. Thompson a su más fino exponente.¹⁵

Como se sabe, esta "reforma" —y más bien "reconstrucción"— había replanteado y enriquecido las perspectivas del estudio de las rebeliones populares, ofreciendo no sólo herramientas metodológicas y enfoques temáticos, sino aun nociones teóricas —la historicidad de las clases o la economía moral de las clases dominadas, sobre

13. López y Rivas, *op. cit.*, pp. 127, 129 y 131.

14. Eric J. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, traducción de Joaquín Romero Maura, Barcelona, Ariel, 1974 [primera edición en inglés, 1958; primera edición en español, 1968] (Ariel Quincenal), capítulo II, "El bandolero social", pp. 27-52, y capítulo VII, "La turba urbana", pp. 165-190.

15. Véanse George Rudé, *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, traducción de Ofelia Castillo, Madrid, Siglo Veintiuno de España, 1980 (Historia de los Movimientos Sociales); George Rudé, *Revolución popular y conciencia de clase*, traducción de Jordi

todo— capitales para avanzar en la caracterización de la violencia social de la era preindustrial. Afirmar que las rebeliones preindustriales no son aleatorias y que, al contrario, expresan velada pero contundentemente las condiciones de vida y las aspiraciones de quienes se rebelan; reconocer que la lucha de clases es, en última instancia, independiente de la conciencia de clase y que por lo tanto es posible percibir las características de los conflictos sociales en los actos y los gestos inconscientes de los insurrectos; advertir la compleja y contradictoria relación entre las masas urbanas preindustriales y el orden plutocrático preliberal y comprender por ello los límites revolucionarios de las movilizaciones populares, o —por cierto— prevenirse contra el economicismo que puede reducir a la nada todo esfuerzo analítico sobre las rebeliones preindustriales, ¿no constituye todo esto una invitación para cierto tipo de estudio sociologizante, una suerte de modelo para el aprendiz ansioso?

He escrito “modelo” con más entusiasmo que precisión. Lo hecho por Hobsbawm, Rudé y Thompson no puede ser tenido, en sentido estricto, más que como el resultado del trabajo escrupuloso y serio de tres historiadores, sin duda con el apoyo de una corriente de pensamiento, de origen político y —acaso— sociológico, pero sólo con su apoyo. El trabajo de ellos puede ser, no obstante, “modelo”, si entendemos el término con la misma laxitud con que “receta” es empleado en gastronomía y, sobre todo, si olvidamos el carácter normativo que en general se atribuye a ambas palabras. Más simplemente, lo que hay que decir es que algunos de los trabajos de la nueva izquierda anglosajona plantearon una novedosa forma de abordar el comportamiento de las masas desheredadas en el mundo anterior al capitalismo moderno, y que este enfoque —apenas adoptado por López y Rivas— puede ayudarnos a comprender los actos, las emociones y los pensamientos de los capitalinos en septiembre de 1847.

Beltrán, Barcelona, Crítica, 1981 (Estudios y Ensayos); Edward P. Thompson. *Tradicón, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, traducción de Eva Rodríguez, prólogo de Josep Fontana. Barcelona, Crítica, 1979; Edward P. Thompson. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, traducción de Elena Grau. Barcelona, Crítica, 1989 (Historia del Mundo Moderno), 2 vols., y Edward P. Thompson. *Costumbres en común*, traducción de Jordi Beltrán y Eva Rodríguez. Barcelona, Crítica, 1995 (Historia del Mundo Moderno).



En principio, sin embargo, parecería ocioso preguntarse por los motivos de los habitantes de la ciudad de México para lanzarse a la guerra. En conflicto dos estados nacionales decimonónicos, enfrentados un país habitado casi todo por católicos y otro principalmente por cristianos reformados, éste “anglosajón”, aquél “hispanico” —o cuando más “mestizo de indios y españoles”—, la causa de la rebelión mexicana parece ser más que evidente en la mera enunciación de la coyuntura general de la que forma parte: “guerra entre México y Estados Unidos” o —mejor— “invasión yanqui”, en efecto, son sentencias en las que parece afirmarse, como si se tratara de una verdad incontestable, que los civiles mexicanos atacaron a los soldados estadounidenses porque su país, su nación, su cultura, estaban siendo agredidos por individuos nacidos en otro país, integrados en otra nación, educados en otra cultura. Explicación revelada y por ello sospechosa, fue no obstante la principal argüida por los cronistas y los historiadores decimonónicos —tanto en México como en Estados Unidos— y aun por quienes en nuestro siglo pretendieron dotar de legitimidad centenaria al régimen postrevolucionario: agredida la nacionalidad, hollado el suelo patrio, parecía lógico —y más: necesario— que los capitalinos de 1847, como el resto de sus compatriotas, tomaran las armas y fueran a morirse por “México”.

La historia académica de la segunda mitad de nuestro siglo, aunque por supuesto no fundó su pretensión desacralizadora en los sucesos de la ciudad de México, de hecho volvió imposible explicarse el alzamiento por este tipo de “amor a la patria”. Por una parte, hizo evidente que la fractura social en el México decimonónico era algo más que la archicitada frase de Humboldt y que, en realidad, fue quizá la determinación más importante en los procesos políticos y sociales decimonónicos.¹⁶ Como ha señalado Torcuato S. di Tella, lo que principalmente se observa en la historia mexicana del siglo

16. Aunque quizá no es el ejemplo más acabado, pues se trata más bien de un estudio sobre las palabras de los poderosos, véase Salvador Rueda Smithers, *El diablo en semana santa. El discurso político y el orden social en la ciudad de México en 1850*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991 (Divulgación), en donde la dicotomía entre las élites y las masas urbanas resulta abismal e insalvable.

xix es la desestructuración del antiguo régimen: la fragilidad social, con su consecuencia de miedo e inestabilidad política, y los esfuerzos de las élites por organizar un estado no obstante estar indefinidas en las cuestiones fundamentales de la modernización capitalista (libre comercio o proteccionismo, derecho único o derechos particulares, monopolio o mercado).¹⁷ Fernando Escalante, a su vez, ha mostrado que los mitos políticos del liberalismo no se correspondían con la percepción popular de la república, la ley y la democracia y, sobre todo, que el implante de aquéllos en las clases populares no fue un proceso mecánico, inmediato ni mucho menos fácil.¹⁸ En síntesis, lo que la historia académica ha mostrado —aunque es paradójico que en este punto siga puntualmente el juicio pesimista del presunto Otero—¹⁹ es que “México” no existía a mediados del siglo xix y por tanto tampoco “mexicanos”; sólo así resulta comprensible el diverso, desigual y aun contradictorio comportamiento de las regiones, los estados, los grupos, las comunidades y los habitantes de la antigua Nueva España en la guerra de 1846-1848.²⁰

17. Véanse Torcuato S. di Tella, “The Dangerous Classes in Early Nineteenth Century Mexico”, en *Journal of Latin American Studies* (Londres). vol. 5, parte 1, mayo de 1973, pp. 79-105, cuya versión en castellano es “Las clases peligrosas al comienzo del siglo xix en México”, en *Desarrollo Económico* (México), vol. 12, núm. 48, pp. 761-791. y Torcuato S. di Tella, *Política nacional y popular en México, 1820-1847*, traducción de María Antonia Neira Bigorra. México, Fondo de Cultura Económica, 1994 (Sección de Obras de Historia), en especial pp. 58-81.

18. Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana —tratado de moral pública—*, México, El Colegio de México (Centro de Estudios Sociológicos), 1992.

19. Véase el famoso —siempre atribuido a Mariano Otero— *Consideraciones sobre la situación política y social de la república mexicana en el año de 1847*. México, Valdés y Redondas, 1848. La nueva historiografía regional de la guerra ha venido a confirmar, al menos en parte, la aceptación general de esta tesis: además de *México en guerra*, véase *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos (1846-1848)*, compilación e introducción de Josefina Zoraida Vázquez. México, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Relaciones Exteriores-El Colegio de México, 1997 (Sección de Obras de Historia). Una sustanciosa visión de conjunto es Andrés Reséndiz Fuentes, “Guerra e identidad nacional”, en *Historia Mexicana* (México), núm. 186, octubre-diciembre de 1997, pp. 411-439.

20. Es claro que puede argumentarse que el sentimiento de pertenencia nacional apareció o se impuso en el país de manera desigual, lo mismo social que geográficamente, y que la participación de algunos actores sociales en el conflicto con Estados Unidos permitiría medir la difusión y el implante de esa

Al estudiar el pensamiento de las élites decimonónicas como hecho histórico, al reconstruir —más o menos— el lento y sinuoso proceso de formación de la ideología nacionalista y su “asimilación” popular en las postrimerías del porfiriato y, sobre todo, en los decenios centrales del siglo xx, la historia académica, por otra parte, ha podido mostrar que, aunque comenzó a plantearse mucho antes de la independencia, el problema de la identidad mexicana y de la pertenencia de los mexicanos a la “nación” mexicana no rebasó el estrecho ámbito de la intelectualidad antes de la segunda mitad del siglo xix:²¹ la estructuración del pensamiento conservador y la síntesis del liberalismo realizada por los hombres de la reforma, pero sobre todo la intervención francesa y la guerra nacional encabezada por Juárez, precipitaron este cambio en los intereses políticos de las clases dirigentes.²² Pero no fue sino hasta los años del porfiriato —y, en cierto modo, hasta los años veinte del siglo xx— cuando el nacionalismo comenzó a “descender” a la cultura popular.²³ De hecho, es

conciencia nacional. Hasta donde sé, sin embargo, la historia de cómo y por qué unos individuos *se hicieron* mexicanos antes que otros todavía está por hacerse. El origen —en mi caso— de este punto de vista es Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, traducción de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 1992 (Libros de Historia), p. 20, quien a su vez lo adoptó a partir de las *Social Preconditions of National Revival in Europe*, de Miroslav Hroch (1985).

21. David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, traducción de Soledad Loaeza, México, Era, 1980 [primera edición, 1973] (Problemas de México), p. 96. Llegó a decir que “[...] el nacionalismo mexicano suspendió su desarrollo [en las primeras décadas posteriores a la independencia] porque siguió siendo más criollo que mexicano, atado al pasado, colonial e indígena, que los ideólogos liberales y sus adherentes populistas rechazaban instintivamente”.

22. Más todavía, David Brading, “El patriotismo liberal y la reforma mexicana”, en *El nacionalismo en México. VIII Coloquio de Antropología e Historia Regionales*, compilación de Cecilia Noriega, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1992, p. 180, está seguro de que ni siquiera entonces los liberales reemplazaron su retórica republicana: “[...] una lectura cuidadosa de la retórica liberal revela que pocas veces o nunca [los liberales] apelaron al concepto de nación, salvo en su sentido constitucional, como ámbito y fuente de la soberanía. A los radicales les era ajeno el vocabulario del discurso nacionalista.” Un buen ejemplo de cómo el discurso nacionalista se construyó lenta y tardíamente son los primeros libros de texto de historia, que sólo en los años sesenta del siglo xix comenzaron a ocuparse del asunto: a este propósito véase Eugenia Roldán Vera, “Conciencia histórica y enseñanza: un análisis de los primeros libros de texto de historia nacional”, tesis de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), 1995, en especial pp. 167-176.

23. Además, conviene tener presentes las peculiaridades del nacionalismo

muy probable —como con intuición admirable vislumbró David Brading a principios de los años setenta— que la profunda escisión clasista, y la violencia resultante que es posible advertir en casi todo el país a lo largo de la primera mitad del siglo decimonónico, sea una de las principales causas de que la ideología nacionalista no hubiera florecido en los años inmediatamente posteriores a la independencia: las repetidas rebeliones indígenas y el temor histérico de la élite al estallido de una “guerra de castas” —así como el conflicto entre el estado y la iglesia católica— impidieron el uso público y sostenido de los temas más caros al patriotismo criollo y al nacionalismo revolucionario.²⁴ Todo lo más, la derrota militar de México en la guerra debe considerarse como ingrediente en la formación del nacionalismo posterior, un detonante en la conciencia de los intelectuales de los años cincuenta y sesenta.²⁵

En los últimos años, sin embargo, varios estudios han comenzado a poner en duda la validez general del punto de vista de la historia académica. Mientras unos —“desde arriba”— han redefinido el carácter del liberalismo “hispanico”, reconciliándolo con sus orígenes ilustrados y, por tanto, evidenciando sus rasgos corporativos,²⁶

americano de la primera mitad del siglo XIX, que lo separan de la corriente principal del nacionalismo contemporáneo, con su énfasis en la lengua —y en la cultura— y sus connotaciones imperialistas. Al respecto, naturalmente, véase Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, traducción de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1997 [primera edición en inglés, 1983; primera edición en español, 1993] (Colección Popular, 498), en especial el capítulo IV. “Los pioneros criollos”, pp. 77-101.

24. Véase Brading, *Los orígenes del nacionalismo...*, capítulo III, “Nacionalismo criollo y liberalismo mexicano”, pp. 96-138, en especial pp. 125-138.

25. Sobre el efecto de la guerra en los intelectuales en general, véase Charles A. Hale, “La guerra con Estados Unidos y la crisis del pensamiento mexicano”, en *Secuencia* (México), núm. 16, enero-abril de 1990, pp. 35-61, y Ana Rosa Suárez Argüello, “Una punzante visión de los Estados Unidos (la prensa mexicana después del 47)”, en *Cultura e identidad nacional*, compilación de Roberto Blancarte, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Fondo de Cultura Económica, 1994 (Sección de Obras de Historia), pp. 73-106, sobre el modo en que la guerra afectó a los conservadores.

26. Véanse, por ejemplo, Antonio Annino, “El pacto y la norma. Los orígenes de la legalidad oligárquica en México”, en *Historias* (México), núm. 5, enero-marzo de 1984, pp. 3-31; Marcello Carmagnani, “El federalismo liberal mexicano,” en *Federalismos latinoamericanos. México-Brasil-Argentina*, compilación de Marcello Carmagnani, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica-Fideicomiso de Historia de las Américas, 1993 (Sección de Obras de Historia), pp. 135-179, y François-Xavier Guerra, *Modernidad e inde-*

otros —“desde abajo”— han mostrado la capacidad de adaptación de las comunidades y los grupos sociales subalternos y, en especial, su voluntad de participar en la construcción del nuevo estado.²⁷ Y aunque la existencia del abismo social no ha sido cuestionada en conjunto, o no todavía, la tendencia convergente de ambos enfoques no puede ser más radical: si los liberales no eran tan liberales y si las comunidades no eran tan premodernas, entonces la dicotomía cultural decimonónica —y por tanto social y política— debe haber sido más tenue de lo que se creyó en el pasado. Puede decirse, además, que este “revisionismo” ha sido consecuencia de la profunda renovación que han vivido los estudios sobre el nacionalismo en las últimas décadas y que algunos de los más agudos replanteamientos de la “cuestión nacional” han considerado con nuevos ojos el papel del sentimiento de pertenencia de las clases populares en la formación de las ideologías nacionalistas de fines del siglo xix y principios del xx. En especial Eric Hobsbawm y Alan Knight, al menos para lo que aquí nos interesa, han mostrado que los sentimientos de identidad colectiva de las clases subalternas, lejos de ser despreciables, desempeñaron un papel importante en la prehistoria del nacionalismo moderno y, más aún, que constituyen un *humus* sin el cual éste no podría florecer: con sus nociones de “protonacionalismo popular” y de *popular patriotism* —así como con aquellas viejas observa-

pendencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas, Madrid-México, Mapfre-Fondo de Cultura Económica, 1993 [primera edición, 1992] (Sección de Obras de Historia).

27. Véanse, por supuesto, Guy P. C. Thompson, “Bulwarks of Patriotic Liberalism: the National Guard, Philharmonic Corps, and Patriotic Juntas in Mexico, 1847-88”, en *Journal of Latin American Studies* (Londres), vol. 22, parte 1, febrero de 1990, pp. 31-68; Florencia E. Mallon, *Peasant and Nation: the Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California, 1994; Richard Warren, “Vagrants and Citizens: Politics and the Poor in Mexico City, 1808-1836”, tesis de doctorado, Chicago, University of Chicago, 1994, y Peter F. Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1957*, Stanford, Stanford University, 1996. Como el trabajo de Mallon es el más polémico de ellos, véase también la discusión entre Tulio Halperin Donghi, “Campesinado y nación”; John Tutino, “La negociación de los estados nacionales, el debate de las culturas nacionales: *Peasant and Nation* en la América Latina del siglo xix”, y Florencia E. Mallon, “En busca de una nueva historiografía latinoamericana: un diálogo con Tutino y Halperin”, en *Historia Mexicana* (México), núm. 183, enero-marzo de 1997, pp. 503-529, 531-562 y 563-580, respectivamente. (Mi propio, tardío descubrimiento de esta corriente es por supuesto irrelevante, salvo porque se lo debo a José Antonio Serrano y —en lo que toca a la ciudad de México— a Pedro Santoni.)

ciones de Hobsbawm sobre la xenofobia de las masas urbanas preindustriales— se ha avanzado mucho en la comprensión de la conciencia popular decimonónica.²⁸

Así las cosas, devolver a los rebeldes de 1847 la racionalidad de sus actos conduce, como es fácil comprender, a un replanteamiento de la noción de “mexicanidad” como causa eficiente de su rebeldía y, en general, como forma de explicar la presencia popular en la vida política mexicana del siglo xix. La proyección retrospectiva del significado vigesímico de “nacionalismo” —hasta hace poco el camino preferido tanto por los historiadores como por los propagandistas del estado— impidió durante mucho tiempo comprender el papel que la conciencia, los sentimientos y la voluntad desempeñan en las movilizaciones populares. No obstante, sin negar estas realidades —porque es imposible— y tampoco sin menospreciarlas —pues equivale a menospreciar a sus practicantes—, es indispensable definir las con mayor precisión, de modo que *mutatis mutandis* concuerden con las determinaciones estructurales de que son resultado.



Comprender la conciencia popular decimonónica no ha sido nunca, por suerte, el propósito de este trabajo, y está muy lejos —por supuesto— de lo que finalmente resultó. Si la tentación de reivindicar la conciencia patriótica de los barrios y las comunidades de la ciudad de México ha sido poderosa, el escepticismo academicista y la esperanza especular implícita en el nuevo marxismo británico fueron más provechosos. Es posible, sin duda, que la revuelta de 1847 no haya sido más que un arrebató irracional y absurdo; es igualmente posible que fuera, al contrario, una manifestación cristalina de la conciencia nacional de los capitalinos. Pero cabe la posibilidad de que el alzamiento con que los habitantes de la ciudad de

28. Véanse Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo...* capítulo 2, “Protonacionalismo popular”, pp. 55-88, y Alan Knight, “Peasants into Patriots: Thoughts on the Making of the Mexican Nation”, en *Mexican Studies-Estudios Mexicanos* (Irvine [California]), vol. 10, núm. 1, invierno de 1994, pp. 135-161. Sobre la xenofobia de la “plebe”, véase Hobsbawm, *Rebeldes primitivos...* pp. 171-172.

México recibieron al ejército estadounidense, en efecto, fuera en realidad una expresión de los conflictos de clases en el México decimonónico.

Al menos ésa es la impresión que resulta de advertir, en primer lugar, ciertas coincidencias entre las realidades descritas, entre otros, por Charles Gibson, Alejandra Moreno Toscano y Frederik J. Shaw —esto es, la división étnica de la ciudad colonial, el sobrepoblamiento de la periferia a principios del siglo XIX y la desigualdad social entre los barrios y la vieja ciudad española durante la primera mitad del siglo—²⁹ y un esquema cartográfico de la revuelta capitalina del que se dará cuenta en las páginas por venir: en síntesis, que la mayoría de los barrios “léperos” de la capital mexicana —el suroeste alrededor de la ex Acordada y el barrio del Tarasquillo, el sur en torno del Salto del Agua y la plaza de San Pablo, el oriente con centro en El Carmen y La Merced y el centro-noroeste organizado por la plaza del Factor y el barrio de Santa Ana— fueron también las zonas donde, bien comenzó el alzamiento, bien los combates se prolongaron durante más tiempo o bien la actividad de los rebeldes alcanzó sus momentos más intensos.

En segundo lugar, la perspectiva social de la revuelta es resultado de comprobar que el alzamiento fue un fenómeno esencialmente popular. La mayor parte de los rebeldes, de acuerdo con los testimonios mexicanos y estadounidenses, habrían pertenecido al bajo pueblo capitalino y no a las élites políticas más involucradas en la guerra internacional. Un pequeño dato, repetido por todos los informantes, bien puede resultar emblemático: las armas más conspicuas de los rebeldes fueron las piedras de los pavimentos metropolitanos, que el gobierno del Distrito Federal había ordenado levantar y situar en las azoteas de la ciudad apenas unos días antes

29. Véanse Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, traducción de Julieta Campos, México, Siglo Veintiuno, 1977 [primera edición, 1967], en especial el capítulo “La ciudad”, pp. 377-412; Alejandra Moreno Toscano, “Un ensayo de historia urbana”, en *Ciudad de México: ensayo de construcción de una historia*, compilación de Alejandra Moreno Toscano, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1978 (Colección Científica, 61), en especial pp. 12-17, y Frederick John Shaw Jr., “Poverty and Politics in Mexico City, 1824-1854”, tesis de doctorado, s. l., University of Florida, 1975, en especial hh. 14-15, donde señala las particularidades de algunos de los barrios más característicos del *menu peuple* capitalino: San Juan, San Salvador el Seco, Necatitlan, Candelaria, Santa Ana, San Sebastián, El Carmen, San Lázaro, La Soledad, La Palma, Manzanarcs, San Pablo, San Antonio Abad, Salto del Agua y Peralvillo.

del 14 de septiembre. Piedras y no fusiles, piedras y no espadas o lanzas. En consecuencia, la hermosa litografía de Carl Nebel no debe ser vista como un mero producto imaginario: aunque lo más probable es que Nebel no estuviera en el Zócalo en la mañana del 14 de septiembre,³⁰ debe haber sabido que era importante dibujar al lépero que, en el extremo inferior izquierdo de *Gen. Scott's Entrance into Mexico*, se apresta a arrojar una piedra contra los jinetes estadounidenses (figura 1).

Tal comportamiento, socialmente diferenciado, constituye la tercera indicación de que el alzamiento es ante todo un fenómeno social y no patriótico o político. Mientras los barrios meridionales reaccionaron con furor ante la ocupación, los balcones de Plateros, calle emblemática de la aristocracia novohispana, se poblaron con banderas de parlamento, blancas como palomas de la paz, a la hora en que la comandancia estadounidense se aproximaba al Zócalo. Carlos María de Bustamante y el redactor del *Décimo calendario de Abraham López* añaden una nota sarcástica y acaso aún más indicativa de la actitud de la clase dominante: entre el 14 y el 15 de septiembre, muchos mexicanos habrían desplegado banderas de los países de su admiración, en especial España, con la esperanza de librarse del saqueo estadounidense,³¹ pero sobre todo con la esperan-

30. Ronnie C. Tyler, *The Mexican War: A Litographic Record*, Austin, Texas State Historical Association, 1973, p. 18, afirmó que Nebel no vivía en México en 1847, pero, años más tarde, con nueva información, corrigió su afirmación; véase *The War Between the United States and Mexico, Illustrated*, edición facsimilar, introducción (nueva) de Ron Tyler, textos de George W. Kendall, ilustraciones de Carl Nebel, Austin, Texas State Historical Association, 1998 [primera edición, 1851], p. xviii. Empero, no hay modo de saber si el grabador alemán asistió a la entrada de los estadounidenses. Tyler mismo, *ibidem*, p. xxi, apenas se atreve a sugerir que Nebel "[...] could have witnessed some of the battles [...]" [pudo haber presenciado algunas de las batallas] de la campaña del Valle. Yo creo —aunque por supuesto no es más que una creencia— que Nebel estaba en la ciudad en la mañana del día de san Crescencio, aunque no necesariamente en la plaza de la Constitución.

31. Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea historia de la invasión de los anglo-americanos en México*, edición facsimilar, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987 [primera edición, 1847], vol. 1, pp. 54-55, y "Segundo acto. Últimos acontecimientos de la capital de la república mexicana, [atacada] por el ejército de los Estados-Unidos del Norte, hasta el 17 de septiembre de 1847", en *Décimo calendario de Abraham López para el año bisiesto de 1848*, México, Imprenta de Abraham López, 1847, pp. 56-69 (en adelante, *Décimo calendario de Abraham López...*), que también es conocido como "Diario de la entrada de los americanos a la capital", en *The Genaro García Collection of Manuscripts in*

za de evitar una violencia social que acaso habría retrocedido ante el peligro de verse sus protagonistas envueltos en un conflicto diplomático de alcances incalculables.³²

En cuarto lugar, por último, la suposición de que el alzamiento del 14 de septiembre fue un hecho social antes que político proviene de lo anómalo que resulta el asalto a algunas casas patricias en el curso de la rebelión³³ y, mucho más, el saqueo del Palacio Nacional de México,³⁴ en momentos en que cabría esperar algún grado de unión patriótica para enfrentar a un gobierno que agredía al estado mexicano y a la capital de la república. En el caso de la invasión a la

The Latin American Collection, micropelícula, Austin, University of Texas Library, 1970 (en adelante, GCM), rollo 26, "Political, Social, Economic, and Military Conditions in Mexico, 1844-1848. Notes and Documents Collected by Justin Smith", parte 1, núm. 15, hh. 131-133. Véase también la apostilla a Juan de la Granja, "Relación de los acontecimientos de 6 a 21 ó 22 de septiembre de 47, hecha para enviar a sus amigos en el extranjero" (en adelante, "Relación de los acontecimientos..."), en Juan de la Granja, *Epistolario*, estudio preliminar de Luis Castillo Ledón, notas de Nereo Rodríguez Barragán, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1937, p. 185, y *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 331.

32. Es un poco difícil, por supuesto, afirmar que los léperos se sentían intimidados ante la perspectiva de ser castigados por un país europeo. Sería necesario saber, por ejemplo, qué tanta difusión recibieron los procesos de reclamación francesas, españolas y estadounidenses en los años previos a la guerra mexicano-estadounidense, y qué tanto efecto tuvieron sobre la conducta delictiva del bajo pueblo de la capital. Sin ese tipo de información, es casi imposible, verbigracia, evaluar el pleito callejero que el embajador francés protagonizó en 1845, o la agresividad —extrema pero limitada a lo verbal— que George F. Ruxton, *Aventuras en México*, traducción de Raúl Trejo, prólogo de Fausto Castillo, México, El Caballito, 1985 [primera edición en inglés, 1847], pp. 62-63, recordaba con desprecio y miedo apenas disimulado. Pero cabe la posibilidad, en efecto, de que los léperos se lo pensarán dos veces antes de agredir a un extranjero en la ciudad de México. Después de todo, los asesinos de Daniel Thomas Egerton fueron tratados sin clemencia; véase Mario Moya Palencia, *El México de Egerton, 1831-1842*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1994.

33. En *The War Between the United States...*, p. 46, Kendall aseguró —sin dar más detalles— que las banderas de parlamento no pudieron impedir los ataques a las casas de los ricos, y que los robos ocurrieron en todos los barrios de la ciudad.

34. Carta de José Fernando Ramírez a Francisco Elorriaga, México, 30 de septiembre, 1847, en José Fernando Ramírez, *México durante su guerra con los Estados Unidos*, edición de Genaro García y Carlos Percyra, México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1905 (Documentos Inéditos o Muy Raros para la Historia de México, III), p. 318. Véase también el parte de Quitman, citado en Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 633.

antigua residencia de los virreyes novohispanos es preciso detenerse, sobre todo, en dos hechos. En primer lugar, que el saqueo comenzó *antes* de la ocupación estadounidense, esto es, en las cinco o seis horas que mediaron entre la retirada del gobierno federal mexicano y el momento en que la vanguardia del general Quitman tomó posesión del edificio. En segundo término, que la plaza de la Constitución no estuvo totalmente abandonada durante la noche del 13 de septiembre: la sesión del cabildo metropolitano no terminó antes de las siete y media de la mañana del martes 14 y muchos mensajeros circularon por la plaza en las horas del interregno —por lo menos el general Herrera, hacia las 11 de la noche del lunes 13, con la noticia oficial de la retirada mexicana, y una comisión del ayuntamiento que en la madrugada del martes marchó a Tacubaya a negociar la rendición de la ciudad.

Puede decirse, en consecuencia, que contamos ya con cuatro indicios de lo que puede haber sido la naturaleza del alzamiento. Falta, empero, explorar con más detalle los momentos finales de la guerra pública —política—, así como las horas en que los habitantes de la ciudad de México tomaron las armas contra los estadounidenses. Sólo estaremos en condiciones de imaginar las razones que condujeron al bajo pueblo capitalino a la rebelión armada o, más bien, de esbozar una historia de esos motivos, que también ellos, en tanto que hechos humanos, son resultado de combinar tiempo y espacio. El piso es blando, no obstante, y muy poco en realidad podrá afirmarse con certeza; pero tal parece ser el sino de esta historia pequeña, inexistente hasta hace muy poco: sin el auxilio de la literatura para hacerse comprensible, lejos ya el tiempo en que bastaba narrar hechos para hacer historia, no ha quedado más remedio que inventar los sucesos o al menos —como en las ciencias verdaderas— ha sido necesario construir el experimento que demuestre su existencia. ❧

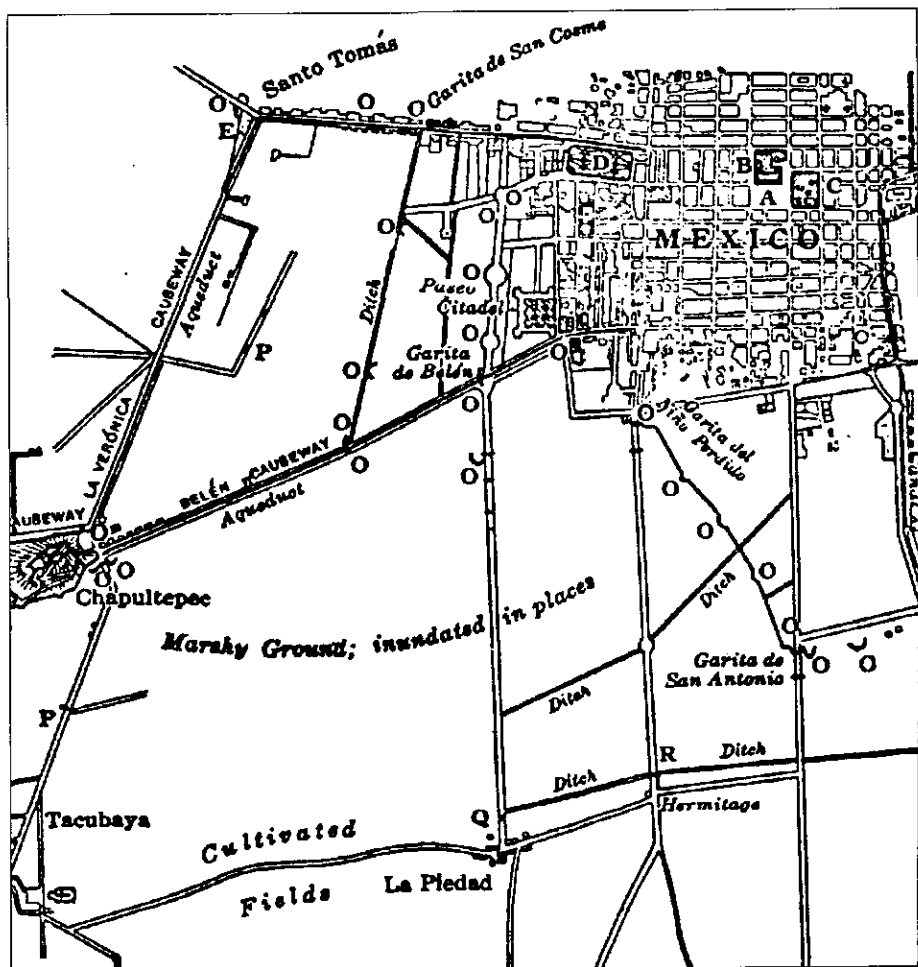
LAS ACCIONES MILITARES DEL 13 DE SEPTIEMBRE, CONOCI-

das hasta el hartazgo las de sus primeras horas —no olvidemos que el castillo de Chapultepec fue conquistado antes de las nueve de la mañana— o groseramente ignoradas las posteriores, incluso por los constructores de la historia patria —y eso que la defensa de la garita de Belén estuvo cerca de ser un triunfo para el ejército mexicano—, no pueden, ni por asomo, ser abordadas en estas líneas. La maraña de movimientos grandes y pequeños, de combates, refriegas y aun aventuras personales ocurridos ese día reclaman el concurso de un historiador militar avezado —no la mirada de un zafio diletante— que sea capaz de encontrar la lógica social y política que subyace en el asalto al palacio de recreo de Revillagigedo y, sobre todo, en la loca embestida del ejército estadounidense a lo largo de las calzadas occidentales que unían la ciudad de México con la antigua ribera del lago (mapa 1).

Lógica social y política, en efecto. Porque es evidente que —de-
trás de los disparos y bajo las nubes de pólvora de los cañones—
también la vida social de los ejércitos enfrentados anima y explica su
actuación militar. Pienso, por ejemplo, en las estructuras sociales y
políticas que se encuentran en el piso del salón capitular del arzobis-
pado de Tacubaya en la tarde del 11 de septiembre, cuando Win-
field Scott toma la decisión de atacar Chapultepec en lugar de enfi-
lar sus fuerzas sobre San Antonio y Niño Perdido:¹ West Point
enfrentado al ejército de la frontera, Scott desembarazándose de
Worth, los voluntarios —como de costumbre— relegados a la con-
dición de comparsas-carne de cañón.² Y pienso, por supuesto, en la

1. Véase *With Beauregard in Mexico: The Mexican War Reminiscences of P.G.T. Beauregard*, edición de T. Harry Williams, Nueva York, Da Capo, 1969, pp. 71-72, y Seymour V. Connor y Odie B. Faulk, *La guerra de intervención, 1846-1848. El punto de vista norteamericano*, traducción, prólogo y notas de Nicolás Pizarro Suárez, México, Diana, 1975, p. 151.

2. En Monterrey y en Cerro Gordo, por ejemplo, las tropas de voluntarios fueron empleadas para distraer la atención del ejército mexicano e impedirle que detuviera los movimientos de los regulares: mientras que las fuerzas de Quitman y de Pillow fueron enviadas, aquéllas a chocar contra la Teneria y éstas a estrellarse contra el centro y la izquierda de la línea mexicana en la batalla veraacruzana, las divisiones de Worth y Twiggs fueron las encargadas de realizar las maniobras decisivas, o al menos las que parecían importantes para



Mapa 1. La ciudad de México en septiembre de 1847. Tomado de Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 141. Digitalización: Luis Fernando Granados (en adelante, L.F.G.)

decisión improvisada e irresponsable, rayana en la desobediencia, que toma el general Quitman al mediodía del lunes: los inexpertos e ineficientes voluntarios, lanzados al asalto de Belén, anuncian de este modo su inconformidad y su frustración. (Digamos de paso que el rechazo a la marginación es lo que lleva a Quitman, en la mañana del martes, a incurrir en un nuevo desplante: avanza sobre la Ciudadela, y más tarde sobre la plaza mayor de México, sin esperar las órdenes de su comandante en jefe.)³ En el bando mexicano ocurren cosas semejantes, aunque no exista suficiente información al respecto, ¿o debemos creer que la concentración de la guardia nacional capitalina en la línea meridional de defensa es sólo resultado de consideraciones militares?⁴

el mando estadounidense —en ambos casos, por cierto, maniobras para flanquear por la derecha al enemigo—. Véanse Smith, *op. cit.*, vol. I, pp. 239-261, y vol. II, pp. 37-59, y Roa Bárcena, *op. cit.*, pp. 99-111, 267-268 y 279-280.

3. Smith, *op. cit.*, vol. II, pp. 412-413, nota 19.

4. Wilcox, *op. cit.*, p. 479, y *Breve reseña histórica de los principales acontecimientos ocurridos con motivo de la rebelión de la colonia de Tejas y guerra con los Estados Unidos de Norte-América*, México, Orientaciones, 1941 [primera edición, 1848], p. 53. Aunque la precisión es imposible, al menos por ahora, acaso valga la pena intentar una especie de corte sociológico del voluminoso ejército reunido por Santa Anna y Anaya durante el verano de 1847: una mera aproximación a su composición social podría arrojar alguna luz sobre su desempeño en la campaña del valle y, sobre todo, en las horas y los días posteriores a la batalla de Chapultepec. A principios de agosto, cuando la columna de Scott se aproximaba al Peñón, el ejército mexicano estaba formado por ocho brigadas de infantería. Al frente de ellas estaban los generales Terrés, Martínez, Rangel, Pérez, León, Anaya y Andrade, y el coronel Zerzeco —hay muchos organigramas del ejército mexicano: uno de los más completos está en *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 209—. Es preciso detenerse en las fuerzas al mando de Joaquín Rangel, Antonio de León, Pedro María Anaya y Anastasio Zerzeco, pues ahí se concentraba la mayor parte de los guardias nacionales o de las tropas radicadas de tiempo atrás en la capital de la república (del resto sólo vale la pena indicar que el batallón 1.º Activo de México formaba parte de la brigada Terrés y que, por lo tanto, participó en la batalla de Belén al mediodía del 13 de septiembre). Si en los batallones de línea que constituían el resto del ejército había muchos o pocos habitantes de la capital mexicana —y parece probable que fueran muchísimos, pues el reclutamiento masivo de mayo, junio y julio tuvo como escenario sobre todo el valle de México—, la influencia de la guerra en la vida común de los capitalinos hubiera sido mucho mayor de la que hasta ahora es posible percibir; pero hace falta más que un simple análisis del organigrama general del ejército mexicano. Con León, el general de los moderados oaxaqueños, formaba la antigua primera brigada de artillería Mina, cuyo comandante era el conspicuo Lucas Balderas. Anaya, uno de los líderes del alzamiento de los *polkos*, concentraba a la mayor parte de éstos: los

Ante todo, sin embargo, debemos detenernos en el efecto *social* de los hechos militares del 13 de septiembre: los grandes acontecimientos, en especial el asalto al castillo de Chapultepec, pero también los pequeños sucesos ocurridos a partir del mediodía, constituyen los últimos acordes de lo que podríamos llamar la obertura del alzamiento. Si la célebre luminosidad del valle ya había permitido —el 20 de agosto y el 8 de septiembre, por lo menos, aunque la costumbre debe tener su origen en las guerras civiles de los veinte años anteriores— el agolpamiento de los curiosos en las azoteas y las torres de las iglesias capitalinas,⁵ mucho más abundante debe haber sido el público el lunes 13: desparramados como hongos —blancos, rojos, azules— los parasoles evidenciaban la general espera.⁶ A la angustia de los habitantes de la ciudad de México, que sabían o podían saber que estaba ocurriendo la batalla definitiva de la guerra, hay que sumar tres alicientes geográficos para la observación: la

batallones Independencia, Bravos, Victoria e Hidalgo. Zerecero, por su parte, parece haber reunido bajo su mando los restos de la guardia nacional partidaria de los puros: el Aldama, el Galeana, el Matamoros y el Libertad. Rangel, en fin, mandaba a tropas regulares que, no obstante, habían tenido una activa participación en la política metropolitana: además del Batallón de Granaderos de la Guardia, que estaba vinculado con él por lo menos desde el fracasado golpe de estado de junio de 1845 y que había peleado en el bando gobiernista en la guerra civil de febrero de 1847, a esa brigada pertenecía el batallón Mixto de Santa Anna, formado después de Cerro Gordo con los restos del desastre veracruzano y que es posible recogiera a muchos de los guardias puros que sostuvieron la línea derecha del ejército mexicano el 18 de abril: véase Niceto de Zamacois, *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado a luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las bibliotecas públicas, y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco, existían en las de los conventos de aquel país*, Barcelona-México, J. F. Parres y Compañía, 1880, vol. xii, p. 687.

5. Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 551, y Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, pp. 724-725. Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, México, Porrúa, 1986 [primera edición, 1905], p. 567, miró la batalla de Molino del Rey desde el colegio de Belén de los Padres. En ello coincide una carta de José Fernando Ramírez a Francisco Elorriaga, México, 11 de septiembre, 1847, en Ramírez, *op. cit.*, p. 308: "El espectáculo que presenta la ciudad es imponente y á veces terrorífico. Las campanas mudas hace muchos días, solamente suenan p.^a tocar á rebato y á este toque, que introduce una agitacion febril en las calles y plazas, sucede un silencio de desolacion, porque la mitad de los habitantes puebla las azoteas para ver venir su destino, mientras la otra mitad se encierra ó corre á las armas p.^a preparar su ultima defensa."

6. "Memorias de Zapatilla", p. 109.

propia eminencia del cerro del Chapulín, la proximidad, nunca antes mayor, entre la guerra y el espacio urbano de la ciudad de México, y la relación, casi familiar, entre cerro, castillo, calzada y acueducto, y la vida de la ciudad.

Hay, pues, un público a la expectativa. Y hay, desde el 12 de septiembre, un rumor de artillería en el aire de la capital: bien colocados por los ingenieros, los cañones estadounidenses bombardean desde Tacubaya y la hacienda de la Condesa las fortificaciones mexicanas de Chapultepec,⁷ al tiempo que la batería de Steptoe, agregada para el caso a la división Twiggs, se acerca desde La Piedad y hostiga, finta sólo, la porción mejor organizada de las defensas mexicanas.⁸ ¿Se perciben estas acciones como un aviso? ¿Está el público colocado en sus lugares al amanecer del lunes? Son al parecer las cinco de la mañana cuando la artillería estadounidense interrumpe el bombardeo de Chapultepec. Se disipa el humo, se huele la frescura del rocío, se distienden los músculos mexicanos. La tregua dura apenas media hora y entonces se comprende que, más que tregua, la pausa es en realidad una señal: Quitman por el sureste, Pillow por el sur, Worth por el noroeste —un tanto retrasado—, las vanguardias avanzan a paso de carga, destrozan las defensas mexicanas del bosque y escalan, veloces, las laderas del cerro.⁹

Los voluntarios neoyorquinos reclaman el honor de haber alcanzado la cima los primeros, pero desde la altura en que observamos la batalla poco importa, en realidad, conocer la identidad de los primeros vencedores. Importa más observar la retirada de la brigada Rangel por la calzada de la Verónica, los preparativos de la división Worth para perseguirla y la precipitada marcha de los voluntarios de Quitman a lo largo del acueducto de Chapultepec. A partir de ahora, la batalla tendrá dos frentes. En el noroeste, por la calzada de San Cosme —desde el cementerio británico hasta el convento de San Fernando— la primera división de regulares se enfrentará a lo mejor del ejército mexicano, o sea las brigadas Ran-

7. Smith, *op. cit.*, vol. II, pp. 152-153.

8. Wilcox, *op. cit.*, pp. 473-474; Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 575, y diario de Richard Coutler, México, 13 de septiembre, 1847, en *Volunteers: The Mexican War Journals of Private Richard Coutler and Sergeant Thomas Barclay, Company E, Second Pennsylvania Infantry*, edición de Allan Peskin, Kent (Ohio), Kent State University, 1991, pp. 177-178.

9. Sobre la batalla de Chapultepec, véanse en principio Smith, *op. cit.*, vol. II, pp. 153-158, y Roa Bárcena, *op. cit.*, pp. 573-613.

gel y Pérez; es el combate cruento y el avance fatigoso, pues los estadounidenses sólo progresan a fuerza de horadar las casas de la ribera.¹⁰ La garita de San Cosme no cae antes de las seis de la tarde.¹¹

En el suroeste, mientras tanto, los voluntarios estadounidenses combatirán a una miríada de fuerzas mexicanas, entre las que destacan los guardias nacionales de Morelia, Guanajuato y Lagos y el batallón de Inválidos, primero en el puente de los Insurgentes y a partir del mediodía alrededor del pueblo de Romita.¹² A la una y veinte de la tarde, Quitman alza su pañuelo victorioso sobre las ruinas de la garita de Belén.¹³ Esta acción, sin embargo, no significó el fin de los combates en el suroeste de la ciudad. (Durante toda la tarde, e incluso después de la puesta del sol, mexicanos y estadounidenses se enfrascaron en una extraña batalla de la que nadie resultó vencedor: los voluntarios de Quitman retuvieron el control de la garita y los mexicanos permanecieron en poder de la Ciudadela.)¹⁴ Apenas perdida la posición de Belén, variopintas fuerzas mexicanas intentaron desalojar a los voluntarios de los alrededores de Romita. El ataque provino de al menos tres sitios distintos y sus

10. Wilcox, *op. cit.*, p. 477; Smith, *op. cit.*, vol. II, pp. 160-161, y Nathan Covington Brooks, *A Complete History of the Mexican War: Its Causes, Conduct, and Consequences: Comprising an Account of the Various Military and Naval Operations. From its Commencement to the Treaty of Peace. Illustrated and Explained by Maps, Plans of Battles, Views, and Portraits*, edición facsimilar, prólogo de Gilberto Espinosa. Chicago, The Rio Grande Press, 1965 [primera edición, 1849] (The Beautiful Rio Grande Classics), pp. 419-420.

11. Santa Anna afirmó más tarde que los mexicanos se retiraron de San Cosme poco antes de las siete de la noche: véase el parte de Antonio López de Santa Anna al ministro de Guerra y Marina (en Querétaro), Tehuacán, 12 de noviembre, 1847, en Antonio López de Santa Anna, *Detall de las operaciones ocurridas en la defensa de la capital de la República, atacada por el ejército de los Estados Unidos del Norte. Año de 1847*. México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1847, p. 31.

12. Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 618.

13. *With Beauregard in Mexico*, p. 94, y Robert E. May, *John A. Quitman. Old Southern Crusader*, Baton Rouge-Londres, Louisiana State University, 1985 (Southern Biography Series), pp. 192-193. La información proviene de una carta de Scott a Marcy, 18 de septiembre, 1847; nota de Kendall en el *New Orleans Picayune* (Nueva Orleans), 14 de octubre, 1847; carta de Quitman a H. L. Scott, 29 de septiembre, 1847, publicada en los *House Executive Documents*, 30º congreso, primer periodo de sesiones, núm. 8; las memorias de Beauregard y una carta de John P. Gaines a Quitman, 27 de octubre, 1847, en los Clairborne Papers del Mississippi Department of Archives.

14. *With Beauregard in Mexico*, p. 94, y diario de Richard Coutler, 13 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 175.

protagonistas fueron reunidos con dificultad por el general Terrés y mandados por José Guadalupe Perdigón Garay, Antonio de Haro y Tamariz y el coronel Barrios: desde el paseo de Bucareli, desde la Ciudadela y desde el Colegio de Belén de las Mochas.¹⁵

Lo interesante del caso, por supuesto, no está en el desempeño de las armas nacionales en la tarde del 13 de septiembre; se encuentra, más bien, en que los tres barrios adyacentes a estos enclaves pertenecían ya a la zona urbana capitalina. Es de resaltar, además, que Belén de las Mochas formaba parte de la línea fortificada del sur de la ciudad —esto es, que estaba unida a la garita de Niño Perdido y tenía vínculos con los guardias nacionales del Victoria ahí instalados—¹⁶ y que en la fuente de la Victoria —situada a la mitad del paseo de Bucareli y donde una batería mexicana seguía combatiendo a la hora en que Santa Anna pasó por ahí camino de la Ciudadela— desembocaba uno de los caminos que unían al Paseo con los barrios de la ex Acordada, el Tarasquillo y San Juan (mapa 2).¹⁷ Y más todavía: es en torno de la reconquista de Belén donde los civiles hacen su primera aparición en la batalla. Los subordinados vencidos de Terrés, los obreros de la maestranza de la Ciudadela y —atención— un grupo de “pueblo” sin más calificativo que éste, forman una columna que, en las primeras horas de la tarde, carga sin éxito contra las barricadas de los sudcarolinianos.¹⁸ Encabeza la procesión una pieza de artillería y seguramente le siguen espadas y fusiles. Qué más da. Lo que hay que mirar —y mirar y volver a mirar— es a esta multitud apedreando a los estadounidenses.¹⁹

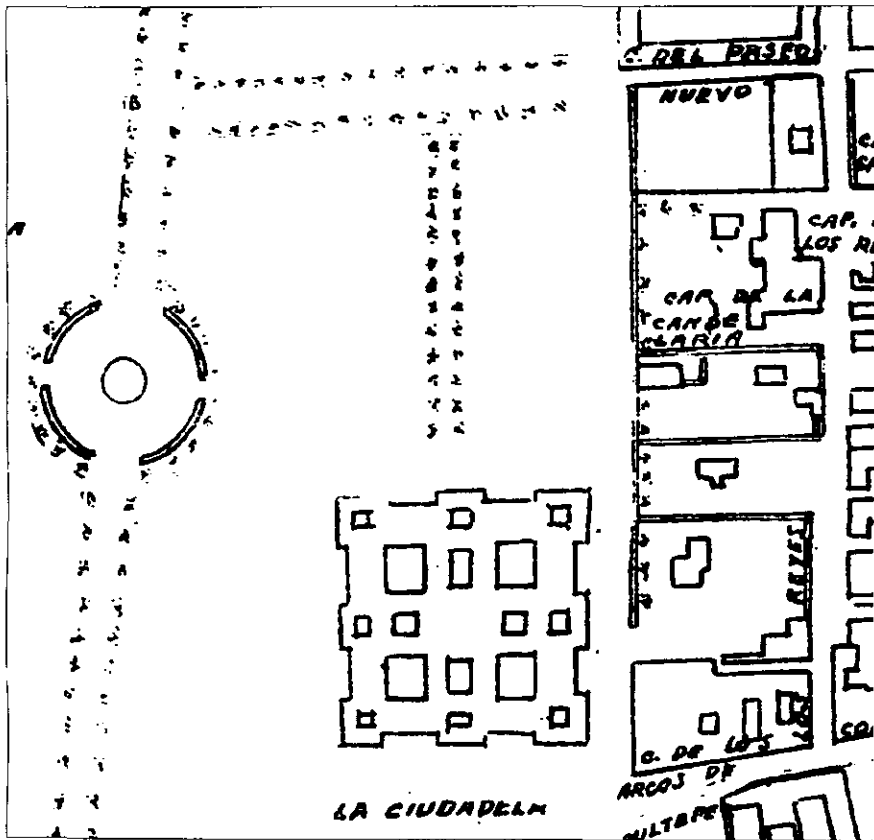
15. Wilcox, *op. cit.*, p. 473; Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 159; Zamacois, *op. cit.*, vol. XII, pp. 828 y 831-832; *Apuntes para la historia de la guerra...*, pp. 320-321, y parte del general Andrés Terrés al ministro de Guerra, México, 16 de septiembre, 1847, tal como aparece en “Memorias del general Andrés Terrés y Mesa-guer (1784-1850)”, edición crítica y paleografía de Alonso García Chávez, tesina de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), 1996, apéndice documental, hh. 152-154. Terrés mismo ya no participó en la contraofensiva, pues fue detenido por órdenes de Santa Anna cuando apenas estaba reorganizando sus tropas en la Ciudadela; véase *ibidem*, h. 154.

16. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 322, y “Memorias de Zapati-lla”, p. 106.

17. Hasta ahí llegó Terrés, buscando organizar a los dispersos de su antigua guarnición; véase “Memorias del general Andrés Terrés...”, apéndice documental, h. 154.

18. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 321; “Memorias de Zapati-lla”, p. 106, y *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 64.

19. *Ibidem*.



Mapa 2. El Paseo a la izquierda, la Ciudadela en la parte inferior y el inicio de la zona urbana a la derecha. La continuación de la calle del Paseo desemboca muy cerca de la fuente de la Victoria. Tomado de *La ciudad de México en 1845. Reconstrucción del plano editado por la casa Bauekeller y C. de París* (1929). Digitalización: Patricia Reyes (en adelante, P.R.)

Si la proximidad *humana* de la guerra provocó en el suroeste la movilización de los pobladores de los barrios de la Ciudadela, la ex Acordada y San Juan, es razonable suponer que también los asentamientos de la frontera meridional de la ciudad se vieron arrojados o casi precipitados a la acción por la cercanía, poco menos que tangible, del conflicto armado. Estos hechos no suelen figurar en las crónicas hechas *desde arriba*, pues carecen en realidad de significación militar o política. Es evidente que las acciones de la división Twiggs en contra de San Antonio, Niño Perdido y aun Belén tuvieron el evidente propósito de impedir la concentración del ejército mexicano en sus posiciones del oeste —Belén, el Paseo y San Cosme—, y que su único mérito, si lo tienen, es haber conseguido dividir la atención de los defensores mexicanos.²⁰

Pero esa naturaleza, digamos distractora, sólo es comprensible si conocemos las decisiones del mando estadounidense en Tacubaya y, sobre todo, si observamos el campo de batalla con ojos de cartógrafo, de estrategia militar o de historiador. Aunque la timidez con que la brigada Riley se movió desde sus bases de La Piedad hubiera hecho comprender a los oficiales apostados en Niño Perdido el propósito real de los estadounidenses,²¹ las bombas disparadas por la batería Steptoe no eran simples metáforas o estratagemas verbales: los terraplenes derruidos, los heridos sangrantes, las tejas de los techos fracturadas por las balas de artillería, constituyen —o deben haber constituido— evidencias contundentes y trágicas de la corporeidad del conflicto armado.

De esta manera, el impacto de la guerra sobre la mancha urbana capitalina debe considerarse enorme y harto significativo, tangible de hecho, en los barrios suroccidentales de Belén, la Ciudadela y la ex Acordada (mapa 3); en la zona de influencia de los conventos de San Fernando y San Hipólito, es decir, las zonas de poblamiento del noroeste, y también en el extremo sur de la ciudad: San Salvador el Seco, San Salvador el Verde, Salto del Agua, Tlaxcoa-

20. Smith, *op. cit.*, vol. II, pp. 152-153 y 409.

21. Wilcox, *op. cit.*, pp. 473-474.

que, San Antonio Abad y San Pablo (mapa 4) deben haber vivido el final del conflicto militar como un acontecimiento íntimo, relacionado directamente con el bienestar o la desgracia personales, y no como un acontecimiento público, ajeno a la vida diaria, como ocurría en general con las cosas de los políticos. Es cierto que el resto de las regiones capitalinas no parecen haber sido afectadas de igual modo. Pero haríamos mal en menospreciar el efecto de las bombas, el humo y el movimiento de las tropas mexicanas en el ánimo de los capitalinos. ¿No es señal del involucramiento colectivo el ajetreo callejero que se advierte después del mediodía²² y, sobre todo, el deseo de algunos jefes de manzana de recibir parque para combatir a los estadounidenses —aunque no sepamos quiénes son ni a qué barrios pertenecen?²³

Cuando el sol comenzó a ocultarse, en consecuencia, la guerra ya había afectado las vidas de un considerable número de capitalinos. Por el momento es imposible calcular, así sea de modo aproximado, la cantidad de personas que se encontraron en esta situación, así como el porcentaje que representaban en el conjunto de los habitantes de la ciudad de México. La información manejada hasta el momento es, ciertamente, más anecdótica que estadística, y sólo una detenida pesquisa en los archivos municipales y militares podría remediar esta situación.²⁴ Pero basta un esbozo impresionista. El largo proceso de *terrenalización* de la guerra, iniciado en los años del conflicto texano y acelerado desde el final de la guerra civil en febrero de 1847, había alcanzado su punto climático.²⁵ En el ánimo cívico de la ciudad de México, las horas por venir eran tan reales y tan grotescas como las horas de todos los días. El demonio anglosajón, abstracto hasta 1847 y difuso entre los primeros días de agosto

22. Carta de Juan de Dios Núñez a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción), México, 13 de septiembre, 1847, GCM, rollo 80, Mariano Riva Palacio Papers (en adelante, MRPP), carp. 10, doc. 2396.

23. Recado anónimo, enviado quizás a Santa Anna, México, 13 de septiembre, 1847, en el Archivo Histórico del Distrito Federal (en adelante, AHDF), vol. 2265, exp. 28. Esta solicitud fue enviada a las 12:10 horas, o sea en las primeras horas de la batalla de las garitas.

24. *Ibidem*. Véase también la circular de Manuel Reyes Veramendi a los jueces de paz de la capital, México, 13 de septiembre, 1847, AHDF, vol. 2265, exp. 28. Lo que se desprende de ambos documentos es que el ayuntamiento movilizó a sus funcionarios, desde el mediodía del lunes, para enfrentar las eventualidades causadas por una derrota mexicana.

25. Sobre la *terrenalización*, véase el último tramo de este trabajo, "Las piedras, los pobres", pp. 183-195.

y los primeros de septiembre, estaba comenzando a tener forma humana. El fuego de sus gargantas, por lo menos, ya había dejado sentir su calor en la vida de algunas decenas de habitantes de la capital mexicana. ¶

LOS ACONTECIMIENTOS QUE MEDIAN ENTRE EL CREPÚS-

culo del 13 de septiembre y la mañana del 14 están cubiertos por una oscuridad exasperante. Y no sólo porque ocurren de noche, en un tiempo donde la luz eléctrica es todavía patrimonio exclusivo de san Telmo y en una ciudad prácticamente sitiada, que no ha tenido tiempo de encender sus candiles callejeros —parece que sólo alrededor de la plaza mayor los serenos han cumplido su tarea—.¹ La negrura proviene sobre todo de la improvisación y la cautela que dominan a los actores políticos y militares, y del silencio con que suelen comportarse los civiles. Tales actores, este comportamiento, han sido hasta ahora —y lo serán en el tiempo por venir— la única fuente de nuestra iluminación: ausentes de la ciudad mientras el lunes se transforma en martes, la ceguera está cerca de ser total.

En la ausencia, sin embargo, está la clave de lo que ocurre. Baja la marea, y las piedras del fondo quedan a la vista. Sube la marea, y las piedras se resisten a ser cubiertas por las aguas.



Bajamar es la apresurada, inútil reunión de los ejércitos vencidos en los alrededores de la Ciudadela: Santa Anna en persona, fiel a su condición de gran sargento, persigue a los desbandados de San Cosme y los agrupa,² los regaña y los conduce hacia la Ciudadela,³ donde permanecerán hasta el final de la jornada, revueltos con las tropas de la brigada Martínez, recién llegadas de Candelaria.⁴ Muchos, sin embargo, deben escapar a su magia, muchos deben confundirse con los civiles que huyen hacia la Alameda cuando la vanguardia de Worth se hace fuerte en la garita.⁵ ¿A dónde van? Sepamos por lo menos, si hoy es imposible conocer su destino exacto, que esos soldados están en algún sitio cuando comienza a amanecer.

1. "Memorias de Zapatilla", p. 113.

2. Wilcox, *op. cit.*, p. 480.

3. Carta de Antonio López de Santa Anna al secretario de Guerra, Tehuacán, 12 de noviembre, 1847, en *Detall de las operaciones...*, pp. 31-32.

4. Wilcox, *op. cit.*, p. 479.

5. "Relación de los acontecimientos...", p. 187.

Bajamar es también la decisión que toma el mando mexicano entre las ocho y las nueve de la noche: reunido en la Ciudadela con un puñado de militares y civiles improvisados como estrategas,⁶ Santa Anna comprende que es imposible entablar una nueva batalla al día siguiente, supone que los habitantes de la ciudad no participarán en un combate callejero y ordena la retirada.⁷ A Peralvillo por lo pronto, con destino a Guadalupe y más tarde dios dirá, comienzan a moverse los doce mil soldados que aún forman parte del ejército mexicano;⁸ un poco después —sobre las once de la noche—, los ministros de Relaciones y de Guerra también hacen mutis.⁹ Del suroeste al norte, seguramente a través del potrero de San Fernando, acaso por la Alameda y el camino de Santiago Tlatelolco, una lenta y desorganizada procesión consume las últimas horas de la noche.¹⁰ En la garita septentrional, y mientras el mando termina de organizar la columna, los desertores se vuelven legión.¹¹ ¿Significa algo

6. Asistieron a la junta Lino Alcorta, Martín Carrera, Francisco Pérez, Manuel Lombardini, Domingo Romero, Francisco Modesto de Olaguíbel, un licenciado Betancourt y Antonio López de Santa Anna. Véase *Apuntes para la historia de la guerra...* pp. 323-324.

7. Carta de Antonio López de Santa Anna al secretario de Guerra, Tehuacán, 12 de noviembre, 1847, en *Detall de las operaciones...* p. 32.

8. "Impugnación al informe del E. Sr. General D. Antonio López de Santa Anna, y constancias en que se apoyan las ampliaciones de la acusación del señor diputado D. Ramón Gamboa", apéndice de Antonio López de Santa Anna, *Las guerras de México con Tejas y los Estados Unidos*, en *Documentos Inéditos o muy raros para la historia de México*, compilación de Genaro García, México, Porrúa, 1991 (Biblioteca Porrúa, 59) [en adelante, "Impugnación al informe..."], p. 262. La misma cifra fue consignada en el reporte de Ramón Lozano al Ministerio de Asuntos Extranjeros de España, núm. 7, 16 de septiembre, 1847, GGM, rollo 24, "Diplomatic Correspondence of Spanish Agents", hh. 77v. Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 416, nota 21, empero, asegura que Gamboa calculó nueve mil soldados mexicanos.

9. Reporte de Ramón Lozano, núm. 7, 16 de septiembre, 1847, GGM, rollo 24, "Diplomatic Correspondence of Spanish Agents", hh. 77v-78r. Alcorta era el ministro de Guerra, mientras que José Ramón Pacheco lo era de Relaciones. Lozano, *ibidem*, asegura que el resto del gabinete no acompañó a Santa Anna. Es probable que Vicente Romero, el ministro de Justicia, hubiera tenido noticias de la retirada por su padre, Domingo, y que también haya salido de la ciudad con el contingente principal. De lo que no hay nada claro es del destino de Francisco María Lombardo, nombrado secretario de Hacienda apenas unos días antes.

10. A partir de las once de la noche, según Wilcox, *op. cit.*, p. 481, y Zamacois, *op. cit.*, vol. XII, p. 836. A la una de la mañana, con seguridad, el ejército avanzaba por la calzada de Guadalupe: véase Berge, *op. cit.*, pp. 234-235.

11. *Apuntes para la historia de la guerra...* pp. 335-336, y Zamacois, *op. cit.*,

que esta primera oleada de abandonos ocurra *antes* de que el ejército salga de la zona urbana? ¿Es indicio del origen ciudadano de los soldados?

No debe ser fácil para el general Lombardini, designado *comandante del ejército*, organizar una retirada en circunstancias tan precarias. Además de inutilizar los cañones de la Ciudadela y encontrar transportes para la mayor parte de los arsenales nacionales, debe sumar al éxodo el resto de la guarnición. No lo hace. Salvo las que están a la vista, o que permanecen en el camino hacia Peralvillo —es decir, que esperan en la ex Acordada, la casa Ayllon y el portillo de San Diego—, las tropas mexicanas quedan abandonadas a su suerte.¹² En Niño Perdido, en la Profesa, en San Francisco, en San Fernando, la orfandad de mandos y de órdenes debe causar, cuando menos, nerviosismo y preocupación.¹³ ¿Qué harán estos soldados cuando amanezca y descubran que la ciudad está en poder del enemigo?

Bajamar, en fin, es otra decisión del mando militar mexicano, concomitante de la retirada masiva: la guardia nacional del Distrito Federal queda disuelta y sus miembros liberados de toda obligación militar.¹⁴ Si el guarismo de un célebre opositor del presidente es correcto, la orden de desmovilización afecta a unos cuatro mil ciudadanos armados,¹⁵ la mayor parte de los cuales hacen guardia en la línea meridional de defensa. No son todos los guardias nacionales sobrevivientes,¹⁶ pero se trata, sí, de los más famosos, ricos y

vol. xii, p. 837. Ramón Gamboa, por su parte, afirmaba que en el camino a Guadalupe desertaron unos tres mil hombres: véase "Impugnación al informe...", p. 264.

12. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 334.

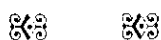
13. *Ibidem*, y Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 836.

14. *Ibidem*, vol. xii, p. 833, y *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 322.

15. "Impugnación al informe...", p. 264.

16. En la columna que se dirigía de Guadalupe a Tlanepantla, en la mañana del martes 14, viajaba al menos una parte del batallón *Matamoros*, al mando del diputado Juan Othón; véanse Wilcox, *op. cit.*, p. 485, y *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 336. Este hecho es interesante y contradictorio con lo que más tarde se insinuará —véase el último tramo de este trabajo, "Las piedras, los pobres", pp. 184-185—, ya que Othón, que unas horas antes había participado en el intento mexicano de reconquistar Belén —véase Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 832—, era uno de los políticos más claramente identificados con los puros: en diciembre de 1846 impulsó la maniobra parlamentaria que hizo posible la elección vicepresidencial de Gómez Farías y en marzo de 1847 fue enviado por el propio Gómez Farías a entrevistarse con Santa Anna —en camino a la ciudad de México tras la batalla de Angostura—.

bien pertrechados: los batallones Hidalgo y Victoria, por lo menos, reciben de los municipales —no de su mando—¹⁷ órdenes que deben ser humillantes e incomprensibles. Retirarse de sus posiciones, más tarde disolverse, no deben ser mensajes satisfactorios y bien recibidos por ciudadanos “respetables” y “patriotas” como ellos. Conocemos al menos un caso en que la rebeldía de los *polkos* llegó más allá de las palabras: una compañía del Hidalgo, concentrada en el convento de Santa Isabel, no acepta la derrota sino cuando atisba a los estadounidenses cruzando la Alameda, hacia las tres de la mañana del 14 de septiembre.¹⁸



La primera víctima del trajín militar, y la más importante, es sin duda el área central de la capital mexicana y, en especial, el aparato administrativo del estado. Decidida a las carreras y apenas organizada, la retirada del ejército deja a la intemperie el Palacio Nacional de México, sede de los poderes federales por supuesto, pero también —y sobre todo— residencia de casi toda la administración pública. Al parecer, nadie hace el menor intento por preservar la integridad de oficinas y casas principales y, con seguridad, a nadie se le ocurre dejar un representante del gobierno para recibir a los estadounidenses y hacer entrega del edificio.¹⁹ Estamos, por lo visto, ante una desbandada. Y el abandono de la prisión del Palacio es señal más que elocuente del desastre que se vive en las alturas oficiales.²⁰

con el propósito de impedir que el presidente apoyara la rebelión de los *polkos*; véase Pedro Santoni, *Mexicans at Arms: Puro Federalists and the Politics of War, 1845-1848*, Fort Worth, Texas Christian University, 1996, pp. 160-161 y 193.

17. “Impugnación al informe...”, p. 264.

18. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 325.

19. Reporte de Ramón Lozano, núm. 8, México, 17 de septiembre. GCM, rollo 24, “Diplomatic Correspondence of Spanish Agents”, h. 82. Véase también Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 415, nota 21.

20. Una tradición estadounidense, iniciada por Scott y Worth y cultivada con ahínco por casi todos los cronistas y los historiadores, insiste en afirmar que los presos del Palacio Nacional fueron liberados a propósito, incluso por órdenes directas del presidente Santa Anna, con la intención de obstaculizar la ocupación estadounidense. Como es imposible zanjar la discusión por el momento, acaso lo mejor sea adherirse a la opinión de Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 415, nota 21: “It was charged that Santa Anna let the criminals out of jail expressly to attack the Americans, and to bring odium upon his committing outrages that could be attributed to our troops. One cannot be sure about this matter; but it is noticeable that Gamboa, in piling up all possible charges

Apenas se han marchado los guardias del Palacio, apenas han cerrado sus escritorios los burócratas más fieles, y ya el edificio está invadido por una turba —o varias, que también entre la plebe hay diferencias— dedicada a saquear y, casi con seguridad, también a disfrutar el lujo de la vieja residencia de los virreyes españoles. Rompen las puertas, asaltan las oficinas²¹ —entre ellas las del Ministerio de Relaciones—,²² seguramente hurgan en las recámaras y aun se atreven a violar el recinto del Poder Legislativo de la federación²³ y las cajas de la *Tesorería General*.²⁴ Roban, pero también destruyen algunos papeles, pero no al azar:²⁵ es decir, se comportan como casi todos los rebeldes sociales de la historia. Ignoramos, sin embargo, de dónde vienen los asaltantes, cómo han entrado y, sobre todo, ignoramos el momento en que comienza el saqueo. El “apenas” con que se inicia este párrafo es por ello meramente retó-

against the President, only accused him of failing to prevent the criminals from getting free. Santa Anna must have been completely exhausted, but it seems to be true, as was stated by the British minister (Bankhead, no. 86, 1847), that some one in authority let about 200 men out of confinement.” [Se ha acusado a Santa Anna de dejar salir a los presos, expresamente para atacar a los estadounidenses y para que el odio causado por sus ultrajes pudiera ser atribuido a nuestras tropas. No se puede estar seguro de este punto, pero es digno de atención el que Gamboa, en busca de todos los cargos posibles contra el presidente, sólo lo acusara de no impedir que los criminales quedaran libres. Santa Anna debe haber estado completamente exhausto, pero parece ser cierto —como declaró el ministro inglés— que alguien con autoridad dejó que unos 200 hombres dejaran su reclusión.] El paréntesis, obra de Smith, indica que se trata del reporte número 87 del embajador inglés, Charles Bankhead. Éste, empero, no especifica si los 200 delincuentes estaban reclusos en la prisión del Palacio y lo mismo ocurre con los 800 de Gamboa y con los dos mil del propio Scott; véase el último tramo de este trabajo, “Las piedras, los pobres”, pp. 159-160.

21. Reporte de Ramón Lozano, núm. 8, México, 17 de septiembre, GGM, rollo 24, “Diplomatic Correspondence of Spanish Agents”, h. 82, y carta de José Fernando Ramírez a Francisco Elorriaga, México, 30 de septiembre, 1847, en Ramírez, *op. cit.*, p. 318.

22. *Autobiography of the Late Col. Geo. T. M. Davis, Captain and Aide-de-camp Scott's Army of Invasion (Mexico) from Posthumous Papers*, Nueva York, Jenkins and Mc Cowan, 1891, p. 266.

23. Diario de Thomas Barclay, 26 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 194, y carta de William Chapman a su madre, tal como aparece en William Chapman, “Letters from the Seat of War—Mexico”, en *Green Bay Historical Bulletin* (Green Bay), vol. 4, núm. 4, 1928, p. 15.

24. Reporte de Ramón Lozano, núm. 8, México, 17 de septiembre, GGM, rollo 24, “Diplomatic Correspondence of Spanish Agents”, h. 82.

25. *Autobiography of the Late Col. . . .*, p. 266.

rico, volitivo incluso. Quisiera poder precisar el momento, contar con papeles para precisar nombres, ocupaciones y domicilios de los primeros invasores, o estar seguro de que hay tan sólo unos minutos entre la huida gubernamental y la invasión popular. En fin, quisiera asegurar que se trata de una invasión y no del camino que siguen los presos liberados para volver a la vida —idea ésta que los estadounidenses repetirán hasta el cansancio, aunque la única investigación realizada en el momento muestra que es difícil sostener que fueran presidiarios.²⁶

De lo que no cabe dudar, en primer término, es que el saqueo del Palacio Nacional ocurre en las primeras siete horas del 14 de septiembre, *antes* de la entrada de los estadounidenses y, en segundo lugar, que los bandidos son habitantes de la ciudad de México. Prueba de lo primero es que muy temprano en la mañana, todavía en la Ciudadela, Quitman se entera del saqueo²⁷ y que —unos minutos más tarde— los primeros *marines* que entran al Palacio tienen que desalojar a los saqueadores,²⁸ y no de cualquier modo: la bayoneta es quizá la más antigua de las armas modernas.²⁹ Comprobación de lo segundo, e insinuación de una caracterización más

26. El 11 de octubre, 1847, el coronel Betton informó a Quitman que había logrado averiguar que, al momento de salir de la ciudad, Santa Anna liberó entre 800 y mil presos [de la Acordada!; "...] with the design and in the expectation that as soon as they were released they would repair to the palace, rob it of everything that was of value and movable, and destroy the rest" [con el designio y la expectativa de que tan pronto como estuvieran libres se dirigirían al Palacio y ahí robarían todo lo que hubiera de valor y fuera transportable, y destruirían el resto]: *Autobiography of the Late Col...*, p. 268. Betton añadió que, al mismo tiempo, el general presidente, con la complicidad de Tornel, se llevó todo el dinero del Ministerio de Hacienda y de la Aduana. Véase *ibidem*, p. 267. Lo decisivo de esta pesquisa es que afirma que los presos liberados procedían de un edificio que de hecho estaba a las afueras de la capital, muy lejos del Palacio Nacional. ¿Es creíble que estos delincuentes —que deben estar felices y con ganas de disfrutar de la vida, además— obedezcan a Santa Anna y crucen media ciudad para meterse en el Palacio?

27. Parte del general John A. Quitman, Palacio Nacional de México, 29 de septiembre, 1847, reproducido en el *Niles' National Register* (Baltimore), 27 de noviembre, 1847, p. 205, col. 3. Más tarde, en *The War Between the United States...*, p. 45, Kendall afirmará que fue esta noticia la causa del movimiento de la división Quitman hacia el Zócalo.

28. *Ibidem*, y Wilcox, *op. cit.*, p. 482.

29. Richard McSherry, *El puchero, or a Mixed Dish from Mexico, Embracing General Scott's Campaign, with Sketches of Military Life, in Field and Camp, of the Character of the Country, Manners, and Ways of the People*, Filadelfia. Grambo & Co. Succesors to Grigg, Elliott & Co., 1850, p. 115.

precisa, viene a ser la suerte de los bienes hurtados: como en 1692, tras el gran alzamiento indígena,³⁰ o como en 1828, en los días que siguieron al saqueo del Parián,³¹ en los mercados populares se venden telas, adornos y libros de actas robados.³² Sin duda no se trata de ventas menores, pues entre el 20 de septiembre y el 30 de octubre —por lo menos— el ayuntamiento de México destinará una partida especial de su presupuesto para “recuperar” los papeles robados.³³ Y, ¿no es señal de la gravedad del saqueo que el gobierno del Distrito Federal, casi un año después, ofrezca dinero y disimulo

30. Véase, por ejemplo, “Tumulto acaecido en la ciudad de México el año de 1692. Carta escrita desde México dando cuenta de dos sucesos importantes acaecidos en este año de 1692”, en *Tumultos y rebeliones acaecidos en México*, edición facsimilar, compilación de Genaro García, México, Secretaría de la Reforma Agraria (Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México), 1981 (Documentos inéditos o muy raros para la historia de México, 10), pp. 230-255.

31. Véanse José María Tornel y Mendivil, *Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1852, en especial pp. 406-407 y 412-415, y sobre todo el clásico trabajo de Silvia M. Arrom, “Popular Politics in Mexico City: The Parián Riot, 1828”, en *Hispanic American Historical Review* (Durham [Carolina del Norte]), vol. 68, núm. 2, mayo de 1988, p. 256; la magnitud del saqueo, así como la impunidad de que gozaron los alzados, permitió que los bienes robados se comercializaran en el baratillo, en la plaza de Santo Domingo y aun en plena calle.

32. Carta de José Fernando Ramírez a Francisco Elorriaga, México, 30 de septiembre, 1847, en Ramírez, *op. cit.*, p. 318: “El Palacio y casi todos los establecimientos públicos ha sido salvajemente saqueados y destrozados: aunque debo decir en obsequio de la justicia que la señal la dieron nuestros indignos léperos. [...] Al tercer día se vendía en el Portal el docel [*sic*] de terciopelo galoneado en *cuatro pesos*, y los libros de actas y otros, en dos reales.”

33. Véase Ricardo Gamboa Ramírez, “Los negocios del ayuntamiento de la ciudad de México durante la ocupación norteamericana”, en *Los negocios y las ganancias: de la colonia al México moderno*, compilación de Leonor Ludlow y Jorge Silva Riquer, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Históricas), 1993, p. 412. El papel de donde proviene esta información se llama “Estado que manifiesta el total de ingresos y egresos de caudales que ha habido en esta tesorería del Excmo. Ayuntamiento, procedentes de los derechos de alcabalas y municipales recaudados en la Aduana de esta capital: de los ramos de contribuciones directas y correos, y de suplemento hecho á la corporacion, con calidad de reintegro por esos fondos, desde 20 de Septiembre próximo pasado, hasta 30 de Octubre inclusive de 1847”, documento número 2 de un comunicado del ayuntamiento (firmado por Juan María Flores y Terrán y Cástulo Barreda), México, 30 de octubre, 1847, en “Suplemento al num. 905 del *Monitor Republicano*”, 2 de noviembre, 1847, a su vez en *AHDF*, vol. 2107, exp. 38.

a quienes tuvieran en su poder papeles y muebles propiedad del estado,³⁴ al tiempo que el gobierno federal ordena a sus subordinados reportar las pérdidas ocurridas inmediatamente después de la retirada del ejército?³⁵

Robo al estado, comercio callejero: el esquema parece responder a una dinámica social más vasta, más compleja y más antigua. Y, aun así, ¿es posible extrapolar el caso del Palacio Nacional? ¿Es posible imaginar que el saqueo del Palacio es apenas el cabo de una red que cubre a la ciudad entera en las primeras horas del día?³⁶ ¿Cómo si no es que también del edificio del colegio de San Gregorio desaparecen sillas, alfombras y perchas?³⁷ Aunque no es posible afirmarlo con certeza, dos indicios —pobres, imprecisos— permiten conservar la esperanza: 1) a mediados de septiembre, el ayuntamiento duda en establecer un nuevo impuesto —cuyo destino sería cubrir la exigencia pecuniaria de Scott— a causa del repentino empobrecimiento de los “propietarios”,³⁸ y 2) a principios de octubre, en las calles de la ciudad se venden con ganancia grandes cantidades de tabaco hurtado por el rumbo de San Pablo en las primeras horas del 14 de septiembre.³⁹

34. Bando del gobernador José María Flores, México, 10 de abril, 1848, reproducido en el *Daily American Star* (México), 13 de abril, 1848, p. 1. Un examen exhaustivo de los recibos expedidos por el ayuntamiento, AHDF, vol. 2268, exps. 454-473, sin duda permitirá imaginar con más detalle la naturaleza del saqueo; por el momento, sin embargo, conformémonos con saber, como dice Herrera Serna, *op. cit.*, h. 365, que no fueron muchas las personas que respondieron al exhorto.

35. Véase el oficio de Leandro Estrada al primer alcalde de la ciudad, México, 19 de junio, 1848. AHDF, vol. 2265, exp. 28. Estrada —oficial mayor del cabildo— se felicitaba de que en su jurisdicción no hubiera habido faltantes graves, “[...] lo q. [...] hubiera sido inevitable si dichos empleados[,] siguiendo el funesto ejemplo de los de otras oficinas, hubieran abandonado la suya en circunstancias en q. era tan indispensable su presencia en ella, [...]”

36. Berge, *op. cit.*, pp. 234-235, no duda al decir que hubo saqueo en el centro de la ciudad, pero lo atribuye a los soldados y no a los civiles.

37. Acta de cabildo de la sesión extraordinaria secreta del 23 de septiembre, 1847. AHDF, vol. 300. El quejoso era Manuel Carpio, secretario (en realidad vicepresidente) del Consejo Superior de Salubridad, quien, no obstante, afirmaba que otros muchos objetos —un misal, un crucifijo, una papelería y diversos documentos— habían reaparecido, ya en la oficina del gobernador Reyes Veramendi, ya en poder del propio ayuntamiento.

38. Acta de cabildo de la sesión secreta del 18 de septiembre, 1847. AHDF, vol. 300.

39. Diario de Richard Coutler, México, primero de octubre, 1847, en *Volunteers*, p. 108. Coutler llamó “Escuela normal” al sitio donde se instaló a fi-

Por último, reflexionemos un instante en un asunto de espacios, de distancias y por ello acaso también de relaciones sociales. En la Ciudadela, o sea en uno de los extremos de la ciudad, la noticia del saqueo del Palacio Nacional circula con entera libertad en las primeras horas del martes.⁴⁰ ¿Tenemos elementos para concluir, por tanto, que el saqueo no es un mero acto delictivo sino fechoría *pública* y que, en consecuencia, cuenta con algún grado de consentimiento colectivo?⁴¹ (Y todavía más: en la misma Ciudadela, no se sabe si por casualidad o con el propósito de recibir a los estadounidenses, un súbdito británico —cuyo acceso a los chismes mexicanos debe ser un poco más difícil— puede incluso informar que los habitantes de la ciudad se preparan para la guerra.)⁴²



Si el saqueo del Palacio Nacional sorprende por lo que tiene de irreverente, y por el conflicto social que es posible imaginar detrás

nes de septiembre, y de donde fue hurtado el tabaco. Barclay, diario de Thomas Barclay, México, 3 de octubre, 1847, en *ibidem*, p. 200, aseguraba que la plaza de toros estaba a dos cuadras del cuartel, lo que confirmaría que, en efecto, el 2° de Pennsylvania tuvo su alojamiento en el Cacahuatal de San Pablo (véase el mapa 4, a la izquierda de la plaza de toros). Es posible, sin embargo, que los pennsylvanianos se establecieran en la antigua sede de la Universidad, a un lado de la plaza del Volador; véase Israel Uncapher, "Diary", 17 de septiembre, 1847, mecanuscrito, Jenkins Garter Collection, Special Collections Division, de la Library of the University of Texas at Arlington (en adelante, JGC-UTA).

40. Parte del general John A. Quitman, Palacio Nacional de México, 29 de septiembre, 1847, reproducido en el *Niles' National Register* (Baltimore), 27 de noviembre, 1847, p. 205, col. 3.

41. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, capítulo II, "El bandolero social", pp. 27-47.

42. *With Beauregard in Mexico*, pp. 102-103. Beauregard le contó a Scott que, en la Ciudadela, "we met with an English gentleman (Mr. Wilson) who had to come to give us the information [de la posición de Worth y de que la ciudad había sido desalojada] and to tell us to be on our guard, as it was reported that as soon as our troops would be disorganized by the excesses and depredations inherent to the taking violent possession of such a large city—a rising of the *leperos* would take place [...]" [nos encontramos con un caballero inglés (el señor Wilson), quien había venido a darnos la información y a decirnos que estuviéramos alerta, ya que tenía noticias de que, tan pronto como nuestras tropas se desorganizaran por los excesos y las depredaciones inherentes a la ocupación violenta de una ciudad tan grande, tendría lugar un alzamiento de los léperos]; *ibidem*.

de él, debe serlo más puesto que el ayuntamiento de la ciudad está en sesión permanente, intentando conservar su posición, esforzándose por reemplazar al gobierno huido y aun por convertirse en interlocutor del mando estadounidense. No es sólo que el cabildo esté *en su sitio*, es que su sitio está a un lado del Palacio, apenas a unos metros al sureste del aquelarre de pobres y ladrones. Esta circunstancia es quizá la prueba más concluyente de la bajamar de poder que sufre —¿que goza?— la ciudad de México en las horas previas al alzamiento. Tan debilitadas están las estructuras de dominación política, tan rebasadas por la realidad y, sobre todo, tan alejadas de la vida de los ciudadanos, que la única instancia de poder que ha sobrevivido a la batalla de las garitas —estamos hablando del ayuntamiento— no es ni siquiera capaz de castigar los delitos que ocurren en su vecindad; no se diga ya inhibir con su sola presencia las actividades antisociales de los bandidos.

Se dirá que los munícipes tienen obligaciones más graves y más urgentes, que lo que está en juego es la integridad de la ciudad toda. Es cierto: el ayuntamiento es el único cuerpo político que queda en la capital mexicana después de la retirada del presidente Santa Anna, su principal funcionario ha recibido la comisión de reemplazar al gobernador del Distrito Federal⁴³ y, en fin, la lógica política lo obliga a pensar en Winfield Scott antes que en los asaltantes del Palacio Nacional.

En esa dirección se orienta la actividad del ayuntamiento. Aunque no recibe comunicación oficial de la retirada del ejército,⁴⁴ des-

43. Acta de cabildo de la sesión secreta del 13 de septiembre, 1847, AHDF, vol. 300. En algún momento de la tarde, el gobernador del Distrito Federal, José María Tornel, avisó al cabildo que, en el caso de que él tuviera que abandonar la ciudad, el gobierno pasaría a manos del primer alcalde de la municipalidad, Manuel Reyes Veramendi; Baker, *op. cit.*, h. 130, nota 1, explica de este modo la situación: "The governor of the Federal District, General Tornel, passed his responsibility on the first *alcalde*. A note from the governor arriving this meeting [la sesión del cabildo] that said that in case the events of the war oblige him to leave the capital, the first *alcalde* should take charge of the District." [El gobernador del Distrito Federal, el general Tornel, transfirió su responsabilidad al primer alcalde. Una nota del gobernador, llegada a esa reunión, decía que, en caso de verse obligado a abandonar la ciudad, el primer alcalde tendría que hacerse cargo del Distrito.] Tornel estuvo en la ciudad por lo menos hasta la hora de la junta de la Ciudadela y debe haber salido en el momento en que se movilizó la columna principal del ejército. Lo indicado, en consecuencia, es considerar que Reyes Veramendi comenzó a ser gobernador del Distrito Federal a la medianoche del 13 de septiembre.

44. *Breve reseña histórica...*, p. 54.

de el crepúsculo ha estado preparándose para hacerse cargo del gobierno de la ciudad.⁴⁵ A la medianoche, o quizá un poco antes, los buenos oficios del general Herrera lo ponen en conocimiento de sus nuevas responsabilidades⁴⁶ y casi de inmediato fija su posición ante la ocupación —esto es, concluye la redacción de un pliego petitorio de garantías— y ordena a tres de sus miembros ponerse en contacto con el general estadounidense.⁴⁷ La comisión sale del palacio municipal en los primeros minutos del 14 de septiembre, alcanza la línea estadounidense de San Cosme poco después⁴⁸ y es conducida a Tacubaya,⁴⁹ donde —en algún momento entre la una y las cuatro de la mañana— sostiene una breve entrevista con Scott;⁵⁰ los munícipes

45. Acta de cabildo de la sesión secreta del 13 de septiembre, 1847. AHDF, vol. 300.

46. *Ibidem.*, y Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 837. La información fue conseguida por el regidor Rafael Espinosa, que visitó a Herrera, no se sabe si en el Palacio o en la Ciudadela, la última vez a las siete de la noche; véase el acta de cabildo de la sesión secreta del 13 de septiembre, 1847. AHDF, vol. 300, y Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 630.

47. Baker, *op. cit.*, hh. 130-131. Berge, *op. cit.*, p. 235, sostiene que el nombramiento de esta comisión negociadora ocurrió antes de la medianoche. El grupo de funcionarios está formado por los regidores Urbano Fonseca, José María Zaldívar y Juan Palacios, y los acompaña el secretario del cabildo, Leandro Estrada.

48. Diario de Ralph W. Kirkham, México, 14 de septiembre, 1847, en *The Mexican War Journal and Letters of Ralph Wilson Kirkham*, edición de Robert Ryal Miller, College Station, Texas A&M University, 1991, p. 64, escribió que la comisión pasó por San Cosme a las dos de la mañana, lo que contradice a Wilcox, *op. cit.*, p. 481, quien está seguro de que ello ocurrió a la una. Kirkham, sin embargo, puede estar equivocado, pues un día más tarde, en carta a Kate Kirkham, México, 15 de septiembre, 1847, en *The Mexican War Journal...*, p. 66, cuenta que dos comisionados llegaron a San Cosme "about midnight" [hacia la media noche] y que, gracias a ellos, los hombres de Worth conocieron que el ejército mexicano se retiraba.

49. Berge, *op. cit.*, p. 235, y *The War Between the United States...*, p. 44.

50. Baker, *op. cit.*, hh. 135-136, el único en hablar de su duración, indica que sólo se prolongó una hora. Sobre el momento preciso en que ocurrió, en cambio, las diferencias impiden llegar a una conclusión más o menos definitiva. La mayoría de los cronistas y los historiadores indican las cuatro de la mañana, y en ello no hacen más que seguir la opinión del propio Scott, consignada en su carta-parte al secretario de Guerra, William Marcy, 18 de septiembre, 1847, reproducida, entre otros, en Brooks, *op. cit.*, p. 436, y en *Memoirs of Lieutenant-General Scott*, Nueva York, Books for Libraries, 1970 [primera edición, 1864], vol. II, pp. 526-527. Por el contrario, los *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 326, señalan que la comisión llegó a Tacubaya a la una y media de la mañana, mientras que, en su diario, Ethan Allen Hitchcock, México, 14 de

demandan garantías para la ciudad abandonada y el *Old Fuss and Feathers*, fiel a la lógica de los vencedores, se niega a negociar lo que ya posee por la fuerza y los manda a paseo.⁵¹

De regreso a la ciudad —quizás a las tres y cuarto de la mañana,⁵² quizá más tarde—, la comisión rinde cuentas y participa en la redacción de un manifiesto, por medio del cual el cabildo hace anuncio de su condición gubernativa. Este bando, firmado por el alcalde Reyes Veramendi en su carácter de gobernador del Distrito Federal,⁵³ será pegado en las paredes del centro de la ciudad cuando comiencen a filtrarse las luces del amanecer⁵⁴ y poco después, a las siete y media de la mañana, la corporación municipal consentirá al fin en levantar su maratónica sesión.⁵⁵ Muy bien. Ha cumplido el papel que se le ha asignado.

Para la vida de la ciudad, sin embargo, las diligencias municipales deben haber sido poco menos que clandestinas y claramente

septiembre, 1847, en *México ante los ojos del ejército invasor de 1847*. (*Diario del coronel Ethan Allen Hitchcock*), traducción, edición, prefacio y apéndice de George T. Baker, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, p. 103, apuntó que el encuentro ocurrió “cerca del amanecer” del 14 de septiembre. Baker, *op. cit.*, hh. 135-136, en fin, afirma que la sesión del cabildo se reanudó a las tres y cuarto de la mañana, una vez que los comisionados volvieron de Tacubaya.

51. Diario de Ethan Allen Hitchcock, México, 14 de septiembre, 1847, en *México ante los ojos...*, p. 103.

52. Acta de cabildo de la sesión secreta del 13 de septiembre, 1847, AHDF, vol. 300.

53. El texto está en Castillo Negrete, *op. cit.*, vol. IV, pp. 114-115. El mismo documento, con pequeñas variantes ortográficas y de puntuación, se encuentra en Zamacois, *op. cit.*, vol. XII, pp. 841-842. En cierto sentido, se trata de una mera notificación de la autoridad a sus comitentes: proclama la nueva investidura del alcalde Reyes Veramendi y hace pública la embajada municipal. Empero, el alcalde-gobernador invita a la calma —“[...] es indudable que toda hostilidad por nuestra parte, sobre ser ineficaz para la patria, sería imprudente en las actuales circunstancias, y à toda luz vituperable”—, lo que bien podría interpretarse como evidencia de que los combates ya han comenzado a la hora de la redacción del mensaje. Me parece, no obstante, que su tono, y el hecho de que la frase final esté conjugada en antepresente —“Mejicanos: convencido de vuestra moderacion, se ha decidido à continuar en las presentes circunstancias, en un tan difícil como penoso puesto, vuestro compatriota y amigo sincero [Reyes Veramendi]”— invitan a pensar más bien en que el miedo a una insurrección está muy presente en el ánimo de Reyes Veramendi.

54. A las seis de la mañana, según Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 634.

55. Baker, *op. cit.*, h. 137.

inútiles. Atrapado por las circunstancias, arrastrado por la derrota militar mexicana, el ayuntamiento ni siquiera ha podido reconfortar a los aterrorizados ciudadanos que acuden al salón de cabildos poco antes de la medianoche del lunes, unos minutos después del pequeño bombardeo del centro: los trasnochados suplican a la corporación que entregue la ciudad a los estadounidenses, pues es claro que ya nadie puede garantizar la seguridad de la capital mexicana.⁵⁶ Más aún: ni siquiera las élites pueden confiar en los poderes disuasivos del ayuntamiento. En los últimos minutos del lunes 13, José María Lafragua recibe la visita apresurada del gobernador del estado de México, Francisco Modesto de Olaguíbel, y se entera de la retirada del ejército. Cuatro horas más tarde, mientras la infantería continúa saliendo por la garita de Peralvillo, Lafragua abandona la ciudad, también con rumbo a Guadalupe. En el mismo carruaje, o en caballos adyacentes en caso de que conseguir un coche hubiera resultado imposible, viajan un par de prohombres de la próxima guerra: Antonio de Haro y Tamariz e Ignacio Comonfort.⁵⁷



Es por lo menos curioso, si no paradójico, que el único poder que la ciudad conoce no se encuentre *en el interior* de la capital mexicana. Tímido al final del lunes 13, imperceptible en las primeras horas del día de san Crescencio, el poder estadounidense no comenzará a ser tangible sino muy tarde en la mañana del 14, cuando el sol ilumine las calles, y los edificios, acaso con intuición escenográfica, estén coloreados de amarillo. Entre las nueve de la noche y las seis de la mañana, mientras tanto, el poder estadounidense es apenas una promesa, una fuerza en potencia, incapacitado —por ello— para imponer su autoridad en la ciudad, no se diga para aquietar el espíritu de las masas populares.

El pequeño bombardeo del centro de la ciudad, lanzado desde

56. Castillo Negrete. *op. cit.*, vol. iv, p. 115.

57. José María Lafragua, *Miscelánea de política*. México, Academia Mexicana de la Historia, 1943, p. 48. El grupo lo integran también un señor de apellido Talavera y otro de apellido Carrasco.

San Cosme entre las nueve y las doce de la noche,⁵⁸ podría incluso ser responsable de un incremento en la intranquilidad pública. Son apenas tres balas de cañón y cinco granadas las que dispara la batería del capitán Hugner, en efecto;⁵⁹ se dirá que es muy poco el daño que tal volumen de munición puede hacer en una ciudad tan grande como ésta, y que ni siquiera podemos estar seguros del lugar donde estallan los proyectiles. Pero es, precisamente, en la ceguera que domina a los artilleros donde podemos adivinar la importancia de estos ocho disparos. Sabemos que buscan la catedral y que no la encuentran,⁶⁰ y que tampoco caen en el Zócalo puesto que los munícipes no se enteran de la andanada sino más tarde.⁶¹ Lo que nos queda es una vasta región —digamos entre la Alameda y la calle de la Palma, entre Santo Domingo y San Agustín—,⁶² en la cual los espacios abiertos son más bien inexistentes y, por lo tanto, donde cualquier disparo debe provocar daños materiales y personas heridas o muertas (mapa 5).⁶³ En San Cosme, por lo

58. Parte del general William Worth, México, 16 de septiembre, 1847 ("Official Report of the Action of Chapultepec and the Occupation of the Mexican Capital", en *Senate Executive Documents*, núm. 1, 30º congreso, 1er. periodo de sesiones, vol. 1, pp. 391-395), tal como aparece en *To Mexico with Taylor and Scott*, compilación de Grady McWhirney, Waltham (Massachusetts), Blaisdell, 1969, pp. 213-214; Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 629; Wilcox, *op. cit.*, pp. 478-479; Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 839; diario de Ralph W. Kirkham, México, 13 de septiembre, 1847, en *The Mexican War Journal...*, p. 64, y carta de Ralph W. Kirkham a Kate Kirkham, México, 15 de septiembre, 1847, en *ibidem*, p. 66. Despacho de George W. Kendall, 14 de septiembre, 1847, en *The New Orleans Picayune* (Nueva Orleans), 14 de octubre, 1847 (en adelante, Kendall, *op. cit.*), tal como aparece en *Chronicles of the Gringos. The U.S. Army in the Mexican War, 1846-1848. Accounts of Eyeswitnesses and Combatants*, compilación de George Winston Smith y Charles Judah, Albuquerque, University of New Mexico, 1968, p. 266, afirma, sin embargo, que el bombardeo ocurrió a las diez de la noche.

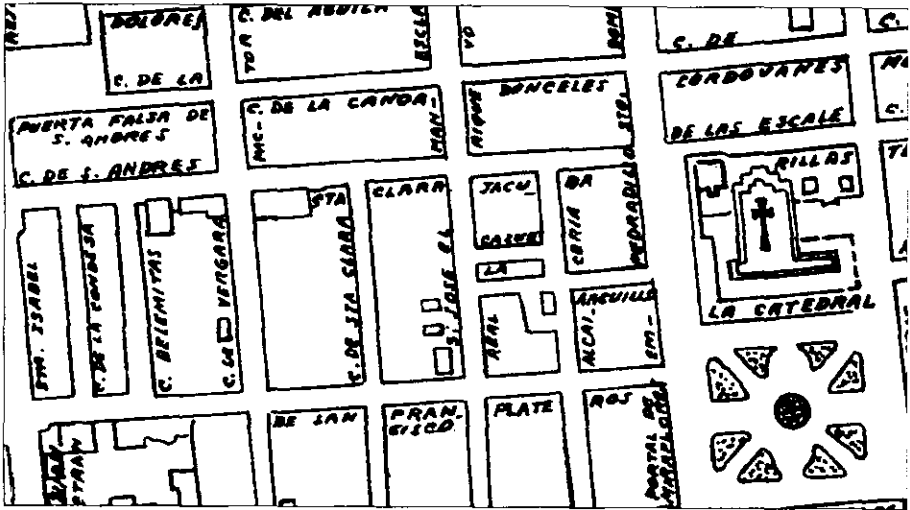
59. Wilcox, *op. cit.*, pp. 478-479; parte del general William Worth, México, 16 de septiembre, 1847, tal como aparece en *To Mexico with Taylor and Scott*, pp. 213-214, y Raphael Semmes, *The Campaign of General Scott, in the Valley of Mexico*, Cincinnati, Moore & Anderson, 1852, p. 351.

60. *Ibidem*.

61. Véase *supra*, p. 67, nota 56.

62. Es probable, no obstante, que la zona afectada estuviera en el límite occidental de este rectángulo, pues Worth calculó que la catedral estaba a 1 600 yardas —unos 1 440 m— de San Cosme. Véase el parte del general William Worth, México, 16 de septiembre, 1847, tal como aparece en *To Mexico with Taylor and Scott*, pp. 213-214.

63. En *The War Between the United States...*, p. 44, Kendall aseguró que



Mapa 5. El centro —plutocrático— de la ciudad. A la derecha, el Zócalo y la catedral. A la izquierda, los conventos de San Andrés, Berlemitas y Santa Clara. Las calles de San Francisco y Plateros, en la parte inferior. Tomado de *ibidem*. Digitalización: P.R.

pronto, se oyen caer los proyectiles, y opina el cronista que han dado en el blanco.⁶⁴

A partir de entonces, los estadounidenses se concentran en sí mismos, se preparan para lo que podría ser una segunda batalla de Monterrey.⁶⁵ Se refuerzan las posiciones de Worth y de Quitman con tropas provenientes de La Piedad,⁶⁶ los voluntarios —en Belén— se afanan en construir una batería,⁶⁷ los regulares —en San Cosme— abren túneles para atacar el convento de San Fernando,⁶⁸ pero nadie hace el intento por escuchar lo que ocurre en la Ciudadela o, más tarde, el escándalo de los carros de la artillería mexicana camino de Guadalupe. ¿Fingen sordera los oficiales? ¿Prefieren maldormir a perseguir al ejército mexicano?⁶⁹ Con esa decisión,

“[...] some of the missiles [...]” cayeron “[...] within the richest and most thickly populated quarters of the capital [...]” [algunos de los proyectiles cayeron en los barrios más ricos y densamente poblados de la capital], lo que, *grosso modo*, corresponde con esta zona de la ciudad.

64. Kendall, *op. cit.*, p. 266.

65. Es curioso que esta noche la vanguardia estadounidense sea casi la misma que conquistó la capital neoleonesa en septiembre de 1846: Worth, Quitman y Garland —segundo de aquél en San Cosme— o, lo que es lo mismo, el conquistador del cerro de la Federación y los héroes de la Tenería son los encargados de romper las defensas mexicanas. Por supuesto, la batalla de Monterrey y lo ocurrido en la ciudad de México son sucesos incomparables en sentido estricto. Pero no deja de llamar la atención que en ambos casos los protagonistas sean Worth y Quitman; que el primero haya debido abrir túneles entre las casas para avanzar desde el oriente regiomontano (en septiembre de 1846) y a lo largo de la calzada de San Cosme (un año más tarde), y que los voluntarios hayan sido los más perjudicados en Monterrey (en el ataque de la Tenería, el 22 de septiembre de 1846) y en la batalla de las garitas en la tarde del 13 de septiembre. Sobre la batalla de Monterrey, véase Smith, *op. cit.*, vol. 1, pp. 239-260.

66. La brigada Riley a San Cosme y la batería Steptoe a Belén; véase, entre otros, Roa Bárcena, *op. cit.*, pp. 615 y 617.

67. *With Beauregard in Mexico*, p. 95; diario de Thomas Barclay, 13 de septiembre, 1847, cuarta parte, en *Volunteers*, pp. 175-176, y *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 326.

68. *Personal Memoirs of U.S. Grant*, Nueva York, Webster, 1885, p. 80.

69. Al menos en Belén, las condiciones en que pasa la noche el ejército estadounidense están lejos de ser satisfactorias. Una razón estratégica los ha llevado a no encender fogatas —Wilcox, *op. cit.*, p. 483—. El terreno es húmedo y la noche, fría —diario de Thomas Barclay, 13 de septiembre, 1847, cuarta parte, en *Volunteers*, p. 175, y diario de Coutler, 13 de septiembre, 1847, cuarta parte, en *ibidem*, p. 176—, y ni siquiera hay comida suficiente para los oficiales: Beauregard, por ejemplo, toma un café en la madrugada, y es su primer alimento en toda la jornada —*With Beauregard in Mexico*, p. 95.

comprensible pero sin duda absurda, se sella el destino de la incipiente pleamar: en cierto modo, se sientan las bases para el alzamiento. Unas horas más tarde, cuando Worth ordene avanzar a sus ingenieros sobre la Alameda, cuando Quitman envíe a sus ayudantes a ocupar la Ciudadela, los estadounidenses empezarán a cosechar —y a sufrir, que mala cosecha es sangre con disparos— los frutos de su prudencia.

Tres horas y media cuando mucho, dos por lo menos, tardan los regulares en andar los tres kilómetros que separan la garita de San Cosme del convento de Santa Isabel: avanza primero el teniente Smith, protegido por un escuadrón de infantería al mando del teniente Lugenbeel, entre la una y media y las tres de la mañana, hasta San Fernando;⁷⁰ a continuación el teniente MacClelland, protegido por otro piquete de soldados, cruza la Alameda de noroeste a sureste hasta el antiguo puente de San Francisco.⁷¹ Hasta ahí llegan Worth y el grueso de la división de regulares —quizás a las cinco, acaso a las seis—⁷² y no se mueven sino dos o tres horas más tarde, poco antes de las nueve de la mañana, cuando pasa Scott camino del Zócalo. (Entonces la columna se divide: por San Francisco y Plateiros avanza una parte, detrás del general en jefe; por San Andrés y Tacuba penetra otro contingente,⁷³ que marcha sin orden ni concierto y queda así expuesto a lo que ocurrirá más tarde.⁷⁴ Es posible

70. Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 633, está seguro de que Smith se movió a las tres, y en esto —como en muchas otras cosas— lo siguió Guillermo Vigil y Robles, *La invasión de México por los Estados Unidos en los años de 1846, 1847 y 1848*, México, Correccional, 1923, pp. 70-71. Wilcox, *op. cit.*, p. 482, por su parte, sólo dice que la avanzada estadounidense se movió *después* del paso de la comisión del ayuntamiento. Por eso —creo— el hecho no pudo ocurrir antes de la una y media de la mañana.

71. Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 634, y Wilcox, *op. cit.*, p. 483.

72. Semmes, *op. cit.*, p. 350; Brooks, *op. cit.*, p. 423, y Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 164. Por su parte, Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 633, y diario de John James Peck, México, 14 de septiembre, 1847, en *The Sign of the Eagle: A View of Mexico 1830 to 1855. The Descriptive and Poignant Letters of Lieutenant John James Peck, a United States Soldier in the Conflict of Mexico, and the Enchanting Color Lithographs by John Phillips, Carl Nebel, Daniel Egerton, Casimiro Castro and Captain D.P. Withing*, edición de Richard F. Pourde, San Diego, Copley, 1970, p. 134, opinan más bien que fue a las cinco de la mañana. Según el parte del general William Worth, México, 16 de septiembre, 1847, tal como aparece en *To Mexico with Taylor and Scott*, pp. 213-214, ambas posturas son coincidentes, pues a las cinco se movió un piquete de artillería y a las seis el resto de la columna.

73. García Cubas, *op. cit.*, p. 571.

74. "Relación de los acontecimientos...", p. 187.

que haya una tercera fuerza, desprendida de ésta o la misma, que comenzará a desparramarse hacia el norte hasta llegar al santuario de los Ángeles.)⁷⁵ De modo que un importante grupo de soldados está quieto y aburriéndose, durante un par de horas, enfrente del barrio del Tarasquillo, a unos metros del convento de Santa Isabel y, de hecho, en una zona donde deben abundar los desertores. ¿Habrá alguien que resista semejante invitación?⁷⁶

Mientras tanto, curiosidad, reticencia, acaso simpatía y un cierto morbo deben predominar entre los capitalinos, en aquellos agazapados en las inmediaciones de la Alameda y, más todavía, en estos que se instalan en las aceras poco después de las seis de la mañana, para ver pasar a los hombres de Quitman. Las decisiones del general de los voluntarios han sido tan veloces como grande es su ambición:⁷⁷ muy temprano en la mañana, antes de que las avanzadas de Worth lleguen a Santa Isabel, los voluntarios miran una bandera blanca en la antigua fábrica de tabacos y ocupan la Ciudadela⁷⁸ —queda ahí para su custodia el 2° de Pennsylvania—⁷⁹ y, con los regulares de Smith en la vanguardia, cruzan por el centro el barrio de los delincuentes y las prostitutas —por Rebeldes y Nuevo México seguramente,⁸⁰ quizá por el callejón del Sapo y la calle de la Victo-

75. "Memorias de Zapatilla", pp. 132-133.

76. Es posible, o poco más, que el alzamiento haya comenzado en este punto y en este periodo de dos horas. Empero, véase el siguiente tramo de este trabajo, "Diluvio", pp. 88 y 90.

77. Si en la mañana del lunes Quitman procede por la libre, su comportamiento en la mañana del 14 de septiembre está muy cerca de la rebeldía: no tiene órdenes de entrar a la ciudad de México, sabe que los regulares de Worth han sido elegidos para desfilan los primeros en las calles de la capital vencida y no puede tener la certeza de que el ejército mexicano haya efectivamente huido. Véase Smith, *op. cit.*, vol. II, nota 21, p. 416, pues además analiza las intenciones de Scott y observa el episodio en la perspectiva del conflicto entre Scott y Worth suscitado tras el desastre del 8 de septiembre en Molino del Rey, conflicto que —como se sabe— terminaría unos meses más tarde con la destitución y el enjuiciamiento del comandante estadounidense.

78. Carta de John A. Quitman a Eliza Quitman, 19 de septiembre, 1847, en los Quitman Family Papers que se encuentran en la Southern Historical Collection de la University of North Carolina at Chapel Hill, caja 3, carpeta 40; *With Beauregard in Mexico*, pp. 97-98; Wilcox, *op. cit.*, p. 483; Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 633, y Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 163.

79. Lo que nos permitirá contar con tres observadores en el extremo suroccidental de la ciudad: el sargento Thomas Barclay y los soldados Richard Coutler e Israel Uncapher.

80. García Cubas, *op. cit.*, p. 571, y Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 633, nota 17.

ria—,⁸¹ doblan a la izquierda en San Juan de Letrán, a la derecha en Puente de San Francisco y avanzan hasta la plaza.⁸² Las aceras, recordémoslo de nuevo, están llenándose de gente. ¿Tendrá algún efecto en la violencia que se avecina el estado lastimoso de la infantería voluntaria, la suciedad en sus uniformes, las vendas en cabezas y brazos, el hedor causado por dormir en el pantano?⁸³ ¿Qué puede pensarse de estos héroes que mientras desfilan comen pan, jitomates y calabazas?⁸⁴ ¿Dónde están los caballos monumentales, los rubicundos gigantes, los fusiles de avancarga? ¿Dónde el apocalipsis anunciado por militares y “enterados” desde el inicio de la guerra?⁸⁵

Son las seis y media, son las siete de la mañana.⁸⁶ Mientras los *marines* del capitán Watson entran al Palacio Nacional, la pequeña columna Quitman-Smith comienza a formarse en la plaza y descubre que no puede cubrir los cuatro flancos de la explanada: sólo alcanzan las tropas para desplegarse frente a los portales de Mercaderes y las Flores y el palacio municipal.⁸⁷ Ahí mismo, y en el cementerio de la catedral, los curiosos, ¿acechantes? mexicanos

81. “Memorias de Zapatilla”, p. 132.

82. *Ibidem*; García Cubas, *op. cit.*, p. 571, y Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 633, nota 17.

83. Habla Beauregard, *With Beauregard in Mexico*, pp. 100-101: “I remember the sight we presented marching into that immense city, being nearly all of us covered with mud, and some with blood—some limping—some with arms in scarfs—and other with heads in bandages! followed by two endless lines of gaping *leperos* and rable was anything but glorious in appearance, for it looked more than the ridiculous than the sublime—whatever history may say to the contrary notwithstanding.” [Recuerdo la imagen que ofrecíamos desfilando en esa inmensa ciudad —casi todos cubiertos de lodo, algunos con sangre, otros renqueantes, algunos con los brazos en vendolera, otros con las cabezas vendadas—, seguidos por dos filas interminables de léperos boquiabiertos: era cualquier cosa menos gloriosa en su apariencia, parecía más cerca de lo ridículo que de lo sublime —a pesar de lo que la historia pudiera decir.]

84. “Memorias de Zapatilla”, p. 123.

85. “Los gefes y oficiales proclamaban *invencibles* á los Yankees y los soldados cuentan vulgaridades que recuerdan la conquista. Cual dice que son unos hombres tan grandes y fuertes que parten por la mitad el cuerpo de una cuchillada. Sus caballos son gigantescos y ligerisimos y sus escopetas disparan tiros, que una vez salidos se reparten en cincuenta, todos mortales y certeros. Nada digamos de la artillería, terror y espanto de todos los nuestros, asi como la mas ineluctable prueba de nuestro atraso en el arte militar”: nota de José Fernando Ramírez, 11 de mayo, 1847, en Ramírez, *op. cit.*, p. 263.

86. Aquella estimación es de *Autobiography of the Late Col...*, p. 238. Ésta es de *With Beauregard in Mexico*, p. 100.

87. *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 65; *Autobiography of the Late Col...*, p. 238, y Wilcox, *op. cit.*, p. 482.

comienzan a ser mayoría:⁸⁸ ¿cuántos de los ladrones del Palacio Nacional, desalojados unos minutos antes del edificio, se encuentran entre la multitud?, ¿cuántos vagos sin casa acuden a la explanada conducidos por la inercia?⁸⁹ Izada por el sargento Manley,⁹⁰ por el teniente Nicholson,⁹¹ por el capitán Roberts⁹² o aun por un par de anónimos soldados desobedientes⁹³ —¿cómo conocer la verdad si esta victoria, como todas, tiene tantos padres como léperos hay en la ciudad?—, y con la ayuda del jefe de los serenos capitalinos,⁹⁴ una bandera estadounidense o un estandarte del Mounted Rifles⁹⁵ está reemplazando a una bandera mexicana

88. Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 841, cree que la llegada de los estadounidenses “[...] la presenciaron muy pocos mejicanos, pues la mayor parte de la poblacion no salia aun de sus casas [...]”. Pero el redactor del *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 65, está seguro de que a esa hora, “El pueblo llegaba en tropel, y abismado no creia lo que estaba pasando”.

89. *The War Between the United States...*, p. 45: “[...] on his arrival [de la vanguardia de Quitman al Palacio] the marauders were driven out, and falling back they soon joined the rabble congregation in the neighborhood of the Grand Plaza” [a su llegada, los merodeadores fueron desalojados, y una vez fuera de inmediato se unieron a la plebe congregada en los alrededores de la plaza].

90. Carta de Andrew Porter a S. Williams [de la Adjutant General's Office], Washington, 11 de abril, 1857, en GCM, rollo 26. “Diaries, Recollections and Memoirs”, parte 3, “Letters of Andrew Porter”, h. 210. Ahí el apellido es “Manly”, pero dice “Manley” en una carta de Benjamin S. Roberts al general Twiggs, México, 17 de septiembre, 1847, GCM, rollo 25, “American Military Operations in Mexico”, parte 2, “B.S. Roberts Diary from November 27, 1846 to November 26, 1847. (Copy from Documents in West Point.)”, hh. 199-200.

91. K. Jack Bauer, *The Mexican War, 1846-1848*. Nueva York, Macmillan-Collier Macmillan. 1974 (The Wars of the United States), p. 325, nota 19, con información proveniente de una carta de T. Y. Field a R. R. Beale, 15 de agosto, 1848, en los Thomas Y. Field Papers del Marine Corps Museum.

92. Como indica la tradición. Véanse *With Beauregard in Mexico*, p. 100; Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 840; Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 633, y *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 326.

93. May, *op. cit.*, p. 194.

94. Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 633, nota 18, es el único en mencionar a este personaje, de nombre Pomposo Gómez, que acaso, más bien, fue uno de los primeros rebeldes; véase el siguiente tramo de este trabajo, “Diluvio”, p. 93, nota 28.

95. *With Beauregard in Mexico*, p. 100, y carta de Benjamin S. Roberts al general Twiggs, México, 17 de septiembre, 1847, GCM, rollo 25, “American Military Operations in Mexico”, parte 2, “B.S. Roberts Diary from November 27, 1846 to November 26, 1847. (Copy from Documents in West Point.)”,

en el asta que corona la puerta central del Palacio Nacional.⁹⁶ Son las siete de la mañana, son las siete y cinco.⁹⁷ Quitman consigue que le abran un café y desayuna con algunos de sus oficiales.⁹⁸ Envía luego un mensajero a Tacubaya.⁹⁹



El escenario y los actores están por fin en sus puestos. Atrás y a los lados, telones y luces limitan, definen el espacio: tropas estadounidenses ocupan el centro de la ciudad, el gobierno y el ejército mexicanos van llegando a Guadalupe —a punto de cumplir esa primera etapa de su fuga— y los miembros de la corporación municipal están a punto de meterse en sus camas. En el proscenio, frente al público, hay una ciudad abandonada y una multitud expectante, aunque —como se verá más tarde— se trata en realidad de dos conglomerados diversos, enfrentados en su actitud hacia los estadounidenses. Antes de que se inicie el movimiento, antes de que comiencen los tiros y la refriega, tienen todavía ocasión de presentarse: he aquí sus movimientos, he aquí sus caravanas.

Del abandono de la ciudad y el desgobierno que implica la bajamar del poder conservamos un ejemplo, que no obstante hay que considerar, a más de hermoso, contundente y casi paradigmático.

El mensajero que Quitman envía a Scott —digamos a las siete y media de la mañana— debe recorrer un muy breve espacio antes de encontrarse con la vanguardia de la división Worth: del Zócalo a la Alameda la distancia se cubre en pocos minutos y —más todavía— siempre es posible, si se avanza por Plateros-San Francisco, conservar a la vista la portada del Palacio y una esquina de Santa Isabel.

El teniente Beauregard, sin embargo, toma un camino distinto —dobla esquinas, recordará más tarde, y eso es señal casi

hh. 199-200. Kendall, *op. cit.*, p. 266. en fin, resuelve el problema al modo de los buenos periodistas: para él, ambas banderas fueron izadas.

96. Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 840.

97. La primera estimación proviene del parte oficial del general David F. Twiggs, México, 21 de septiembre, 1847, reproducido en *Niles' National Register* (Baltimore), 27 de noviembre, 1847, p. 206. La segunda del *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 65.

98. Wilcox, *op. cit.*, p. 482.

99. *Ibidem*, p. 483, y *With Beauregard in Mexico*, p. 101.

inequívoca de que hace el camino por Mecateros o por Santa Clara-Tacuba— y se interna por calles vacías, amodorradas por el frío septembrino y donde no hay rastro de sus compañeros. Mira puertas tapiadas, e intuye barricadas en los zaguanes; oye sólo el golpeteo de su caballo en el pavimento, y piensa en el silencio de las tumbas.

Cabalga Beauregard por el centro de una calle y va extrañando su revólver, perdido en la batalla de Belén: ni toda la nobleza de su sable vale el tambor cilíndrico de su pistola —no habremos ya de su ayudante, un tipo que más parece sombra—. Dobla ahora en un cruceiro: está jalando las riendas de su montura, está mirando el fondo de la calle, están temblando sus bigotes. ¿Pero qué diablos hace un lancero en el centro de la ciudad de México?

Mide fuerzas el teniente de ingenieros. ¿Mide fuerzas el lancero mexicano? Piensa en su misión el teniente de ingenieros. ¿Tiene alguna el lancero mexicano? Deben ser dos caballeros los jinetes: acuerdan en silencio posponer el combate y cambian de dirección. Beauregard reemprende su camino ¿A dónde va el jinete?¹⁰⁰

Observemos, en fin, a los habitantes de la ciudad de México en el momento en que comienzan a convertirse en multitud. ¿Multitud? Los números no ayudan demasiado todavía, por desgracia, y ello quizá nos lleve a conclusiones erróneas. Acaso no sean más que unos cientos los que están en la plaza de la Constitución, quizá no pasen de unas decenas los que hacen valla en la calle principal de la ciudad.¹⁰¹ Vaya: ni siquiera estamos seguros de que haya mirones a un lado de la Alameda o que la concentración del Zócalo alcance ya el mercado del Volador, y eso que ambos sitios conocerán muy pronto la acción de los rebeldes. En todo caso, conformémonos con

100. *Ibidem*, p. 102. Primera de cuatro digresiones más o menos largas, estos párrafos no son una cita textual aunque su talante tipográfico así lo sugiera. Como sus hermanas, no podían incorporarse al cuerpo del texto porque narran pequeñas historias más o menos independientes, cuya inclusión en él hubiera alterado el ritmo de la descripción, pero a las cuales el estatuto de nota a pie de página les venía estrecho. Con todo, es imposible confundirse acerca de su naturaleza ya que no hay en el trabajo otros párrafos formados a bando.

101. En *Autobiography of the Late Col...* p. 238. Davis aseguró que los mexicanos eran unas tres veces más numerosos que los estadounidenses. Si así fuera, véase *infra*, nota 102, los mexicanos en la plaza serían unos tres mil, poco más o menos.

recordar que “multitud” no es sólo un término absoluto: es también la relación numérica que hay entre los civiles y los mil o mil 200 soldados de Quitman.¹⁰²

Imaginemos, en consecuencia, que una multitud va creciendo en el Zócalo. Sepamos, además, que la afabilidad no es su rasgo más evidente.¹⁰³ Se comenta —eso es indudable—, se murmura en el más típico estilo mesoamericano, y los soldados de Smith y de Quitman comienzan a ponerse nerviosos. ¿Son voces de resignación? Y, más todavía, ¿qué significan esos gritos contra Santa Anna?¹⁰⁴ Los grupos se hacen y se deshacen,¹⁰⁵ la caballería estadounidense intenta disuadir a los mexicanos con su pavoneo,¹⁰⁶ ji-

102. La primera cifra es del reporte de Ramón Lozano, núm. 7, México, 16 de septiembre, 1847, GGM, rollo 26, “Diplomatic Correspondence of Spanish Agents”, h. 78r. La segunda es del *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 65. Por su parte, Beauregard, *With Beauregard in Mexico*, p. 100, afirma que la columna de Quitman en marcha hacia el Zócalo estaba integrada por “three or four regiments” [tres o cuatro regimientos], que deben ser los tres de la brigada Smith —Mounted Rifles, 1° de artillería y 3° de infantería— y el batallón de *marines* del capitán Watson, así como el estado mayor de la primera división de voluntarios. Sabemos, no obstante, que la batería de Steptoe, del 3° de artillería, formaba parte de la columna. Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 613, añade a esta lista al regimiento de Nueva York. Por último, Zamacois, *op. cit.*, vol. XII, p. 840, afirma que la columna de Quitman no tenía más de 500 soldados, cifra claramente falsa, puesto que, de acuerdo con las ordenanzas —véase *Chronicles of the Gringos*, p. 462—, los regimientos estadounidenses debían estar formados por 777 soldados. Y aun en el caso de que las bajas de Quitman en la campaña del valle hubieran sido tan numerosas, lo que no parece haber ocurrido, es increíble que *cuatro* unidades no tuvieran el equivalente en hombres a un regimiento.

103. Parte del general John A. Quitman, Palacio Nacional de México, 29 de septiembre, 1847, reproducido en el *Niles' National Register* (Baltimore), 27 de noviembre, 1847, p. 205, col. 3, y reporte de Ramón Lozano, núm. 7, México, 16 de septiembre, 1847, GGM, rollo 26, “Diplomatic Correspondence of Spanish Agents”, hh. 78r-78v.

104. *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 65.

105. Zamacois, *op. cit.*, vol. XII, p. 842.

106. Kendall, *op. cit.*, p. 266, dice a la letra: “They [los léperos de la plaza] pressed our soldiers, and eyed them as though they were from another world. So much were they in the way, and with such eagerness did they press around, that Gen. Scott was compelled to order our Dragoons to clear the plaza.” [Ellos presionaban a nuestros soldados y los miraban como si fueran de otro mundo. Había tantos en la calle, y con tanta avidez presionaban, que el general Scott se vio obligado a ordenar a nuestros dragones que limpiaran la plaza.] Me parece, no obstante, que no pudo ser Scott quien ordenara la movilización de la caballería: en primer lugar, porque, *ibidem*, sitúa esta ac-

netes e infantes apenas pueden mantener a raya a los curiosos,¹⁰⁷ y no sería raro que los soldados de infantería voltearan la cabeza a cada rato para descubrir movimientos sospechosos a sus espaldas. La plaza, por supuesto, parece estremecerse por el oleaje de la gente, mientras las torres y las azoteas están cubiertas de cabezas.¹⁰⁸ ¿Podemos decir que así comienza el alzamiento? ¿Bastan las palabras y la inquietud para declarar en rebeldía a una comunidad? ¿Estamos ya frente a una multitud insurrecta?

No parece serlo, o no demasiado, pues esta multitud rabiosa y tensa reacciona emocionada cuando, poco antes de las nueve —antes de una hora, sin duda—,¹⁰⁹ comienza a escucharse la música de la banda militar que encabeza la marcha de la división Worth. Quitman mismo se sorprende.¹¹⁰ ¿Es que el *Yankee Doodle* tiene efectos hipnóticos?¹¹¹ ¿Es que nunca vieron los mexicanos uniformes como el de Scott, caballos como el del viejo general, rostros ajados y serenos como el del héroe de 1812 (figura 2)? ¿Es que no tienen parangón las banderas, los estandartes y los uniformes de la caballería del coronel Hearnly?¹¹² En cualquier caso, los vivas de los estadounidenses¹¹³ y —más todavía— la salva de honor que dispara la batería Steptoe¹¹⁴ deben inhibir los gritos de los mexicanos.

El general en jefe no debe advertir nada extraordinario en la plaza. Al contrario, la súbita tranquilidad en la explanada es semejante al ánimo imperante a lo largo de San Francisco y Plateros. En el último tramo de su cabalgata, la columna de Scott no recibe sino vítores y aplausos,¹¹⁵ y el homenaje de las banderas —banderas de

ción inmediatamente después de las siete de la mañana y, en segundo término, porque ninguno de los otros testigos presenciales de la llegada de Scott con cuyos recuerdos he trabajado —Wilcox, Davis, Hitchcock y Beauregard— hace mención de una orden semejante. Véase, además, el parte de Quitman.

107. *The War Between the United States...*, p. 45.

108. "Memorias de Zapatilla", p. 125.

109. En *The War Between the United States...*, p. 45. Kendall dice que entre la llegada de Scott y el estallido masivo de la revuelta transcurrió una hora.

110. Parte del general John A. Quitman, Palacio Nacional de México, 29 de septiembre, 1847, reproducido en el *Niles' National Register* (Baltimore), 27 de noviembre, 1847, p. 205, col. 3.

111. *Memoirs of Lieut.-General Scott*, p. 535, y Wilcox, *op. cit.*, p. 483.

112. *Autobiography of the Late Col...*, p. 238; *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 326; Wilcox, *op. cit.*, p. 483, y Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 164.

113. Bauer, *op. cit.*, p. 322.

114. *With Beauregard in Mexico*, p. 103.

115. Zamacois, *op. cit.*, vol. XII, p. 843, y Baker, *op. cit.*, h. 37. Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 164, dice que Scott hizo su arribo "amidst the involuntary applause of the Mexicans" [en medio del aplauso involuntario de los mexicanos].



Figura 2. El general Scott, quizá en San Francisco, quizá en Plateros, en la mañana del 14 de septiembre, 1847. Tomado de JGC-UTA.

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

parlamento, banderas de Francia, Inglaterra y España— que adornan los balcones y las ventanas de la calle emblemática de la plutocracia mexicana: están cerradas las tiendas, es cierto, pero la columna avanza en medio de una multitud, apiñada en los balcones, concentrada en las banquetas, situada en el arroyo —opina un testigo que aquello parece una fiesta—, tan grande, tan inquieta, que incluso obliga a los soldados a detenerse más de una vez.¹¹⁶ Por un momento al menos, esta otra multitud de ciudadanos pacíficos y resignados parece hacerse una con la muchedumbre que mira a Scott desmontar en la plaza, saludar a Quitman, entrar caminando al Palacio,¹¹⁷ ¿y pronunciar un discurso desde su balcón principal?¹¹⁸ Por un momento nada más, empero. En los portales, en la plaza del Volador —y, más allá del centro, en la Alameda, en Betlemitas—, se oyen ya las voces del tumulto. Son quizá las nueve.¹¹⁹ Ya comienzan a hablar las piedras desde las azoteas. ¶

116. Semmes, *op. cit.*, p. 352: "So dense was the crowd, that it was frequently necessary to halt until the pressure was removed. The *Calle de Plateros*, through which we marched to the grand plaza, is the street in which all the principal shops are found; and although these were closed, the gay curtains that fluttered from the balconies above the numerous streamers and flags that were hung out (almost every house had prepared and hung out a neutral flag, as English, French, Spanish, etc., as a means of protection), and the fashionably-dressed women, who showed themselves without the least reserve at doorways and windows, gave one the idea rather of a grand national festival, than of the entry of a conquering army into an enemy's capital." [Era tan densa la multitud, que con frecuencia era necesario detenerse hasta remover la presión. La calle de Plateros, a lo largo de la cual avanzábamos hacia la plaza, es la calle en la que se encuentran las principales tiendas. Y aunque éstas estaban cerradas, las vistosas cortinas que ondeaban en los balcones, por encima de los numerosos gallardetes y banderas que estaban colgados (casi todas las casas habían preparado y colgado banderas neutrales —inglesas, francesas, españolas, etcétera—, como medida de protección), así como las mujeres, vestidas a la moda, que se mostraban sin ninguna reserva en puertas y ventanas, daban la idea más de una gran fiesta nacional que de la entrada de un ejército conquistador a la capital del enemigo.]

117. Wilcox, *op. cit.*, p. 483. Lo que la gente no oye, y si escucha difícilmente comprende, en realidad no es un saludo; en el patio del Palacio. Scott nombra a Quitman gobernador civil y militar de la ciudad de México.

118. La cosa parece improbable, pero eso se afirma en "Memorias de Zapatilla", p. 127, y *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 65. Ni Wilcox, Davis y Beauregard —cronistas presentes en el Palacio—, ni Quitman y ni el propio Scott, mencionaron más tarde la existencia del discurso.

119. *Autobiography of the Late Col...*, p. 238; diario de Ethan Allen Hitchcock, México, 14 de septiembre, 1847, en *México ante los ojos...*, p. 103, y *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 326. Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 634, y Wilcox, *op. cit.*, p. 483, sin embargo, creen que Scott llegó a las ocho, lo cual tampoco es inverosímil, aunque sí un tanto ajustado.

¿ES POSIBLE IDENTIFICAR EL MOMENTO PRECISO EN QUE

comienza un suceso? ¿Es posible que tenga acta de nacimiento, listón inaugural o botellazo en el mascarón de proa? ¿Es posible, más aún, definirlo como el anatomista define un hueso, escindiéndolo del esqueleto? Pensemos en una guerra o en una revolución, acontecimientos episódicos por excelencia, y sin duda encontraremos más dificultades que éxitos. Casi todas las expresiones usadas por actores, testigos, cronistas e historiadores son en realidad sintagmas, fórmulas analíticas o narrativas que suponen un entendimiento y un cierto nivel de abstracción en quien escucha o en quien lee. Lo cierto, sin embargo, es que contribuyen muy poco a la identificación precisa de los hechos. Podemos decir África española, 18 de julio de 1936, o decir acorazado *Aurora*, frente al palacio de invierno, atardecer del 7 de noviembre de 1917, o aun

Son las tres y media de la tarde y sólo la impericia militar de la gente mantiene a salvo la prisión. Venidos unos del ayuntamiento y otros directamente de los Inválidos, cien guardias franceses y cuatrocientos civiles armados, dirigidos por el señor Pierre Auguste Hulin y el subteniente Elié —militares ambos, pobres ambos— se presentan en el primer patio de la Bastilla, consiguen organizar a la multitud e inician, con la ayuda de cuatro de los cañones tomados en los Inválidos, el primer ataque eficiente de los capitalinos.¹

¿Estamos de este modo definiendo con claridad el asunto que nos importa? ¿Podemos afirmar que la guerra civil española, la revolución de octubre o la gran revolución comenzaron con la perorata de Franco, a la hora en que los marinos de Cronstadt dispararon desde el Neva o en el instante en que los artesanos del barrio de Saint-Antoine se preparaban para utilizar sus nuevos cañones?

1. Sobre la formación de este párrafo, véase el tercer tramo de este trabajo, "Noche", p. 76, nota 100.

La dimensión humana de la historia cede casi siempre a la abstracción. Y no pensemos, por favor, en las emociones, en la percepción o en la vida “cotidiana”: tales rutas de acceso al pasado no son menos abstractas y generalizadoras que los caminos seguidos por la vieja historia coyuntural. Pienso más bien en las circunstancias de la vida silvestre, en los episodios triviales e irrepetibles de la gente sin futuro y sin historia: este gesto, aquel movimiento, una palabra murmurada sin pretensión trascendente. La vida sorda y ciega, muda y baldada de las comunidades de abajo tiene también una historia de corta duración que merece ser comprendida y sin cuyo análisis es imposible la reconstrucción de los procesos estructurales.

Bien puede argüirse que se trata de un falso problema: que el inicio de un suceso depende en buena medida del enfoque con que se aborde; que cada tipo de historia fija los límites que más se acomodan a su problema, y que buscar un único inicio de las cosas es volver al bíblico “hágase la luz” y con ello a la prehistoria de las ciencias sociales. Pero aun en el caso de que reduzcamos las variantes al mínimo, y procedamos sabiendo que al menos la mitad de un fenómeno ha sido creado por el observador, ¿no es imposible seleccionar un instante? Detengámonos, por ejemplo, en el inicio de la guerra mexicano-estadounidense de 1846-1848. ¿Podemos decir que empieza el 13 de mayo de 1846, cuando el congreso de Estados Unidos aprueba el decreto sugerido por el presidente Polk? ¿No es menos cierto que se inicia el 25 de abril de ese mismo año, cuando la caballería mexicana sorprende y derrota a una columna de exploradores estadounidenses en Carricitos, Texas? Y si fuera de este modo, ¿qué hacer con el momento en que la vanguardia de Taylor cruza el Nueces, o cuando la Convención texana ratifica su incorporación a Estados Unidos, o cuando el comodoro Jones —¡en 1842!— ocupa Monterrey de California creyendo que la guerra está en marcha? Las fricciones diplomáticas, los choques fronterizos, la interrupción de la comunicaciones, el anuncio de movilizacio-

nes, las batallas mismas, ¿no tienen a su vez un sinnúmero de momentos específicos, únicos para las vidas de quienes los protagonizaron y sin cuya existencia el curso de los acontecimientos habría sin duda variado de modo significativo?



Acaso hemos ido demasiado rápido; acaso ya hemos distorsionado el sentido diminuto de esta historia. Regresemos entonces un poco atrás, al momento en que ha comenzado a vislumbrarse la rebeldía de los habitantes de la ciudad de México. Estamos en el Palacio Nacional. Winfield Scott escucha el eco de un disparo, luego otro, de inmediato un tercero. No son tiros de alegría disparados por los voluntarios de Quitman, como al principio cree más de uno:² se trata de un ataque mexicano, informa un oficial enviado a la plaza por el propio general en jefe.³ Es cierto, pues: la rebelión de los habitantes de la ciudad de México es un hecho positivo y ésta es la primera noticia que de ella tiene el estado mayor del ejército estadounidense. ¿Ha comenzado ahora, poco después de las nueve de la mañana del 14 de septiembre? Sí, sin duda, para Scott y quienes con él ocupan el antiguo despacho del presidente de México. Sí, sin duda, para quien es destinatario, efectivo o potencial, de los disparos oídos. Y también sí, faltaba más, para el dueño del dedo que acaba de jalar del gatillo. Pero es imposible asegurar que *todo* el alzamiento se inicia en ese punto.

Encontramos las primeras disyuntivas en el espacio mismo de la plaza mayor. ¿Comienza la rebelión unos minutos antes, cuando se alza una voz que llama a los mexicanos a tomar las armas?⁴ ¿Comienza al mismo tiempo, pero en la esquina de la plaza del Volador, cuando otra voz —o la misma— invoca la voluntad de las piedras de las azotecas?⁵ ¿Comienza una hora antes, apenas cuando

2. García Cubas, *op. cit.*, p. 571, y Wilcox, *op. cit.*, p. 484.

3. *Ibidem*.

4. *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 66: "En este instante [cuando Scott acaba de entrar al Palacio] sale una voz de entre la multitud y dice: la fuerza con las balas se repele, y no con tríduos y novenas como hacen los ricos; hermanos á las armas, y con la velocidad del rayo, se oye un fuego graneado por todas partes, y el pueblo sostiene un ataque en todas direcciones [...]."

5. "Memorias de Zapatilla", pp. 127-128: "En la esquina de la plaza del Volador, y subido como en alto, estaba un hombre: pelón, de ojos muy negros, de cabello lanudo y alborotado, de chaquetón azul, que hablaba muy al alma: su voz como que tenía lágrimas, como que esponjaba el cuerpo. 'las mujeres

Quitman ha ordenado izar la bandera estadounidense en el Palacio Nacional?⁶ ¿Y si el hombre arrodillado en la esquina de Plateros y Empedradillo fuera más que un hermoso arquetipo (figura 3)? Es todavía más difícil de creer, ciertamente, pero ¿y si fuera la pistola del sargento Miguel Negrete la primera que hace fuego contra los estadounidenses?⁷ ¿Y cómo saber si ese tiro es aquel que escucha Scott en el Palacio? ¿Y si más bien fuera obra de alguna de las personas armadas que el teniente Wilcox observa desde la esquina suroccidental de la explanada?⁸ Voces primero, más tarde disparos: si

nos dan el ejemplo, ¿qué ya no hay hombres?, ¿qué no nos hablan esas piedras de las azoteas? [...] Aquel hombre era don Próspero Pérez[,] orador de la plebe, de mucho brío y muy despabilado, como pocos.”

6. *Autobiography of the Late Col...*, p. 240, sostiene algo parecido, pero la redacción de Davis es, por lo menos, confusa; según él, “When General Quitman, on his march into the city gave the orders to run up our colors on the plaza, citizens from the windows and tops of the occupied buildings fronting it opened fire upon our men, killing and wounding several of them” [cuando el general Quitman, en su avance hacia la ciudad, dio órdenes de izar nuestros colores en la plaza, unos ciudadanos, desde las ventanas y las azoteas de los edificios de enfrente, abrieron fuego contra nuestros hombres, matando e hiriendo a muchos de ellos]. Lo que narra a continuación, sin embargo, parece referirse más bien a los combates ocurridos más tarde en la mañana. (El cursi epígrafe de un libro absurdamente célebre, que no citaré por pudor y por vergüenza, propaló hace años la versión de que hubo un mexicano “vengador” que disparó contra quien izó la bandera estadounidense en el Palacio Nacional. Nada hasta ahora confirma la veracidad de esta historia, y menos la fuente aducida por el autor del volumen de marras: en las *Memorias de mis tiempos* no hay referencia alguna a este suceso. De modo que si la versión de Davis es endeble, la del epígrafe es de plano estúpida.)

7. Doroteo Negrete, *La verdad sobre la figura militar de don Miguel Negrete*, Puebla, La Enseñanza, 1935, p. 18, y John M. Hart, “Miguel Negrete: la epopeya de un revolucionario”, en *Historia Mexicana* (México), núm. 93, julio-septiembre de 1974, pp. 70-93. Hart cita el Archivo Histórico de la Defensa Nacional, exp. xi-481.4-8723, documento 192, que debe ser el expediente militar de Negrete.

8. Wilcox, *op. cit.*, p. 484: “Immediately after General Scott finished reading his order [la General Order 284] the report of a musket was heard, and it was instantly followed by a second and third fire. Turning to the junior officer present, he said: ‘Will you have the kindness to go and say to our volunteer friend that it is unsoldier like, bad manners, and dangerous to discharge arms in a city, and say to their officers that it must not occur again. None of us desire, I am sure, to hear more musketry.’”

“The young officer hastened down stairs and out of the patio, crossed quickly the plaza to Plateros street, heard the reports of several muskets down in the vicinity of the Alameda, then went to the southwest angle of the plaza, and looking down towards the Paseo, saw armed Mexicans run across the stre-



Figura 3. Carl Nebel, *Gen. Scott's Entrance into Mexico*. Detalle del extremo izquierdo de la lámina.

et four or five blocks off, and still hearing the reports of muskets, returned and reported to General Scott that it was not the volunteers but Mexicans firing from the roofs of houses." [Inmediatamente después de que el general Scott terminó de leer su orden, se escuchó el estampido de un fusil, que fue seguido al instante por un segundo y un tercer disparos. Volteándose hacia el oficial más joven de los presentes, dijo: "Tenga la amabilidad de ir y decir a nuestros amigos voluntarios que no es de soldados y sí de mala educación, y peligroso, disparar armas en la ciudad, y diga a sus oficiales que eso no debe volver a ocurrir. Ninguno de nosotros, estoy seguro, desea oír más fusilería. El joven oficial se apresuró escaleras abajo y fuera del patio, cruzó rápidamente la plaza hacia la calle de Plateros, oyó los tiros de muchos fusiles cayendo en las inmediaciones de la Alameda, fuego fue hasta el ángulo suroeste de la plaza y, mirando hacia el Paseo, vio mexicanos armados corriendo por la calle, cuatro o cinco cuadras más lejos, y siguió oyendo las explosiones de los fusiles. Regresó e informó al general Scott que no eran los voluntarios sino los mexicanos, que estaban disparando desde los tejados de las casas.] Creo que se trata del mismo Wilcox porque el relato de lo que vio e hizo ese joven oficial es muy detallado y vívido.

éste es el orden en que ocurren las cosas, es comprensible que los jefes estadounidenses sólo escuchen la segunda parte del binomio. Pero también es posible que las voces sean consecuencia de los disparos:⁹ ya se sabe que no hay tentación mayor para un demagogo. Los testimonios son tan escasos —y a más de escasos, escuetos— que es posible suponer cualquier cosa. O casi.

El Zócalo, con todo, es un espacio pequeño, más o menos cerrado y de lo que ahí pasa hay un buen número de testimonios.¹⁰ De lo que ocurre en el resto de la ciudad, en cambio, nuestro conocimiento es mucho más pobre y ello hace que sea casi imposible estar seguros de la verdad que hay al situar en la plaza mayor el acto inaugural de la revuelta capitalina. Más todavía, es probable que los primeros enfrentamientos hayan ocurrido mucho más al oeste y más temprano en la mañana, y que —al contrario de lo ocurrido en el Zócalo— la suerte haya acompañado, al menos al principio, a los agresores mexicanos: desde el prostibulario callejón de López,¹¹ a unos pasos del convento de Santa Isabel y de la Alameda (mapa 6), un tirador, agazapado en los altos de la abarrotería Juan Chiquito,¹² busca el pecho del general Worth pero hace blanco en el muslo del coronel Garland, cabeza del 4º de infantería y comandante de una de las dos brigadas de la primera división de regulares.¹³

El problema no es, por supuesto, si tiro, sorpresa, herida, rictus de dolor y jinete en el piso existen en la realidad. La dificultad principal está en ubicar cronológicamente el suceso. Si el disparo ocurre a la hora en que Worth y su estado mayor vuelven a la Alameda, tras acompañar a Scott al Zócalo,¹⁴ es imposible que sea éste el inicio del alzamiento, pues aun en el caso de que Scott haya en-

9. Ésta es, al menos, la opinión del redactor del *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 66.

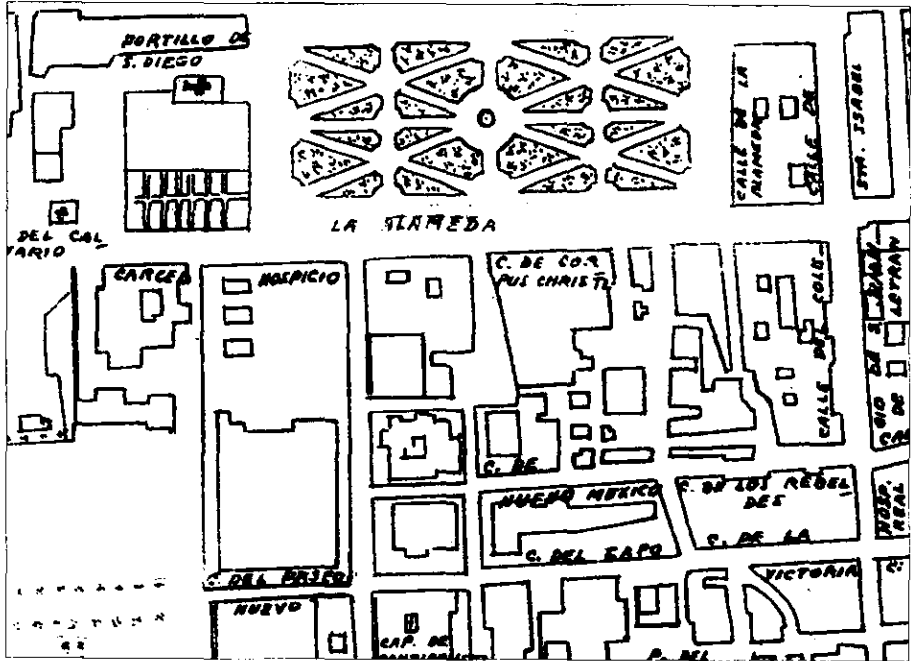
10. Además de Quitman, Smith, Scott y Worth, en el Palacio Nacional estaban Beauregard, Davis, Wilcox, Hitchcock y, quizá, Semmes.

11. Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, prólogo de Fernando Curiel, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992 (Obras Completas de Guillermo Prieto, 1), p. 143.

12. "Memorias de Zapatilla", p. 136.

13. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 327, y Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 843. Kendall, *op. cit.*, p. 266, afirma que Garland "[...] was fired upon a house near the convent of San Francisco" [fue baleado desde una casa cerca del convento de San Francisco], pero ello puede deberse a un desinterés del periodista por ubicar exactamente el sitio en el que se encontraba Garland; además, San Francisco está apenas a una cuadra del callejón de López.

14. Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 634, y Kendall, *op. cit.*, p. 266.



Mapa 6. El barrio de Tarasquillo. En el tercio superior, de izquierda a derecha, el convento de San Diego, la Alameda y el convento de Santa Isabel. En el centro, la ex cárcel de la Acordada, el hospicio, la iglesia de Corpus Christi, el callejón de López —justo al sur de la calle de la Alameda— y el inicio del convento de San Francisco. Abajo de las calles del Sapo y de la Victoria, comienza el barrio de San Juan. En el tercio inferior, a la derecha, se asoma el frente del Hospital Real. Tomado de *ibidem*. Digitalización: P.R.

trado al Palacio Nacional a las ocho de la mañana, el estado mayor de Worth no pudo estar de vuelta en la Alameda antes de las nueve, y es claro que a esa hora ya hay disparos y pedradas en el Zócalo. Pero, ¿y si ocurre la agresión cuando Worth, Garland y la columna entera están detenidos, esperando la llegada del general en jefe?¹⁵ ¿Y si —peor todavía— ocurre cuando apenas están llegando los regulares a las inmediaciones de Santa Isabel?¹⁶ ¿Basta esto para que ese primer tirador, Esquivel de apellido,¹⁷ merezca el sitio que ahora ocupa el Próspero Pérez “imaginado” por Prieto-Zapatilla?¹⁸ (En cierto sentido, lo que ocurriría sería algo más importante: supondría que los estadounidenses entraron combatiendo a la ciudad de México.)

15. Carta de William Chapman a su madre, en Chapman, *op. cit.*, p. 14: “[...] we marched into the city and halted at the Alameda, for some time while the engineers were reconnoitering. Some scoundrel fired from a house and wounded Col. Garland in the hip. Duncan’s battery was called up and fired one shot into the house and down the street which seemed to have a very good effect, but when Gen. Scott arrived in full plume and was received with enthusiastic cheers, the firing recommenced from the houses and was kept up on both sides all day.” [Avanzamos por la ciudad y nos detuvimos en la Alameda por algún tiempo, mientras los ingenieros hacían un reconocimiento. Algún bribón hizo fuego desde una casa e hirió al coronel Garland en la cadera. La batería Duncan fue llamada y disparó un tiro contra la casa y hacia la calle, que parece haber tenido muy buen resultado, pero cuando arribó el general Scott, todo de gala, y fue recibido por vítores entusiastas, el fuego recommenzó desde las casas y fue sostenido por ambos bandos durante todo el día.]

16. Diario de Ethan Allen Hitchcock, México, 14 de septiembre, 1847, en *México ante los ojos...*, p. 103, y diario de John James Peck, México, 14 de septiembre, 1847, en *The Sign of the Eagle*, p. 134. Esclarecer este punto es del todo imposible. La reacción estadounidense en el callejón de López incluye artillería y una importante movilización de soldados de a pie. En consecuencia, si Garland cae herido *antes* del paso de Scott, lo lógico sería esperar que el general en jefe encontrara a la columna de Worth en plena faena o todavía agitados, pero no en paz, como parece ocurrir; no obstante, véase *infra*, nota 21. Más todavía: Winfield Scott, “General Orders no. 284”, Cuartel general del ejército, México, 14 de septiembre, 1847, reproducida en *The American Star* (México), 20 de septiembre, 1847, p. 1, y en *Autobiography of the Late Col...*, pp. 241-242 —disposición dictada en el Palacio Nacional—, no hace mención explícita de la rebelión; se limita a sentenciar, “[...] the war is not over [...]” [la guerra no está terminada], y advierte a sus tropas que deben permanecer alerta.

17. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 327.

18. “Memorias de Zapatilla”, pp. 127-128. “Imaginado”, en efecto, es el término menos comprometedor, pues el 14 de septiembre Fidel acompañaba al ejército mexicano en su camino a Querétaro; véase Prieto, *op. cit.*, pp. 416 y 424.

Nuevas dificultades, en fin, se encuentran en otros rumbos de la ciudad. O, más bien, en otros espacios y en otros tiempos: ¿es que no se ha disparado un solo tiro desde el crepúsculo del lunes?,¹⁹ ¿es que ninguno de esos tiradores se encuentra en el interior de la capital mexicana?, ¿es que no caen apuñalados muchos soldados estadounidenses en las afueras de la ciudad?,²⁰ ¿es que son ficticios los disparos que recibe la columna Quitman cuando cruza el barrio del Tarasquillo a las seis de la mañana del martes?,²¹ ¿es que son del todo imaginarias las barricadas que detienen a Scott cuando intenta entrar en la ciudad y lo obligan a refugiarse en un convento llamado de San Isidro?²²



La imposibilidad de situar, con precisión incontestable, el primer tiro y la primera pedrada del alzamiento tiene, por supuesto, explicación más honda que las dos hasta ahora esbozadas. No es sólo que, en tanto que hecho de historia, carezca de tercera llamada o pistoleta de salva; no es sólo que las magras fuentes o lo ingenuo de la investigación dificulten el descubrimiento de su instante fundacional. Lo que en verdad impide el registro de un único momento primigenio es la naturaleza misma de la rebelión de los habitantes de la ciudad de México. Vaya: si no es posible decidirse entre Pérez y Esquivel, entre la Alameda y el Zócalo, y entre las seis y las nueve de la mañana, ello es a causa de que la rebelión es un hecho *espontáneo, masivo* y seguramente *popular*.

Espontáneo, empero, no significa irracional o aleatorio. Es sólo

19. Véase la "carta" de "Tu N." a Guillermo Prieto, México, sin fecha, en Prieto, *op. cit.*, p. 417, quien afirma que durante la noche "[...] se escuchaban tiros en todas direcciones [...]".

20. Diario de Ethan Allen Hitchcock, México, 28 de diciembre, 1847, en *México ante los ojos...*, p. 111.

21. García Cubas, *op. cit.*, p. 571, está seguro de que la columna de Quitman fue atacada en el callejón de López, cuando apenas se dirigía al Zócalo. En ese caso, los francotiradores estarían sobre la esquina de Rebeldes y no en el otro extremo del callejón, sobre Puente de San Francisco. Sospecho, sin embargo, que García Cubas confundió sus *recuerdos*, pues ni Beauregard ni el propio Quitman mencionan incidentes en su camino a través de los barrios del Tarasquillo y de San Juan.

22. "Chapultepec Taken", en *The New York Sun* (Nueva York), 5 de octubre, 1847, citado en *Niles' National Register* (Baltimore), 9 de octubre, 1847, tal como aparece en *Chronicles of the Gringos*, pp. 268-269.

la condición de lo autónomo, de lo independiente, de lo que se mueve por sí mismo. Pérez y Esquivel, y más bien sus anónimos compañeros en el Zócalo y en el callejón de López, no actúan de común acuerdo, no están donde están como resultado de una voluntad central o de una idea compartida de antemano.²³ Es difícil, si no imposible de hecho, que conciban sus actos como parte de un fenómeno que aquí hemos llamado “alzamiento”, de entrada puesto que éste apenas se inicia y al cabo porque lo más probable es que ignoren que ellos no son los únicos que combaten al ejército estadounidense. Actúan por cuenta propia, atentos a su propia responsabilidad y, al mismo tiempo, limitados por su aislamiento. ¿Busca Esquivel vengarse de la derrota? ¿Pretende Pérez dar —un nuevo— ejemplo de moral republicana? ¿Está Negrete fundando su futuro patriotismo?

Masivo también es el zafarrancho que comienza. Un poco después de las acciones que hemos querido llamar iniciales, o quizá contemporáneas de ellas aunque no podamos asegurarlo, disparos, pedradas, persecuciones y combates se escuchan, se viven, en vastas porciones de la zona urbana, e involucran a grandes cantidades de personas. Su tiempo, y los límites temporales de estas otras acciones, es todavía más impreciso: digamos tan sólo que el sol no ha alcanzado el cenit cuando la mayor parte de ellas, y sobre todo las que ocurren en el sur y el suroeste de la ciudad, están en su apogeo. Es evidente que la ubicación de estos actos de violencia responde en primer lugar a la posición ocupada por los estadounidenses en las primeras horas del martes —la plaza mayor, la zona alrededor de Santa Isabel, la Ciudadela—. Lo significativo, empero, es que muy pronto se establece cierta relación entre las zonas *físicamente* ocupadas por los estadounidenses y algunas regiones de la ciudad, que de este modo parecen convertirse, ya en bases, ya en refugios, de las multitudes violentas: los barrios del Tarasquillo, San Pablo, el Factor y Santo Domingo, entre otros, comienzan a formar parte del espacio de la revuelta a lo largo del primer día de la ocupación.

23. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 328, hace hincapié en que los combatientes se comportaban “[...] sin plan, sin orden, sin auxilio, [...]”.

Lo que ocurre en el Zócalo y sus calles adyacentes no es, de ninguna manera, lo más significativo de la revuelta. Ya porque la división Quitman comenzara a retirarse en busca de sus nuevos cuarteles²⁴ —pero, ¿dónde están estos cuarteles?, ¿incluyen la Aduana?—, ya porque el uso de artillería y francotiradores haya disuelto muy pronto la concentración de mexicanos hostiles, el caso es que la plaza de la Constitución no parece haber sido escenario de los combates más violentos de la jornada. Ello no quiere decir, por supuesto, que las palabras de Próspero Pérez o el disparo de Miguel Negrete hayan sido iniciativas aisladas, golpes de azada en el mar o meras ficciones literarias de la posteridad. Por el contrario: sabemos que la artillería estadounidense dispara una y otra vez, a lo largo de todo el día —primero la batería Steptoe, más tarde algunas piezas de la división Worth enviadas desde la Alameda—,²⁵ y que los soldados de infantería suben a las azoteas, ocupan los techos de las iglesias católicas y, así, enfrentan homeopáticamente a los rebeldes mexicanos.²⁶ Sabemos también que muy pronto los combates rebasan el borde nororiental de la plaza, más allá del Palacio. En la calle de Moneda, un puñal en un corazón estadounidense, un garrote y una mirada pueden más que un fusil con bayoneta: un muerto.²⁷ En la calle de Santa Teresa, una culata en la cabeza de una niña, un zapato en el cuello de un soldado, cadáveres, gritos y más tarde la camisa sangrante de un empleado municipal que sirve como bandera (mapa 7).²⁸ Pero, sobre todo, sabemos que el regimiento Mounted Rifles participa en los combates, con suerte *tan desigual que es difícil no ver en ella un indicio*: mientras que uno de sus oficiales alcanzará un premio por su desempeño,²⁹

24. Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 634.

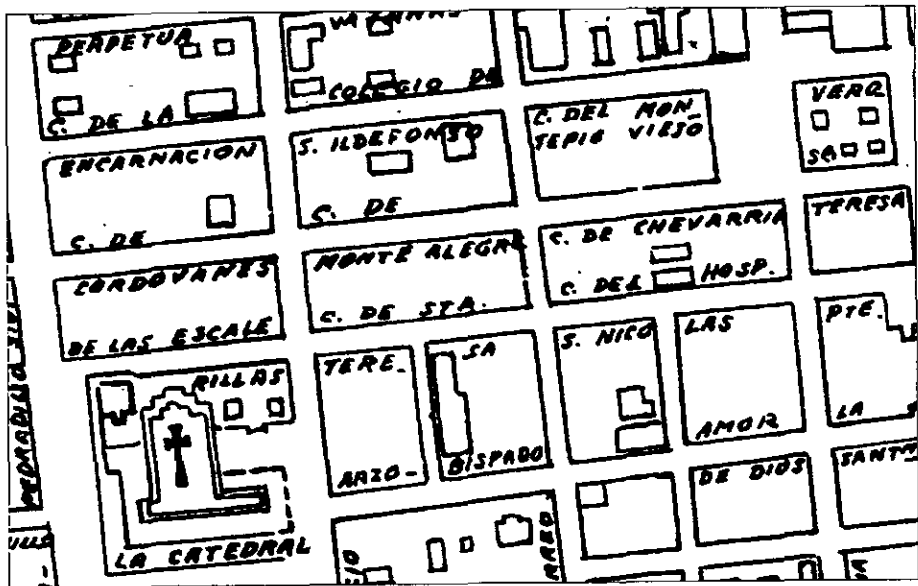
25. *Ibidem*, p. 635.

26. Wilcox, *op. cit.*, pp. 484-485.

27. Carta de Juan de Dios Rodríguez Puebla a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción), México, 14 de septiembre, 1847, GCM, rollo 80, MRPP, carpeta 10, documento 2401: “[...] al pasar un lepero [...] clavo un puñal en el corazón del soldado: a otro q. iba con un garrote el yankie se le encarró; se paro de pie firme el lepero, se lo quedo mirando con ira y al tiempo de tender el fucil, le tiró á las manos un garrotazo el lepero, y cayo la arma, q. tomada por el mejicano le clavo la balloneta en la barriga y sin descargarla corrio a eccitar con ejemplo.”

28. “Memorias de Zapatilla”, pp. 129-130. El héroe de los combates de Santa Teresa no es otro que Pomposo Gómez, llamado por Prieto-Zapatilla “segundo jefe del alumbrado”.

29. El teniente Andrew J. Lindsay, que recibió un *brevet* de capitán; véase Wilcox, *op. cit.*, apéndice c, p. 621.



Mapa 7. A la izquierda, abajo, la catedral, donde comienza la calle de Santa Teresa. Más abajo, el Palacio Nacional y el palacio arzobispal. En el extremo superior derecho, la plaza de Loreto. Tomado de *ibidem*. Digitalización: P.R.

una de sus compañías sufre cuatro bajas —heridos resultan el sargento James Manty y los soldados Herrington y Robinson; muere pronto el soldado Barber—. ³⁰ En ese sentido, quizá sea conveniente abandonar un poco la desconfianza que de entrada suscita una extraña litografía que fue publicada por el parisiense *L'Illustration* a fines de 1847 (figura 4): ³¹ ¿no es cierto que la pólvora decimonónica genera inmensas nubes de humo?, ¿no es cierto que los artilleros de Steptoe están en la plaza cuando se inicia el alzamiento? Pero si ello es cierto, ¿por qué los cañones apuntan hacia el noroeste, a lo largo de Empedradillo y, todavía más, hacia Santo Domingo?

Es natural, en cierto modo, que los combates de la plaza se hayan vinculado casi de inmediato con el sur de la ciudad y, sobre todo, que el sur se haya involucrado en las acciones que siguieron al estallido en el Zócalo. No sólo es que San Pablo esté a unos cuantos metros de la plaza mayor de México. No sólo es que el sur de la ciudad haya permanecido a salvo de la batalla de las garitas y que —como ya decíamos— en Niño Perdido-San Antonio hubieran estado atrincherados muchos de los guardias nacionales desmovilizados. ³² Sobre todo es que, al menos, una fuerza estadounidense *invade* el sur en la primera mitad del 14 de septiembre. Proveniente del Zócalo, una parte del 2º de infantería —separado para la ocasión de la división Worth— ³³ avanza por Flamencos-Porta Cœli hasta que es detenida por los rebeldes, quizás en las plazas de Jesús y de la Paja, acaso mucho más al sur, donde la calle del Rastro llega a la plazuela de San Lucas. ³⁴ en las seis horas siguientes, el capitán

30. Carta de Andrew Porter a S. Williams, Washington, 11 de abril, 1857, CGCM, rollo 26, "Diaries, Recollections and Memoirs", parte 3, "Letters of Andrew Porter", h. 210. La compañía de Porter era la "F" del Mounted Rifles.

31. *L'Illustration. Journal Universel* (París), sin día y sin mcs, 1847, p. 157, hoja suelta, JGC-VTA, núm. 89-661.

32. Véase el segundo tramo de este trabajo, "Vísperas", pp. 49-50.

33. Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 635.

34. Puede ser en cualquier parte, por supuesto, pero me parece que es más fácil una emboscada callejera en sitios que, como los indicados, tienen callejuelas, espacios irregulares y —también— templos católicos en sus alrededores. En todo caso, aquí hay cierta similitud urbana con barrios ajenos a la traza como Tarasquillo y San Juan, Salto del Agua, San Pablo, donde el trazo urbano parece haber influido en la intensidad de los combates. Como las plazas de Jesús y de la Paja, además, tuvieron una sólida relación económica con el mercado de la plaza del Volador, por lo menos desde el siglo XVIII, la existencia de un vínculo social y, por ello, de un corredor urbano entre el Zócalo y la calle de Regina resulta poco más que probable; sobre esta relación geográfico-económica, véase Rebeca María Yoma Medina y Luis Alberto Martos López, *Dos mer-*

Morris perderá casi una treintena de soldados.³⁵ Es posible que a esta incursión haya que sumar una segunda, un poco posterior en el tiempo: quizá como resultado de la suerte de *Morris*, la batería Steptoe abandona la fachada del Palacio Nacional y se coloca a cuatro cuadras del Zócalo,³⁶ en sitio todavía indeterminado que puede ser la esquina de la Paja y San José de Gracia, pero que podría ser la de Mesones y Puente de San Dimas (mapa 8). De este modo, los combates se trasladan al corazón mismo de una de las zonas más "léperas" de la capital mexicana: ¿resulta entonces extraordinario que los combates sean muy violentos en Necatitlan, en el Cacahuatl de San Pablo, en la plaza de la Retama y en La Palma, barrio desde donde casi podían verse la corridas de toros?,³⁷ ¿es extraño encontrar que entre los combatientes hay matanceros, carpinteros, sastres, tenderos y billeteros?³⁸ (Y desde ahí se extienden hacia el norte-noroeste, por las calles de San Miguel y Puente de la Aduana —justo a espaldas de San Agustín—,³⁹ hasta fundirse con otro de los focos principales de la rebelión.)

Decir el sur, en una ciudad tan breve como la capital mexicana de mediados del siglo XIX, es incurrir en un exceso de abstracción o en un prurito de prolijidad cartográfica. En realidad, el sur es también el sureste y el suroeste: La Merced, La Palma y Candelaria —y aun San Lázaro—, así como Salto del Agua, San Juan y Tarasquillo están muy próximos a San Pablo, Tlaxcoaque y San Salvador, pero también socialmente se encuentran muy cerca de aquellos. ¿Debemos sorprendernos si lo que ocurre en unas zonas lo encontramos repetido en las otras, y aun con mayor intensidad? Acaso al mediodía, pero más bien antes, los compañeros o émulos de Negrete se

cados en la historia de la ciudad de México: El Volador y La Merced, prólogo de Jorge Angulo, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Departamento del Distrito Federal, 1990 (Divulgación), pp. 61-62 y 100-105.

35. Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 635.

36. Véase el diario de Richard Coutler, México, 14 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 179. Por supuesto, Coutler no dice que la batería de Steptoe estuviera al sur de la plaza mayor. Creo que no pudo colocarse en otro punto cardinal de la ciudad puesto que cuatro cuadras al oeste, en el borde del convento de San Francisco, los combatientes eran más bien de la división de Worth. Podría ser, sin embargo, que su posición fuera la plaza de Santo Domingo. En lo que sí es preciso el pennsylvaniano es en el número de calles que la separaban del Zócalo.

37. "Memorias de Zapatilla", pp. 140-142.

38. *Ibidem*, e *ibidem*, p. 143.

39. *Ibidem*, p. 144.

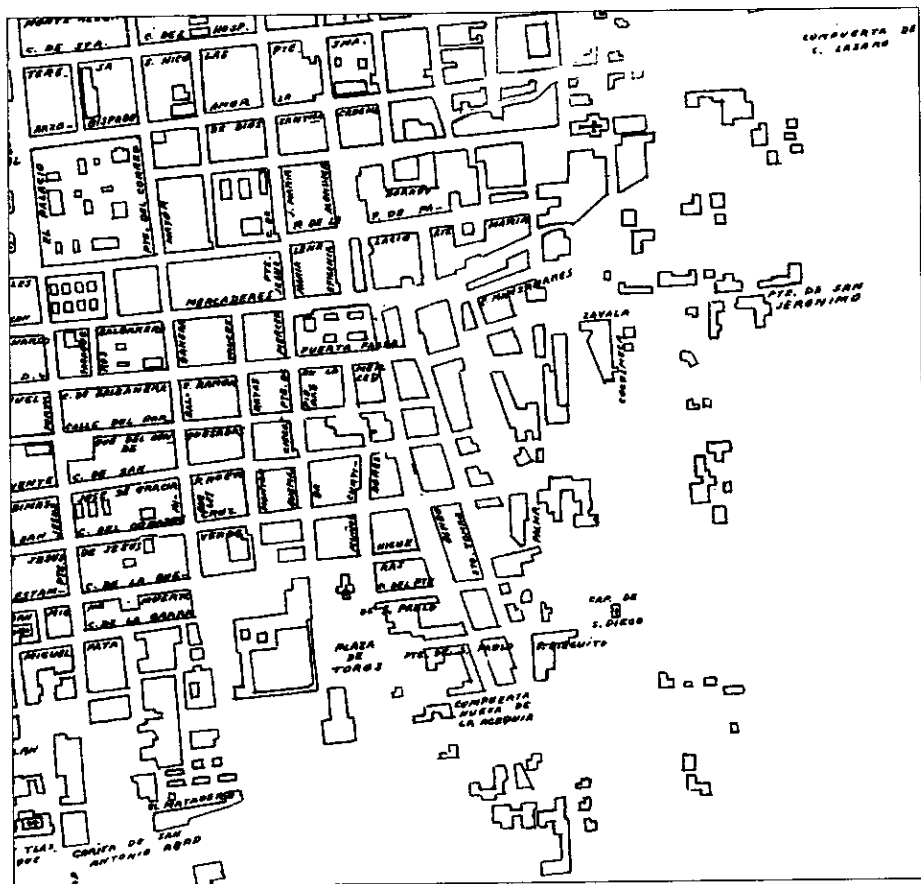


Mapa 8. El sur del Zócalo. En la parte superior, al centro, el mercado del Volador. Abajo, a lo largo de la calle del Rastro, la plazuela de la Paz. En el extremo inferior la plaza de Necatitlan y, a su derecha, el matadero. Tomado de *ibidem*. Digitalización: L.F.G.

han desplazado hacia La Merced sin dejar de combatir.⁴⁰ ¿Es un movimiento obligado, causado por la ofensiva estadounidense? ¿Es, en cambio, una maniobra de atracción, inconsciente si se quiere pero dictada por la costumbre de volver a casa tras deambular por la ciudad española? El caso es que los estadounidenses se encuentran muy pronto en mitad de la antigua zona de los embarcaderos y la lucha contra las piedras los lleva aún más lejos: en Candelaria, Manzanares, La Palma, La Viga y San Lázaro, además, la llanura permite la actividad de algunos jinetes mexicanos, que los lanzan y los arrojan a las acequias, donde palos de mujer los esperan (mapa 9).⁴¹ (Es posible, además, que otras fuerzas estadounidenses, provenien-

40. Hart, *op. cit.*, p. 72.

41. "Memorias de Zapatilla", pp. 140-141, y Moisés González Navarro, *Anatomía del poder en México*, México, El Colegio de México, 1977 (Centro de Estudios Históricos, Nueva Serie, 23), p. 15.



Mapa 9. El sureste. En la parte superior, el Palacio Nacional, y —en el extremo derecho— la garita de San Lázaro. Abajo, el mercado del Volador, el convento de la Merced y Manzanares. En la porción inferior, el extremo de Necatitlán, la plaza de toros de San Pablo y el barrio de la Palma. Tomado de *ibidem*. Digitalización: L.F.G.

tes de La Piedad, hayan entrado a la ciudad por el sur, y que a esta segunda invasión se deba la respuesta de los barrios surorientales.)⁴²

En el suroeste, mientras tanto, el incendio se extiende a lo largo de la calzada de Belén⁴³ y muy pronto la Ciudadela —ocupada desde muy temprano por las fuerzas de Quitman, no lo olvidemos— se convierte en un imán para los rebeldes, cuya abundancia y belicosidad es sin duda significativa ya que consiguen sitiar a un centenar de estadounidenses durante buena parte del día.⁴⁴ Además, logran causarles una importante —aunque imprecisa— cantidad de heridos.⁴⁵ Más allá del nuevo cuartel del 2° de Pennsylvania —en Romita y aun sobre la calzada de Chapultepec—, puede haber también combates, pero es difícil precisarlo.⁴⁶

El ataque a la Ciudadela, empero, no parece ser el principal objetivo de los habitantes del suroeste: a fin de cuentas, los pennsylva-

42. "Memorias de Zapatilla", pp. 140-141.

43. Carta de Juan de Dios Rodríguez Puebla a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción), México, 14 de septiembre, 1847, GCM, rollo 80, MRPP, carpeta 10, documento 2401.

44. *Ibidem*.

45. Diario de Richard Coutler, México, 14 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 179.

46. James Butterfield, "Reminiscences of the Mexican War", GCM, rollo 26. "Diaries, Recollections and Memoirs", parte 2, h. 194: "While there Gen. Scott came in the plaza; word came that of our wounded men were surrounded outside of the city; a detail was made, Sergt. Davidson took some men along; I was among the number; we found that the wounded men were pretty well surrounded; we carried them in and on the way in the Mexicans fired on us from the housetops parapets; I was then simultaneously shot in the right forearm and the left thigh; I could no therefore carry the men and dropped the stretcher, but kept my rifle and came back to the City; one of our men lost his leg; on coming in the City I went to the hospital [...]" [Mientras el general Scott venía a la plaza, se informó que nuestros heridos estaban rodeados afuera de la ciudad; se formó una patrulla, el sargento Davidson tomó algunos hombres; yo estaba entre ellos; encontramos a los heridos casi totalmente rodeados; los transportamos y en el camino los mexicanos disparaban contra nosotros desde los parapetos de los tejados; luego fui herido simultáneamente en el antebrazo y en el muslo izquierdo; ya no podía conducirlos y dejaba caer la camilla, pero conservé mi rifle y volví a la ciudad; uno de nuestros hombres perdió una pierna; al volver a la ciudad fui al hospital.] He supuesto que Butterfield fue herido en el suroeste de la ciudad puesto que fue reclutado en Nueva York, en abril de 1845 —véase *ibidem*, h. 182— y, por lo tanto, acaso haya pertenecido al regimiento de voluntarios neoyorquinos, integrantes de la división Quitman y, así, vinculados más bien con la Ciudadela que con San Cosme al momento en que se iniciaron los combates. Pero, como se ve, no tengo muchos elementos para afirmarlo.

nianos se encuentran a cubierto y el bisoño barrio de Nuevo México debe amortiguar la violencia en las inmediaciones del ex arsenal del ejército mexicano.⁴⁷ En la zona de la Alameda, en cambio, una multitud de soldados estadounidenses se encuentra a la intemperie. No es de extrañar entonces que los rebeldes se hagan fuertes alrededor de San Hipólito y en el jardín de Tolsá.⁴⁸ Y menos que los encontremos parapetados al sureste de la Alameda: en Tarasquillo y en San Juan, los edificios y las callejuelas abundan y son —todavía— retorcidas hasta el delirio. Ahí se introducen, primero buscando a los heridores de Garland —gritan en español, incluso—,⁴⁹ más tarde obligados a someter un foco de rebeldía que rápidamente se mueve hacia el este, por Victoria hacia San Juan de Letrán y Hospital Real y hasta las calles de Refugio y Tlapaneros, y que por el sur se extiende, a través de la plaza del Agua Escondida y la capilla de San Pedro, hasta el Salto del Agua y la plaza de las Vizcaínas.⁵⁰ es tan compacta la masa combatiente que aun podría admitir, cerca del Hospital Real, un tamborilero en activo, un abanderado erguido y las currutacas cabriolas de *Don Canuto*, el caballo de Martín Zapatilla.⁵¹ El teniente Hagner,⁵² no lo dudemos, es apenas uno de los artilleros de Duncan —o, con mayor probabilidad, de Huger—⁵³ que

47. La historia de esta región ha sido analizada, magistralmente, por María Dolores Morales, "Cambios en la estructura de la traza vial de la ciudad de México, 1770-1855", en *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, compilación de Regina Hernández Franyuti, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, vol. 1, en especial pp. 176-190 y 205-218, donde hace un recuento, casi calle por calle, de las transformaciones "neoclásicas" —y por ello contrarias a la disposición espacial de los barrios indios del Tarasquillo y San Juan— ocurridas entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Las líneas que siguen, por supuesto, llevan su impronta.

48. Carta de J. Francisco Velázquez a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción), Moral (?), 14 de septiembre, 1847, GCGM, rollo 80, MRPP, carpeta 10, documento 2399.

49. Zamacois, *op. cit.*, vol. XII, pp. 843-844.

50. *Apuntes para la historia de la guerra...*, pp. 326-327, y "Memorias de Zapatilla", pp. 137-138.

51. *Ibidem*, p. 139.

52. Bauer, *op. cit.*, p. 322. La información proviene del parte del coronel Huger, México, 20 de septiembre, 1847, tal como aparece reproducido en *Senate Executive Documents, 30th Congress, First Sessions*, y "Journal of Francis Collins, An Artillery Officer in the Mexican War", edición de Maria Clinton Collins, en *Quarterly of the Historical and Philosophical Society of Ohio*, abril-junio, 1915, vol. X, pp. 37-109.

53. *The War Between the United States...*, p. 45. Véase también *supra*, nota 15.

son enviados a perseguir a los mexicanos.⁵⁴ Las balas de 68 libras, no lo dudemos, son apenas unas de las empleadas por los artilleros.⁵⁵ ¿Es sensato atribuir a la geografía urbana la intensidad del ataque sufrido por los regulares de la división Worth en la Alameda? ¿Es sensato suponer que la vecindad del convento de Santa Isabel determina la agresividad de los mexicanos en esa región de la ciudad? Puede ser, en efecto, pero también es posible que, *en otro sentido*, la complejidad del trazo urbano al sur de Santa Isabel y San Francisco haya determinado la intensidad de los combates:⁵⁶ como en San Pablo, antigua jurisdicción de la “república” de San Juan Tenochtitlan y por ello edificada sin orden ni concierto, carente de espacios regulares y por ello susceptibles de ser dominados por la artillería, el contraataque estadounidense debe ser mucho menos exitoso que en zonas como el Zócalo y, en general, la vieja ciudad española, abiertas y con calles rectas, en las cuales cañones y morteros pueden moverse con mayor facilidad y eficacia.⁵⁷

54. Sobre el uso de la artillería para reprimir a los rebeldes del barrio del Tarasquillo, véanse Bauer, *op. cit.*, p. 322; el diario de John James Peck, México, 14 de septiembre, 1847, en *The Sign of the Eagle*, p. 134, y el parte del general William Worth, México, 16 de septiembre, 1847, tal como aparece en *To Mexico with Taylor and Scott*, pp. 213-214.

55. *The War Between the United States...*, p. 45.

56. La carta de J. Francisco Velázquez a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción), Moral (?), 14 de septiembre, 1847, GCGM, rollo 80, MRFP, carp. 10, doc. 2399, establecía que “La plebe tiene los puntos de Sn Francisco, Sn Ypolito y el Jardin de Tolsa”.

57. Medio siglo antes, en el esplendor de la ilustración borbónica, la irregularidad del trazo urbano en los alrededores de la primigenia ciudad española ya había sido considerada un serio obstáculo para el buen gobierno —vale decir, para el control— de la capital y sus habitantes. Como se sabe, los proyectos de Baltasar Ladrón de Guevara (1780) e Ignacio Castera (1794) tenían como propósito casi primordial hacer más fluida —lo mismo en términos viales que en términos fiscales y de policía— la relación entre los habitantes de los barrios y las autoridades del virreinato. Véanse Morales, *op. cit.*, pp. 163-171; Sonia Lombardo de Ruiz, “Idcas y proyectos urbanísticos de la ciudad de México, 1788-1850”, en *Ciudad de México: ensayo...*, pp. 169-188, y Regina Hernández Franyuti, “Ideología, proyectos y urbanización en la ciudad de México, 1760-1850”, en *La ciudad de México en la primera mitad...*, vol. 1, pp. 116-160. Como se sabe, fue el afán de impedir una insurrección como la de junio de 1848 lo que llevó a Haussmann a diseñar los amplísimos bulevares de París; véase Walter Benjamin, “París, capital del siglo XIX”, en W. Benjamin, *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, prólogo y traducción de Jesús Aguirre, Madrid, Taurus, 1991 [primera edición en castellano, 1980] (*Humanidades-Teoría y Crítica Literaria*), pp. 187-188.

“Intensidad de los combates” quiere decir, por lo menos, un jefe y dos oficiales heridos: el ya citado Garland, John C. Pember-ton⁵⁸ y Sydney Smith.⁵⁹ Asimismo, significa que la división Worth fue la más golpeada por la rebeldía de los habitantes de la ciudad de México. Sea en San Hipólito, la Alameda, Tarasquillo, San Juan y Hospital Real; sea a lo largo de Santa Clara y Tacuba, por la que avanzó una parte de la división en las primeras horas de la mañana, las bajas de los regulares —por lo menos 50 el primer día, de acuerdo con el cálculo del propio Worth—⁶⁰ parecen haber sido más numerosas que las de los otros cuerpos activos en la primera jornada del alzamiento. Es necesario reconocer, empero, que acerca del lugar donde fueron heridos los tenientes Smith y Pemberton no tenemos la certeza que sí nos acompaña en lo tocante a la herida del coronel Garland, puesto que desconocemos si el 4° de infantería —cuerpo del que ambos formaban parte— permaneció en la Alameda o si formaba parte de las tropas que entraron a la ciudad por Santa Clara-Tacuba.⁶¹

Con la movilización de los soldados por el extremo nororiental de la Alameda, maniobra quizá pensada para no concentrar todas sus fuerzas en el estrecho corredor de San Francisco-Plateros, los estadounidenses de Worth se colocan, al contrario, en una posición indeseable desde el punto de vista militar: dividida en dos, la columna es blanco fácil de los agresores mexicanos, sobre todo porque el ataque de éstos no parece regirse por las convenciones de la guerra y carece, por lo tanto, de origen y objetivos. La ocupación de Santa Clara-Tacuba, además, supone una ampliación del escenario bélico

58. Wilcox, *op. cit.*, apéndice c, p. 628.

59. Parte del general William Worth, México, 16 de septiembre, 1847, tal como aparece en *To Mexico with Taylor and Scott*, pp. 213-214, y Kendall, *op. cit.*, p. 266. Smith murió dos días más tarde, el jueves 16; véase *Chronicles of the Gringos*, p. 491, nota 126. El hecho, además, tuvo una curiosa consecuencia, que podría interpretarse como “decisiva” para la historia estadounidense: a causa del fallecimiento de Smith, el teniente segundo Ulysses S. Grant fue designado para ocupar su lugar en el organigrama del 4° de infantería y ascendido a teniente primero; véase *Personal Memoirs of U.S. Grant*, p. 81.

60. Carta de William Worth a su hija, México, 28 de septiembre, 1847, GCGM, rollo 26, “Diaries, Recollections and Memoirs”, parte 3, “Notes from General Worth Papers”, h. 150.

61. Garland era coronel del 4° de infantería y por ello es probable que el regimiento perteneciera a su brigada. Por lo menos es un hecho que en mayo de 1847 no pertenecía a la otra brigada de la primera división de voluntarios, la que comandaba Clark; véanse el diario de Ralph W. Kirkham, Perote, 2 de mayo, 1847, en *The Mexican War Journal...*, p. 11, e *ibidem*, p. 124, nota 12.

y permite la actuación de los barrios del noroeste, sobre todo el organizado en torno de la plaza del Factor, sede del baratillo de la ciudad (mapa 10). ¿Es válido atribuir un origen septentrional a los mexicanos que de hecho sitian a una fuerza estadounidense en el Colegio de Minería?⁶² ¿Se trata sólo de los guardias del Hidalgo?⁶³ ¿Es razonable suponer que si más tarde los mexicanos se retiran y dejan desprotegido el hospital de San Andrés —lo mismo que la iglesia de Santa Clara—⁶⁴ ello se debe a que se trata de una *invasión* de los barrios más que de un movimiento originario de la vieja ciudad española? Y más aún: ¿podemos considerar que la gentileza con que una familia plutocrática trata a los regulares que invaden su domicilio constituye una prueba de que los combatientes mexicanos de la zona del Teatro Santa Anna no son originarios de esa zona?⁶⁵ Por lo menos en este punto podemos detenernos un momento a observarlos, aunque tengamos claro que los grabados no son fotografías y que, al contrario, son puestas en escena más o menos convencionales: ¿o no es cierto que semejante aglomeración está lejos de parecer una noche de estreno? (figura 5). En todo caso, los combates obligan a los regulares de Worth a pelear en el norte, desde el Factor y la calle de Manrique⁶⁶ —y más allá, hasta los Ángeles y Santa

62. García Cubas, *op. cit.*, p. 573.

63. *Ibidem*.

64. Kendall, *op. cit.*, p. 266: "In half an hour's time our good friends, the lepers, in the neighborhood of the hospital of San Andres and the church of Santa Clara also commenced discharging muskets and throwing bottles and rocks from the azoteas." [En una hora y media, nuestros buenos amigos, los léperos, en el vecindario del hospital de San Andrés y de la iglesia de Santa Clara también comenzaron a descargar fusiles y a arrojar botellas y piedras desde las azoteas.] Véase también *The War Between the United States...*, p. 45.

65. Diario de John James Peck, México, 16 de septiembre, 1847, en *The Sign of the Eagle*, p. 135. Si más tarde otras gentilezas del mismo tipo, aunque más significativas —una gentil Magdalena mexicana, un viril Gustavo estadounidense, etcétera—, fueron imaginadas por Juan A. Matcos y Vicente Riva Palacio como fundamento de "La catarata del Niágara" (1862), acaso no sea descabellado suponer que la convivencia amistosa entre los patricios mexicanos y los oficiales estadounidenses comenzó al mismo tiempo que el alzamiento. La obra está en Vicente Riva Palacio y Juan A. Matcos, *Las tiras hermanas. Obras dramáticas*, introducción de Eduardo Contreras Soto, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Nacional Autónoma de México (Coordinación de Humanidades)-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Mexiquense de Cultura, 1996 [primera edición, 1871] (Obras escogidas de Vicente Riva Palacio, III), pp. 385-450.

66. Carta de Juan de la Granja a Margarita González (en San Ángel), México, 15 de septiembre, 1847, en Granja, *op. cit.*, p. 174.

Ana—,⁶⁷ así como en Santa Brígida, Vergara y Coliseo,⁶⁸ y a comportarse del mismo modo que sus compañeros del Zócalo: derriban las puertas con hachas y barretas, ocupan las casas particulares, suben a las azoteas, combaten a los rebeldes desde los tejados y acaso también guían a la artillería que se mueve por las calles (mapa 11).⁶⁹

San Juan de Letrán y Santa Isabel han quedado convertidas en algo semejante al centro de la línea estadounidense: al oeste, se lucha desde el Tarasquillo hasta el Salto del Agua; al este y noreste, la zona comprendida entre el convento de San Francisco y la plaza del Factor es también escenario de múltiples enfrentamientos. ¿Tienen noticia de estas realidades los lanceros mexicanos que hacían el mediodía invaden la ciudad desde el norte?⁷⁰ ¿Saben que están atacando el vértice de la línea enemiga cuando chocan con la batería Duncan⁷¹ en Puente de la Mariscal⁷² o con el 8º de infantería en San Juan de Letrán, junto al convento de San Francisco?⁷³ Seguramente no: el mando militar mexicano, de regreso en Peralvillo al mediar la jornada, los ha enviado a explorar, a verificar la exactitud de los dichos que alcanzaron a Santa Anna en San Cristóbal⁷⁴ o en Tulpetlac.⁷⁵ ¿Es significativo que la persona que habla del alzamiento al presidente se llame Francisco Próspero Pérez? A simple vista, por supuesto, lo que importa es el mensaje. (Si mala es la suerte de quien lleva malas noticias, peor es la del portador de buenas nuevas: o Maratón o el olvido.) En este caso, no obstante, detengámonos en la trivialidad. El mensajero, ojo, se llama Francisco Próspero Pérez.⁷⁶

67. "Memorias de Zapatilla", pp. 145 y 147.

68. Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 844.

69. Carta de Ralph W. Kirkham a Kate Kirkham, México, 15 de septiembre, 1847, en *The Mexican War Journal...*, p. 66, y Semmes, *op. cit.*, p. 353.

70. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 338.

71. *With Beauregard in Mexico*, p. 103, y Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 168.

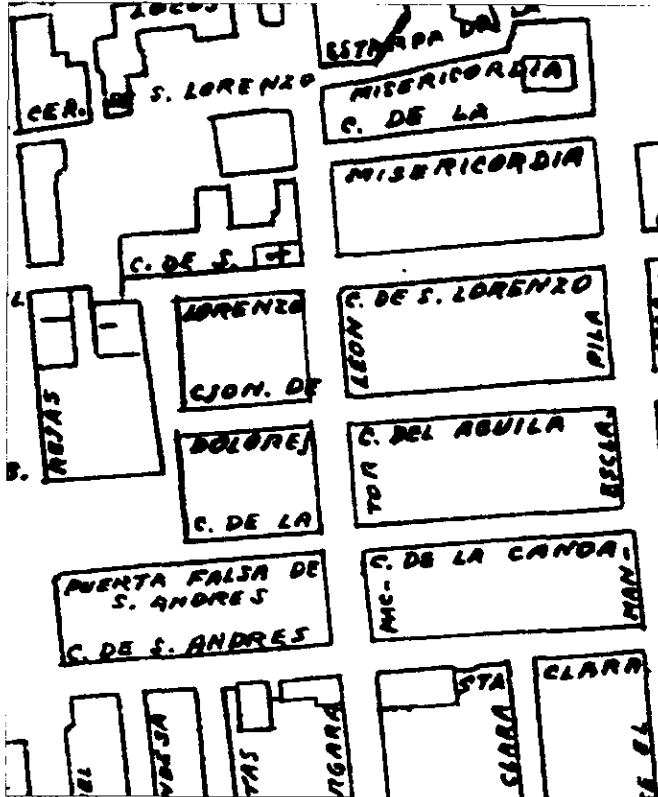
72. Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 848.

73. Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 635.

74. Santa Anna, oficio de Antonio López de Santa Anna al ministro de Guerra y Marina (en Querétaro), Tehuacán, 21 de noviembre, 1847, en *Detall de las operaciones...*, p. 33, recordará más tarde que un grupo de personas, provenientes de la ciudad, le dijeron "[...] que la vista del pabellon americano elevado en el Palacio por nuestros enemigos habia causado tanta irritacion en los ánimos, que en masa el pueblo se habia levantado contra los invasores, los tenia reducidos al círculo de la plaza y les habian quitado seis cañones; y me pidieron que contramarchara y fuera à tomar parte el ejército con el pueblo."

75. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 337.

76. Wilcox, *op. cit.*, p. 485, y *Apuntes para la historia de la guerra...*,



Mapa 11. Abajo, de izquierda a derecha, los conventos de San Andrés, Betlemitas y Santa Clara. Arriba a la a derecha, el extremo del mercado del Factor. Tomado de *ibidem*. Digitalización: P.R.

p. 338. Sobre la importancia que puede tener este individuo para comprender el alzamiento —su vida, no su conversación con Santa Anna—, véase el último tramo de este trabajo, “Las piedras, los pobres”, pp. 184-185 y p. 184, nota 104.

A Peralvillo ha vuelto una parte del ejército mexicano, en efecto;⁷⁷ en Peralvillo está Santa Anna dando órdenes, enviando exploradores, imaginando el modo de aprovechar el alzamiento.⁷⁸ El hecho es significativo, sin duda, pero no por lo que el general presidente aporte o pueda aportar a la rebelión. Lo es, sobre todo, porque confirma que el control estadounidense en el primer día de la ocupación es casi nulo en esta zona de la ciudad: Peralvillo y Tepito, es cierto, se encuentran muy al norte, los vanos edificios abundan más allá de la Lagunilla y el cementerio de Santa Paula, pero ¿no es menos cierto que son barrios integrantes de la capital mexicana?, ¿no es menos cierto que la dignidad del vencedor está siendo agredida si su enemigo ocupa un extremo de una plaza que en teoría le pertenece? Tampoco hay que suponer, sin embargo, que el ejército mexicano controla el norte de la ciudad. Por lo pronto, porque sólo se trata de una parte de la caballería,⁷⁹ pero sobre todo porque la tropa mexicana se limita, casi toda, a acampar en la garita de Peralvillo: lo único notable es una incursión de jinetes mexicanos —no muy numerosa y muy poco exitosa—,⁸⁰ miembros de los regimientos 5º, 9º y de Guanajuato, que llegan hasta Santa Catarina y la Concepción (mapa 12).⁸¹

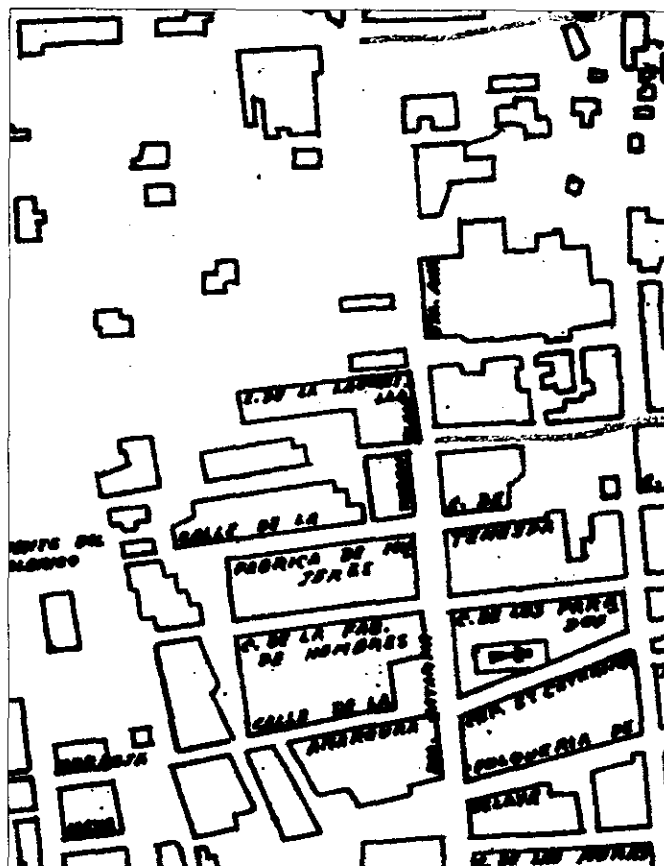
77. La caballería y el llamado batallón del Sur, ambos a las órdenes de Juan Álvarez, que eran las tropas que acompañaban a Santa Anna. Véase el oficio de Antonio López de Santa Anna al ministro de Guerra y Marina (en Querétaro), Tehuacán, 21 de noviembre, 1847, en *Detall de las operaciones...*, p. 33. El resto del ejército, dirigido por Herrera, avanzaba por el norte hacia Cuautitlán.

78. Oficio de Antonio López de Santa Anna al ministro de Guerra y Marina (en Querétaro), Tehuacán, 21 de noviembre, 1847, en *Detall de las operaciones...*, p. 34: “[...] en Peralvillo hice levantar una trinchera que pusiera á cubierto á la infantería del Sur, que allí se colocó para ausiliar al pueblo, y con igual objeto hice recorrer por diversos barrios grusas [*sic*] partidas de caballería, [...]”

79. Wilcox, *op. cit.*, p. 485, afirma que eran 300 los *pintos* que se movieron con Álvarez hasta Peralvillo.

80. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 330, dice que los dragones estaban “[...] tan mal armados, que muchos, despues de habérseles cebado sus carabinas repetidas veces, no pudiendo disparar un solo tiro, las arrojaban contra el suelo, y corrieron blandiendo la lanza sobre los enemigos, entre cuyas filas espiraron valientemente”. Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 848, empero, opina que “Con temerario arrojo, y causando bastantes bajas en los norteamericanos, entró por las calles de Santa Catarina, Concepcion y Santa Maria, aquel corto número de ginetes [*sic*]”.

81. *Apuntes para la historia de la guerra...*, pp. 330 y 338, y Wilcox, *op. cit.*, p. 485.



Mapa 12. El norte. Arriba, casi en el centro, la garita de Peralvillo. Hacia abajo, el barrio de Santa Ana y la iglesia de Santa Catalina. La zona despoblada a la izquierda es la Lagunilla. Digitalización: P.R.

Del centro de este septentrión abandonado por todos, por todos menos por sus habitantes, proviene la única columna rebelde digna de ese nombre: armado con estandarte y montado a caballo, Celestino Domeco de Jarauta, cura aragonés, guerrillero y acaso cuatrero,⁸² convoca a los vecinos de Santa Catarina e invade los nuevos dominios estadounidenses.⁸³ La columna existe apenas un par de cuadras, hasta Santo Domingo, donde una batería y una fuerza de infantes la devuelve a su condición primigenia:⁸⁴ las escaramuzas subsiguientes ocurren cerca de la Concepción y de Santa Catarina, pero acaso también al noreste del convento de los dominicos, en los alrededores de la plaza de San Sebastián y en el barrio de Santa Ana.⁸⁵ De lo que no es posible dudar es que, durante algunas horas, Santo Domingo es el centro de una vasta movilización que incluso puede haber alcanzado cierto grado de organización político-mili-

82. Véanse Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 171; Humberto Musacchio, *Diccionario enciclopédico de México*, México, Andrés León Editor, 1989, vol. II, p. 951; Pedro Santoni, "Jarauta, Celestino Domeco de", en *The United States and Mexico at War*, pp. 210-211, y carta de Juan de la Granja a Carlos Martí (en La Habana), México, 29 de junio, 1847, en Granja, *op. cit.*, p. 114 ¿Y no es cuatrero el guerrillero que, tras atacar convoyes estadounidenses, se roba los caballos y las mulas en las postas del camino de Veracruz?; véase Miguel Lerdo de Tejada, *Apuntes históricos de Veracruz*, citado en Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 326. Para más información sobre la vida, y sobre todo acerca de la muerte, de este singular individuo, véase Rueda Smithers, *op. cit.*, pp. 79-83.

83. García Cubas, *op. cit.*, pp. 573-574: "Alejado de mi hogar me hallaba con mi madre y hermana en una casa de la calle del Cuadrante de Santa Catarina, donde no alcanzaban las granadas que sin cesar llovían por la parte occidental de la ciudad, cuando en la mañana del mencionado día 14, escuché con asombro un gran alboroto en la calle, a la vez que los vecinos de la expresada casa, hombres, mujeres y niños apresuradamente abandonaban sus habitaciones y corrían por los patios dirigiéndose al zaguán, en el que se agruparon movidos por la curiosidad. Yo corrí con todos sin que fueran bastantes los gritos de mi madre, y sacando mi cabeza como pude por entre aquella masa compacta de cuerpos humanos que interceptaban la puerta, vi corriendo en tropel por la calle, con dirección a la esquina de la Amargura, un pelotón de hombres armados y a cuya cabeza iba un fraile, montado en un brioso caballo, con sus hábitos arremangados y sosteniendo en sus manos nuestro glorioso pabellón de las tres garantías. El fraile aquel infundía aliento e inspiraba entusiasmo a los gritos de ¡Viva México y mueran los yankees! Así es que con los hombres que en el zaguán había, abandonaron éste para unirse al grupo de patriotas, y yo con ellos."

84. Si fuera posible identificar a los estadounidenses, quizá se aclararían algunos aspectos de la rebelión en el norte de la ciudad. Tengo la impresión de que se trata de hombres de la división Quitman y la brigada Smith, pues no hay más que dos cuadras entre la catedral y la Aduana.

85. Es probable, por supuesto, que los combatientes civiles se mezclen

tar:⁸⁶ alrededor del convento de la Encarnación, que debe haber sido saqueado,⁸⁷ y a lo largo de San Ildefonso hasta el convento de San Pedro y San Pablo, los combates causan la muerte de al menos cinco estadounidenses —dos en una esquina, tres en otra— y la desbandada de una patrulla de caballería.⁸⁸ ¿Estamos ante una peculiaridad norteña de la rebelión? ¿Estamos ante una de las pocas evidencias mexicanas de la actividad levantisca de esos intermedios sociales descritos, definidos, por Rudé?⁸⁹ Sea como fuere, la ofensiva encabezada por Jarauta podría verse como un ejemplo de lo que ocurre con el conjunto de la rebelión capitalina, al menos el 14 de septiembre: de la periferia al centro, de los barrios a la “ciudad de los palacios”, las multitudes buscan a los estadounidenses, los provocan y, cuando han conseguido atraer a los soldados, se refugian en los barrios, en *sus* barrios, donde el conocimiento del terreno y el consentimiento social hacen más duradera la resistencia.



¿Ha sido suficiente este paseo del Zócalo a Santo Domingo para advertir el carácter masivo de la revuelta? ¿Estamos en condicio-

con los jinetes sureños que pululan por esa misma región. Lo que está claro, empero, es que no se trata de una acción conjunta de Jarauta y Santa Anna: por lo menos no hay constancia en ese sentido ni en el relato del propio Santa Anna ni en los “recuerdos” de García Cubas.

86. En algún momento del día, un tal “D. N.” envió a Santo Domingo un largo recado en que conminaba a los rebeldes a colaborar con el ayuntamiento y, en consecuencia, a dejar las armas. Lo significativo es que se dirigió al “comandante” —¿al “comité”?— de los alzados y dijo que los combates de la zona eran resultado de “[...] una reunion de mejicanos mismam.te zelosos de [...] de nues. libertades patrias [...]” que había tenido lugar “[...] en los Alt.s del Conv.to de Sto. Domingo y otros puntos [...]”. Véase D. N. “al Com.te de las fuerzas de Sto Domingo”, México, 14 de septiembre, 1847, AHDF, vol. 2265, exp. 25.

87. Carta de Juan de Dios Rodríguez Puebla a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción), México, 16 de septiembre, 1847, GGM, rollo 80, MRPP, carpeta 10, documento 2403.

88. Carta de Juan de Dios Rodríguez Puebla a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción), México, 14 de septiembre, 1847, GGM, rollo 80, MRPP, carpeta 10, documento 2401.

89. Rudé, *La multitud en la historia*, pp. 255-257. Para una definición tipológica de los intermediarios mexicanos en la primera mitad del siglo XIX, véase sobre todo Dí Tella, *Política nacional y popular...*, pp. 90-96. A pesar de destinar todo un capítulo a los intermediarios, Escalante, *op. cit.*, pp. 97-118, apenas si reparó en los *pequeños* de su especie.

nes de afirmar, como ya antes se hizo, que casi todos los barrios de la ciudad se encuentran sobre las armas?⁹⁰ ¿Basta listar los escenarios ciertos y probables del zafarrancho para comprender las dimensiones demográficas y políticas de la insurrección? Si la respuesta es negativa, como debería serlo, es indispensable entonces llevar aún más lejos la inferencia o, mejor dicho, observar un par de otras realidades como si fueran superficies reflejantes, espejos para mirar a través de ellas. En ese sentido, el comportamiento del mando estadounidense y la reacción del ayuntamiento pueden ser los únicos modos de medir la intensidad de los hechos violentos del 14 de septiembre.

La movilización —por lo menos— de las baterías Steptoe y Duncan para reprimir a los rebeldes es el indicio más claro de la fragilidad del control estadounidense sobre la ciudad de México y, por lo tanto, una de las indicaciones más patentes de la magnitud de la rebeldía capitalina en las primeras horas del martes (en cierto sentido, la captura de un monedero falso, ¡en el interior del Palacio Nacional!, es indicio aún más contundente de la debilidad del control estadounidense).⁹¹ Lo relevante, sin embargo, es que el empleo de armas pesadas, *inmediatamente después* de los primeros disparos y sin que la orden proviniera de la comandancia general⁹² —lo que, por cierto, impide imaginar que Scott pensara alguna vez en

90. Reporte de Ramón Lozano, núm. 7, México, 16 de septiembre, 1847, GGCm, rollo 26, "Diplomatic Correspondence of Spanish Agents", h. 78v.

91. John Porter Bloom, "With the American Army into Mexico, 1846-1848", tesis de doctorado, s.l., Emery University, 1956, hh. 122-123. La información proviene de una carta de J. J. B. Mighe a E. A. Hitchcock, 5 de noviembre, 1847, en los E. A. Hitchcock Papers de la Library of Congress. El traficante era, al parecer, estadounidense.

92. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 327, presenta como un continuo la invasión del callejón de López y el fuego de artillería, es decir, implica que el uso de la artillería fue consecuencia inmediata de los primeros disparos. No hay que suponer, empero, que se trató de una iniciativa de los propios artilleros —aunque tampoco podemos descartar que los vecinos de Garland a la hora del disparo de Esquivel hayan sido artilleros y que contestaran el fuego mexicano con las armas que tuvieran más a la mano—: la movilización de la batería Duncan parece haber sido ordenada por Worth; véase el diario de John James Peck, México, 14 de septiembre, 1847, en *The Sign of the Eagle*, p. 134. Aun así, es claro que fue una reacción local del comandante de los regulares, y no una iniciativa de Scott y el estado mayor del ejército. Más tarde, sin embargo, Scott apoyó la iniciativa y quizás ordenó mover alguna parte de las reservas de pólvora que habían quedado resguardadas por la división de Pillow en Chapultepec; véase Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 635, nota 20.

el joven Napoleón—,⁹³ constituye casi una prueba del tremendo impacto, táctico y emocional, del estallido de la rebelión: ¿quién mata mosquitos a latigazos?, ¿quién amputa una pierna porque ésta siente urticaria?, ¿quién da cañonazos si recibió pedradas?⁹⁴

El comportamiento militar de los estadounidenses, empero, no resulta extravagante o anómalo: en el ámbito de la política, la inseguridad es también la sensación dominante. Una de las primeras acciones del nuevo gobernador, el general Quitman, es entrar en contacto con la corporación municipal, encargada del sostenimiento de una tranquilidad pública que ya todos extrañan. Es natural que así sea, por supuesto, pues es público y notorio que el poder, para existir, requiere de otros poderes. Lo singular es que la primera entrevista —una audiencia realizada en el Palacio Nacional, en el curso de la mañana—⁹⁵ sea seguida por otro encuentro —ya en horas de la tarde—⁹⁶ y que en ambas la irritación del general Scott esté a punto de ser incontrolable. ¿Cómo explicarse, si no, que el comandante estadounidense —por interpósita persona— amenace al cabildo con bombardear toda casa desde la que se ataque a sus soldados, siendo que sus soldados han hecho eso mismo desde las primeras horas de la mañana?⁹⁷ ¿Es en verdad amenazante la amenaza que ya se ha cumplido, al menos en parte?

93. *Explicación no pedida, acusación manifiesta: mucho he lamentado* —hasta el punto de hacer este comentario— que la primera gran aventura de Bonaparte no tuviera nada que ver con la historia que aquí se va intentando relatar. No obstante, al menos como evocación plástica de los combates de la ciudad de México, conviene tener presente la rebelión de los monarquistas parisenses el 13 de vendimario, año iv (5 de octubre, 1796), reprimida a golpe de cañón por un oficialito corso recién llegado a la capital francesa.

94. Ya hablaremos más adelante —véase el último tramo de este trabajo, “Las piedras, los pobres”, pp. 164-165— de la represión estadounidense. Conformémonos, por ahora, con tener presente que el alzamiento no pudo ser contenido “[...] ni haciendo uso [los estadounidenses] de su artillería con mucha frecuencia [...]”: *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 66.

95. *Autobiography of the Late Col...*, p. 240.

96. Diario de Ethan Allen Hitchcock, México, 14 de septiembre, en *México ante los ojos...*, p. 103.

97. Diario de Ethan Allen Hitchcock, México, 14 de septiembre, en *México ante los ojos...*, pp. 103-104. De acuerdo con una circular de Leandro Estrada —oficial mayor del ayuntamiento— a los jueces de paz de los cuarteles 26, 27 y 29, México, 14 de septiembre, 1847, AHDF, vol. 2265, exp. 25, “el Gral. Scot [sic], ha prevenido q si dentro de una hora no cesan esos fuegos, tratara a la Ciudad como tomada por asalto, la entregará al saqueo de sus tropas y arrasará los edificios sin distincion alguna”. Estrada envió esta comunicación a las 13:30 horas. El cuartel menor 29 correspondía al barrio del Tarasquillo. El 26

Que el ayuntamiento, por su parte, se oponga a la revuelta y, más todavía, que empeñe su pobre capital político en contenerla, no puede ser más natural y comprensible; no olvidemos que se trata de una corporación pública, responsable y plutocrática —aunque su principal funcionario tenga un pasado tan explosivo como explosivo es el presente de los rebeldes—,⁹⁸ cuyo interés primordial no puede ser otro que conservar el orden en su ciudad. Asimismo, que renegocie o intente renegociar las condiciones de la ocupación

y el 27 estaban en el noreste de la ciudad, más allá de San Sebastián. Véase el plano “La nobilísima ciudad de México dividida en cuarteles de orden del ex.mo s. virrey d. Martín de Mayorga. Diciembre 12, 1782”.

98. La vida de Manuel Reyes Veramendi —sobre la cual, por cierto, nadie parece haberse interesado hasta ahora— puede arrojar mucha luz acerca de las relaciones entre la vida política y la vida social del México decimonónico. Su papel como intermediario social en 1823, en tanto que organizador de una conspiración iturbidista formada por sargentos del ejército, ha sido analizado en Di Tella, *Política nacional y popular...* pp. 157-161, pero falta mucho para establecer su papel como funcionario del ayuntamiento yorkino de la ciudad de México en 1826 y su participación en la revolución de la Acordada dos años más tarde. Asimismo, es indispensable conocer cómo fue haciéndose moderado o, al menos, cómo fue alejándose de su oficio de agitador de las “clases peligrosas” capitalinas o cómo fue poniendo estas habilidades al servicio de los moderados y aun de la derecha. (Cuando Richard Warren, “Desafío y trastorno en el gobierno municipal: el ayuntamiento de México y la dinámica política nacional, 1821-1855”, en *Ciudad de México: instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*, compilación de Carlos Illades y Ariel Rodríguez Kuri, Zamora-México, El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma Metropolitana, 1996, en especial pp. 125-130, advierte que las clases dirigentes capitalinas comenzaron a alejarse del gobierno municipal a partir de los años treinta, quizá revela la causa estructural del entronizamiento de “aspirantes” como Reyes Veramendi.) A fines de septiembre de 1841, por ejemplo, Reyes Veramendi se sumó a una iniciativa que al parecer buscaba el restablecimiento de la federación, pero que en realidad era una maniobra desesperada del entonces presidente Bustamante para continuar en el poder; véase Di Tella, *Política nacional y popular...*, pp. 261-262. Y en enero y abril de 1845, cuando era regidor del ayuntamiento, se opuso al restablecimiento de la milicia cívica, con lo que se situó en el campo de los moderados (ello no obstante, en diciembre de ese mismo año, armó un cuerpo de *cívicos* para enfrentar a la rebelión de Paredes); véanse Ramírez, *op. cit.*, p. 22; Santoni, *Mexicans at Arms*, p. 61, y Pedro Santoni, “Los federalistas radicales y la guerra del 47”, tesis de doctorado en historia, México, El Colegio de México, 1987, hh. 96-98, 104, nota 141, y 186-187. En este tránsito, su suerte parece haber corrido paralela a la de Lucas Balderas —otro yorkino y parianista célebre—; al menos eso podría suponerse, pues en 1846-1847 ambos estuvieron próximos a los *polkos*. ¿Ayudará a esta pesquisa la memoria de Lafragua, *op. cit.*, p. 21, quien a principios de mayo de 1843 vio a Reyes Veramendi asistir al teatro con Balderas?

es un deber que ningún órgano de gobierno puede eludir si quiere conservar la vida.⁹⁹ Lo que hay que observar, en cambio, es el tono que el cabildo emplea para contener a los rebeldes: el combate a los estadounidenses, no las amenazas de Scott, constituye un “grave e irremediable perjuicio” contra la “población pacífica” y el “bien común”.¹⁰⁰ ¿Es sólo expresión de la contumaz gentileza mesoamericana? ¿Es acaso mero reconocimiento del poder disuasivo de la artillería estadounidense? ¿Es posible, por el contrario, relacionar el tono áspero de la comunicación pública, cuyos destinatarios son por supuesto los combatientes mexicanos, con el desprecio y el miedo que han sentido por los léperos las élites mexicanas a lo largo de todo el siglo decimonónico?¹⁰¹

Lo cierto es que a las cinco de la tarde, un poco antes de la última reunión entre el ayuntamiento y los estadounidenses y un poco antes, pero menos, de que el cabildo haga público su manifiesto co-

99. La historia del ayuntamiento el 14 de septiembre que he podido imaginar —y que difiere un tanto de las ofrecidas por Berge, *op. cit.*, p. 235, y por Baker, *op. cit.*, hh. 40-41— consta de cuatro acciones principales: 1) muy temprano en la mañana, envía una comisión a entrevistarse con Quitman, la cual, entre otras cosas, solicita permiso ¡para izar una bandera mexicana en el palacio municipal! —*Autobiography of the Late Col...*, p. 240—; 2) poco después de iniciado el alzamiento, escribe una carta a Scott, en la que niega toda responsabilidad por los combates y pide un nuevo encuentro para acordar las condiciones de la ocupación —Berge, *op. cit.*, p. 235; la carta está en AHDF, vol. 2265, exp. 25—; 3) en la tarde, después de las cinco, recibe a un enviado de Scott, que lleva por respuesta la amenaza de bombardear la ciudad si el ayuntamiento no hace nada para contener a los rebeldes —véase *supra*, nota 86—, y 4) al cabo de la entrevista con Hitchcock, redacta y hace publicar su primer manifiesto colectivo —véase *infra*, nota 90.

100. Manifiesto del ayuntamiento de México, México, 14 de septiembre, 1847, JGC-UTA. El texto está también en Castillo Negrete, *op. cit.*, vol. IV, pp. 119-120. Baker, *op. cit.*, h. 41, nota 1, dice que “The council proclamation was dated September 14, but the topics included events described in the minutes of September 15”. [La proclama del ayuntamiento estaba fechada el 14 de septiembre, pero se incluyen sucesos que ocurrieron en horas del 15 de septiembre.] El “suceso” que hace dudar a Baker es la amenaza de bombardeo generalizado hecha por Scott, pero ésta —véase *supra*, nota 97— ya había sido expresada el martes por la tarde, aunque no por Scott sino por Hitchcock, su enviado.

101. El miedo puede percibirse en la insistencia de que los rebeldes son los causantes del “[...] estado de alteracion en que se encuentra la tranquilidad pública [...]”. El desdén, por su parte, parece evidente cuando el cabildo presenta sus propias iniciativas —las ya conocidas de la negociación directa con el mando estadounidense— como solución a la crisis. Véase el manifiesto del ayuntamiento de México, México, 14 de septiembre, 1847, JGC-UTA.

lectivo —quizás escrito cuando el sol está ocultándose—, los combates no sólo no han cesado sino que, al contrario, continúan en algunas de las porciones más céntricas de la ciudad.¹⁰² (Empero, hay que reconocer que, en términos generales, los combates parecen ir desplazándose hacia los barrios periféricos).¹⁰³ Cuando sale del palacio municipal, el mensajero enviado por Scott observa el asesinato de un mexicano en la plaza mayor y no se sorprende mayormente, aunque duda de que haya sido muerto por traer puestos los pantalones de un soldado estadounidense.¹⁰⁴ ¿Basta este indicio para afirmar que el crepúsculo es tan violento como la primera mitad de la jornada?¹⁰⁵ ¿Es suficiente un testimonio para concluir que la guerra callejera no se ve afectada por el ritmo cotidiano de la vida? ¿No será —más bien— que los combates tienden a disminuir conforme se hace la noche?¹⁰⁶

102. Diario de Ethan Allen Hitchcock, México, 14 de septiembre, en *México ante los ojos...*, p. 103. La estimación no resulta inverosímil ya que, según J. Francisco Martínez, cuatro horas antes, a la una y media de la tarde, los combates se desarrollaban con plena intensidad; véase la carta de J. Francisco Velázquez a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción), Moral (?), 14 de septiembre, 1847, GCM, rollo 80, MRPP, carpeta 10, documento 2399.

103. Kendall, *op. cit.*, p. 268.

104. Diario de Ethan Allen Hitchcock, México, 14 de septiembre, en *México ante los ojos...*, p. 104.

105. Ésta es, al menos, la opinión del redactor del *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 66: "Llegó la noche; pero el fuego continuaba con el mismo ardor que en la mañana."

106. Desde arriba y desde lejos, el pulso vital de una batalla es por supuesto un fenómeno casi incomprensible. Pero, ¿son las batallas, como quieren películas, novelas y testimonios, momentos de vértigo y obnubilación, violentas instantáneas colocadas ante los ojos de los participantes como si fueran *collage*: o secuencias cinematográficas? ¿Es cierto que la vida de la comunidad participante queda tan categóricamente fracturada por el estrépito de las armas y las acciones guerreras? Una respuesta, es obvio, se encuentra ya en la formulación de estas preguntas. Es negativa, no lo dudemos, pero conserva todavía un dejo de cautela. Si lo evidente es la alteración de las emociones y la percepción toda, los rasgos sobrevivientes a la agitación no deben ser menos significativos y determinantes; no deberían serlo, si es verdad que todo en el mundo debe algo a su opuesto. De las sensaciones básicas a las elaboraciones más sutiles de los cerebros participantes, y de ahí a la multitud de hábitos culturales que constituyen buena parte del subconsciente social —hambre y sueño, amor a la patria y odio al enemigo, el tiempo de los rezos, la hora de las meriendas—, existe una inercia, digamos pacífica, que deforma y moldea todo instante episódico. Los almuédanos de Raimundo Silva seguían convocando a las oraciones cuando el sitio de Lisboa era una realidad patente. Los cafés de la capital francesa, en el verano de 1916, estaban repletos de asustados pari-

Algo podremos imaginar si miramos de nuevo al norte: a las siete de la noche, cansado ya de mirar, frustrado acaso por no haber presenciado el triunfo rebelde que esperaba para invadir en forma, Santa Anna mueve de regreso a la caballería y él mismo se retira a Guadalupe.¹⁰⁷ La ciudad, al parecer, comienza a descansar. ¿Estamos ante una interrupción, ante una pausa? La noche y, sobre todo, la cultura asociada con la noche, deben imponerse de algún modo al alzamiento. Los rezos, los alimentos, la parroquia en la alacena, las horas para ir a la cama, son otras tantas formas en que se organiza el tiempo de una comunidad preindustrial. No lo sabemos con certeza —quizá ya no haya modo de conocer los detalles de esta estructura—, pero basta imaginar los ritmos de esas vidas para comprender su importancia: los relojes anuncian almuerzos, la gente hace una pausa en el combate cuando la claridad del día cede su sitio al crepúsculo, las amas de casa encienden los fogones antes que seguir aprovisionando de piedras a los rebeldes, la noticia del rancho nocturno desinfla el ardor punitivo de los soldados estadounidenses, ¿y no deben también resultar determinantes los pájaros cantores del atardecer y el vientecillo otoñal que sopla del nor-este? (Incluso la primera división de regulares parece tener tiempo para establecerse: por lo menos su general, Worth, consigue aloja-

sienses que oían el rugido de los cañones en Verdún. Del mismo modo, en fin, si en la Sarajevo de la década de 1990 ha sido posible que los francotiradores disparen casi a diario contra las señoras que van camino del mercado, ello es a causa, precisamente, de que hay señoras necesitadas de —y en consecuencia dispuestas a— salir a la calle en busca de alimentos. En suma, tendemos a fijarnos más en lo inusual de ciertas descripciones militares que en lo que permanece de la vida civil en esos trances. Si los sitiados comen perros, como en la Lisboa de 1074, o si los *heinkels* asesinan a decenas de londinenses, como durante la batalla de Inglaterra de 1940, el espanto nos conduce antes al objeto directo que al sujeto de las frases. ¿Y no es tan sorprendente que la gente se alimente como que su alimento sean perros? ¿Y no es tan asombroso que la gente vaya al cine en tiempos de guerra como que una bomba caiga en él y aniquile a todos los espectadores? Volver a mirar, con nuevos ojos, *Las bicicletas son para el verano* (Jaime Chávarri, España, 1983) podría ayudarnos a comprender las densas estructuras sociales apenas alteradas, agitadas si acaso, por coyunturas que a distancia suelen presentársenos como cataclísmicas. El *cojuno* espíritu vital de don Luis (Agustín González) es, en cierto modo, apenas una forma artística de mostrar la portentosa fuerza de la vida.

107. Wilcox, *op. cit.*, p. 485. En *Apuntes para historia de la guerra...*, p. 338, se dice sólo que la retirada ocurrió "A la oración de la noche", lo que bien puede ser la misma hora.

miento en la calle del Calvario —a un paso de la ex Acordada—, ni más ni menos que en la casa de Manuel de la Peña y Peña.)¹⁰⁸

No hay que exagerar, sin embargo, la efectiva disminución de la actividad bélica durante la noche: al menos en torno de la Ciudadela los combates continúan como si aún fuera de día¹⁰⁹ y en el resto de la ciudad el fuego rebelde sobrevive, sin duda disminuido, pero es suficientemente intenso como para llamar la atención.¹¹⁰ El cálculo cronológico más tardío prolonga los combates hasta las once de la noche.¹¹¹ Más todavía: por algunas de las calles de la ciudad circulan partidas de caballería estadounidense, las cuales, para asustar y para avisar, suman al ruido de los cascos de sus caballos el golpeteo incesante de sus sables contra las paredes y contra la herrería de las ventanas:¹¹² algunos dragones, no lo dudemos, deben aprovechar la penumbra para hurgar en las casas abandonadas o para forzar cerraduras apetitosas. Se trata de amenazas que no pueden ser ignoradas: es el poder disuasivo de la fuerza la que se manifiesta en el sableo de las paredes.

En el silencio y en la oscuridad predominantes —sea como resultado del azar, sea a causa de la voluntad de los rebeldes—,¹¹³ las ráfagas luminosas de los fusiles, el estrépito de las piedras al chocar contra el pavimento y el seco golpe de los cuerpos cuando caen derribados de caballos, banquetas y azoteas —así como las *razzias* de la caballería estadounidense— suponen un contrapunto que hace más notorias y preocupantes, a un mismo tiempo, la calma y la agitación: sin la excepcionalidad de carreras, gritos y arrebatos lin-

108. Semmes, *op. cit.*, 354. Conocemos la ubicación de la casa del presidente de la Suprema Corte gracias a Prieto, *op. cit.*, p. 429.

109. Diario de Richard Coutler, México, 14 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 179: "During the night the fire was kept up continually." [Durante la noche el fuego se sostuvo continuamente.]

110. "Memorias de Zapatilla", p. 147, y *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 329.

111. Carta de Juan de Dios Rodríguez Puebla a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción), México, 14 de septiembre, 1847, GCM, rollo 80, MRPP, carpeta 10, documento 2401.

112. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 329.

113. En *ibidem* y en las "Memorias de Zapatilla", p. 113, la crisis del sistema de alumbrado parece ser consecuencia "natural" del desorden existente, mientras que en la carta de Juan de Dios Rodríguez Puebla a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción), México, 14 de septiembre, 1847, GCM, rollo 80, MRPP, carpeta 10, documento 2401, la intencionalidad de esta medida es explícita: "[...] no quisieron los guerrilleros que iluminaran los faroles, p.a q. no les reconocieran."

güísticos de los estadounidenses, la umbra expectante no inquietaría tanto, del mismo modo que, sin la espasmódica convulsión de ciertos barrios, el observador estaría incapacitado para percibir la calma chicha que flota en el resto de la ciudad. ¿Es tan oscura la oscuridad? ¿Es tan completo el silencio? Cuando vuelva la luz, cuando de nuevo sea posible observar lo que ocurre, encontraremos evidencias en sentido contrario o, al menos, muestras palpables de la violencia de los combates: en Santo Domingo,¹¹⁴ en la Alameda,¹¹⁵ en Santa María,¹¹⁶ hay cadáveres desnudos,¹¹⁷ castrados,¹¹⁸ cubiertos por nubes de moscas, a punto de ser devorados por los perros.¹¹⁹ ☞

114. *Ibidem* y *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 66.

115. Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 849.

116. *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 66.

117. "Memorias de Zapatilla", pp. 129 y 142, y carta de Juan de Dios Rodríguez Puebla a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción), México, 14 de septiembre, 1847, GGM, rollo 80, MRPP, carpeta 10, documento 2401.

118. *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 66.

119. *Ibidem*.

EL MIÉRCOLES 15 DE SEPTIEMBRE ES QUIZÁS EL DÍA MÁS

singular del alzamiento. Esta singularidad, sin embargo, no se debe a la muerte de un soldado voluntario en las inmediaciones de la Ciudadela, ni al hecho de que la negociación entre el mando estadounidense y el ayuntamiento capitalino alcanzara en ese día su momento más crítico. Por supuesto, tampoco se debe a la magra incursión de la caballería mexicana por el rumbo de Peralvillo, a la tímida tentativa del gobernador Olaguíbel en el extremo noroccidental de la capital mexicana ni, mucho menos, al juicio —romántico, retrospectivo, probablemente inventado— que García Cubas recogió en sus “memorias”.¹

La singularidad del 15 de septiembre radica en la coexistencia de la guerra y la paz o, lo que es lo mismo, en una dialéctica pacífico-militar que comienza a adquirir un rostro discernible. El alzamiento persiste, sin duda, y debemos admirarnos por la intensidad que alcanzan los combates en algunas regiones de la ciudad, o de la airada, escatológica reacción de quienes destruyen los bandos pacifistas del ayuntamiento.² Pero la revuelta ha comenzado a dejar espacios a la negociación política y aun a la frivolidad de la convivencia cotidiana; en especial las dos o tres indicaciones de esta realidad vuelven a recordarnos que la revuelta de la ciudad de México no fue nunca un hecho coherente y unitario y que, por lo tanto, debemos estar precavidos contra la tentación de “explicarla” de un plumazo.



Los disparos y las correrías, aunque menos abundantes durante la noche, no cesaron por completo en la madrugada y las primeras horas de la mañana,³ y aun consiguieron impedir el trabajo de uno de los funcionarios del ayuntamiento capitalino.⁴ Más todavía, es-

1. García Cubas, *op. cit.*, p. 574: “De los combates, los más terribles fueron los del día 15, tanto que un oficial americano, de buen criterio, decía a sus prisioneros: ‘Bien celebran los mexicanos el aniversario de su independencia.’ ”

2. “Memorias de Zapatilla”, p. 148.

3. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 329, y Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 849.

4. Según relató él mismo dos semanas más tarde, acta de cabildo de la se-

tuvieron presentes a lo largo de todo el día,⁵ en la mayor parte de la ciudad,⁶ con intensidad igual o superior a la del martes,⁷ si bien hay que reconocer el carácter *esporádico* de esos combates.⁸ ¿Se trata de actos de violencia presentes en toda la extensión urbana? ¿Fueron tan graves como los del día anterior? Es difícil saberlo, por supuesto. Podemos, no obstante, suponer que el involucramiento de la división de Twiggs en los combates de ese día —verosíblemente en el sur de la ciudad— es una señal inequívoca de las dificultades del mando estadounidense para controlar el alzamiento, puesto que, como es evidente, nadie necesita ayuda cuando puede hacer las cosas solo.⁹ Del mismo modo, la proliferación de banderas en muchas de las casas de la “clase rica” capitalina, el hecho de que fueran banderas extranjeras y ya no pendones blancos de parlamento, y, sobre todo, el aumento de su número con respecto al martes, podría estar implicando que la inseguridad, lejos de disminuir con el nuevo día, fue todavía mayor el miércoles, y que el miedo de los propietarios no sólo era causado por los saqueadores sino, sobre todo, por los combates y los combatientes.¹⁰

De modo que es razonable pensar que las noticias sobre la vio-

sión extraordinaria secreta del 24 de septiembre, 1847, AHDF, vol. 300: “[...] el día quince á las cinco y media de la mañana [Leandro Estrada, oficial mayor del cabildo municipal] salió de su oficina p.a ver si su familia había tenido novedad en el anterior, y ponerla en un lugar seguro, q habiendo comenzado el tiroteo, no pudo regresar sin riesgo á la Sria. a continuar sus labores, y permaneció en su casa todo el día, [...]”

5. Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 168.

6. Semmes, *op. cit.*, p. 354.

7. Carta de Juan de la Granja a Margarita González (en San Ángel). México, 15 de septiembre, 1847, en Granja, *op. cit.*, p. 175.

8. Diario de Coutler, 15 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 188.

9. Véase *With Beauvegard in Mexico*, p. 103. Como se recordará, el martes 14 sólo entraron las divisiones Quitman y Worth, y ni siquiera completas. Durante las batallas del 13, la división Twiggs se mantuvo en torno de La Piedad, amagando, más o menos seriamente, la línea meridional de la defensa mexicana. De modo que no es un exceso imaginar que el ingreso de su división a la ciudad de México haya tenido el propósito de aliviar las penurias de los estadounidenses.

10. *Décimo calendario de Abvaham López...*, p. 66. He supuesto que hay un aumento de banderas porque el redactor consignó este asunto en su entrada del 15 de septiembre. Es un hecho positivo, sin embargo, la presencia de banderas en la mañana del martes 14, y es también un hecho, casi positivo, que la narración más minuciosa del alzamiento es la del *calendario*. De modo que si el redactor incluyó la referencia a las banderas el 15, y no el 14, es porque había algo novedoso en su apariencia o en su número.

lencia del 15 de septiembre se refieren a un proceso general, extendido en casi todas partes, que seguía involucrando a varios miles de habitantes de la ciudad de México. Pero puede ser también que los testigos se estuvieran refiriendo a los dos sucesos, éstos sí muy significativos, que tuvieron lugar alrededor de la Ciudadela y en el norte de la ciudad, y que son los hechos más conspicuos de aquel día.

En sentido estricto, no puede hablarse de un ataque al cuartel de los voluntarios de Pennsylvania en la mañana del 15 de septiembre. Daniel S. Kuhns, Ashton S. Tourrison y Richard MacClelland, los tres soldados que causaron baja en las acciones de ese día —o, al menos, los tres cuyos nombres conocemos—, estaban fuera de los edificios de la Ciudadela, e incluso puede ser que Kuhns estuviera desarmado.¹¹ Lo que sí puede asegurarse, en cambio, es que los barrios del Tarasquillo y Salto del Agua, muy soliviantados el día anterior, no estaban todavía bajo control estadounidense, y que el dominio de los pennsylvanianos no llegaba más allá de los límites físicos de la Ciudadela: no por nada, Kuhns fue atravesado por la espada de un jinete mexicano cuando se encontraba a menos de dos cuadras de la antigua fábrica de tabacos.¹² La refriega en esa zona, con todo, parece no haberse limitado a este hecho: en realidad, es muy probable que las heridas hechas a Tourrison y a MacClelland hayan ocurrido en otro momento del día y en otra zona de la región de la Ciudadela (véase el mapa 3, a la derecha de la Ciudadela).¹³ ¿De dónde vienen, en todo caso, los estadounidenses que intentan suprimir el nido rebelde de Puente de la Aduana y Corchero?¹⁴

El norte de la ciudad fue el escenario de otra serie de combates, acaso menos espectaculares que los del suroeste, pero que parecen

11. Eso, al menos, es lo que aparece en el diario de Thomas Barclay, 15 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 187. Sin embargo, me resulta un poco increíble que ni siquiera haya salido provisto con un arma blanca. Prefiero creer que la afirmación de Barclay tenía el propósito de resaltar su desagrado por la pérdida de un paisano.

12. Barclay, *ibidem*, cree que estaba “[...] about a square from the Citadel [...]” [como a una cuadra de la Ciudadela]; por su parte, Coutler, *ibidem*, opina que Kuhns estaba “[...] not quite two squares from quarters [...]” [a menos de dos cuadras del cuartel]. Por desgracia, ninguno de los dos indica la dirección geográfica de la distancia. Kuhns murió tres meses más tarde, en la noche del 9 al 10 de diciembre. Véanse los diarios de Richard Coutler y de Thomas Barclay, 9 y 10 de diciembre, 1847, respectivamente, en *ibidem*, p. 220.

13. Diario de Thomas Barclay, 15 de septiembre, 1847, en *ibidem*, p. 187, y Peskin, “Appendix”, en *ibidem*, p. 326.

14. “Memorias de Zapatilla”, pp. 148-149.

haber involucrado a más barrios, a más gente y, de modo significativo, a varios restos del ejército mexicano. Hay que resaltar la fragilidad del control estadounidense en toda la zona al norte del Zócalo; al igual que en toda la región al sur de la Alameda, la incapacidad coercitiva de los estadounidenses se mantuvo en esta área, una de las más activas en los combates del martes 14. Díganlo si no los siguientes hechos. 1) La guarnición de infantería de Peralvillo permaneció en esa garita por segundo día consecutivo. 2) También por segundo día consecutivo volvió a incursionar una parte de la fuerza de Juan Álvarez:¹⁵ hacia las ocho de la mañana o las diez o las doce del día,¹⁶ un puñado de dragones que avanzaba por la calle de la Pilaseca chocó con un grupito de estadounidenses al llegar a la calle del Águila y los persiguió por Santa Clara; siguió por el Águila hasta las calles del Factor y Espalda de San Andrés, y al cabo se retiró hacia el noroeste, hacia el santuario de los Ángeles,¹⁷ con once jinetes en el debe y dos estadounidenses en el haber (mapa 11).¹⁸ 3) En el colmo, el mismo Santa Anna hizo el camino de Guadalupe a Peralvillo y permaneció ahí hasta el crepúsculo.¹⁹

Es posible concluir, en consecuencia, que la inmensa región situada entre Santo Domingo y Peralvillo no ha sido ocupada por los estadounidenses, pero tampoco por el ejército mexicano. ¿Sigue siendo tierra de nadie, como tendríamos que decir de acuerdo con una vieja tradición literaria?²⁰ Sí, pero sólo en los términos de la historia desde arriba: mientras las baterías de los estadounidenses no se arriesgan a instalarse en el rosario de placitas al norte de Santo Domingo y la Concepción, el avance de los mexicanos es sólo obra de la

15. Oficio de Antonio López de Santa Anna al ministro de Guerra y Marina (en Querétaro), Tehuacán, 12 de noviembre, 1847, en *Detall de las operaciones...*, p. 34, y "Relación de los acontecimientos...", p. 188.

16. El primer cálculo es de la carta de William Chapman a su madre, en Chapman, *op. cit.*, p. 14; el segundo proviene de *El Monitor Republicano* (México), 27 de septiembre, 1847, citado en "Impugnación al informe...", p. 265; el postrero, del *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 67. Lo que parece seguro, al menos, es que la incursión ocurrió antes de las tres de la tarde; véase *infra*, nota 37.

17. *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 67.

18. Carta de William Chapman a su madre, en Chapman, *op. cit.*, p. 14.

19. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 339. Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, pp. 849-850, afirma que Santa Anna se retiró a Guadalupe hacia las siete de la noche.

20. Más aún, Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 168, hace hincapié en que el norte fue la única zona de guerra efectiva durante el segundo día de la ocupación.

caballería, lo cual quiere decir que es apenas una incursión y no, nunca, un avance en forma. No, sin embargo, si dejamos de hablar del “norte” y afinamos un poco más la vista. Porque el miércoles 15, el “norte” todavía quiere decir Tlatelolco, La Lagunilla, Tepito, Santa Ana y los Ángeles, y quizá también Loreto —que, aunque se encuentra mucho más al centro-oriente, estuvo al parecer relacionado con ellos—. Y aunque pocas, tenemos algunas evidencias de la actividad de los civiles en la región. Entre Santiago Tlatelolco y Puente del Clérigo, una multitud de muchachos —¿se sienten piratas, son anarquistas *avant-la-lettre*?— impide el avance de los estadounidenses (mapa 13).²¹ En Loreto, los Ángeles y Santa Ana, un cura católico, “Lector” González, conduce una tropa de rebeldes con un estandarte de la virgen de Guadalupe en la mano,²² que avanza más allá de Puente de Tezontlate —es decir, apenas dos cuadras al norte de Santa Catarina— y choca con tropas que se mueven desde Santo Domingo.²³ En Santa Ana, cabeza del cuartel

21. “Memorias de Zapatilla”, pp. 151-152 “Allí fue el gallo *Esiquio Fandango*, leperillo que apenas le pintaba el bozo, risueño, franco, bravo, enamorado. Junto de Esiquio corría un muchacho con el sombrero y el fundillo hecho pedazos, con su bandera negra con la calavera en el centro”: *ibidem*, p. 151.

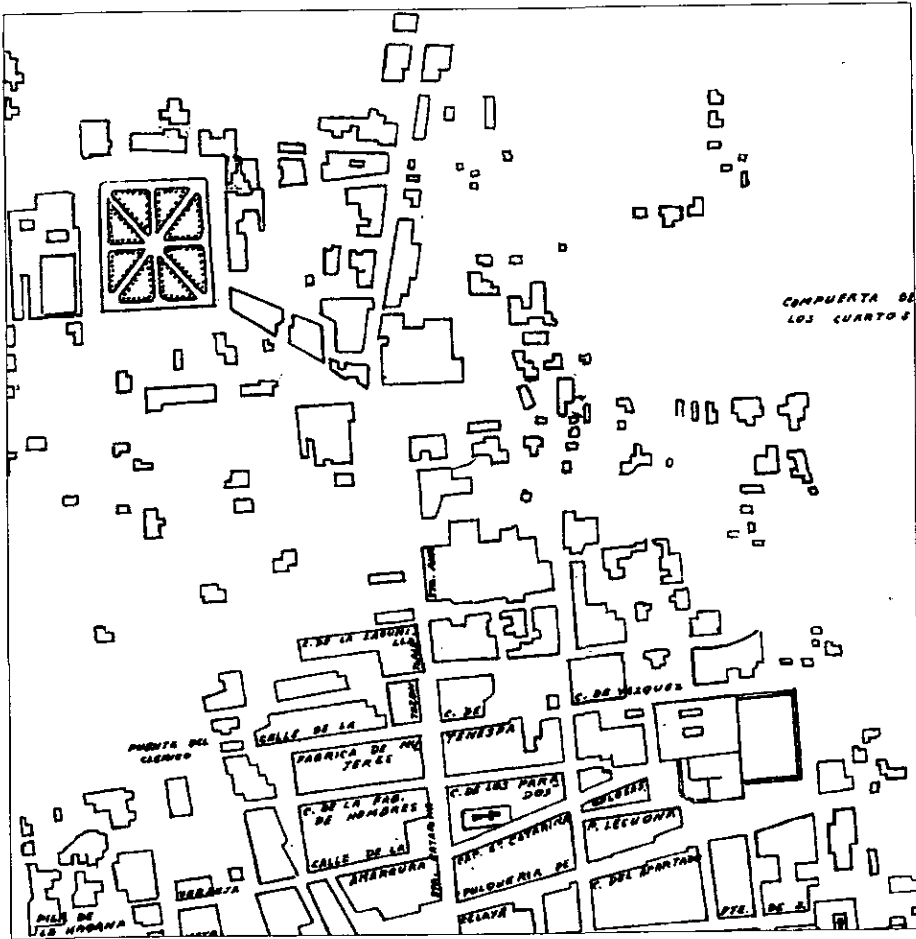
22. *Ibidem*, pp. 152-153. Un problema todavía por resolver es si “Lector” es un nombre de pila o un cargo eclesiástico —“cura lector”—. Acaso esta duda se aclare con un poco de conocimiento sobre la iglesia católica mexicana, conocimiento que, sobra decirlo, no tengo.

23. *Ibidem*, pp. 155-156.

24. Oficio del juez de paz del cuartel menor 2 al ayuntamiento, México, 15 de septiembre, 1847. AHDF, vol. 2265, exp. 25: “[...] los mobimientos que se hallan advertido y se adviertan en éste barrio de Santa Ana, no hancido ni son originados por ningunos besinos del espresado barrio, sino de la multitud de criminales que han salido de las carceles cuyas miras de estos, no son otras mas que del rovo y esterminio de las familias honradas pues ningunos de éstos, tienen amor patrio ni amor al orden.” Es interesante advertir que el cabildo remitió este papel a Scott, carta de “D. H.” o “N” a Winfield Scott, México, 15 de septiembre, 1847, AHDF, vol. 2265, exp. 25, e hizo enteramente suya la opinión del funcionario norteño. El cuartel 2 se extendía al norte de Santo Domingo hasta Peralvillo, al este del convento de San Lorenzo y el puente del Clérigo.

25. “Memorias de Zapatilla”, p. 150.

26. Aunque en principio parece tratarse de dos acciones distintas, cuyos protagonistas son también diferentes, la incertidumbre no ha podido ser extirpada por completo. Es cierto que la ubicación geográfica de ambos hechos —no es mucha la distancia de la calle de Donceles a los barrios de Santa Ana y los Ángeles— puede sugerir que la partida de González se movió por todo el norte de la ciudad, sobre todo a causa de su aparición en la plazuela de Loreto, situada ya muy al oriente. Ello no obstante, algunos hechos —como la



Mapa 13. El lejano norte. La plaza de Santiago Tlatelolco ocupa el extremo superior. Hacia abajo está Peralvillo, la Lagunilla, Santa Ana y la iglesia de Santa Catarina. A la derecha, en la parte inferior, el convento de San Sebastián. Tomado de *ibidem*. Digitalización: L.F.G.

menor número 2, la rebelión muestra al fin un tono claramente social: el robo es siempre expresión de un conflicto mayor, no importa si es obra de un vecino o de un criminal fugado.²⁴ Incluso en Donceles se mueve un grupo rebelde, conducido por otro cura,²⁵ ¿o es el mismo González?²⁶ Y tanto parece el miércoles una continuación del martes que el mismo Juan de la Granja, en la frontera de la zona estadounidense —entre las plazas del Factor y de Santo Domingo—, tiene que rechazar de su casa a una partida de voluntarios (mapa 14).²⁷

Es probable, más aún, que haya habido combates en otras zonas de la ciudad. Por lo menos en el sur y en el este parece haber habido mucha agitación en torno de La Palma, Necatitlan y el Cahuatal de San Pablo —o sea en la vecindad de San Pablo y La Merced—, donde todavía se combatía con intensidad al mediodía del miércoles (mapa 15),²⁸ lo mismo que en Vanegas y Loreto,²⁹ y es probable que los exploradores del gobernador Olaguíbel, que viajaron de Tlalnepantla a la ciudad —y que, por lo tanto, deben haberse acercado a la zona urbana por el noroeste—, hayan advertido algún tipo de refriega más al norte de San Cosme y al oeste de Tlatelolco.³⁰ La brevedad de las informaciones, sin embargo, nos impide aventurar un juicio al respecto. La luz proviene, casi toda, de lo que ocurre en el mundo de la política, de las palabras, de los nombres propios, y por ello la oscuridad ocupa casi todo el mapa de la ciudad de México.

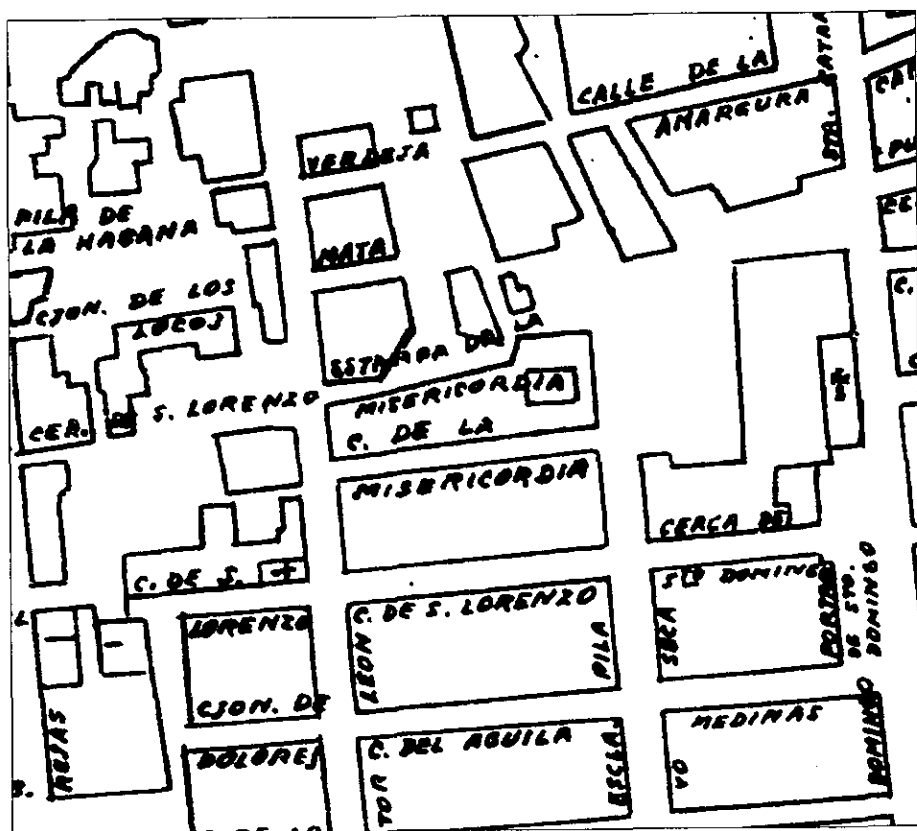
presencia de Jarauta en esa misma zona el día anterior; véase el cuarto tramo de este trabajo, "Diluvio", pp. 108-109— sugieren que no era extraordinaria la actividad de sacerdotes católicos en los combates del norte y, en consecuencia, que bien puede haber habido tres curas involucrados en ellos.

27. Carta de Juan de la Granja a Guillermo Prieto (en Tlalnepantla), México, 16 de septiembre, 1847, en Granja, *op. cit.*, p. 176: "Desde el Lunes al anochecer hasta esta hora no me he movido de casa, porque todo ha sido anarquía, y parte por miedo del peligro, pero mas que todo porque [en] mi ausencia no sucediese á esta casa la misma desgracia, he creído prudente no abandonarla un momento, porque al fin la ventaja de poderles hablar en su lengua [en inglés] es la única garantía, en que tengo confianza, como se probó anoche con siete ú ocho de ellos, que querían entrar con pretesto de pedir de comer, y se fueron habiéndoles hablado yo desde el balcon."

28. "Memorias de Zapatilla", pp. 148 y 154.

29. *Ibidem.*

30. *Ibidem.*, y *Apuntes para la historia de la guerra...*, pp. 338-339. Aquí, sin embargo, camino sobre meras suposiciones. Lo que dijeron los enviados de Olaguíbel negaba la evidencia de un alzamiento masivo. Yo supongo que al decir eso afirmaban que había combates, y no que no hubiera ninguno, pero es posible que tal fuera su impresión.



Mapa 14. El centro norte. En la parte inferior, de izquierda a derecha, la plaza del Factor y el convento de Santo Domingo. En el extremo superior derecho, al final de la calle de la Amargura, comienza la plaza de Santa Catarina. Tomado de *ibidem*. Digitalización: P.R.



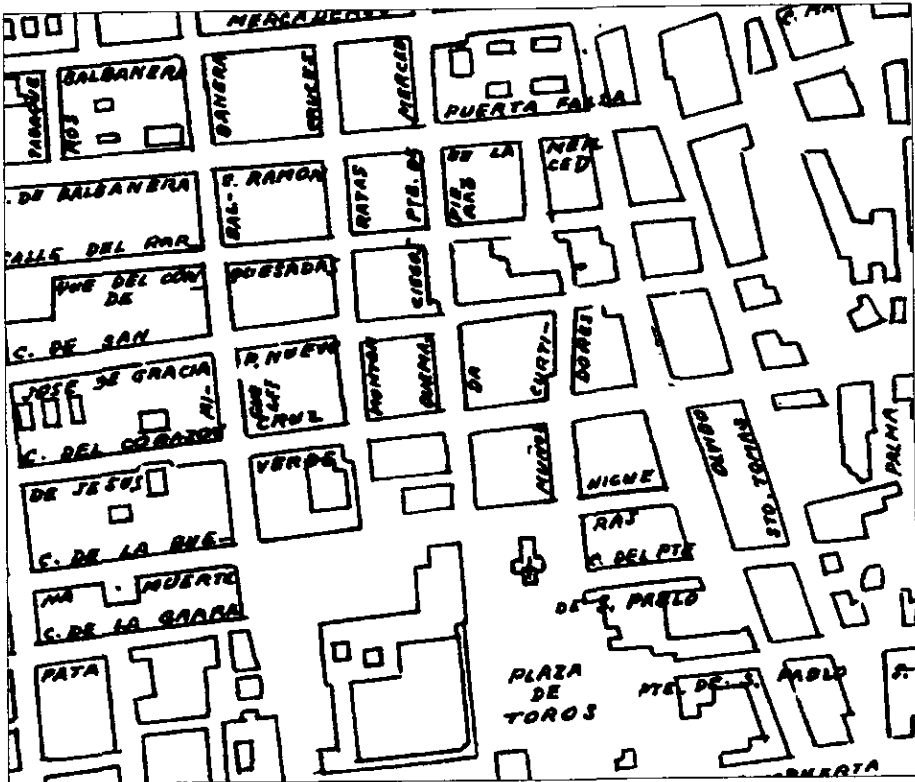
De lo que sí podemos estar seguros es de que el centro de la ciudad y la zona entre el Zócalo y la Alameda, por lo menos, estaban firmemente bajo control estadounidense. ¿Debemos suponer que el acuartelamiento de una parte de la división Worth en el convento de San Francisco —es decir, en el corazón de esta porción de la ciudad— es al mismo tiempo evidencia y agente de la pacificación?³¹ Regiones liberadas de la bruma, el centro y el oeste aristócrata ofrecen al observador un paisaje visible y, lo que es todavía más significativo, se trata de un paisaje en el que no están presentes las lanzas de los jinetes sureños ni las piedras de los civiles metropolitanos. Por el contrario, lo que abunda en el espacio privilegiado del centro es la paz y la política, e incluso —reactivada— la vida cotidiana en la capital mexicana. Ahí, por lo menos, el alzamiento había cesado por completo.

En realidad, lo que no estaba presente era el humo de los fusiles y la sangre de los heridos. Pero la revuelta, en tanto problema político, fue en verdad la principal ocupante de las plazas del centro de la capital. A lo largo de todo el día, el ayuntamiento, el nuevo gobierno de la ciudad, el mando militar estadounidense y aun la jerarquía católica intercambiaron mensajes, puntos de vista e imprecaciones a propósito de la revuelta; en todos los casos, con el propósito de hacer cesar los combates. Más que la sustancia misma de las negociaciones,³² lo que me importa señalar es que el 15 de septiembre la política había recuperado el espacio de las plazas centrales y por ello, en cierto modo, la preeminencia de la que disfrutó durante todo el siglo: en las primeras horas, el ayuntamiento envió una comisión al gobernador Quitman, que a su vez envió a su segundo, el general Smith, con su respuesta y quizás él mismo se entrevistó con la corporación municipal;³³ Scott, por su parte, amenazó con permitir el saqueo indiscriminado de la ciudad si persistía la

31. Carta de William Chapman a su madre, en Chapman, *op. cit.*, p. 14. En las "Memorias de Zapatlilla", p. 150, se afirma simplemente que los estadounidenses establecieron un cuartel en "[...] la segunda calle de San Francisco [...] y con ello y ser decentes los de por allí, quedó quieto ese rumbo".

32. Véanse Baker, *op. cit.*, hh. 40 y ss., y Berge, *op. cit.*, pp. 237-239.

33. *Autobiography of the Late Col.*,... pp. 242-243.



Mapa 15. El sur. Arriba, en el centro, el convento de la Merced. Abajo, en el centro, San Pablo. A la izquierda, el matadero y Necatitlan; a la derecha, el barrio de la Palma. Tomado de *ibidem*. Digitalización: P.R.

rebelión,³⁴ y uno de sus ayudantes, Ethan Allen Hitchcock, fue el encargado de presionar a los curas de la catedral.³⁵ En el extremo de esa reapropiación de la política debemos señalar ¡un mensaje! que el juez de paz del barrio de Santa Ana hizo llegar al ayuntamiento, en el que se quejaba del desorden causado por los rebeldes.³⁶ (Finalmente, además de negociar con el mando estadounidense, el ayuntamiento —el alcalde Reyes Veramendi, al menos— ocupó buena parte de la jornada en discutir con Santa Anna acerca del contenido del manifiesto municipal publicado en la tarde del 14 de septiembre.)³⁷

34. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 330, y Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 849. Se supone que Scott, según el reporte de Ramón Lozano, núm. 7, México, 16 de septiembre, 1847, GGM, rollo 26, "Diplomatic Correspondence of Spanish Agents", hh. 78v-79, hizo publicar un bando en que hacía pública la amenaza, pero más bien parece que lo que hizo fue ofrecer una tregua de seis o siete horas, en el curso de la cual el ayuntamiento debía obligarse a pacificar la ciudad. La amenaza de saqueo, según consta en el acta de cabildo de la sesión secreta del 15 de septiembre, 1847, AHDF, vol. 300, era sólo el modo de forzar la negociación con el ayuntamiento.

35. Diario de Ethan Allen Hitchcock, 15 de septiembre, 1847, en *México ante los ojos...*, p. 104.

36. Véase *supra*, nota 24.

37. En la mañana, cuando aún estaba en Guadalupe, Santa Anna escribió una grosera nota a Reyes Veramendi, en la que lo acusaba de traición a la patria por negociar con el ejército estadounidense. Muy molesto, el alcalde-gobernador respondió en las primeras horas de la tarde: según él, el presidente no podía reclamar nada puesto que había renunciado a defender la ciudad. Santa Anna alcanzó a responder ese mismo día, al volver a sus cuarteles guadalupanos, insistiendo en sus acusaciones. Los tres documentos pueden verse en *Detall de las operaciones...*, pp. 42-45. Aunque el pleito epistolar de Santa Anna y Reyes Veramendi resulta intrascendente para comprender la rebelión de la ciudad de México, permite corroborar la cronología de un par de hechos destacados de la rebelión citadina. En primer lugar, confirma que la segunda contramarcha de la caballería mexicana de Guadalupe a Peralvillo y, sobre todo, la segunda incursión de lanceros en el norte de la ciudad —véase *supra*, nota 16—, ocurrió en la primera mitad del miércoles; antes de las 15 horas, para ser precisos: Reyes Veramendi recibió la primera de las cartas de Santa Anna a las tres y veinte de la tarde, y todavía hay que considerar el viaje a caballo de Guadalupe a México y los procedimientos de la burocracia municipal. Y, en segundo término, por la respuesta de Reyes Veramendi a la primera carta de Santa Anna es posible asegurar que la comparecencia de los generales Smith y Quitman —véase *supra*, nota 33— no ocurrió sino después de esa misma hora.



Menos coherentes, y acaso insuficientes para evaluar el estado de la ocupación en el centro y el centro-oeste de la ciudad, son los signos concretos de convivencia o vida civil ofrecidos por algunos soldados y un civil —estadounidenses aquéllos, español éste—. Se refieren, no obstante, a cuatro puntos distintos, y al menos deben ser considerados como indicios importantes de la realidad que se vivía en corazón de la antigua ciudad española. En la mañana de ese día, Ethan Allen Hitchcock encontró algunos puestos funcionando en el mercado, que debe ser el mercado del Volador,³⁸ lo que coincide con la apreciación de su colega Geo. T. M. Davis —general, sin precisión geográfica— de que muchas tiendas ya habían abierto sus puertas.³⁹ Al mediodía, el sargento Barclay comió en una cervecería holandesa próxima a la Ciudadela.⁴⁰ Por la tarde, el soldado Coutler se ocupó de buscar un tesoro, perteneciente a un ciudadano francés, en uno de los edificios cercanos a su cuartel.⁴¹ Y más o menos al mismo tiempo, por su parte, el soldado John James Peck, instalado desde el día anterior en los alrededores de la Alameda,⁴² se dedicaba a departir en la casa de un señor Echeverría, planeaba hacer un paseo en su coche y se entregaba a las delicias del rompo-

38. Diario de Ethan Allen Hitchcock, 15 de septiembre, 1857, en *México ante los ojos...*, p. 104.

39. *Autobiography of the Late Col...*, p. 242.

40. Diario de Thomas Barclay, 14 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 187: "A Dutch ale house near quarters is a place of common resort. Altho its accomodations are not very extensive, they are very comfortable in comparison with what we have been used to of late. A good glass of ale and a respectable beef steak are set up." [Una cervecería holandesa cerca del cuartel es un lugar de descanso. Aunque sus instalaciones no son muy grandes, son muy cómodas en comparación con lo que habíamos conocido antes. Había un buen vaso de cerveza y un respetable bistec.] No es extraño, aunque parezca, que en esta zona de la ciudad hubiera un establecimiento de esta clase y denominación nacional: desde que se urbanizó, en los años cuarenta, el barrio de Nuevo México fue habitado por fuereños; véase Morales, *op. cit.*, pp. 213 y 215.

41. Diario de Richard Coutler, 15 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 188.

42. Diario de John James Peck, México, 28 de septiembre, 1847, en *The Sign of the Eagle*, p. 138: "Still living in elegant style on the Alameda [...]." [Todavía viviendo con elegancia en la Alameda.] Diario de John James Peck, México, 15 de septiembre, 1847, en *ibidem*, p. 135: "We were quartered in the house of Señor Echavaría [*sic*], a millionaire. Last evening we lighted his parlors, drawings room and library." [Estábamos acuartelados en la casa del señor Echavaría, un millonario. Anoche disfrutamos sus salones, su galería y su bi-

pe.⁴³ Del mismo modo, como un signo de la pacificación deben verse las minucias epistolares de Juan de la Granja: ese miércoles, una tal Margarita González le remitió una carta desde San Ángel y, lo que es más sorprendente, De la Granja le contestó antes de que terminara el día.⁴⁴


En los cinco casos, estamos frente a hechos que suponen el restablecimiento de la tranquilidad pública y que nos hablan, una vez más, de la complejidad —a veces maravillosa, a veces exasperante— de la reacción popular ante el fin de la guerra y ante la presencia del ejército estadounidense en las calles de la ciudad. Tres de ellos, sin embargo, tuvieron lugar *en zonas que antes hemos caracterizado como afectadas por los combates más significativos del 15 de septiembre*. ¿Cómo explicar, sin caer en el absurdo, que en la Ciudadela hubieran ocurrido, *el mismo día*, hechos tan contradictorios como un almuerzo con cerveza holandesa y un ataque de lanceros mexicanos? ¿Y cómo explicar que la zona aledaña al convento de Santo Domingo haya sido escenario de un conato de saqueo y, *al mismo tiempo*, del trasiego de un correo particular?

En ambos casos, la clave de la paradoja podría encontrarse en la situación *fronteriza* que se vivía en esas regiones de la ciudad. El dominio estadounidense y la efervescencia militar debían encontrarse mezclados, revueltos, y es imposible establecer una línea divisoria clara entre el campo del orden y el campo del desgobierno: de una plaza a otra, de una calle a otra, de una acera a la de enfrente, podía estar cambiándose de estado. Por desgracia, una explicación *geográfica* impide relacionar cabalmente los sucesos del 15 de septiembre con el resto de los hechos del alzamiento. O, más bien, el sentido contextual de este día se aprecia con claridad sólo en el caso de que imaginemos a ese miércoles como el punto de inflexión de la sublevación capitalina. El movimiento dialéctico entre guerra

biblioteca.] Es harto probable, aunque no lo sepamos con certeza, que el dueño de la casa no fuera otro que Francisco Javier Echeverría, el célebre agiotista, antiguo ministro de Hacienda con Santa Anna (1834) y Bustamante (1839-1841) y aun efímero encargado de la presidencia de la república (en septiembre-octubre de 1841).

43. Diario de John James Peck. México, 15 de septiembre, 1847. *ibidem*, p. 135: "Today we were talking of an airing in his coach [...]. We have a soiree this evening, accompanied with an abundant supply of eggnog." [Hoy estuvimos hablando de dar un paseo en su coche. Tenemos una velada esta tarde, acompañada con una abundante provisión de rompopé.]

44. Véase la carta de Juan de la Granja a Margarita González (en San Ángel), México, 15 de septiembre, 1847, en Granja, *op. cit.*, p. 173.

y convivencia pacífica, entre la rebelión y el triunfo de los estadounidenses, parece haber comenzado a definirse, el 15 de septiembre, en favor del orden y la paz pública. El alzamiento y la convivencia coexisten a lo largo de todo el día, como coexistieron en la noche del lunes 13, en la madrugada del martes 14, a lo largo del jueves 16 y aun durante los primeros tres meses de la ocupación. Por lo tanto, no es la existencia de tal dialéctica lo que define a esta jornada. Lo que significa y ordena los sucesos es el hecho de que durante ella se invirtió la relación de predominio entre los hechos de armas y los hechos de paz; es decir, que ambos géneros mudaron su abundancia, densidad y trascendencia: mientras que el martes 14 los hechos de violencia son más numerosos y significativos, el miércoles 15 los elementos que hablan de la convivencia comienzan a ser más relevantes. Pero, por supuesto, sólo desde el punto de vista del historiador. Al cabo del segundo día de la rebelión nadie en la ciudad puede estar seguro de que sean falsos los rumores que anuncian la irrupción masiva del ejército de Santa Anna, esta noche o mañana: seguramente por eso los soldados del 5º de infantería pasan la noche en vela, haciendo guardia en los tejados del centro.⁴⁵ 

45. Carta de William Chapman a su madre, en Chapman, *op. cit.*, p. 15.

EN UN HECHO COMO EL ALZAMIENTO CAPITALINO, ESPONTÁNEO, "CAÓTICO" Y CON IMPORTANTES PECULIARIDADES GEOGRÁFICAS Y CRONOLÓGICAS, LAS LÍNEAS DE SU DEFINICIÓN, LAS FRONTERAS QUE LO SEPARAN DEL RESTO DE LOS SUCEOS NO SON OTRA COSA QUE HERRAMIENTAS QUE EMPLEA EL OBSERVADOR PARA APREHENDER LO INASIBLE. LO SABÍAMOS YA, SIN DUDA, TRAS EL ESPECTÁCULO DESCONCERTANTE DEL DÍA DE SAN CRESCENCIO Y TAMBIÉN, EN CIERTO MODO, AL CABO DEL MIÉRCOLES 15. LO QUE ES VÁLIDO PARA UN DÍA NO ES APLICABLE AL SIGUIENTE, LO QUE ES CIERTO PARA UN BARRIO NO PUEDE SERVIR PARA EL VECINO: EL DIBUJO HECHO POR LA HISTORIA PARECE, DE NUEVO, OBRA DE UN PINTOR DE BROCHA GORDA. MIREMOS DE NUEVO LAS HORAS DEL 16 DE SEPTIEMBRE, 1847, Y LO COMPRENDEREMOS CON UNA CLARIDAD AÚN MAYOR: LO ANECDÓTICO Y FUGAZ, LO QUE DE TAN PEQUEÑO NO ALCANZA A CONVERTIRSE EN ANÉCDOTA —NO SE DIGA EN RELATO— ES EN REALIDAD LA MATERIA DE ESTA HISTORIA.

Transportar heridos, rentar casas, buscar cuarteles, abandonar a un regimiento en la plaza mayor de la ciudad de México: tales son los actos de los estadounidenses el jueves 16 de septiembre. No aumentan los efectivos, no transportan cañones, no emprenden nuevas *razzias* contra los barrios rebeldes. De la Ciudadela al Zócalo, los voluntarios de Pennsylvania no encuentran más que recuerdos: de las viejas guerras civiles, de la revuelta de los *polkos*, acaso también de la última batalla callejera, los edificios y las ventanas conservan muescas y roturas, heridas y suciedad.¹ No encuentran piedras precipitándose desde las azoteas ni balas surgiendo de los balcones.

Encuentran, eso sí, banderas en las puertas y en la herrería de las ventanas.² ¿Son las mismas banderas observadas por Carlos María de Bustamante en la mañana del martes?³ ¿Son las mismas que al día siguiente irritaban al redactor del *Décimo calendario de Abraham López*?⁴ La verdadera historia del alzamiento capitalino debería comenzar con un cuadro estadístico de las banderas que ondea-

1. Diario de Richard Coutler, 16 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 188.

2. *Ibidem*.

3. Bustamante, *op. cit.*, vol. 1, pp. 54-55.

4. Véase el quinto tramo de este trabajo, "Equilibrio", p. 122, nota 10.

ron en la capital mexicana entre el 14 y el 16 de septiembre: su número y distribución geográfica, así como las naciones representadas en los balcones, podrían constituir, si no la clave misma de la insurrección, sí al menos —y ello no es menos importante— un mapa preciso del miedo provocado por la ocupación y por la revuelta. Y el hecho de que banderas de rendición ondeen todavía el jueves 16 —y quizá más tarde—⁵ es una muestra palmaria de que el miedo, la intranquilidad, forman parte aún del presente de los capitalinos. “Aún”: el sentido de la frase se esconde, todo, en el adverbio. La balanza en que guerra y paz fueron sopesadas hasta ahora ya se inclina, abrumadora e inexorablemente, del lado de la convivencia pacífica. El miedo persiste, por supuesto, pero las actividades comunes comienzan a recuperar el espacio ocupado hasta ahora por la guerra: la circulación de peatones,⁶ lo mismo que la actividad comercial —la lícita⁷ y aquella criminal que hace redituable el saqueo del Palacio—,⁸ son indicios más que reveladores de que la paz está muy cerca de ser general. Los combates, o han cesado por completo,⁹ o se extinguen en la mañana del tercer día de la ocupación.¹⁰

Los actos más significativos de los estadounidenses, de hecho, son posibles por esta circunstancia; son actos que requieren del sosiego callejero y del silencio en los cuarteles. Sobre todo, porque las acciones estadounidenses de ese día no son triviales o secundarias de, acuerdo con los usos militares de la época. El cobijo de los heridos y el establecimiento de los sanos —y también, como parece inevitable, la retórica— forman parte de los deberes mínimos de un mando responsable, y eso es precisamente lo que hacen los estadounidenses. 1) El hospital, establecido hasta entonces en Tacubaya, comienza a mudarse a la ciudad de México, y continuará haciéndolo

5. McSherry, *op. cit.*, p. 115, parece sugerir que las banderas ondeaban todavía algunos días después del 16 de septiembre.

6. *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 67.

7. *Ibidem*. Por su parte, Coutler, diario de Richard Coutler, México, 16 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 188, hace hincapié en la poca cantidad de gente que circulaba el 16 de septiembre. Lo importante, sin embargo, es que confirma que *había gente en las calles*.

8. Véase el tercer tramo de este trabajo, “Noche”, pp. 58-63.

9. Carta de Juan de la Granja a Guillermo Prieto (en Tlalnepantla), México, 16 de septiembre, 1847, en Granja, *op. cit.*, p. 176; “Relación de los acontecimientos...”, pp. 187-188; *Breve reseña histórica...*, p. 54; García Cubas, *op. cit.*, pp. 574-575; Wilcox, *op. cit.*, p. 485, y carta de William Chapman a su madre, en Chapman, *op. cit.*, p. 15.

10. *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 67.

durante los tres días siguientes por lo menos.¹¹ 2) El nuevo gobierno de la ciudad y la comandancia general del ejército comienzan a organizar la vida de las tropas, no sin antes celebrar el triunfo militar.¹² 3) Y como consecuencia de lo anterior ocurre un pequeño incidente, nimio de suyo pero fundamental si queremos comprender cómo comienza la ocupación: destinado a un nuevo cuartel, pero impedido para instalarse en él porque le hacen falta algunas comodidades, el 2º de voluntarios de Pennsylvania se ve obligado a pasar la noche a la intemperie, en los arcos de la plaza de la Constitución.¹³

Si los jefes estadounidenses no cumplen estos deberes en las primeras horas de su estancia en la ciudad, ello se debe, por supuesto, a la violencia del arrebato popular mexicano. Cuando al fin ejecutan el traslado de los heridos y el acomodo de las tropas, por lo tanto, es porque existen las condiciones necesarias para hacerlo. Dicho de otro modo, el mando estadounidense sólo pudo permitirse el riesgo de tener a un regimiento establecido a campo abierto, y de mover las pesadas carretas del hospital por las calles de la ciudad, sólo cuando los combates habían disminuido hasta el grado de no constituir una amenaza para las tropas ocupantes. Exponer a un millar de hombres al fuego de fusilería y a las pedradas de los rebeldes, ofrecer algunos miles más, postrados y sangrantes, a la furia de los mexicanos, hubiera constituido una estúpida decisión de su parte. Así, se hizo vivaquear a los pennsylvanianos en el Zócalo y circular a los heridos, *precisamente* porque la ciudad ya no era peli-

11. *Ibidem*. No obstante, véase *infra*, nota 13. Si los heridos *comenzaron* a entrar más tarde, quizá deberemos repensar todo el episodio. Del mismo modo, en caso de que el general Shields —herido durante el asalto a Chapultepec el lunes por la mañana y no en el curso de los combates del 14 de septiembre— haya sido trasladado a la ciudad el miércoles 15, como Davis dice en *Autobiography of the Late Col...*, p. 243.

12. Winfield Scott. "General Orders, no. 286", México, 16 de septiembre, 1847, en *The American Star* (México), 20 de septiembre, 1847, p. 1, col. 1.

13. Diario de Thomas Barclay, 15 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 187, y diario de Coutler, 16 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 188. Barclay consignó los hechos del 15 y el 16 de septiembre en una sola entrada, pero no hay duda de que el traslado de su regimiento ocurrió el jueves y no el miércoles.

14. ¿Y si el hospital no se hubiera movido sino más tarde, el viernes 17 —véase el diario de John James Peck, México, 17 de septiembre, 1847, en *The Sign of the Eagle*, pp. 135 y 138— o aun el domingo 19 —véanse los diarios de Thomas Barclay y Richard Coutler, México, 19 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 191—? ¿No tendríamos que alargar el final del alzamiento por esta causa?

grosa; es decir, porque los combates al fin habían cesado.¹⁴ En este sentido, en fin, hay que considerar la última decisión del ejército mexicano relacionada con la rebelión capitalina: en la mañana del jueves, la infantería apostada en la garita de Peralvillo hace por fin sus maletas y comienza a retirarse.¹⁵

(Anotemos al paso un indicio ofrecido por los servicios públicos. La permanencia del cadáver de uno de los combatientes —el célebre Pomposo Gómez— en calle tan céntrica como Santa Teresa y en fecha tan tardía como el 16 de septiembre,¹⁶ muestra que la vida urbana de la ciudad de México sufrió alteraciones de consideración a causa del alzamiento. Del alzamiento, en efecto, y no de desorden político del país, porque la corporación municipal sobrevivió íntegra, aunque debilitada, a la huida del gobierno federal y, por ejemplo, ya había conseguido reactivar a una fuerza policial de 600 hombres.)¹⁷



En sentido estricto, es mucho más difícil fijar un límite terminal al alzamiento septembrino.¹⁸ De entrada, por supuesto, porque no existen y porque no pueden existir testimonios o evidencias docu-

15. Oficio de Antonio López de Santa Anna al secretario de Guerra y Marina (en Querétaro), Tehuacán, 12 de noviembre, 1847, en *Detall de las operaciones...*, p. 34.

16. "Memorias de Zapatilla", p. 130.

17. *Autobiography of the Late Col...*, p. 246.

18. Un alzamiento como el aquí descrito, despojado de objetivos políticos y militares claros y desprovisto de un mando unificado y de cualquier tipo de organización, es en realidad varios alzamientos. Los agrupamos en una sola categoría por razones de inteligibilidad, pero es evidente que cada combate, cada piedra arrojada, cada fusil disparado, debería tenerse como una expresión única e irreductible, como una rebelión en sí misma. En esto radica, de hecho, una de las diferencias capitales que distinguen una batalla de una rebelión. Los soldados que participaron en Cerro Gordo o en Angostura no tienen relevancia en lo individual, puesto que la iniciativa y la capacidad de decidir se encontraban, como en todos los ejércitos modernos, rígidamente jerarquizadas: el monopolio de la soberanía estaba en manos de los oficiales y por ello la memoria sólo puede retener nombres como los de Lee, Beauregard o Smith. En cambio, la ausencia de mando, organización y objetivos viables coloca a cada combatiente en un plano de igualdad, ya que lo único existente es la inteligencia y la audacia individuales. El anonimato de los combatientes es causa y efecto de esta circunstancia, y la "sobrevivencia" de Pérez o de Jarauta en nuestra memoria no puede tenerse sino como una feliz anomalía.

mentales que permitan señalar una hora, un momento del día y aun una fecha, a partir de los cuales pueda hablarse con propiedad del restablecimiento de la tranquilidad pública en la ciudad de México. Sabemos, eso sí, que el orden se restablece y que, en muchos sentidos, ya está restablecido el 16 de septiembre: las tiendas vuelven a funcionar quizás el mismo jueves o a partir del viernes 17¹⁹ o el sábado 18;²⁰ la normalidad comercial está restablecida el 20 o el 21 de septiembre²¹ o —todo lo más— cuando se cumple el vigesimosexto aniversario del desfile de los trigarantes,²² e incluso la intentona rebelde del cabildo eclesiástico —los curas se niegan a officiar misa el primer domingo de la ocupación— se resuelve en menos de veinticuatro horas y con una sola amenaza de por medio.²³ (El establecimiento de la ley marcial y la definitiva distribución de los regimientos estadounidenses en el interior de la ciudad, el 17²⁴ y el 18 de septiembre,²⁵ por su parte, son otros medios para observar la pacifi-

19. May, *op. cit.*, p. 195, con base en el diario de Daniel H. Hill, México, 17 y 18 de septiembre, 1847, que se encuentra en la Southern Historical Collection de la University of North Carolina at Chapel Hill.

20. Diario de Thomas Barclay, México, 18 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 191. Ese mismo día, Juan de la Granja recomendaba a su corresponsal volver a la ciudad: véase carta de Juan de la Granja a Margarita González (en San Ángel), México, 18 de septiembre, 1847, en Granja, *op. cit.*, p. 179.

21. Diario de Richard Coutler, México, 21 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 192, y carta de Juan de la Granja a Margarita González (en San Ángel), México, 21 de septiembre, 1847, en Granja, *op. cit.*, pp. 182-183.

22. Wilcox, *op. cit.*, p. 490, fecha la vuelta a la tranquilidad "[...] ten or twelve days after the city had been in possession of the army [...]" [diez o doce días después de que la ciudad estuvo en poder del ejército]; el undécimo día, entonces, fue el 27 de septiembre.

23. Diario de Ethan Allen Hitchcock, México, 19 de septiembre, 1847, en *México ante los ojos...*, p. 105, carta de Juan de la Granja a Margarita González (en San Ángel), México, 21 de septiembre, 1847, en Granja, *op. cit.*, p. 182, y *Autobiography of the Late Col...*, pp. 258-259. Véase también Berge, *op. cit.*, p. 239, para el papel desempeñado por Reyes Veramendi en la conjuración de la crisis.

24. Winfield Scott, "General Orders, no. 287", México, 17 de septiembre, 1847, en *The American Star* (México), 20 de septiembre, 1847, p. 1, cols. 1-3, y *Memoirs of Lieut.-General Scott*, vol. II, pp. 540-546. Véanse también Brooks, *op. cit.*, p. 457, y Zamacois, *op. cit.*, vol. XIII, pp. 36-37.

25. Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 420, nota 2. La instrucción es de Winfield Scott, "General Orders no. 289", México, 18 de septiembre, 1847, en *The American Star* (México), 20 de septiembre, 1847, p. 1. Los sitios elegidos para el establecimiento de las fuerzas estadounidenses fueron las garitas de San Cosme, San Lázaro, Peralvillo y San Antonio y la Alameda, el convento de Santo Domingo y el Hospital de Jesús.

26. George Ballantine, *Autobiography of an English Soldier in the United*

cación y acaso también de explicarla.)²⁶ Más todavía: si fijamos la mirada en un día de octubre, en cualquier quincena de noviembre o en alguno de los meses del invierno de 1848, es difícil que observemos otra cosa que una ciudad pacífica y ordenada, entregada al trabajo y al ocio, a la convivencia y a la política —están abiertos los comercios, los teatros funcionan, se colman los bailes, los políticos conspiran—; una ciudad tranquila, en suma, o al menos tan tranquila como puede serlo un conglomerado urbano así de vasto, así de pobre, en un país así de jerarquizado y maltrecho.

Y, no obstante, todo análisis de la ocupación estadounidense se topa, inevitablemente, con hechos que no pueden ser tenidos más que como evidencias de un conflicto —o de varios, lo que parece más probable— que se extiende desde el momento en que cesa la rebelión de los capitalinos hasta mayo de 1848: una ola de asesinatos y otra de robos y tropelías, el rumor de un nuevo alzamiento, un motín en el Zócalo, unas elecciones polémicas, un brindis en el Desierto de los Leones, la organización de una fuerza policiaca, los rumores de un alzamiento de indios y ladrones y un conato de golpe de estado, son sucesos que no pueden ser explicados como meras anomalías de un periodo de orden, tranquilidad y progreso.²⁷ ¿Es del todo insensato suponer un vínculo entre estos conflictos y aquél

States Army, Nueva York, Stringer & Townsend. 1853, pp. 171-264, citado en *To Mexico with Taylor and Scott*, p. 182: "General Scott entered the city on the 14th, the day after the battle of Chapultepec and the storming of the citadel. By his excellent arrangements in quartering his troops in the suburbs for a few days, he succeeded in securing order, and preserving his men from those excess which might been apprehended from the description of troops under his comand." [El general Scott entró a la ciudad el 14, al día siguiente de la batalla de Chapultepec y del asalto a la Ciudadela. Gracias a su excelente disposición de acuartelar sus tropas en los suburbios durante algunos días tuvo éxito en asegurar el orden y en preservar a sus hombres de esos excesos que pueden ser comprendidos por la descripción de las tropas bajo su mando.]

27. Sobre la historia de la ocupación de la ciudad de México, véase Herrera Serna, *op. cit.*, en especial el capítulo II, "La ocupación", hh. 93-436. Zamacois y los *Apuntes para la historia de la guerra...* contienen vivas y detalladas descripciones, aunque se centran —demasiado, según creo— en el comportamiento y en los *excesos* de los soldados estadounidenses, en especial de los voluntarios. Si he preferido no hacer mención de estas conductas es porque me parece, de entrada, que son noticias distorsionadas desde el principio por el espíritu patriótico mexicano o el ánimo moralista estadounidense y, en fin, puesto que son más bien materia de un análisis sociológico del ejército ocupante. Sobre las vicisitudes de la vida política capitalina, véanse Berge, *op. cit.*, pp. 241-256, Baker, *op. cit.*, *passim*; Santoni, *Mexicans at Arms*, pp. 216-217, y Santoni, "Los federalistas radicales...", hh. 412, 431 y 432, nota 134, así como

que parece haber finalizado en el día onomástico de la independencia mexicana? ¿Es del todo gratuito que en mayo de 1848 el ayuntamiento espere con pánico una revuelta como la guerra de castas que está ocurriendo en Yucatán?²⁸ ¿Es del todo descabellado, más aún, imaginar que hay un vínculo genético entre el alzamiento masivo que hemos estado observando y los alevosos asesinatos de algunos soldados en los días posteriores al 16 de septiembre?

Supongámoslo al menos por un momento. ¿No adquiere cabal sentido, de este modo, la distinción entre guerra “pública” y guerra “privada”, barruntada ya por un observador contemporáneo?²⁹ ¿No es como decir que la guerra continúa *de otra manera*?³⁰ ¿No resulta comprensible, así, que pueda hablarse del final de las hostilidades y al día siguiente de la muerte violenta de unos centinelas estadounidenses?³¹ Aunque no podemos conocer el número exacto de soldados asesinados en los primeros días posteriores al 16 de sep-

Esteban Sánchez de Tagle, “La asamblea municipal de la ciudad de México durante la ocupación norteamericana”, en *Historias* (México), núm. 27, octubre de 1991-marzo de 1992, pp. 115-119, sugiere interpretación de lo que significó para la ciudad el gobierno de los puros anexionistas.

28. Baker, *op. cit.*, h. 294, con información proveniente del acta de cabildo de la sesión del 16 de mayo, 1848, AHDF, vol. 301. Dos semanas más tarde, el cabildo recogió un rumor apenas diferente: más que indios y clases, los inminentes alzados eran los ladrones de la capital; véase *ibidem*, h. 295, con información proveniente del acta de cabildo de la sesión del 31 de mayo, 1848, AHDF, vol. 301. La preocupación del cabildo fue compartida —y quizá más: alentada— por el gobierno federal, que se preocupó por que la ciudad no quedara acéfala una vez que culminara la evacuación estadounidense —véase Herrera Serna, *op. cit.*, hh. 359-365—. Esta preocupación se corresponde con lo que más arriba, en el tercer tramo de este trabajo, “Noche”, hemos llamado la bajamar del poder: es como si la élite mexicana hubiera comprendido que la ausencia de gobierno en la noche del 13 de septiembre de 1847 fue decisiva para la existencia del alzamiento.

29. Carta de José Fernando Ramírez a Francisco Elorriaga, México, 30 de septiembre, 1847, en Ramírez, *op. cit.*, p. 317: “La guerra pública terminó el 3er. día de la ocupación, no así la privada que presenta un caracter verdaderamente espantable.”

30. Zamacois, *op. cit.*, vol. XIII, p. 36. En este punto, la literatura del español debe apreciarse más todavía, pues Zamacois, *ibidem*, vol. XIII, p. 40, vivía en la ciudad de México durante la ocupación.

31. Diario de Richard Coutler, 17 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 191.

32. Carta de José Fernando Ramírez a Francisco Elorriaga, México, 30 de septiembre, 1847, en Ramírez, *op. cit.*, p. 317.

tiembre —¿sumarán 300 al comienzo de octubre?—,³² sí es posible asegurar que los crímenes son frecuentes, muy frecuentes,³³ al grado de alcanzar una media de entre cinco³⁴ y nueve por día,³⁵ con picos de hasta quince o veinte por jornada.³⁶ Por ello, una de las principales preocupaciones del gobierno de Quitman —además de sustituir casi cada día los vidrios rotos del Palacio Nacional—³⁷ es evitar que los soldados francos se expongan a la noche y a los barridos,³⁸ así como prohibir que las pulquerías operen con plena li-

33. Zamacois, *op. cit.*, vol. XIII, p. 36; Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 675, y *Apuntes para la historia de la guerra...*, pp. 365 y 367. Con todo, el mejor planteamiento del problema proviene del diario de Ralph W. Kirkham, México, 21 de septiembre, 1847, en *The Mexican War Journal...*, p. 68: "We have now been in the city a week, and it is growing daily more quiet, although hardly a day passes without one or more of our soldiers being assassinated. They get intoxicated and wander into bye [sic] streets and almost invariably are stabbed." [Ahora tenemos una semana en la ciudad, y la tranquilidad crece diariamente, aunque difícilmente pasa un día sin que uno o más de nuestros hombres sean asesinados. Se emborrachan y vagan por las calles y casi invariablemente son apuñalados.]

34. Frederick Zeh, *An Immigrant Soldier in the Mexican War*, traducción del alemán de William J. Orr, edición de William J. Orr y Robert Ryal Miller, College Station, Texas A&M University, 1995 (Elma Dill Russell Spencer Series in the West and Southwest, 13), p. 48: "Hardly a night passed, after we first occupied Mexico's capital, without five or six drunken soldiers falling victim to the Mexicans' bloodthirsty treachery." [Difícilmente pasaba una noche, después de que ocupamos la capital de México, sin que cinco o seis soldados borrachos cayeran víctimas de la sanguinaria traición de los mexicanos.]

35. Wilcox, *op. cit.*, p. 490: "For several days after the 15th a number of soldiers were assassinated during the night and their bodies brought to the Ayuntamiento building. At one time nine dead bodies were exposed, all of whom had been killed the night before, and in general the knife had been the instrument of death." [Durante muchos días después del 15, varios soldados fueron asesinados durante la noche y sus cuerpos traídos al edificio del ayuntamiento. En una ocasión nueve cadáveres fueron expuestos, todos de quienes habían sido muertos la noche anterior, y en general el cuchillo había sido el instrumento de su muerte.]

36. Semmes, *op. cit.*, p. 355.

37. May, *op. cit.*, p. 196.

38. Véase *The American Star* (México), 25 de septiembre, 1847, p. 1.

39. Decreto del gobernador John A. Quitman, 13 de octubre, 1847, en Zamacois, *op. cit.*, vol. XIII, p. 51. En este punto, sin embargo, el gobierno estadounidense no hacía sino seguir una disposición del cabildo, bando del ayuntamiento de México, 18 de septiembre, 1847, en *The American Star* (México), 25 de septiembre, 1847, p. 4, que obligaba a las pulquerías a cerrar a las cinco de la tarde.

bertad,³⁹ habida cuenta de que los asesinatos parecen ocurrir sobre todo cuando hay alcohol de por medio.⁴⁰ Más aún, es posible afirmar que los asesinatos son realizados con alevosía y ventaja —de la premeditación, por desgracia, no podemos estar seguros— y, sobre todo, con algún grado de complicidad colectiva: ¿o es verosímil que mueran siete soldados en una pulquería y nadie oiga cavar las palas que ahí mismo los entierran?⁴¹

El rumor acerca de un nuevo alzamiento, o de la inminencia de una revuelta organizada por militares mexicanos que se encuentran en la ciudad a fines de septiembre,⁴² es, por su parte, una suerte de correlato de la ola de muertes violentas —y es, por supuesto, también una expresión de la inseguridad vivida por los estadounidenses—. Cabe decir, más todavía, que los crímenes callejeros encuentran su explicación en la supuesta conjura organizada por algunos oficiales mexicanos con el apoyo de 1 500 delincuentes y asesinos y, en consecuencia, que —en la conciencia de los jefes del ejército de ocupación— la veracidad del complot fue comprobada por los asesinatos:⁴³ en ese sentido apunta, por lo menos, la coincidencia casi

40. Diario de Thomas Barclay, México, 25 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 192, y Zeh, *op. cit.*, p. 48.

41. Carta de José Fernando Ramírez a Francisco Elorriaga, México, 30 de septiembre, 1847, en Ramírez, *op. cit.*, p. 317.

42. Diario de Ethan Allen Hitchcock, 24 y 26 de septiembre, 1847, en *México ante los ojos...*, p. 105; diario de Richard Coutler, 27 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 196; diario de Thomas Barclay, 29 de septiembre, 1847, en *ibidem*, p. 197, y carta de William Chapman a su madre, en Chapman, *op. cit.*, p. 16.

43. Winfield Scott, "General Orders, no. 296", México, 26 de septiembre, 1847, tal como aparece en *Autobiography of the Late Col...*, pp. 260-261, es quizá la prueba más contundente de la inquietud que suscitó en el mando estadounidense la tal maniobra, sobre todo porque, de acuerdo con el documento, los conspiradores —hombres "[...] who had not the courage to defend their capital [...]" [que no tuvieron el valor de defender su capital]— ofrecían a los estadounidenses católicos tierras de California como premio por desertar. Scott recordó con furia la suerte de los soldados de las compañías de San Patricio y aclaró que las ofertas mexicanas eran imposibles de cumplir, ya que "[...] our arms have already conquered [California], and which forever will remain a part of the United States" [nuestras armas ya la han conquistado, y que permanecerá por siempre como parte de Estados Unidos]. En fin, Scott dijo que los asesinatos callejeros eran en realidad los preliminares de la insurrección.

44. Diario de Richard Coutler, 29 de septiembre, 1847, en *Volunteers*, p. 197. En la tarde del 29 de septiembre, tres mexicanos fueron detenidos por haber apedreado a dos pennsylvanianos muy cerca de la universidad; fueron entregados "to Captain Daniel's Quartermaster, and by him taken to the waggon

exacta de un zafarrancho callejero violentamente reprimido,⁴⁴ la circulación de un rumor que dice que los estadounidenses se retirarán a Tacubaya si persisten los asesinatos⁴⁵ y la ya mencionada creencia en un inminente alzamiento militar. ¿Es real la conjura, por otra parte? ¿Son los guardias nacionales sobrevivientes los autores de la iniciativa? Y si no, ¿debemos concluir —en atención a la más simple lógica— que si un grupo de oficiales del ejército regular estaba en la ciudad de México a fines de septiembre es imposible que no hubiera estado ya en ella el 14, el 15 y el 16 y, por lo tanto, que estuviera *de algún modo* involucrado con el alzamiento?⁴⁶

Si no podemos saberlo con certeza, sabemos en cambio que no son pocos los actores políticos que permanecen en la ciudad cuando comienza la ocupación —un puñado de diputados,⁴⁷ un prócer de la historiografía,⁴⁸ al menos una fracción de los puros—,⁴⁹ y ello quizá pueda contribuir a normar nuestro criterio: la presencia estadounidense no anula, porque no puede anular, el contumaz centralismo mexicano, por más que llegue a inhibirlo en favor de Querétaro. ¿Existen todavía los salvoconductos que el gobierno esta-

guard where they received their dues in the shape of a horse whipping, without judge or jury, the proper manner to deal with such characters.” [al intendente del capitán Daniel, y llevados por él al carro de la guardia, donde recibieron su merecido en forma de un látigo para caballos, sin juez ni jurado, la manera adecuada de tratar con estos tipos.]

45. Carta de Juan de la Granja a Manuel Ascorve (en Querétaro), México, 29 de septiembre, 1847, en Granja, *op. cit.*, p. 203.

46. Aquí, sin embargo, la lógica podría estar en contradicción con la realidad. Del decreto del gobernador John A. Quitman, 25 de septiembre, 1847, en *The American Star* (México), 28 de septiembre, 1847, p. 1, parece desprenderse que soldados mexicanos habrían entrado a la ciudad en los últimos días de septiembre. Es extraño que las fronteras de la ciudad fueran todavía tan permeables dos semanas después de Chapultepec, pero es probable que no haya modo de vincular a los militares de la conspiración con los rebeldes del martes 14.

47. Santoni, “Los federalistas radicales...”, h. 406, cuenta que “A fines de septiembre, Antonio Salonio [presidente del Congreso] citó a los legisladores en Querétaro a partir del 5 de octubre y visitó individualmente a los 37 diputados que permanecieron en la ciudad de México para excitarlos [*sic*] a atender a las sesiones”. La información proviene de una carta de Antonio Salonio a Mariano Riva Palacio, México, 20 de septiembre, 1847, GCM, tomo 80, MRPP, carpeta 10, documento 4010.

48. Se trata de Lucas Alamán; véase F. Ramírez, *op. cit.*, p. 289.

49. Diario de Ethan Allen Hitchcock. México, domingo 4 de noviembre, 1847, en *México ante los ojos...*, p. 108.

dounidense expidió para tener control de los militares residentes en su jurisdicción?⁵⁰ ¿Habrá modo de cotejarlos con la nómina del ejército mexicano y con las listas de afiliación de la guardia nacional capitalina?



A principios de octubre, por lo tanto, la rebeldía de los habitantes de la ciudad de México puede todavía sentirse en el aire. No importa que los pobres se avengan sin problemas a recibir el pan que los estadounidenses reparten gratis en San Juan de Letrán.⁵¹ No importa que regrese la tauromaquia a la plaza de San Pablo y que una compañía teatral vuelva a calentar el escenario del antiguo Teatro Santa Anna.⁵² No importa, en fin, que la convivencia pacífica sea cada día más evidente y sus efectos más significativos. Las autoridades estadounidenses siguen teniendo problemas para controlar la insensatez del pequeño pueblo de la capital, pues —en efecto— se trata de seres humanos de una clase vil y miserable:⁵³ las picotas de Puente de San Francisco⁵⁴ y de la Alameda,⁵⁵ que habrían operado

50. Decreto del gobernador John A. Quitman, 25 de septiembre, 1847, en *The American Star* (México), 30 de septiembre, 1847, p. 1. El aviso está también en Zamacois, *op. cit.*, vol. XIII, p. 50.

51. Según informó *El Monitor Republicano* (México), 15 de octubre, 1847, citado en Lemoine Villicaña, *op. cit.*, h. 22, a medidados de octubre los estadounidenses repartieron pan gratis a los léperos en los alrededores del convento de San Francisco y en la calle de San Juan de Letrán; véase asimismo la carta de M. Z. G. a Guillermo Prieto, México, sin fecha —pero por lo menos en octubre, 1847—, en Prieto, *op. cit.*, p. 419.

52. Véase, por ejemplo, *The American Star* (México), 10 y 14 de octubre, 1847.

53. Carta de John A. Quitman a Eliza Quitman, México, 5 de octubre, 1847, y carta de John A. Quitman a Louise Quitman, México, 11 de octubre, 1847, ambas en los Quitman Family Papers que se encuentran en la Southern Historical Collection de la University of North Carolina at Chapel Hill, citadas en Baker, *op. cit.*, h. 66.

54. Zamacois, *op. cit.*, vol. XIII, p. 37.

55. Bloom, *op. cit.*, h. 159. La información proviene de una carta anónima, México, 26 de septiembre, 1847, en *El Espíritu de la Independencia* y reproducida en *El Noticioso Chiapaneco* (San Cristóbal de Las Casas) 31 de octubre, 1847; R. Scmmes, *Service Afloat and Ashore During the Mexican War*, Cincinnati, W. H. Moore and Co., 1851, p. 458; Robert Wilson, *Mexico and its Religion*, Nueva York, 1855, pp. 211-212, y "Sgt. John Kreitzer Journal", entradas del 8 de enero y del 5 de mayo, 1848, en la Historical Society of Pennsylvania, Zamacois, *op. cit.*, vol. XIII, p. 37, cuenta el caso de un sirviente que fue azota-

en los primeros días de la ocupación, así como los juicios militares contra mexicanos, inaugurados también en la tercera semana de septiembre,⁵⁶ parecen no haber sido más eficaces que las proclamas o el establecimiento de un par de cañones en cada garita.⁵⁷

Reconozcamos, sin embargo, que carecemos de evidencias de la rebeldía capitalina. Al contrario: casi con seguridad, octubre es un mes tranquilo, quizá demasiado tranquilo.⁵⁸ No obstante, si hemos insistido en la afirmación, si sabiendo que no es posible corroborarla hemos decidido seguir adelante, ello es a causa de que la necesidad ha impuesto también sus condiciones. La necesidad, en efecto: de no flotar en el ambiente la rebeldía, de no ser un hecho cierto y casi mensurable —o, en otras palabras, de haberse evaporado al cabo de tres días de combates y dos, quizá tres, semanas de asesinatos consuetudinarios—, la pequeña rebelión ocurrida en la plaza mayor el lunes 8 de noviembre no podría ser explicada o, lo que es peor, para comprenderla tendríamos que volver a refugiarnos en el viejo prejuicio lebonniano, o aun en otro de menor prosapia.⁵⁹

Juzgado ha sido un mexicano que usa Flores como apellido. Ante el tribunal militar responsable del caso, la parte acusadora ha probado que el sujeto intentó matar, con fusil, a un oficial del ejército estadounidense. Sentencian, pues, los jueces, y deciden azotar al delincuente: veinticinco veces cada lunes, durante cuatro semanas, sobre su espalda caerá el látigo del verdugo. (No se trata de un exceso, digámoslo desde ahora, y evitemos que se escuchén voces indignadas por la brutalidad antimexicana: trato

do en la Alameda; por la ubicación del relato en el texto —está en la misma página en que se da cuenta del establecimiento de la ley marcial— es posible suponer que ocurrió en las primeras semanas de la ocupación.

56. El primer juicio tuvo lugar el sábado 18: un tal Henrique García, oficial del ejército, fue acusado de combatir a los estadounidenses después de la retirada de Santa Anna; véase *The American Star* (México), 20 de septiembre, 1847, p. 1, y Baker, *op. cit.*, h. 91.

57. Smith, *op. cit.*, vol. 11, p. 420, nota 2.

58. El robo de 200 caballos estadounidenses en San Ángel parece ser el único hecho ocurrido con seguridad en la primera quincena de octubre; véase carta de Juan de la Granja a Manuel Ascorve (en Querétaro), México, 12 de octubre, en Granja, *op. cit.*, p. 205.

59. De Gustave Le Bon, el pionero de los estudios sociológicos sobre las multitudes rebeldes, quien, en palabras de Rudé, *La multitud en la historia*, p. 18, estaba “[...] demasiado inclinado a tratar a la muchedumbre [...] como irracional, voluble, y destructiva, como intelectualmente inferior a sus miembros y como tendiente a revertir hacia una condición animal”.

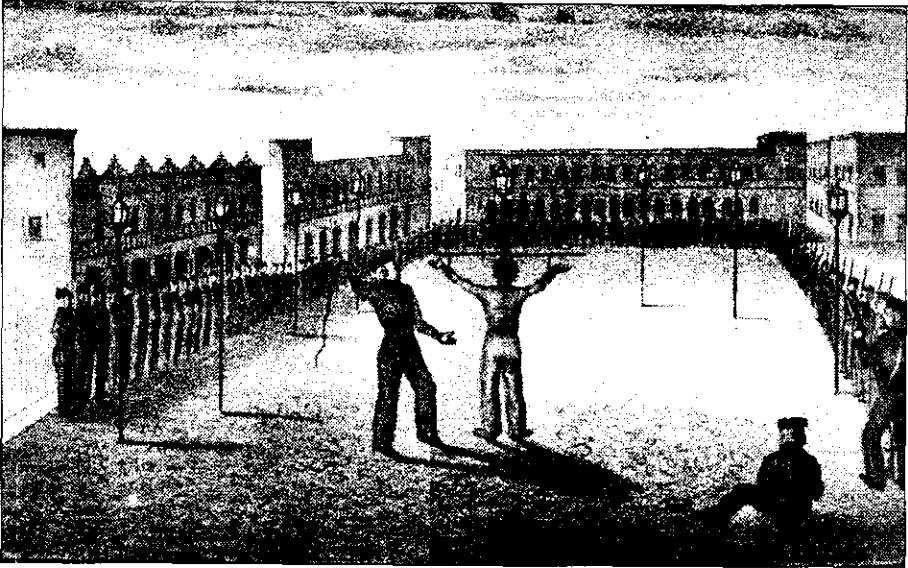


Figura 6. Azotes públicos en el Zócalo, 8 de noviembre, 1847.
Tomado del *Undécimo calendario de Abraham López...*

semejante dan a sus subordinados los oficiales estadounidenses, que incluso han llegado a dejarlos cocerse bajo el sol de la Angostura.)

Deciden también los jueces: en la plaza de México, a las tres de la tarde, debe cumplirse la sentencia. ¿Imaginan que así dan ejemplo al resto de los asesinos? ¿Fantasean con cobrar en el banco de los símbolos lo que no han podido recibir de la tesorería de la realidad? La presencia del general Twiggs en la ceremonia parece demostrar tales intenciones. Un error de cálculo, empero, está a punto de invertir el significado del castigo: la guardia que acompaña al verdugo es apenas un piquete, casi todo de infantería, y muy poco puede hacer cuando la irritación de los espectadores se transforma en violencia. Son las tres de la tar-

de. El público, en su mayoría, está formado por léperos; lo que no sabemos es si han acudido convocados o si la plaza es su espacio cotidiano (figura 6).

¿De dónde han salido las piedras que hieren y aturden a los estadounidenses? ¿Proviene del pavimento de la plaza? ¿Han venido de los barrios en los morrales de los pobres? Sabemos, eso sí, que la lapidación de cientos resulta más eficiente que el látigo de uno: condenado, verdugo y guardias no pueden representar sus papeles e intentan retirarse al Palacio, acaso la fuerza de la agresión se los impide y seguramente más de un soldado recibe una pedrada en la cabeza. Es necesario, no obstante, contener la imaginación. No son muchos los agresores —unas decenas quizá, sin duda lejos del ciento—, y basta la embestida de un puñado de dragones para disolver el motín: entre seis y ocho jinetes son la fuerza represora del gobierno estadounidense.

La carga de la caballería llega incluso a los portales y ahí son detenidos un par de individuos, reputados como líderes de la multitud. ¿Acaba así el breve zafarrancho? ¿Ha sido tan efímera la furia de los capitalinos? Sólo podemos decir, a modo de respuesta, que a la hora del crepúsculo hay más gente de lo normal en las calles del centro. Si aguardan, acechantes, la reanudación de la ceremonia judicial, es seguro que se lleven un chasco, pues el mando estadounidense, fiel al dictado del tribunal pero sobre todo consciente de la irritabilidad de los habitantes de la ciudad de México, ha decidido posponer el castigo del tal Flores.

Una semana más tarde, cuando por fin se cumple la sentencia, la ceremonia tiene tres novedades importantes. La primera es el notable despliegue militar en el Zócalo: hay un cuadro de infantes alrededor de la picota, hay dos piezas de artillería en la explanada, hay grupos de jinetes en Monterilla, Plateros y Arzobispado; son, quizá, mil quinientos soldados. La segunda es el número de los convictos: junto con Flores son castigados dos de

los “líderes” del 8 de noviembre. La última novedad, en fin, es la inactividad de la multitud: a partir de las dos y media de la tarde, el verdugo usa su látigo setenta y cinco veces, y lo más que ocurre es el cuchicheo de la gente.⁶⁰



En efecto, la revuelta de noviembre —y lo es aunque sea incipiente y tímida— constituye una suerte de hito en la historia de la ocupación de la ciudad de México, a partir del cual es posible comprender algunos aspectos de la coexistencia de estadounidenses y mexicanos en el otoño de 1847. Gracias a ella, por ejemplo, la persistencia de actos violentos,⁶¹ combates⁶² y nuevos rumores sobre una sublevación,⁶³ que inquietan a los estadounidenses tan tarde como en diciembre, no pueden ser considerados como hechos aislados o como

60. “Tercer acto. Escena v”, en *Undécimo calendario de Abraham López arreglado al meridiano de México y antes publicado en Toluca para el año de 1849*, México, Imprenta del Autor, 1848 (en adelante, *Undécimo calendario de Abraham López...*), pp. 47-48; diario de Richard Coutler, México, 8 de noviembre, 1847, en *Volunteers*, pp. 213-214; diario de Thomas Barclay, México, 8 de noviembre, 1847, en *ibidem*, p. 213, y “una carta”, en Prieto, *op. cit.*, pp. 421-422. Lo del castigo a los soldados estadounidenses y, en especial, el caso de los castigados en el campo de batalla de la Angostura, proviene de Richard Bruce Winders, “The U.S. Military Perspective”, ponencia presentada en *The U.S.-Mexican War Symposium*, Arlington (Texas), 24 de octubre, 1996. Sobre los castigos dados a los soldados estadounidenses, véase Richard Bruce Winders, *Mr. Polk’s Army: The American Military Experience in the Mexican War*, College Station, Texas A&M University, 1997 (Military History Series, 51), en especial pp. 62-63 y 84-86. Sobre la formación de estos párrafos, en fin, véase el tercer tramo de este trabajo, “Noche”, p. 76, nota 100.

61. Diario de Ethan Allen Hitchcock, México, 30 de diciembre, 1847, en *México ante los ojos...*, p. 112: “[...] un soldado [...] afirmó [ante el propio Scott] que había sido capturado en los límites de la ciudad dos días antes y había sido ocultado durante el día y transportado durante la noche hasta encontrar un cuerpo de mexicanos a caballo a seis millas de distancia, y lo hubieran llevado a Querétaro, pero él robó uno de sus caballos y huyó a rienda suelta hacia la ciudad.”

62. Diario de Richard Coutler, México, 12 de diciembre, 1847, en *Volunteers*, p. 221, y diario de Thomas Barclay, México, 12 de diciembre, 1847, en *ibidem*, p. 221. El día aniversario de la Guadalupana, en las inmediaciones del cuartel del 1º de Pennsylvania, ocurrió un importante enfrentamiento entre mexicanos y estadounidenses, en el que murieron dos soldados y entre cinco y diez civiles mexicanos.

63. Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 420, nota 2. La información proviene de *Senate Executive Documents, 34th Congress, 3rd Sessions*, p. 38.

mero producto de la convivencia con los mexicanos. Pero, sobre todo —o al menos para el propósito de este trabajo—, la rebelión del Zócalo sugiere que el final del alzamiento septembrino no puede ser entendido sólo en términos militares, sino que es indispensable relacionarlo con el comportamiento de los habitantes de la capital mexicana en los primeros meses de la ocupación.

La ola de asesinatos, robos y engaños de los que fueron víctimas los estadounidenses debería verse, de este modo, como una *guerra de baja intensidad*, de bajísima intensidad de hecho, cuya naturaleza es exactamente igual a la de los combates masivos de mediados de septiembre. El incremento en la criminalidad, evidente para tirios y troyanos, no puede ser visto como un mero asunto policial. Más aún, los propios ocupantes se comportaron como si hubieran seguido un pensamiento análogo: hasta diciembre de 1847, cuando se creó una fuerza policiaca estadounidense,⁶⁴ el control de la criminalidad estuvo a cargo de la comandancia militar de la ciudad y, de hecho, una buena parte de la literatura gubernamental estadounidense anterior a diciembre se propuso normar el comportamiento de los soldados en sus días francos, lo que corrobora el trato *político* y no *policiaco* de la inseguridad callejera.

En esta perspectiva, en fin, sería necesario no hablar de sólo un alzamiento —como hasta aquí hemos hecho—, sino de actos de rebeldía, más o menos individuales y más o menos colectivos: abundantes el martes 14 y el miércoles 15, menos numerosos el jueves 16, escasos el viernes 17, unos cuantos el sábado 18, quizás un par el domingo 19 —y así, con sus altas y sus bajas, hasta principios de 1848—, los hechos de armas parecen haber formado parte de la vida de los habitantes de la ciudad de México, en especial del pequeño pueblo. En la continuidad de la violencia cabría advertir, en consecuencia, un indicio acerca del origen interno, endógeno, de la movilización capitalina. Y —del mismo modo— cabría encontrar una evidencia de que la insatisfacción generalizada en los medios

64. Baker, *op. cit.*, h. 72. Ello parece haberse debido, más bien, al considerable aumento de los efectivos estadounidenses instalados en la ciudad —por lo menos los cuatro mil al mando del general Patterson, que llegaron al valle de México a fines de noviembre—, lo mismo que a la intensificación de la convivencia entre invasores e invadidos.

proletarios de la capital mexicana, lejos de haber disminuido, se encontraba todavía muy viva a finales del otoño. ¿Insatisfacción? ¿Medios proletarios? Parece que ya es tiempo de volver al alzamiento. Parece que ya es tiempo de elevarnos un poco de las calles y mirar la rebelión capitalina desde las torres de las iglesias. ❧

HEMOS HABLADO DE POBRES, EN EFECTO: AUNQUE POCAS

veces haya sido escrita la palabra, aunque casi nunca sus rostros hayan sido dibujados con claridad, no de otra cosa hemos estado hablando desde el principio. Gente, multitud, capitalinos, habitantes de la ciudad de México —y por supuesto rebeldes, combatientes, alzados—, son en realidad modos torpes de nombrarlos, como antes fueron torpes quienes dijeron léperos, plebe, turba, *canaille*, *mob*, creyendo acaso que era posible distinguir entre el pobre “bueno” y el pobre “malo”, creyendo sin duda que al destacar su moral y sus costumbres era posible olvidarse de su condición social. Ha sido hecho por torpeza, ya está dicho, pero también por incapacidad: las masas combatientes resultan al observador —al antiguo y al de ahora— colectivos indiferenciados y bastos, difusos y evanescentes, a los cuales es difícil someter a procesos de destilación efectivos.



¿Sirven para algo las asociaciones geográficas que hemos intentado realizar hasta ahora? ¿Es tan importante que alrededor de la ex Acordada vivan ladrones y oficien meretrices,¹ que los pobres coman en Porta Cœli,² que el Salto del Agua sea barrio de viejos iturbidistas y asaltantes del Parián,³ que en la plaza del Factor se comercien artículos robados,⁴ que La Palma careciera de calles

1. Ruxton, *op. cit.*, pp. 62-67, y Prieto, *op. cit.*, p. 143. Manuel Payno, *El fistol del diablo. Novela de costumbres mexicanas*, edición y estudio preliminar de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1992 [primera edición, 1845-1846] (Sepan Cuántos..., 80), pp. 109-116, hizo una descripción de la prisión y de sus alrededores, vívida aunque —quizá por eso— un poco lírica, que vale mucho la pena.

2. Prieto, *op. cit.*, p. 113: “El populacho vil tenía sus fondas o comedores al aire libre en el callejón de los Agachados, en el tránsito de Portacœli y Balverena, y allí gente sucia y medio desnuda, en cuclillas o de plano, hervía alrededor de cazuelones profundos, con piélagos de moles, arberjones, habas, frijoles y carnes anónimas e indescriptibles, no para [ser] recordadas por los racionales.”

3. Di Tella, *Política nacional y popular...*, p. 144.

4. Shaw, *op. cit.*, h. 14, con información de una *Memoria de 1845*, México, Ayuntamiento de México, 1845, p. 78.

pavimentadas a principios del siglo,⁵ que —ya en los años veinte— fuera imposible todo control en el barrio de Santa Ana, a causa de la convivencia de malvivientes y autoridades auxiliares,⁶ o que en San Pablo hubiera estado el cuartel de un batallón de guardias puros en el otoño de 1846?⁷ ¿Es tan significativo el saqueo del Palacio Nacional, que las banderas pacifistas ondeen sobre todo en Plateros, que los pobres de Santa Ana roben cobijados por los combates o, sobre todo, que el entusiasmo rebelde sea mucho más intenso y esté más extendido fuera de la vieja traza que en el centro de la ciudad?⁸ Y, en fin, ¿tiene algún sentido insistir en que los asesinatos de soldados —en los primeros meses de la ocupación— ocurren sobre todo cuando los estadounidenses ingresan en los barrios periféricos,⁹ y que éstos congregaran a la mayor parte de la población de bajos ingresos y mínima o nula capacitación laboral?¹⁰ Desconfie-

5. García Cubas, *op. cit.*, p. 147.

6. Sonia Pérez Toledo, "Los vagos de la ciudad de México y el tribunal durante la primera mitad del siglo XIX", en *Estudios históricos 1*, compilación de Alejandro Tortolero, México, Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Iztapalapa), 1993 (Iztapalapa: Texto y Contexto, 15), p. 141. La información proviene de un oficio del regidor Isidro Olvera, 29 de abril, 1828, AHDF, vol. 4151, exp. 5.

7. *El Republicano* (México), 16 de octubre, 1846, p. 4, col. 1. Todas las referencias del periódico —éstas y las venideras— provienen del fichero de Rubén Amador Zamora, que generosamente ha compartido conmigo.

8. "Memorias de Zapatlilla", pp. 133-134: "Y así como en las calles centrales eran los aspavientos y el cerrar las puertas y el mayor miedo a los grupos de plebe que a los yankees, por los barrios no; por allí todo el mundo invadía las calles y hacía remolinos en las esquinas, en los quicios de las puertas, y de por cualquier rendija saltaba un pelado con una bayoneta con un *ranchete* amarrado a un palo, con un par de piedras detenido contra el costillar."

9. Carta de José Fernando Ramírez a Francisco Elorriaga, México, 30 de septiembre, 1847, en Ramírez, *op. cit.*, p. 317: "El que sale por los barrios, ó un poco fuera del centro, es hombre muerto, [...]."

10. Shaw, *op. cit.*, hh. 47-48: "Marked patterns of residential segregation separated the plebe from his superiors. The wealthy occupied the drier, more-convenient central locations of Mexico City while the poor resided on the wetter fringes. The area enclosed by a circle of five-hundred-yards radius, with its center at the middle of the central plaza, enclosed 17 percent of the population. Within that circle, the upper class numbered 35 percent of the population; artisans, 32 percent; and unskilled, 25 percent. The mean rent of the area was \$ 23 compared to the mean municipal rent of \$ 10. Beyond the circle lived 83 percent of the population. Twenty-five percent of it were in the upper-class category; 41 percent were artisans, and 23 percent were unskilled. The mean rent of this area was \$ 8." [Marcados patrones de segregación habitacional separaban a la plebe de sus superiores. Los ricos ocupaban los sitios

mos del fulgor de las anécdotas, aunque ahora —por ahora— ellas sean nuestro único alimento, y busquemos en el número una posible certeza.

Ignoramos, sin embargo, la cantidad de personas involucradas en la revuelta septembrina. Las cifras disponibles son más bien imaginarias, meras suposiciones en realidad, a partir de las cuales es imposible construir una estimación fiable, no se diga un cálculo verosímil o una estadística rigurosa. ¿Tiene sentido compararlas, no obstante? El único beneficio cierto de tal maniobra es que los guarismos nos permiten descartar de plano la teoría de los presos liberados como únicos protagonistas de la insurrección:¹¹ si en un extremo tenemos 15 mil rebeldes,¹² en el otro estamos frente a 30 mil insurrectos,¹³ lo que es una monstruosidad para cualquier sistema penitenciario —y más cuando las cárceles capitalinas deben haber teni-

*secos, más convenientes, de la ciudad de México, mientras que los pobres residían en las húmedas áreas periféricas. El área comprendida por un círculo de 500 yardas de radio, con su centro a la mitad de la plaza mayor, incluía 17 por ciento de la población. Dentro del círculo, las clases altas eran el 35 por ciento de la población, los artesanos el 32 por ciento, y los trabajadores no calificados, el 25 por ciento. La renta media del área era 23 pesos, comparada con la renta media municipal de 10 pesos. Fuera del círculo vivía el 83 por ciento de la población. Veinticinco por ciento de ella estaba en la categoría de clase alta, el 41 por ciento eran artesanos y el 23 por ciento trabajadores sin calificación. La renta media de esta área era de 8 pesos.] Toda esta información proviene del censo de 1849; los detalles están en *ibidem*, apéndice G, tablas 1, 2 y 3.*

11. Por ejemplo, Ballantine, *op. cit.*, pp. 171-264, citado en *To Mexico with Taylor and Scott*, p. 182, escribió que el alzamiento fue combate "between our troops and parties of patriots, principally criminals who had been released from their cells and stationed in the steeples of churches for the purpose" [entre nuestras tropas y partidas de patriotas, principalmente criminales que habían sido liberados de sus celdas y estacionados en las torres de las iglesias con ese propósito]. Aun así —porque muestra una sensibilidad que podríamos llamar *filohobsbauwiana*—, no deja de ser revelador el comentario de Semmes, *op. cit.*, p. 354: "These villains, in the interval between the departure of their patron [Santa Anna] and our entry into the city, had already begun to rob the public offices, and commit other depredations, and had opened their fire upon us, for the sole purpose of continuing disorder, amid which they might plunder their unfortunate countrymen." [Estos villanos, en el lapso entre la salida de su patrón y nuestra entrada en la ciudad, ya habían comenzado a robar las oficinas públicas y a realizar otras depredaciones, y habían abierto fuego contra nosotros, con el único propósito de continuar el desorden, en medio del cual pudieran esquilmar a sus desafortunados compatriotas.]

12. *Undécimo calendario de Abraham López...*, p. 41, y carta de "Tu N." a Guillermo Prieto, México, sin fecha, en Prieto, *op. cit.*, p. 418.

13. Parte del general William Worth, México, 16 de septiembre, 1847, tal

do poco más de mil internos en 1847—. ¹⁴ Ello no quiere decir, empero, que no hubiera presos entre los rebeldes: con todo, deben haber sido entre 200 y 800 individuos ¹⁵ y no dos mil, como creyó Scott. ¹⁶ Pero poco adelantamos, por desgracia, si sólo concluimos que la inmensa mayoría de los rebeldes activos el 14, el 15 y el 16 de septiembre eran personas comunes y corrientes, civiles y militares sin condena judicial sobre sus cabezas: a mediados del siglo XIX, la capital mexicana pudo haber tenido unos 150 mil habitantes. ¹⁷ En

como aparece en *To Mexico with Taylor and Scott*, p. 214. Esta cifra debe ser falsa, pues de otro modo convertiría al alzamiento en el mayor hecho de armas de la guerra, al menos del lado mexicano.

14. Javier MacGregor Campuzano, "Crimen y castigo en México, 1845-1850", en *Estudios históricos 1*, compilación de Alejandro Tortolero, México, Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Iztapalapa), 1993 (Iztapalapa: Texto y Contexto, 15), p. 174, calcula 1054 presos en 1847 y 814 en octubre de 1848, en todas las cárceles de la ciudad, o sea en la Diputación (Palacio Nacional), la Acordada y el presidio de Santiago Tlatelolco. Mil presos podrían ser incluso demasiados, pues parece que antes del 14 de septiembre muchos detenidos habían sido puestos en libertad: véase la carta de Juan de Dios Núñez a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción), México, 10 de septiembre, 1847, GGCN, rollo 80, MRPP, carp. 10, doc. 2386: "[...] con haber puesto en libertad á casi todos los criminales de la ExAcordada y armandolos, es de temer un saqueo [...]."

15. La primera cifra es de Charles Bankhead, citado en Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 415, nota 21, y la segunda de "Impugnación al informe...", p. 262.

16. Carta de Winfield Scott al secretario de Guerra, William Marcy (en Washington), México, 18 de septiembre, 1847, tal como aparece en Brooks, *op. cit.*, p. 437. Semmes, *op. cit.*, p. 354, calculó tres mil presos liberados, pero es sin duda una exageración.

17. Frederick J. Shaw, "The Artisan in Mexico City (1824-1853)", en *El trabajo y los trabajadores en la historia de México / Labor and Laborers Through Mexican History. Ponencias y comentarios presentados en la V Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Pátzcuaro, 12 al 15 de octubre de 1977*, compilación de Elsa Cecilia Frost, Michael C. Meyer, Josefina Zoraida Vázquez y Lilia Díaz, México, El Colegio de México-University of Arizona, 1979, pp. 399-400, opina que el censo de 1842, que contó apenas 120 mil habitantes, no puede ser considerado confiable a causa de la suspicacia popular ante estas operaciones estadísticas. (Las clases medias y altas, según él, representaban el 26 por ciento: eran comerciantes independientes, empresarios, profesionistas y burócratas. En el otro extremo estaban los trabajadores no calificados, los sirvientes y los pordioseros; ellos representaban el 25 por ciento de la población. Los artesanos, en fin, equivalían al 38 por ciento restante: de ellos, el 70 por ciento eran zapateros, sastres, carpinteros, panaderos, albañiles, pintores y tejedores). Empero, Sonia Pérez Toledo y Herbert S. Klein, "La estructura social de la ciudad de México en 1842", en *Población y estructura urbana en México, siglos XVIII y XIX*, compilación de Carmen Blázquez Domínguez, Carlos Contre-

otras palabras, el juego aritmético puede llevarnos a suponer que el alzamiento fue obra de una décima parte de la población total de la ciudad de México, o que se trató del movimiento ¡de una quinta parte de los capitalinos! Y quizá más: si suponemos —como afirmaron los contemporáneos— que fue abundantísima la emigración en los días previos a la batalla de Chapultepec-Garitas,¹⁸ el porcentaje podría elevarse hasta el delirio.

Otro modo de aprehender la realidad demográfica del alzamiento es considerar su costo humano: muertos, heridos, golpeados y asaltados, aunque no revelan por sí mismos la dimensión de un hecho de armas, sí pueden formar un marco mínimo para calcularla con sensatez. Acaso llegará el día en que se examinen —si existen todavía— las listas de inhumaciones de Santa Paula, San Dieguito, San Fernando, catedral y el cementerio británico, así como los *ros-ters* de los regimientos estadounidenses participantes en los combates, las órdenes y los informes —también estadounidenses— que dan cuenta de los entierros de la Alameda y del camposanto impro-

ras Cruz y Sonia Pérez Toledo. Xalapa, Universidad Veracruzana, 1996, p. 253, no ponen en duda la veracidad del censo con el que trabajaron y, más aún, afirman que, en 1842, la ciudad estaba habitada por 120 mil personas. Un cálculo decimonónico fija el número de capitalinos en 150 mil —véase A. Barrister, *A Trip to Mexico, or Recollections of a Ten Months' Ramble in 1849-1850*, Londres, Smith, Elder, and Cornhill, 1851, p. 63— y ello en cierto modo coincide con la información de María Dolores Morales, “La distribución de la propiedad en la ciudad de México, 1813-1848”, en *Historias* (México), núm. 12, enero-marzo de 1986, p. 83, quien fija la población capitalina entre 124 mil (en 1813) y 170 mil habitantes (en 1848).

18. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 332. Además de la clase política, buena parte de la cual se trasladó a Toluca y, sobre todo, a Querétaro, donde estaba previsto que se reuniera el congreso, casi no tenemos indicios de la magnitud de esta migración. Con todo, la mudanza de José Pablo Martínez del Río a la fábrica familiar de Miraflores (en Chalco), en algún momento entre marzo y agosto, 1847, puede indicar un comportamiento común de la plutocracia capitalina: véase David W. Walker, *Parentesco, negocios y política. La familia Martínez del Río en México, 1823-1867*, traducción de Manuel Arbolí, México, Alianza Editorial, 1991 (Raíces y Razones), pp. 71-72. Walker dice que la mudanza ocurrió en el otoño porque la carta de José Pablo Martínez del Río en que se basa está fechada en octubre de 1847. Pero como también afirma que la razón para el traslado fue “[...] escapar a la lucha esperada para cuando los invasores iniciaran el asalto a la ciudad de México [...]”, y el resto de la explicación es coherente con este punto, me parece que cometió un error al fechar el suceso en octubre y no antes de agosto, cuando los estadounidenses cruzaron la sierra Nevada.

visado en la calzada de San Cosme,¹⁹ y, en fin, esa suculenta nómina de rebeldes que tendría que haberse hecho en caso de que, en efecto, las tropas estadounidenses hubieran detenido —y no simplemente asesinado— a los alzados.²⁰ Mientras tanto, es necesario contentarse con otro racimo de cálculos impresionistas —a no ser que podamos servirnos de comparaciones esotéricas como ésa que establece una relación de 1:3 entre las bajas mexicanas durante el alzamiento y los muertos y heridos causados por alguna de las “guerras domésticas” mexicanas—,²¹ centrados sobre todo en las bajas estadounidenses y que ignoran casi por completo las pérdidas del bando agresor: cua-

19. Bloom, *op. cit.*, h. 159. La información proviene de una carta anónima, México, 26 de septiembre, 1847, publicada primero en *El Espíritu de la Independencia* y luego en *El Noticioso Chiapaneco* (San Cristóbal de Las Casas), 31 de octubre, 1847; Semmes, *Service Afloat...*, p. 458; Robert Wilson, *Mexico and its Religion*, Nueva York, 1855, pp. 211-212, y “Sgt. John Kreitzer Journal”, en la Historical Society of Pennsylvania, entradas del 8 de enero y del 5 de mayo, 1848. Al menos en la Alameda, los enterramientos clandestinos se sucedieron muchos días, al punto de provocar la inquietud del gobierno de ocupación, que prohibió las inhumaciones en ese lugar y ofreció establecer nuevos cementerios: véase el decreto del gobernador John A. Quitman, 28 de septiembre, 1847, en *The American Star* (México), 30 de septiembre, 1847, p. 1.

20. *Autobiography of the Late Col...*, pp. 240-241: “[...] heavy details constantly patrolled [el mismo martes 14] every belligerent portion of the capital, with orders to arrest all armed men and confine them in the guard-house until disposed of by the civil and military governor” [gruesas partidas patrullaban constantemente cada porción beligerante de la ciudad, con ordenes de arrestar a todos los hombres armados y de confinarlos en la cárcel militar, hasta que dispusiera de ellos el gobernador civil y militar].

21. Diario de Ethan Allen Hitchcock, México, 20 de septiembre, 1847, en *México ante los ojos...*, p. 105. Semmes, *op. cit.*, p. 354, por su parte, explicó estas diferencias en un hermoso pasaje lleno de conocimiento sobre la realidad mexicana: “In their numerous civil broils, they had been in the habit of firing at each other from behind walls and parapets, at a *safe distance*, and the government of Mexico had been known to change hands after a *bloody* revolution, in which no more than half a dozen *leperos* have lost their worthless lives. But when, instead of being fired at from like safe distance, by our troops, they were followed up, and shot down in their hiding-places, why, this was another affair.” [En sus numerosos pleitos civiles, habían adoptado el hábito de dispararse unos a otros desde atrás de paredes y parapetos, a una *distancia segura*, y el gobierno de México había sabido cambiar de manos después de cada revolución *sangrienta*, en la que no más que una docena de léperos habían perdido su inútil vida. Pero cuando, en lugar de ser baleados desde esa distancia segura, lo fueron por nuestras tropas, que los siguieron y dispararon en sus escondites, aquello fue otra cosa.]

tro mil mexicanos muertos y heridos por un lado²² y entre 100 y 600 soldados estadounidenses heridos o asesinados por el otro²³ (de los cuales conocemos el nombre de doce: John Garland, Daniel S. Kuhns, James Butterfield, Joseph E. Johnston, Richard MacClelland, James Manty, John C. Pemberton, Sydney Smith, Ashton S. Tourrison y los apellidados Barber, Herrington y Robinson),²⁴ cifras éstas —aun la más baja— que hacen del alzamiento uno de los hechos de armas más cruentos de la guerra, al menos para el bando vencedor.²⁵

22. "Chapultepec Taken", en *The New York Sun* (Nueva York), 5 de octubre, 1847, citado en *Niles' National Register* (Baltimore), 9 de octubre, 1847, tal como aparece en *Chronicles of the Gringos*, p. 269.

23. El redactor del *Décimo calendario de Abraham López...*, p. 66, calcula 600 personas entre muertos y heridos; "Impugnación al informe...", p. 265, y Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, p. 857, estiman 350 bajas; Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 637, y Ramírez, carta de José Fernando Ramírez a Francisco Elorriaga, México, 30 de septiembre, 1847, en Ramírez, *op. cit.*, p. 317, sitúan en 300 esa cantidad; Granja, "Relación de los acontecimientos...", p. 188, recoge un cálculo popular que cifra en 200 las bajas estadounidenses, aunque él mismo cree que "[...] siempre será como la mitad ó mas de ese número [...]", y —finalmente— Justin Smith, apunte en 66CM, rollo 26, "Diaries, Recollections, and Memoirs", parte 3, h. 150, escribe que "At least 100 American soldiers have been decoyed into the suburbs and murdered" [al menos cien soldados estadounidenses fueron atraídos a los barrios y asesinados] durante la rebelión.

24. Smith, Kuhns y Barber murieron, mientras que Garland, Butterfield, Johnston, Herrington, MacClelland, Manty, Pemberton, Robinson y Tourrison resultaron heridos. Casi todos ya han sido mencionados en el texto: el único nuevo es Johnston, capitán de los ingenieros topógrafos, de cuyas heridas sólo tenemos noticias por Wilcox, *op. cit.*, apéndice c, p. 615. Es posible que debamos añadir, como herido, a un doctor Satterlee —que se encontraba junto a Worth y a Garland cuando comenzaron los disparos—, a causa de que la redacción de Kendall sugiere la existencia de algún daño. Dice *The War Between the United States...*, p. 45: "The ball however struck Colonel Garland, who was riding by Worth's side, inflicting a serious wound, besides *endangering* Dr. Satterlee, the head surgeon of the division, and other officers" [la bala sin embargo golpeó al coronel Garland, que cabalgaba al lado de Worth, infligiéndole una seria herida, y puso en peligro al doctor Satterlee, cirujano jefe de la división, así como a otros oficiales] (las cursivas son mías). Además hay que contabilizar, también como herido, al anónimo compañero de Butterfield que perdió una pierna; véase el cuarto tramo de este trabajo, "Diluvio", p. 99, nota 46.

25. Basta una mínima comparación, me parece, para que la afirmación no parezca lírico —y pueril— arrebató. En la doble batalla de Padierna-Churubusco murieron 123 estadounidenses, 865 fueron heridos y 40 desaparecieron, mientras que 124 murieron y 582 quedaron heridos en el combate de Molino del Rey; véase Smith, *op. cit.*, vol. ii, pp. 118 y 147, respectivamente.

Por la propia naturaleza del alzamiento, es evidente que los rebeldes *debían* sufrir mayores daños que los estadounidenses: en batalla de ejército organizado contra civiles sin dirección ni entrenamiento o, cuando menos, contra civiles y militares sin conducción, ningún apostador inteligente arriesgaría su dinero en favor de los segundos. La relación entre los daños humanos de unos y otros, empero, dependió en alto grado de la reacción de las tropas de Scott, al parecer violenta en demasía y sin duda relacionada con el agravio sentido por los soldados a su dignidad militar: la infantería invade inmuebles a golpes de hacha y de barreta,²⁶ ocupa los tejados desde los cuales se le combate,²⁷ saquea las casas y los comercios, y —acaso también, con toda probabilidad— asesina a sus habitantes y dependientes,²⁸ no como si se tratara de una acción militar, sino como si estuviéramos ante una actividad punitiva o, si atendemos a la rabia de Worth, acaso más bien frente a un acto de venganza.²⁹ Del mismo modo, el empleo de artillería en el interior de la ciudad, en las calles pero también desde las torres —casi con seguridad de las iglesias—,³⁰ sugiere la existencia de un formidable enojo en soldados y oficiales —si un rebelde ataca desde una azotea se le responde con artillería y pillaje—,³¹ que sólo puede ser resultado de la sorpresa y la efectividad inicial de los ataques mexicanos. En este sentido, por lo tanto, la fuerza defensiva empleada por el ejército estadounidense tuvo que ser *por lo menos* equivalente a la acción de los alzados de la ciudad de México (y aunque no es fácil visualizar la frontera entre lo “suficiente” y lo “excesivo” para los estadounidenses, basta saber

26. “Relación de los acontecimientos...”, p. 188.

27. Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 167.

28. “Relación de los acontecimientos...”, p. 188.

29. Parte del general William Worth, México, 16 de septiembre, 1847, tal como aparece en *To Mexico with Taylor and Scott*, p. 214: “This was no time for half-way measures; and if many innocent persons suffered incidentally, under the most infliction of punishment we found it necessary to bestow on these miscreants from the jails, the responsibility should rest upon the barbarous and vindictive chief [Santa Anna] who imposed upon us the necessity.” [No era tiempo de medidas parciales, y si muchas personas inocentes sufrieron incidentalmente por las molestias del castigo que tuvimos que aplicar a esos sinvergüenzas, la responsabilidad debe caer sobre el bárbaro y vengativo jefe que nos impuso la necesidad.]

30. McSherry, *op. cit.*, p. 114.

31. Carta de José Joaquín Castañares a Mariano Riva Palacio (en Querétaro), México, 16 de octubre, 1847, GGCN, rollo 80, MRPP, carpeta 10, documento 2438. Semmes, *op. cit.*, p. 353, cuenta el caso —semejante— de un ataque callejero que fue contestado con fuego de morteros.

que tal línea divisoria existe para imaginar con mayor claridad las dimensiones de la revuelta; en este sentido acaso sea significativo el que tres oficiales recibieron *brevets* en reconocimiento a sus acciones durante la rebelión).³²



Si es triste volver al principio, más triste es volver con las manos vacías: el número se nos escapa, las realidades colectivas no pueden emanciparse de la palabra. “Abundan” los muertos, es “grande” la represión, hay “muchos” rebeldes. ¿Hemos avanzado? ¿Estamos, por el contrario, ante un callejón ciego, del que sólo podrá liberarnos una investigación en forma? Con toda su magritud, empero, estas falsas cifras, estas palabras irreales, pueden ayudarnos a delimitar un tanto el terreno: ¿o es posible, en una ciudad pobre en la que los pobres son mayoría, que una rebelión de muchos no incluya *muchos* pobres?

Más allá de pueriles deducciones, la pobreza de los rebeldes es, en efecto, tan real como reales son los ojos que la observan, tan cierta como verídicas son las palabras que lo publican: aquí y allá, la condición social de los alzados aparece dibujada con precisión y no deja lugar a dudas. Claro que los ojos que observan no son ojos de pobre, claro que a veces —en especial cuando se trata de ojos estadounidenses— ni siquiera están entrenados para reconocer la pobreza mexicana y, mucho menos, la pobreza de la ciudad de México. Es necesario, pues, estar prevenidos, es decir, tener presente la imprecisión de la nomenclatura sociológica del siglo xix y, por lo tanto, la persistencia de un equívoco falaz pero recurrente: “lépero” no es siempre un malviviente, un ladrón, un borracho, una puta; a veces también —y más: con frecuencia— es un pobre urbano, artesano o peón, independiente o asalariado.³³ Con todo, son léperos quienes cubren las calles del centro de la ciudad en la mañana del

32. El capitán Marsena R. Patrick, del 2° de infantería; el capitán John A. Winder, del 1° de artillería, y el teniente primero Andrew J. Lindsay, del *Mounted Rifles*; véase Wilcox, *op. cit.*, apéndice c, pp. 630, 622 y 621, respectivamente.

33. Shaw, “Poverty and Politics...”, h. iv: “The *léperos*, according to the traditional view, were a class of idle, urban vagrants readily distinguishable from the honest laboring poor. During the course of the research, it became aparent that the *léperos* did not exist as a class apart from the laboring poor and that crime and vagrancy were structured into lower-class life.” [Los léperos, de acuerdo con el punto de vista tradicional, eran la clase de los ociosos,

14 de septiembre;³⁴ son léperos quienes pueblan el Zócalo a la hora en que comienza la revuelta y quienes combaten a los estadounidenses en Santa Clara,³⁵ son léperos quienes integran las bandas insurrectas³⁶ y atacan a los regulares desde los tejados,³⁷ son léperos, por supuesto, quienes saquean el Palacio,³⁸ y son también léperos quienes durante la ocupación se “agasajan” matando soldados.³⁹ Léperos y léperas, que también éstas participan en la revuelta, aunque —por supuesto— en el segundo plano en que están todavía recluidas.⁴⁰ Se llaman Paz Reyes si son matanceros, y Jesús Olmos si son carpinteros; se apellidan Rodríguez y son sastres, y les dicen Pascual y son billeteros.⁴¹ Pero sobre todo —y retengámoslo, que aquí estamos en el meollo de la cuestión—, son léperos y no ricos quienes combaten a los estadounidenses,⁴² son léperos que aprovechan el desorden causado por ellos mismos para robar lo mismo las casas abandonadas que aquellas con habitantes, siempre que se trate de casas “decentes” y bien provistas.⁴³

Hubiéramos debido saberlo desde el principio, naturalmente:

vagos urbanos fácilmente distinguibles de los honestos trabajadores pobres. En el curso de la investigación, resultó que los léperos no existen como una clase aparte de los trabajadores pobres, y que crimen y vagancia formaban parte de la estructura de la vida de las clases bajas.]

34. *With Beauregard in Mexico*, pp. 100-101.

35. Kendall, *op. cit.*, p. 266.

36. May, *op. cit.*, p. 195. La información proviene de una carta de John A. Quitman a Eliza Quitman, México, 19 de septiembre, 1847, en los Quitman Family Papers que se encuentran en la Southern Historical Collection de la University of North Carolina at Chapel Hill.

37. Carta de Ralph W. Kirkham a Kate Kirkham, México, 15 de septiembre, 1847, en *The Mexican War Journal...*, p. 66.

38. Véase el tercer tramo de este trabajo, “Noche”, pp. 58-63.

39. Carta de Juan de la Granja a Manuel Ascorve (en Querétaro), México, 29 de septiembre, 1847, en Granja, *op. cit.*, p. 203.

40. Véase, por ejemplo, “Memorias de Zapatilla”, pp. 137, 145 y 157.

41. “Memorias de Zapatilla”, pp. 141-143.

42. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 328.

43. Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 420, nota 2, con información del diario de Daniel Hill, que se encuentra en la Southern Historical Collection de la University of North Carolina at Chapel Hill, y carta de Winfield Scott al secretario de Guerra, William Marcy (en Washington), México, 18 de septiembre, 1847, tal como aparece en Brooks, *op. cit.*, p. 437: “Their objects [de los rebeldes] were to gratify national hatred, and, in the general alarm and confusion, to plunder the wealthy inhabitants, particularly the deserted houses.” [Su propósito era honrar su orgullo nacional y, en la alarma y confusión generales, saquear a los ricos, especialmente las casas desiertas.]

tanto como las cantidades, las regiones donde ocurren los combates y las menciones explícitas de su presencia en ellos, las piedras empleadas como proyectiles proclaman el carácter popular de la revuelta.⁴⁴ “Popular”, en efecto, pues la lapidación es un viejo recurso de los desposeídos, o al menos de quien se enfrenta a la autoridad sin pertrechos u organización militar: es *la haine* de los marginados, es como decir *in the name of the father* en el extremo de la desesperación.⁴⁵ Y no hace falta que pensemos en el joven tlatoani asesinado, en las losas insurrectas que matan a tres soldados coloniales al inicio del alzamiento de 1692⁴⁶ o en los proyectiles que destruyen varias casas comerciales durante la revuelta del cobre en 1837;⁴⁷ basta con recordar los sucesos del 27 de agosto y del 8 de noviembre para que sea notorio —y todavía más: significativo— el vínculo social existente entre piedras y protesta popular en la ciudad de México.

Se trata sobre todo de piedras simples, sin adjetivos y sin especificación de género u origen. ¿Proviene de los asfaltos callejeros, retirados por órdenes gubernamentales en la última semana de la guerra y colocados en las azoteas para combatir a los estadounidenses en el interior de la ciudad?⁴⁸ Seguramente muchas de ellas, en efecto, y en su empleo cabría ver una suerte de cooperación entre pobres

44. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 327: “La parte del pueblo que combatía, lo hacía en su mayoría sin armas de guerra, á escepcion de unos cuantos, que mas dichosos que los demas, contaban con una carabina ó un fusil, sirviéndose el resto, para ofender al enemigo, de piedras y palos, de lo que resultó que hicieron en los mexicanos un estrago considerable las fuerzas americanas.”

45. Salvo que se haya participado en un combate callejero —y en ese caso son innecesarias las referencias—, dos películas europeas recientes pueden ayudarnos a comprender algo del “espíritu” de la lucha entre una multitud rebelde y una fuerza militarizada: la secuencia inicial de *La haine*, de Mathieu Kassovitz (Francia, 1995), donde se muestra el alzamiento juvenil de un pueblo de la *banlieu* de París, y la también inaugural de *In the Name of the Father*, de Jim Sheridan (Irlanda-Gran Bretaña, 1993), en la cual el ejército británico disuelve una manifestación de nacionalistas irlandeses en el Ulster.

46. “Tumulto acaecido en la ciudad de México...”, p. 238.

47. Javier Torres Medina, “De monedas y motines: los problemas del cobre durante la primera república central de México, 1835-1842”, tesis de maestría en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), 1994, h. 141.

48. Bando del gobernador del Distrito Federal (José María Tornel), México, 7 de septiembre, 1847, JCC-UTA (donde está registrado como “José Joaquín de Herrera, general de división...”). Que la orden se cumplió lo sabemos —entre otros documentos— gracias a la carta de Juan de Dios Rodríguez Puebla a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción), México, 10 de

y militares, una forma concreta del modelo propuesto por Hobsbawm para explicar las relaciones entre aristocracia y turba urbana en las sociedades preindustriales.⁴⁹ Acaso algunas, sin duda, aunque no deja de ser llamativo que el 17 de septiembre —a petición estadounidense— el ayuntamiento haya dispuesto limpiar de piedras los tejados,⁵⁰ y que doce días más tarde, el miércoles 29, el gobernador Quitman haya tenido que repetir la orden.⁵¹ Pero hay también piedras que nada deben al orden establecido, piedras obtenidas de las casas, piedras arrancadas de sus sitios primigenios por las manos que a continuación las arrojan: son ladrillos en las inmediaciones de la plaza de San Pablo,⁵² son matatenas en el callejón de López,⁵³ son macetas muy cerca del colegio de Minería,⁵⁴ son “rocas” las que se precipitan sobre los estadounidenses en la acera de enfrente, en los muros del hospital de San Andrés.⁵⁵

Junto con ellas —con las piedras— se usan también palos,⁵⁶ puñales,⁵⁷ botellas,⁵⁸ agua hirviendo⁵⁹ y muchos objetos más,⁶⁰ los cuales, más que deleznable, deben ser tan diversos como son las cosas que pueblan una casa. Las botellas se arrojan desde las azoteas, los palos y los puñales son empleados en el piso, en las escaleras de las casas invadidas, en los tejados conquistados por los estadounidenses. Algunas veces, en fin, el arma de los pobres sublevados —o, más bien, de los sublevados pobres— es también su propio

septiembre, 1847, GCGM, rollo 80, MRPP, carp. 10, doc. 2388. La disposición es, sin duda, extraña para el observador de nuestros días. ¿En qué pensaba Torrel? ¿Qué ideas, qué lecturas, qué recuerdos lo llevaron a imaginar que las piedras podrían ser empleadas contra los estadounidenses?

49. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, en especial pp. 175-176.

50. Berge, *op. cit.*, p. 239. La petición estadounidense y la proclama municipal están en AHDF, vol. 2265, exp. 25.

51. Decreto del gobernador John A. Quitman, México, 29 de septiembre, 1847, en *The American Star* (México), 30 de septiembre, 1847, p. 1, y también en Zamacois, *op. cit.*, vol. XIII, pp. 50-51.

52. Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 635.

53. “Memorias de Zapatilla”, p. 136.

54. García Cubas, *op. cit.*, p. 573.

55. Kendall, *op. cit.*, p. 266.

56. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 327; “Memorias de Zapatilla”, p. 136, y *The War Between the United States...*, p. 45.

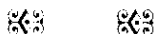
57. Zamacois, *op. cit.*, vol. XI, p. 844.

58. Kendall, *op. cit.*, p. 266.

59. “Memorias de Zapatilla”, p. 154.

60. “Relación de los acontecimientos...”, p. 187.

cuerpo,⁶¹ ofrecido a los estadounidenses en los recovecos de los zaguanes, en las esquinas de las calles, en los laberintos de las azoteas, con el fin de atraerlos hacia sitios más propicios para *su* combate.



¿Es posible extraer conclusiones categóricas de lo dicho hasta ahora? ¿Es posible afirmar que cuando hablamos del alzamiento estamos hablando del *menu peuple* capitalino y que es lo mismo decir los pobres que las piedras? ¿Es posible, en definitiva, afirmar que la revuelta fue *obra* de los pobres de la ciudad de México y que la mayor parte de las “clases peligrosas” participó en la insurrección? Si acaso, sólo la tercera de estas preguntas podría ser respondida con una afirmación; las otras, en cambio, reclaman que se las conteste con una negación. Dicho de otra manera, es necesario matizar las afirmaciones anteriores, pues de otro modo se corre el riesgo de *proletarizar* el alzamiento.

1. Es evidente, en primer lugar, que no todos los combatientes son léperos químicamente puros. Por principio de cuentas, no deben ser pocos los individuos con otra adscripción social que forman parte de las masas rebeldes, y ello hay que saberlo aun antes de advertirlo en la realidad: ¿cómo distinguir al maestro del oficial?, ¿cómo definir sus diferencias sociales sin pecar de economicismo?, ¿dónde, en fin, situar la frontera clasista que los divide si sus recursos culturales son más o menos los mismos?⁶² Más todavía, es seguro —como ya habíamos notado— que entre los combatientes haya muchos guardias nacionales⁶³ y, con toda probabilidad, también desertores del ejército:⁶⁴ en el sur y en el suroeste aquéllos, en el norte y el centro sobre todo éstos, los miembros de ambos cuerpos hacen un aporte de consideración a la revuelta, al menos porque deben tener algún tipo de entrenamiento militar.⁶⁵ (Dan ejemplo a

61. *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 327, y Semmes, *op. cit.*, p. 353.

62. Shaw, “Poverty and Politics...”, en especial hh. 38-59.

63. “Relación de los acontecimientos...”, p. 187, y *Apuntes para la historia de la guerra...*, p. 327. Entre dos y tres mil, según *The War Between the United States...*, p. 45, cifras que no están tan lejos de la estimación de cuatro mil guardias desmovilizados, que se encuentra en “Impugnación al informe...”, p. 264.

64. Brooks, *op. cit.*, p. 424.

65. En *The War Between the United States...*, p. 45, Kendall dice que, el 14 de septiembre, la multitud reunida en el Zócalo estaba formada por léperos y delincuentes liberados, pero también por “[...] a number of the national guard [...]” [alguna cantidad de guardias nacionales] que habían abandonado

sus congéneres no alistados, aunque ello no significa por fuerza que la mayor parte de las partidas rebeldes tengan guardias como "mandarines".⁶⁶)

Claro que es posible asegurar que el de soldado es un oficio como cualquier otro; que la ocupación no es criterio suficiente para trazar una frontera social entre militares y civiles, y que, por lo tanto, antes de distinguir a los léperos de los guardias tendríamos que probar, verbigracia, que los soldados rasos del batallón Hidalgo eran pares de los *polkos* "auténticos".⁶⁷ De modo semejante, antes de considerar diferentes a los pobres de los soldados regulares, tendríamos que demostrar, en primer lugar, que el corporativismo militar —en especial el de entonces— determina el comportamiento social de sus miembros y, en segunda instancia, que el ejército reclutado por Santa Anna en el verano de 1847 no era fundamentalmente de origen capitalino y que, al contrario, sus miembros procedían sobre todo de otras regiones del valle de México.⁶⁸ Pero

sus uniformes y cuyas armas se encontraban, ya en sus domicilios, ya en lugares previamente designados.

66. "Memorias de Zapatilla", p. 147: "Muchos, muchos otros de las guardias nacionales, anduvieron haciendo mandarines de grupos de *pelados*."

67. "Auténticos", por contraponerlos a los soldados del Mina y, hasta cierto punto, del Independencia, que eran llamados "*polkos* de verano"; véase Prieto, *op. cit.*, p. 393. Me parece que es imposible que el tipo social de los *polkos* pueda ser inferido a partir de los nombres de los más célebres rebeldes de febrero de 1847 —Anaya, García Torres, Payno, Gorostiza, De la Peña y Barragán, Peñúñuri, Malo, Prieto, Otero— y ni siquiera con base en las descripciones hechas por los puros —véase por ejemplo *Décimo calendario de Abraham López...*, pp. 39 y 44—. Por el contrario, creo que, así como es indispensable conocer con precisión cuáles eran los batallones controlados por los puros para que sea inteligible la lucha política en la ciudad de México a fines de 1846 y principios de 1847, es importantísimo averiguar quiénes eran y a qué se dedicaban los oficiales, clases y soldados de todos los regimientos.

68. Véase por ejemplo la carta de Juan de Dios Núñez a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción), México, 10 de septiembre, 1847, GGM, rollo 80, MRPP, carpeta 10, documento 2386, donde se afirma que el resultado de la guerra podía ser invertido ya que las fuerzas mexicanas "[...] sea con cargadores y presos se reponen [...]" de inmediato, mientras los estadounidenses perdían hombres cada día. El origen capitalino de un amplio sector del ejército mexicano, con todo, no debería medirse sólo en términos numéricos. Quizá sea más importante que por lo menos alguna porción del ejército hubiera tenido vínculos sociales y aun políticos con la población de la ciudad de México. Por supuesto, esas relaciones sólo pueden ser establecidas luego de confrontar, digamos, las listas de electores primarios y de los guardias nacionales con la nómina del ejército regular. No obstante, una aproximación su-

como ambas realidades se nos escapan de momento, no nos queda más remedio que suponer, en efecto, que un guardia del Hidalgo o un desertor del ejército regular eran diferentes de un aguador del Salto del Agua y de un arriero de Santa Ana.

Hay también algunas personas “decentes”, por supuesto, involucradas en el alzamiento.⁶⁹ ¿No es extraño, empero, que en ningún relato contemporáneo consten las acciones heroicas de algún prócer de la política o los negocios, o al menos de un segundón más o menos conocido? ¿No es extraño, y aun sospechoso, que la proverbial verborrea de la plutocracia mexicana no haya dejado una pieza literaria que dé cuenta del “valor” y el “patriotismo” de los actores notables? Ignoro cómo pueda manifestarse la “decencia” en una batalla callejera, pero ¿no es llamativo que nada insinúe la existencia de una conducta cabalmente plutocrática en la refriega? Los insurgentes “decentes” parecen ser antes lo primero que lo segundo, como si a la hora de tomar las armas sus códigos culturales se disolvieran en los de la multitud pobre: si la muchedumbre obliga a un oficial a combatir, y si —al parecer sin advertirlo— lo degrada antes de incorporarlo a la revuelta, bien poco de su dignidad militar debe sobrevivir a su participación armada.⁷⁰

2. Es público y notorio, asimismo, que piedras, palos y verdugillos no son las únicas armas empleadas por los rebeldes. Lanzas, bayonetas y sables por supuesto, pero sobre todo escopetas, fusiles, carabinas y tercerolas —y, por cierto, ¿qué clase de armas son?, ¿qué tanto entrenamiento se requiere para utilizarlas?— están más que presentes en los combates. De hecho, las armas de fuego deben ser causa de la mayoría de las bajas estadounidenses, así sea sólo por las

perfidia ha podido ofrecer algún indicio: en los combates de San Cosme, por ejemplo, participó el batallón Mixto de Santa Anna —formado apenas en mayo, con unidades que habían sobrevivido a la batalla de Cerro Gordo—, al cual pertenecían dos compañías del batallón Libertad, uno de los cuerpos de guardia nacional más vinculados con los puros —Fermín Gómez Farías lo había comandado a fines de 1846 y, más todavía, su actuación en febrero de 1847 fue el detonante de la rebelión de los polkos—; véase “Extractos del informe de Rangel sobre la entrada de los americanos a México”, GGM, rollo 26. “Political, Social, Economic and Military Conditions”, parte 1, hh. 160-161.

69. González Navarro, *op. cit.*, p. 14, con información de los MRPP, G 449, pp. 50-51. (Por desgracia, no pude identificar el documento en la versión microfilmada.)

70. Carta de Juan de Dios Rodríguez Puebla a Mariano Riva Palacio (en la hacienda de la Asunción). México, 14 de septiembre, 1847, GGM, rollo 80, MRPP, carpeta 10, documento 2401: “[Los rebeldes] Encontraron a un gefe militar, le quitaron las precillas y lo eccitaron á tener valor como el de ellos [...]”

evidentes ventajas militares de la artillería manual: Scott se entera de la revuelta por un disparo, Esquivel hiere a Garland con una escopeta y, en general, lo advertido y resentido en todas partes es el fuego de la fusilería mexicana.⁷¹ ¿Debemos relacionar el tipo de arma de los sublevados con su condición social? ¿Debemos incluso ir más allá y afirmar que el uso de armas de fuego es señal inequívoca de que los rebeldes pertenecen a un estrato superior de la población capitalina?

Por supuesto que sí... una vez que esté del todo claro que el mercado de armas en la ciudad de México —ése cuya materia fueron las armas abandonadas en Padierna-Churubusco, ése al que acudió el mando mexicano en vísperas de Molino del Rey—⁷² fue monopolizado por los contratistas del ejército mexicano a fines de agosto de 1847 y, por lo tanto, una vez que sea posible estar seguros de que ningún fusil pasó a manos civiles en los primeros días de septiembre. Pero también una vez que haya sido establecido que los viejos mosquetes presentes en la revuelta no hubieran pertenecido a ningún miembro del pequeño pueblo.⁷³

3. Armas son también las sotanas y los estandartes guadalupanos,⁷⁴ lo mismo que las torres de las iglesias y los patios conventuales.

71. Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 167.

72. "Memorias del corl. Manuel Ma. Giménez", en *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, compilación de Genaro García, México, Porrúa, 1991 (Biblioteca Porrúa, 59), p. 330: "En cada una de ellas [de las batallas de la campaña del valle de México], perdía nuestro Ejército un número considerable de todas armas, que arrojaban nuestros soldados en los encuentros con el enemigo y que, luego, el pueblo espectador recogía y venía a vender a las tiendas de México y a los particulares, no volviendo a hacerse el Gobierno de ellas; y siendo necesarias, pues no había depósito de donde reponerlas, el Sr. Santa Anna dispuso que yo me encargara de la compra de aquellas armas por cuenta del erario nacional, pagando los fusiles útiles con bayoneta a diez pesos, las tercerolas de caballería a cinco y las espadas y lanzas a cuatro. Compré y volví a repartir en los cuerpos que S.E. me ordenaba, alternativamente y por muchos días, más de seis mil armas de todas clases." El mercado de armas en la capital tenía por lo menos un año de ser fuente de aprovisionamiento para el ejército mexicano. En agosto de 1846, el gobierno ofrecía pagar dos pesos, cuatro reales, por fusil con bayoneta; dos pesos por tercerola; un peso, cuatro reales, por par de pistolas, y lo mismo por espada; véase *El Republicano* (México), 31 de agosto, 1846. Es interesante que los precios hubieran aumentado tanto durante el año.

73. En *The War Between the United States...*, p. 46. Kendall asegura que "[...] many of whom [léperos y presos] had old muskets [...]" [muchos de los cuales tenían viejos fusiles].

74. Seis clérigos combatientes han sido más o menos identificados por la

Arma es también la religiosidad auténtica de los pobres capitalinos y la manipulación que se hace de ella en las alturas gubernamentales.⁷⁵ ¿Es legítimo, por lo tanto, convertir a los curas católicos en los instigadores de la revuelta, en los líderes “naturales” de la explosión ciudadana? Hasta cierto punto sí, siempre que no caigamos en la tentación de considerar a los laicos como simples rémoras de la actividad eclesiástica: las ovejas no son borregos, o no siempre.⁷⁶ Lo que parece decisivo es que los eclesiásticos se encuentran en la multitud, no por encima de ella, aunque sin duda es más fácil escuchar sus voces —habituadas a la arenga, por cierto—. En todo caso, antes de pronunciarse al respecto habría que comparar el efecto de los exhortos clericales de principios de septiembre —muerte al impío, gritan los curas— con las gestiones del cabildo arzobispal para contener el alzamiento: si bastan las palabras eclesiásticas para *provocar* la revuelta, ¿por qué no es suficiente la campaña pacifista de la curia para restablecer la tranquilidad pública? Quizá la explicación de este fenómeno se encuentre en la naturaleza del catolicismo popular mexicano, distinto de —y aun opuesto a— aquel practicado por las élites, por supuesto,⁷⁷ en el cual la virgen de Guadalupe conservaba to-

literatura, dos de los cuales —los primeros de la lista siguiente— emplearon imágenes guadalupanas para incitar a la gente: Celestino Domeco de Jarauta, dos dieguinos apellidados González y Martínez, un mercedario anónimo y un secular de apellido Sánchez Espinosa. Véanse “Memorias de Zapatilla”, pp. 134-135; el cuarto tramo de este trabajo, “Diluvio”, pp. 108-109, y el quinto, “Equilibrio”, pp. 125 y 127.

75. Véase por ejemplo la carta pública de Vicente Romero al vicario capitular del arzobispado de México, México, 7 de septiembre, 1847. AHDF, vol. 2265, exp. 28, en la que el ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos pedía que el cabildo eclesiástico convocara, desde el púlpito, a la resistencia generalizada, en caso de que hubiera batalla en el interior de la ciudad.

76. Además, es necesario tener en cuenta el arraigadísimo prejuicio antipopular de la jerarquía católica mexicana. A este propósito quizá sea revelador el comportamiento del joven Juan de Irisarri —arzobispo de México a la hora de la revuelta capitalina—, quien en noviembre de 1812, después de las elecciones municipales, regañó a un niño de diez años —pobre, insolente— que jugaba con las cadenas del atrio de una iglesia. “Ahora sí que nosotros mandamos”, se defendió el chamaco, haciendo referencia al triunfo de los españoles americanos en los comicios. Irisarri lo golpeó duramente en la cabeza mientras le decía: “Toma, canalla, para que mandes.” Véase Virginia Guedea, “El pueblo de México y las elecciones de 1812”, en *La ciudad de México en la primera...* vol. II, p. 158. La información proviene de una declaración de Juan Manuel de Irisarri, México, 11 de diciembre, 1812, que se encuentra en el Archivo General de la Nación, G.D. Historia, vol. 447, cuaderno 3, f. 46.

77. Sobre las diferencias entre el catolicismo popular y el catolicismo de

davía su carácter icónico y por ello podía servir como aluticante de las conciencias.⁷⁸

4. Bien mirado, empero, no es tan importante que el pueblo bajo capitalino no sea el *único* grupo social participante y que las piedras no sean las *únicas* armas empleadas. A fin de cuentas, ambos matices ofrecen la posibilidad de enriquecer el perfil social de los rebeldes, agregar rostros al rostro colectivo; más aún, hasta ahora no lo han alterado sustancialmente. En cambio, lo que sí puede modificar el retrato de la rebelión es su heterogeneidad espacial y temporal. ¿Cómo explicar la pasividad de ciertas zonas de la ciudad o, más bien, la desigualdad cronológica de su reacción? ¿Cómo componer un cuadro cabal de la revuelta si cuando hablamos de sus autores no podemos incluir a los habitantes de *todos* los barrios proletarios de la capital mexicana *al mismo tiempo*? La respuesta, de tan evidente, requiere también forma interrogativa: ¿pero no es obvio que la condición *sine qua non* de todo enfrentamiento es la existencia de adversarios?, ¿pero no es natural que sólo haya revuelta si hay soldados a los cuales combatir? Por lo tanto, ¿no tendríamos que esperar que la presencia estadounidense en los barrios exista *antes* que la movilización popular mexicana?

¿Estamos también explicándonos la intensidad del alzamiento en la Ciudadela? ¿Estamos también comprendiendo las razones de los rebeldes de San Pablo? ¿Estamos, mejor aún, en condiciones de escapar del economicismo basto, según el cual es simple y mecánica la relación entre pobreza y rebelión popular? En tal caso, la pobreza de la que hablamos resultaría ser la *condición necesaria* de la re-

las élites en este tiempo y en este espacio, véase John Tutino, "Conflicto cultural en el valle de México. Liberalismo y religión popular después de la independencia" (traducción de Cuauhtémoc Velasco), en *La reindianización de América, siglo XIX*, compilación de Leticia Reina, México, Siglo Veintiuno-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1997 (Nuestra América), pp. 358-382.

78. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo*, pp. 76-81, que no niega ese carácter, advierte sin embargo que la religiosidad popular sólo ha podido ser usada como "fuente" del nacionalismo en unos pocos casos, ya que la identidad religiosa, antes que alentar la existencia de estados nacionales —exclusivistas por definición—, suele concebir comunidades supranacionales y aun mundiales. Como la *insuperable* antinomia de católicos romanos y cristianos reformados podría traerse a colación para argumentar que la identidad religiosa debe ser fundamental para la existencia de cohesión social y movilización política en zonas donde se entrecruzan y compiten por feigresía dos o más religiones, conviene recordar el caso del gobierno de Irán, que se negó o no pudo explotar el chiísmo de los iraquíes durante la guerra de 1980-1988.

vuelta, mientras que *condición suficiente* vendría a ser la invasión estadounidense. “Invasión”, en efecto, pero sólo si despojamos a la palabra de su sentido habitual: no la expedición de Kearny, no el bombardeo de Veracruz, mucho menos el expansionismo anglosajón, la anexión de Texas o el “espíritu” del capitalismo. “Invasión”, al menos para efectos del alzamiento de 1847, debe significar la ocupación del territorio barrial, la irrupción del *otro* en el espacio verdaderamente propio de los capitalinos.⁷⁹ No basta, en consecuencia, que los pobres existan; es indispensable, además, que ocurra algo que desate su actividad, un suceso extraño y agresivo que violento su existencia, y los arroje a la guerra.

El silencio de algunos barrios en ciertos momentos, por último, también ofrece algunas pistas para la comprensión de las evidencias de sosiego y paz social que ya hemos encontrado en varios momentos de la revuelta. En efecto, si la gota que derrama el vaso de la irritación capitalina es la presencia militar estadounidense en los barrios proletarios, lo razonable es suponer que la tranquilidad no debe ser anómala en sitios donde ambas condiciones —pobreza y ejército estadounidense— no están presentes o se encuentran muy desproporcionadas: la holganza centenaria de quienes habitaban entre la Profesa y el Teatro Santa Anna, así, podría explicar por qué John James Peck fue recibido el martes 14 con un ágape tan singular o cómo fue posible que la trifulca rozara apenas la casa de Juan de la Granja. Más aún, sólo de este modo podríamos comprender la insólita conducta de Lucas Alamán: al tiempo que la ciudad estaba siendo sacudida por la rebelión, encontró el modo de sentarse a escribir. Y si bien hay que señalar que el alzamiento podría haber tenido una influencia decisiva en el tono del capítulo 11 del libro segundo de su *Historia de Méjico*, es imposible no tener presente que la escritura es oficio que requiere un mínimo de tranquilidad y silencio para existir.⁸⁰

79. Al respecto, véase Knight, *op. cit.*, p. 145, aunque plantea el problema en términos de *patriotismo urbano en general y concede mucho valor* —demasiado, creo— al conflicto religioso entre católicos (mexicanos) y protestantes (estadounidenses).

80. Fausto Ramírez, “La cautividad de los hebreos en Babilonia: pintura bíblica y nacionalismo conservador en la academia mexicana a mediados del siglo xix”, en *Arte, historia e identidad en América. Visiones comparativas. XVIII Coloquio Internacional de Historia del Arte*, compilación de Gustavo Curiel, Renato González Mello y Juana Gutiérrez Haces, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Estéticas), 1994 (*Estudios de Arte y Estética*, 37), vol. 2, p. 289, tiene hasta ahora la exclusividad



Ahora debe quedar claro que asegurar la existencia del alzamiento y, sobre todo, afirmar su carácter masivo y popular, ha sido ante todo un modo de aproximarse a los hechos, una manera de hacer coherentes los destellos anecdóticos y las insinuaciones de los testigos: hipótesis en el sentido estricto de la palabra, la naturaleza social de la revuelta capitalina no ha sido más —pero tampoco menos— que un medio para comprender lo que en general ha sido considerado un estallido absurdo y estéril, o un gesto “nacionalista” de las muchedumbres de la ciudad de México, lo que es en realidad un sinónimo casi exacto de aquello. Puede decirse, ciertamente, que el alzamiento de septiembre fue masivo y generalizado, pero a condición de no entender ninguna de estas palabras en sentido estricto. No puede pretenderse que *toda* la ciudad de México fue escenario de combates, ni tampoco que *todos* los habitantes de la capital mexicana participaron en ellos.

Más que nada, lo que podemos es constatar algunas de las relaciones existentes entre los combates y la realidad social y política de la ciudad. Por ello, en consecuencia, apenas si podemos aventurar alguna idea acerca de las razones que hicieron posible el alzamien-

de una de las anécdotas más singulares —y quizá también más polémicas— de la historiografía mexicana del siglo XIX. Como se sabe, en ese capítulo se describen el asalto de la Alhóndiga de Granaditas y el saqueo de Guanajuato, perpetrados por el ejército de Hidalgo a fines de septiembre de 1810. Apasionada, indignada, la narración de Alamán es uno de los mejores pasajes de la literatura contrarrevolucionaria decimonónica —véase Lucas Alamán, *Historia de México desde sus primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Libros del Bachiller Sansón Carrasco, 1985, vol. 1, pp. 279-285—. Habitualmente se ha querido ver en la propia biografía de Alamán el origen de la pasión que anima esas páginas: recuerdos, vínculos familiares conservados a lo largo de los años, la rabia de una persona *decente* que nada pudo contra la insolencia de la plebe, habrían sido sublimados por Alamán en la reconstrucción de los sucesos de 1810. La versión de Ramírez, en cambio, asegura que cuando Alamán escribía no pensaba en los hechos de 1810, sino que *sufría* los acontecimientos de 1847, que incluyeron un conato de saqueo contra su casa. En julio de 1994 le pregunté por el origen de la versión; recordó haberla escuchado en un ciclo de conferencias que tuvo lugar en el Instituto Cultural Helénico, pero no dijo más. Miguel Soto, por su parte, tiene una tercera hipótesis sobre ese capítulo, distinta lo mismo de la común que de la recogida por Ramírez: según él, el relato del saqueo de Guanajuato es muy parecido a la descripción que hizo Edmund Burke del asalto a las Tullerías el 10 de agosto, 1792, en sus *Reflexiones sobre la revolución francesa*.

to y también respecto de los motivos que la hicieron durar sólo tres días. Aun así, lo que hasta aquí ha podido ser vislumbrado —la actividad de ciertas regiones y de ciertos grupos sociales, la tranquilidad de otras y otros, los espasmos delictivos aquí y allá— permite esbozar una explicación verosímil, es de hecho un indicio, aunque para formularla, para construirlo, sería indispensable extender la mirada hasta otros sucesos similares ocurridos de la ciudad de México y al conjunto de la guerra entre México y Estados Unidos.

(Una tercera exploración, menos necesaria pero sin duda útil, hubiera debido llevarnos a buscar en otras tierras sucesos que, como la revuelta de la ciudad de México, sean consecuencia de la desestabilización de sociedades preindustriales a causa de una guerra internacional. Además de la rebeldía de Buenos Aires en 1804 y la sublevación de Madrid en 1808 —episodios ambos que fueron invocados por algunos miembros de la élite mexicana para invitar a la resistencia—,⁸¹ las rebeliones urbanas que más se parecen a la que aquí nos importa son las que provocaron los ejércitos de la república francesa a fines del siglo XVIII: en Bruselas en 1790 y, de manera sobresaliente, en Nápoles en 1799, multitudes desorganizadas y “conservadoras” se rebelaron contra la entrada de los franceses, aunque en realidad aprovecharon la coyuntura para combatir a las clases dirigentes de sus ciudades.)⁸²

1. Para comprender el movimiento de 1847 debemos advertir su singularidad cronológica y espacial, pero también el modo en

81. Véanse por ejemplo el decreto de Manuel María Lombardini, general en jefe del ejército del centro, México, 17 de agosto, 1847, AHDF, vol. 2265, exp. 21 —“[...] once mil ingleses han perecido en las calles de Buenos Aires, hostilizados aun por las mugeres, que arrojaban sobre ellos los muebles y el agua hirviendo de sus casas [...]”—, y la carta de José Fernando Ramírez a Francisco Elorriaga, México, 25 de abril, 1847, en Ramírez, *op. cit.*, p. 241: “En la prensa habrá U. visto proclamarse con una fee y entusiasmo superior á toda ponderacion el medio llamado salvador y en el que el Gobierno mismo ha vinculado al fin todas sus esperanzas, haciendolo tambien el centro de su politica; la guerra de partidas; ultimo recurso de los pueblos sojuzgados por fuerzas superiores. El recuerdo de la guerra de España ha dado á los espíritus esta falsa direccion, apoderandonos de ella con igual entusiasmo con que acojemos las ideas nuevas y brillantes. Los librereros han encontrado un grande espendio p.^a la historia del Conde de Toreno, que repentinamente se ha convertido en manual de guerra y de libertad. Desgraciadamente no ha conseguido mas que exhaltar las cabezas sin hacer grandes progresos en el corazon. Las banderas de guerrilleros que U. habrá visto anunciadas no hacen muchos reclutas.”

82. Rudé, *La multitud en la historia*, p. 143, y Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, pp. 170-173 y 183.

que se forma parte de la historia de las rebeliones populares capitalinas. En el único otro caso en que la ciudad de México fue ocupada por un ejército extranjero —el 5 de junio de 1863—, el *menu peuple* de la ciudad reaccionó de modo pacífico, y eso que la polarización política de los años cincuenta podría hacernos pensar que la aquiescencia de los capitalinos ante la ocupación de su ciudad tendría que haber sido mucho más difícil: 300 cazadores de Vincennes, la vanguardia de la división de Achilles Bazaine, penetraron en la capital mexicana y se establecieron en el Palacio sin encontrar ninguna hostilidad.⁸³ (Cuatro años después, por el contrario, la ciudad fue sacudida por una pequeña revuelta popular —Rudé habría dicho: un motín de hambre—, en los días finales de la ofensiva del ejército de Porfirio Díaz. El 8 de junio de 1867, una multitud de pobladores del barrio del Factor saqueó unos exiguos depósitos de maíz que había en el Teatro Iturbide, y aun intentó romper el sitio, cosa que no consiguió por la rápida reacción represiva del gobierno de Leonardo Márquez.)⁸⁴

Hacia atrás en el tiempo, en cambio, los movimientos populares capitalinos sorprenden por su abundancia y, al menos en el caso de la revuelta de la Acordada, también por la hondura de su impronta. Sólo en la primera mitad del siglo XIX —y la que sigue es una relación más bien aleatoria—, el pequeño pueblo de la capital se movilizó, más o menos con violencia, más o menos en masa y con mayor o menor independencia de las clases dirigentes, en noviembre de 1812, durante las elecciones para el primer ayuntamiento constitucional;⁸⁵ en mayo de 1822, para entronizar a Agustín de Iturbide;⁸⁶ en marzo de 1823 —sobre todo en San Pablo, La Palma, Salto del

83. Manuel Rivera Cambas, *Historia de la intervención europea y norteamericana en México, y del imperio de Maximiliano de Hapsburgo [sic]*, edición facsimilar, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana-Gobierno del Estado de Puebla, 1987 [primera edición, 1895], vol. II, pp. 227 y 229.

84. *Ibidem*, vol. III, p. 672.

85. Guedea, *op. cit.*, en especial pp. 152-160. Véase también Virginia Guedea, "Las primeras elecciones populares en la ciudad de México, 1812-1813", en *Mexican Studies-Estudios Mexicanos* (Irvine [California]), vol. 7, núm. 1, invierno de 1991, pp. 1-28, y Antonio Annino, "Prácticas criollas y liberalismo en la crisis del espacio urbano colonial. El 29 de noviembre de 1812 en la ciudad de México", en *Secuencia* (México), núm. 24, septiembre-diciembre de 1992, pp. 121-158.

86. Di Tella, *Política nacional y popular...*, pp. 133-138, y Warren, "Vagrants and Citizens", hh. 96-97.

Agua y Santa Cruz Acatlán— para impedir su caída;⁸⁷ en diciembre de 1828, para frustrar la elección presidencial de Gómez Pedraza, aunque la consecuencia principal de la movilización popular fue el asalto y el incendio del mercado del Parián;⁸⁸ en marzo de 1837 y diciembre de 1841, a raíz de sendas devaluaciones de la moneda de cobre;⁸⁹ en diciembre de 1844, para festejar la caída de Santa Anna, zafarrancho durante el cual fue exhumado el *cadáver* de la pierna del ex presidente;⁹⁰ en octubre de 1846, en el curso del primer enfrentamiento entre los puros y los moderados del gobierno del presidente Salas,⁹¹ y en enero de 1847, en los días en que se promulgó la ley de desamortización de bienes eclesiásticos.⁹²

Esta lista, que no puede ser más que una simple enumeración de sucesos —lo que hace más evidente la necesidad de un estudio de conjunto que establezca la mecánica general de la *acción directa* del pequeño pueblo capitalino en el siglo xix—,⁹³ sugiere por lo pronto la existencia de una verdadera tradición de rebeldía popular —magra si se quiere, pero ¿de verdad todas las tradiciones son heroicas?— o, lo que es lo mismo, la presencia de un conocimiento compartido acerca de los modos y los recursos necesarios para la re-

87. Di Tella, *Política nacional y popular...*, pp. 145-148, y Warren, "Vagrants and Citizens", hh. 102-103.

88. Arrom, *op. cit.*, en especial pp. 247-256.

89. Torres Medina, *op. cit.*, hh. 136-148 y 258-259.

90. Zamacois, *op. cit.*, vol. xii, pp. 359-360, y Shaw, "Poverty and Politics...", h. 346.

91. Santoni, *Mexicans at Arms*, pp. 150-155, y Rubén Amador Zamora, "El manejo del fusil y la espada. Los intereses partidistas en la formación de la guardia nacional en la ciudad de México, agosto-octubre, 1846", tesina de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), 1998, pp. 73-79.

92. Santoni, *Mexicans at Arms*, pp. 150-155, y Shaw, "Poverty and Politics...", pp. 317-318.

93. *Ibidem*, capítulo vii, "Poverty and Politics", hh. 315-354, es quizás el mejor punto de partida de esta empresa, pues explora los vínculos entre política y pobreza en la primera mitad del siglo —la participación del clero católico, las elecciones y el conflicto entre liberales y conservadores, sobre todo—. Entre lo mucho que resta por hacer, acaso lo más importante sea ubicar las rebeliones de la ciudad de México en la historia general del descontento social decimonónico, porque su cronología parece no corresponderse con los ciclos de violencia rural advertidos por John Tutino, *De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940*, traducción de Julio Colón, México, Era, 1990 [primera edición en inglés, 1986] (Problemas de México), capítulo vi, "Independencia, desintegración y descompresión agraria, 1810-1880", pp. 187-207. En efecto, mientras que el campo mexicano

beldía.⁹⁴ Por otra parte, también insinúa que la política elitista y la élite misma desempeñaron en la ciudad de México el mismo papel que —en especial, pero no sólo— Rudé advirtió en las revueltas preindustriales europeas: esto es, que son decisivas en el origen de la agitación popular pero que casi nunca consiguen reducir al pequeño pueblo a la condición de mero instrumento, cabalmente manipulado, de sus propósitos.⁹⁵

2. En el contexto de la guerra de 1846-1848, por su parte, el alzamiento capitalino parece haber sido un fenómeno más o menos

se mantuvo más o menos en paz entre fines de los años diez y fines de los años cuarenta —como resultado de la debilidad del nuevo estado, la emergencia de las periferias y el fortalecimiento de las comunidades campesinas—, parece que en ese mismo lapso la ciudad de México se vio sacudida por muchas y muy intensas expresiones de violencia popular. Como el esquema de Tutino parece sólido —y no soy yo quien puede ponerlo en duda, de cualquier modo—, para resolver la contradicción hay que suponer 1) que en el largo plazo, o sea en la historia de larga duración de las revueltas populares capitalinas, el periodo 1812-1848 no sea particularmente violento; 2) que siendo una época de violencia no pueda ser definida como un ciclo y que más bien haya que suponer que las movilizaciones populares de los primeros años —la revuelta de la Acordada sobre todo— formen parte del primer ciclo tutiniano, mientras que las últimas —incluida por supuesto la de 1847— sean semejantes en forma y estructura a las del segundo ciclo, o 3) que siendo una época de violencia y un ciclo con dinámica propia, la contradictoria periodización haya sido causada por las diferencias estructurales del campo y las ciudades mexicanas, es decir, que lo que favorece la movilización agraria inhibe la rebeldía urbana y, viceversa, que lo que suspende la violencia campesina promueve la urbana. Para complicar la especulación todavía más, John H. Coatsworth, “Patrones de rebeldía rural en América Latina: México en una perspectiva comparativa”, en *Reuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo xvi al siglo xx*, traducción de Paloma Villegas, compilación de Friedrich Katz, México, Era, 1990 (Problemas de México) [primera edición en inglés, 1988], vol. 1, pp. 50-51, percibió un cambio cualitativo en las rebeliones campesinas latinoamericanas a partir de la década de 1840, lo que obliga a calificarlas como “modernas” y no como de “antiguo régimen”.

94. En este punto, como —en general— en todo lo que tiene que ver con la “modelización” del alzamiento de 1847, he intentado responder a las agudas observaciones de Eric Van Young, “Islands in the Storm: Quiet Cities and Violent Countrysides in the Mexican Independence”, en *Past and Present* (Londres), núm. 118, 1986, pp. 130-155. Al explicar la ausencia de violencia urbana en un tiempo de extraordinaria violencia rural, Van Young ha construido —supongo que sin proponérselo— un contramodelo muy útil para el estudio de las revueltas urbanas decimonónicas mexicanas. Así, la inexistencia de una tradición de rebeldía, *ibidem*, pp. 143-144, es una de las razones estructurales que, desde su punto de vista, explican la paz urbana en la década de 1810.

95. Véase por ejemplo Rudé, *La multitud en la historia*, pp. 64-65 y 231-

aislado. (Las dos grandes rebeliones de la época —la de la sierra Gorda y la de los mayas de las Tierras Bajas—, además de que fueron campesinas y ello nos obliga a mirarlas con otros ojos, sólo fueron causadas *en segunda instancia* por la guerra, pues ni Querétaro ni Yucatán fueron ocupados ni conocieron acciones militares de importancia.) Además de que lo fue en la ciudad de México, el ejército estadounidense sólo fue agredido en tres de las poblaciones más o menos importantes que tomó durante la guerra: en Villahermosa, en Huamantla y en Atlixco, sin embargo, la participación civil fue precedida por acciones del ejército mexicano y por ello —me parece— deben entenderse como acciones militares y no como rebeliones populares,⁹⁶ mientras que en Santa Fe de Nuevo México o en Los Ángeles, la reacción de los civiles mexicanos parece haber sido una rebelión en contra de una ocupación anunciada desde el principio como permanente.⁹⁷ Y puede decirse lo mismo

232. a propósito de los Gordon Riots londinenses de junio de 1780, donde destaca que el anticatolicismo de los rebeldes estuvo fuertemente matizado en los hechos, al punto que la riqueza —no el catolicismo— fue el rasgo común de sus víctimas. Recientemente, Silvia M. Arrom, "Rethinking Urban Politics in Latin America before de Populist Era", en *Riots in the Cities: Popular Politics and the Urban Poor in Latin America, 1765-1910*, compilación de Silvia M. Arrom y Servando Ortoll. Wilmington (Delaware), Scholarly Resources, 1996, pp. 1-16, ha señalado algunos problemas en la aplicación mecánica del modelo de Hobsbawm y Rudé a la historia latinoamericana. En especial, afirma que la importancia de la política en la ocurrencia de motines y rebeliones es un aspecto no previsto en aquella propuesta analítica y que, por lo tanto, es necesario andarse con tiento a la hora de emplearla. Por el contrario, creo que tanto Hobsbawm como Rudé estuvieron muy interesados en comprender el modo en que la política promovía o desalentaba las expresiones de violencia social urbana y, más aún, que una de las principales virtudes de su trabajo es haber reinterpretado las acciones "políticas" de las masas empobrecidas; no por nada dedicaron muchas páginas a estudiar las revueltas llamadas "por la iglesia y el rey".

96. En Villahermosa, la participación de los guardias nacionales tabasqueños fue la respuesta a la invasión de los marinos del comodoro Perry; véase Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 205. En Huamantla, el combate fue en realidad una consecuencia de haber levantado Santa Anna el sitio de Puebla y fue encabezado por oficiales de artillería del ejército mexicano; véase Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 177, y *Apuntes para la historia de la guerra...*, pp. 348-350. En Atlixco, en fin, lanceros y guardias nacionales poblanos de Joaquín Rea tenían por lo menos dos cañones; véase Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 179, y Roa Bárcena, *op. cit.*, pp. 652-653.

97. La rebelión de los nuevomexicanos y de los californianos no comenzó sino varias semanas después de la llegada de las tropas estadounidenses. Además, en el caso de la revuelta de Los Ángeles, la principal forma de resistencia

de los alzamientos ocurridos en Baja California, pues sólo por una maniobra diplomática se frustró la voluntad primigenia del gobierno estadounidense.⁹⁸

En la mayor parte de las ciudades mexicanas, el ejército estadounidense encontró indiferencia y pasiva aceptación, al menos en un primer momento. Semejante actitud, empero, está lejos de ser el resultado de la abulia de los pobladores de cuando menos dos de las capitales ocupadas: Monterrey y Veracruz, en efecto, fueron escenario de batallas mayores, en las que participaron importantes masas de hombres, armamentos y municiones; en ambas batallas, además, el casco urbano de la ciudad resultó afectado y la población civil resintió las consecuencias. En el resto de las ciudades —Matamoros, Tampico y Saltillo mientras la guerra fue norteña; Jalapa y Puebla durante la marcha oriental del ejército de Scott; Tlalpan, San Ángel y Mixcoac durante la campaña del Valle; Tehuacán, Tlaxcala, Cuernavaca y Pachuca en el curso de las operaciones finales— la inactividad más bien debe atribuirse al crudo pragmatismo, o sensata inteligencia, de los civiles mexicanos.⁹⁹ O mejor aún: la tranquilidad de las ciudades ocupadas podría deberse al hecho de que éstas fueron abandonadas *antes* de concretarse el avance militar estadounidense y, en consecuencia, *antes* de que la petulante belico-

ocurrida en California, la conducción del movimiento estuvo en manos de guardias nacionales y aun de funcionarios públicos —lo que no demerita, por supuesto, la victoria mexicana de San Pascual—. Por otra parte, al menos en Santa Fe, el coronel Kearny anunció que Nuevo México había pasado a formar parte de Estados Unidos, mientras que el comportamiento de los jefes estadounidenses que ocuparon los territorios más meridionales de México parecía estar determinado por consideraciones políticas, como si supieran que la ocupación sería temporal. Véanse López y Rivas, *op. cit.*, *passim*, así como Antonio Ríos Bustamante, “La resistencia popular en Alta California durante la guerra entre México y Estados Unidos, 1846-1848”, y Martín González de la Vara, “Los nuevomexicanos ante la invasión norteamericana, 1846-1848”, ambos en *México en guerra*, pp. 117-129 y 473-494, respectivamente.

98. Véase Marcela Terrazas Basante, *En busca de una nueva frontera. Baja California en los proyectos expansionistas norteamericanos, 1846-1853*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Históricas), 1995 (Estudios de Historia Moderna y Contemporánea, 25), en especial pp. 11-61.

99. Tal es uno de los sentidos de Miguel Ángel González, “The Mexican-American War in Historical Perspective”, ponencia presentada en The U.S.-Mexican War Symposium, Arlington (Texas), 25 de octubre, 1996. Véanse también Miguel Ángel González Quiroga, “Nuevo León ante la invasión norteamericana, 1846-1848”, en *México en guerra*, pp. 425-471.

sidad de las autoridades y los grupos políticos de México se revelara como un grosero sarcasmo;¹⁰⁰ antes, en suma, de que reclutamiento, racionamiento y economía de guerra se mostraran como esfuerzos sociales no correspondidos —y aun traicionados— por las clases dirigentes mexicanas.



La historia de ese proceso está todavía por hacerse. Supongamos, no obstante —pero supongamos nada más—, que algo tienen que ver la crisis del antiguo régimen, la ventana abierta de la política a causa del regreso de los puros al gobierno —con su secuela de politización en la guardia nacional capitalina y la guerra civil de febrero-marzo de 1847— y, finalmente, que algo tuvo que ver la *terrenalización* de la guerra, o sea el proceso durante el cual las clases políticas hicieron que ciertos sectores de la población se involucraran en la guerra internacional. ¿Es posible componer una historia sensata con estos elementos? ¿Tiene sentido especular al respecto?

Imaginemos, por lo pronto, que las tensiones sociales han ido aumentando en la capital mexicana a partir de la segunda mitad del siglo xviii, como resultado de la fractura de un orden corporativo que mantenía, aislados pero a salvo, a las clases trabajadoras de la ciudad, y digamos con Di Tella que la inseguridad clasista provoca agitación social y eferescencia política, sin duda desde los años veinte del siglo xix, seguramente desde antes.¹⁰¹ Imaginemos que la demagogia febril de los puros —prometen abolir las alcabalas, amenazan con destruir el poder económico y social de la iglesia católica, insinúan que incluso despojarán al *comercio* de su riqueza

100. Es un hecho que en las alturas de la vida política y, más exactamente, en el limbo de la diplomacia, el comportamiento de la clase política mexicana fue menos bravucón y mucho más *realista*. Pero es también cierto, como mostró Jesús Velasco Márquez, *La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1975 (Sepsetentas, 196), en especial pp. 27-50 y 71-83, que en la llanura de la propaganda el tono mexicano fue siempre mucho más insolente. ¿Y no son resultado de la propaganda los gritos antiestadounidenses que Carl Bartholomeus Heller escuchó en la plaza del Volador en septiembre de 1846? —véase la carta de Heller a Fink, México, 28 de septiembre, 1846, en Carl Bartholomeus Heller, *Viajes por México en los años 1845-1848*, traducción y notas de Elsa Cecilia Frost, México, Banco de México, 1987, pp. 178-179.

101. Di Tella, *Política nacional y popular...*, p. 21, y Di Tella, "The Dangerous Classes...", p. 81.

za— acelera aún más la explosiva dinámica social de la ciudad de México: la creación de la guardia nacional en septiembre de 1846 y las jornadas violentas de octubre de ese mismo año, así como el restablecimiento del sistema electoral de 1824 —y por supuesto las elecciones mismas—,¹⁰² son sin duda expresiones de esa polarización político-social. Imaginemos que el intento de secularización de los bienes de manos muertas y, sobre todo, la rebelión de los *polkos*, violentan de modo decisivo el orden plutocrático existente en la ciudad: aunque el pequeño pueblo no participa sino como espectador, carne de cañón y víctima del conflicto entre los puros y la coalición de moderados y clericales, podemos suponer que muestra tan patente de la división interna de la clase gobernante deben haber causado un profundo impacto en la lealtad proletaria capitalina.¹⁰³ Y aunque no tenemos muchos elementos para suponerlo, ¿no es verosímil suponer que esta agitación social está relacionada directamente con la rebelión septembrina? Las andanzas de Francisco Próspero Pérez parecen indicar, en efecto, que los mismos individuos *lanzados* a la lucha política en septiembre y octubre de 1846 estaban todavía en la calle en la mañana del 14 de septiembre.¹⁰⁴ Junto con él, aunque mejor colocados en el escalafón de la política, Lucas Balderas, Juan Othón y Tiburcio Cañas —guardia nacional paradigmático el primero, diputados federales

102. Véase Santoni, *Mexicans at Arms*, pp. 135-158.

103. Es admirable, pero también grotesco, que el mejor texto sobre el alzamiento de los *polkos* siga siendo el de Carlos María de Bustamante, *Campaña sin gloria y guerra como la de los cacomixtles, en las torres de las iglesias tenida en el recinto de México causada por haber persistido D. Valentín Gómez Farías, vicepresidente de la república mexicana, en llevar adelante las leyes de 11 de enero y 4 de febrero de 1847, llamadas de manos muertas, que despojan al clero de sus propiedades, con oposición casi general de la nación*, México, s. e., 1847. Admirable porque es una de las narraciones más completas de la guerra civil, no obstante —o a causa de— la virulencia del viejo cronista. Grotesco porque, a pesar de su importancia, apenas si hay estudios modernos sobre la rebelión. El único que se dedica plenamente al asunto es David Serrato Delgado, "La rebelión de los *polkos*:", tesis de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), 1975, pero —la verdad— carece de mérito. El mejor, aunque se ocupa sólo de uno de los actores involucrados, sigue siendo el de Michael Costeloe, "The Mexican Church and the Rebellion of the Polkos", en *Hispanic American Historical Review* (Durham [Carolina del Norte]), vol. 46, núm. 2, mayo de 1966, pp. 170-178.

104. Hasta ahora, por desgracia, Francisco Próspero Pérez es apenas un puñado de instantáneas e insinuaciones testimoniales. Estos esbozos, no obstante, bastan para trazar los rasgos esenciales de uno de los operadores políticos

capitalinos los segundos—¹⁰⁵ pueden quizá ser vistos como evidencias vívidas de la consolidación de las nuevas formas de sociabilidad política —modernas, liberales— que habían estado construyéndose en la ciudad de México y en el sur del estado de México desde los años veinte, y de cuya existencia tenemos indicios más tardíos en la sierra norte de Puebla.¹⁰⁶

Imaginemos, por otra parte, que las masas capitalinas resienten un aumento de la opresión plutocrática a partir de abril de 1847, después del regreso de los decembristas al gobierno, toda vez que el régimen —no obstante el pacifismo militante de sus prohombres— decidió enfrentar a los estadounidenses en el valle de México.¹⁰⁷ El esfuerzo bélico mexicano, además de incluir el establecimiento de la ley marcial —con la consustancial anulación de

105. Sobre Balderas véase la biografía que en 1856 se depositó junto con sus restos en el monumento a los héroes del 8 de septiembre, 1847; fue publicada en *Molino del Rey: historia de un monumento*, compilación de María Elena Salas Cuesta, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997 [primera edición, 1985] (Regiones), pp. 222-229. Además de su papel en la revuelta de los *polkos*, lo que puede ser relevante para construir su biografía política es 1) su participación en la revuelta de 1828 (véase Miguel Á. Sánchez Lamago, "El ejército mexicano de 1821 a 1860", en *El ejército mexicano*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1979, p. 127) y 2) sus vínculos con Reyes Veramendi (véase el cuarto tramo de este trabajo, "Diluvio", nota 98). Sobre Othón, véase el tercer tramo de este trabajo, "Noche", pp. 57-58, nota 16. Acerca de Cañas, en fin, sólo sé: UNO, que votó —con los puros— la ley de ocupación de bienes eclesiásticos; véase Santoni, *Mexicans at Arms*, p. 173. DOS, que todavía en marzo de 1847 formaba parte de la "fracción" de los puros en la cámara de diputados; véase *ibidem*, pp. 190 y 285, nota 91. TRES, que en noviembre de ese año —al menos— compartía las opiniones de quienes deseaban la anexión de México a Estados Unidos para destruir el poder del ejército; véase el diario de Ethan Allen Hitchcock, México, 4 de noviembre, 1847, en *México ante los ojos...*, p. 108. CUATRO, que formó parte de la *Asamblea Municipal de Suárez Iriarte*; véase Berge, *op. cit.*, pp. 246 y 246, nota 57. Y CINCO —lo más importante— que su apellido es el de una de las familias principales de la Magdalena Mixhuca, a su vez uno de los barrios capitalinos cuya estructura comunitaria resistió mejor la supresión de la "república" de San Juan Tenochtitlan o, en todo caso, donde los linajes locales se adaptaron más rápidamente al nuevo orden republicano y liberal; véase Andrés Lira, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, México, El Colegio de México, 1995 [primera edición, 1983], pp. 112, 223, 255-256, 260-261 y, en especial, 101.

106. Véanse Warren, *op. cit.*; Guardino, *op. cit.*, y G. P. C. Thompson, *op. cit.*

107. Sobre este proceso véase el emocionante cuadro pintado por Herrera Serna, *op. cit.*, hh. 1-93, al que las páginas siguientes le deben muchísimo.

las libertades públicas,¹⁰⁸ entre ellas la de prensa—,¹⁰⁹ el reclutamiento masivo¹¹⁰ y el empleo de mano de obra presidencial,¹¹¹ supuso la contratación más o menos forzada de por lo menos 10 mil pobres capitalinos para la construcción del sistema de fuertes y trincheras del sur y el oriente de la ciudad,¹¹² que debe haber implicado una presión sobre el conjunto de oficios necesarios para la organización del ejército: sastres, herreros, zapateros, armeros, carretoneros y comerciantes de caballos por lo menos.¹¹³ El efecto económico de esta movilización social no puede ser calculado por el momento, pero es posible suponer 1) en el caso de que el gasto gubernamental se haya efectuado con dinero contante y sonante, que la inversión de grandes recursos provocara una crisis de escasez —y acaso una devaluación— por el aumento explosivo de la demanda y la incapacidad de los productores para satisfacerla, o 2) en el caso de que

108. El 20 de abril se decretó la ley marcial en el Distrito Federal; véanse Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 81, y Berge, *op. cit.*, pp. 231-232.

109. La prensa de la capital fue reducida al silencio en tres etapas. El 21 de mayo, un bando del gobernador Ignacio Trigueros estableció la censura en todos los aspectos relativos a la defensa de la ciudad. El 8 de junio, el nuevo gobernador, José Ignacio Gutiérrez, anunció que todo aquel que hablara de las fortificaciones sería acusado de traición. Finalmente, el 11 de julio se prohibieron todos los periódicos, excepto el *Diario del Gobierno*; véase Berge, *op. cit.*, pp. 232-233, notas 5 y 11. Los bandos del 21 de mayo, 8 de junio y 11 de julio están en AHDF, vol. 2265, exps. 21 y 29.

110. Véase el decreto de Nicolás Bravo, general en jefe del ejército del centro, México, 6 de mayo, 1847, AHDF, vol. 2265, exp. 21, en que ordenaba el "alistamiento" de todos los varones de entre 15 y 60 años. Hasta ahora no es posible precisar la cantidad exacta de mexicanos *levados* durante el verano de 1847. Hay que recordar, no obstante, que el ejército mexicano fue muy dañado en Cerro Gordo y que el que participó en Padierna-Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec-Garitas era —de hecho— nuevo. Los cálculos acerca de su tamaño varían considerablemente, pero parece haber cierto acuerdo con que estaba formado por entre 15 y 20 mil personas.

111. MacGregor Campuzano, *op. cit.*, p. 167, con información proveniente del Archivo General de la Nación, c.d. Suprema Corte de Justicia, caja 207, exp. 14.

112. Berge, *op. cit.*, pp. 233-234. Trincheras y bastiones desde la Ciudadela hasta Candelaria de los Patos por el sur, bastiones y terraplenes en las calzadas de Belén, la Verónica y Tacuba, fuertes alrededor de toda la ciudad, reforzamiento de las defensas del castillo de Chapultepec y el conjunto de trincheras y bastiones del cerro del Peñón y el camino de Puebla.

113. Véase el oficio de Antonio López de Santa Anna al ministro de Guerra y Marina (en Querétaro), Tehuacán, 21 de noviembre, 1847, en *Detalle de las operaciones...*, p. 9. Sobre las disposiciones defensivas en general, véase también Smith, *op. cit.*, vol. II, p. 370, nota 11.

el gobierno, atendido a su proverbial falta de liquidez, hubiera pospuesto los pagos, que esta *falsa* inversión fuera vista como un castigo para los trabajadores de la ciudad. (En ese sentido, la emigración y los problemas de abastecimiento en los días siguientes a la batalla de Padierna-Churubusco, con su secuela de racionamiento, corrupción y atención prioritaria de las necesidades del ejército, deben ser elementos de suma importancia.)¹¹⁴ ¿Y no es lógico suponer que la imposición de un gravamen extraordinario a todos los capitalinos¹¹⁵ y el establecimiento de una tarifa única para los productos de primera necesidad¹¹⁶ afectó profundamente la vida diaria de los futuros rebeldes?

Lo que es posible imaginar, en suma, es que la terrenalización de la guerra permite el surgimiento de una "comunidad" de capitalinos formada por las víctimas y los destinatarios de este conjunto de transformaciones sociales, políticas y económicas. Unificado desde arriba por la presión de los poderosos y el sueño republicano —fariseo si se quiere, pero tan seductor como cualquiera—, vuelto comunidad no como resultado de una voluntad asociativa propia sino como consecuencia —imprevista e indeseada, por supuesto— del conflicto internacional, el pequeño pueblo capitalino supera de este modo, aunque por breve tiempo, al menos dos de los obstáculos para la solidaridad clasista prevalecientes en la primera mitad del siglo XIX. En primer lugar, la atomización de las redes comunitarias populares,¹¹⁷ resultado —entre otros factores— de la muy

114. A principios de septiembre, un regidor del ayuntamiento se quejaba de los contratistas del ejército, que requisaban los bienes destinados a la ciudad, lo cual había provocado que "[...] los vendedores de comestibles reúsan introducirlos á la Ciudad y esta se vé privada de los recursos mas indispensables": acta de cabildo de la sesión extraordinaria secreta del 2 de septiembre, 1847. AHDF, vol. 300.

115. Decreto de José Ignacio Gutiérrez, gobernador del Distrito Federal, México, 14 de julio, 1847. AHDF, vol. 2265, exp. 21. Este alucinante documento pudo dar un nuevo giro al estudio del alzamiento capitalino, pero supone un trabajo que no estoy en condiciones de realizar: como fija el monto de la contribución manzana por manzana —agrupadas en seis clases, pero listadas una a una—, bastaría conocer la ubicación de cada una de ellas para obtener un perfil casi radiológico de la riqueza y la pobreza capitalinas, o al menos de lo que la autoridad entendía por prosperidad y miseria entre sus gobernados. (Pero, ¿dónde está la relación cartográfica de cada una de las 375 manzanas de la ciudad? ¿Dónde el tiempo para cotejar ambos documentos?)

116. Decreto de Manuel María Lombardini, general en jefe del ejército del centro, México, 17 de julio, 1847. AHDF, vol. 2265, exp. 21.

117. Van Young, *op. cit.*, pp. 151-153.

abundante inmigración,¹¹⁸ que se habría revertido en razón de la perspectiva de un futuro común nada halagüeño, de la centralización militar y de la emigración. Y en segundo término, la diferencia, y aun incompatibilidad, entre las comunidades que sí fueron suprimidas en 1812 y las que sobrevivieron en el limbo institucional desde entonces, que se habría acortado a causa de que la desaparición de la oficina administradora de los bienes de las parcialidades, en 1846, hizo de nuevo comunes las penurias y la opresión, pero también las posibilidades de acción conjunta, de los antiguos indios “jurídicos”.¹¹⁹ (El papel que pueda haber desempeñado en este proceso el patriotismo de las élites —el estatal y el religioso—, si bien debe ser considerado con mayor seriedad, no puede magnificarse hasta el punto de creer que la efímera comunidad capitalina fue la *naturalmente* causada por su influjo.)

Imaginemos por último que el comportamiento del gobierno a partir del 20 de agosto termina por disolver todo vínculo entre élites y masas, vuelve absurdos los sacrificios del verano y convierte en agravio lo que hasta entonces era desdicha.¹²⁰ ¿pero no es imposible que alguien crea en un gobierno que primero fuerza a la ciudad a prepararse para la guerra y luego se sienta a negociar con el enemigo? La pequeña revuelta del 27 de agosto debe ser vista, en esta perspectiva, como la evidencia más contundente de que la lealtad popular estaba dejando de existir.

Como ocurre con casi toda esta historia, los sucesos menudos son

118. *Ibidem*, pp. 147-149. Los “otros factores” argüidos por Van Young, *ibidem*, pp. 152-154, son la prosperidad relativa de las ciudades novohispanas, la facilidad para establecer relaciones interraciales e interclastas en su interior y, en fin, su indeferenciación geográfico-social. Empero, Shaw, “Poverty and Politics...”, *passim* —y espero que también este trabajo—, muestra que al menos la “spatial segregation” [segregación espacial] del pequeño pueblo de la ciudad de México sí es comparable a la existente en Roma, Nápoles o París a fines del siglo xviii y principios del xix; véase también la nota siguiente.

119. Como es fácil advertir, he intentado una lectura al revés del magnífico estudio institucional de Lira, *op. cit.*, en especial de los capítulos “Una constitución para dos repúblicas” y “Los herederos de Cuauhtémoc”, pp. 21-53 y 113-159, respectivamente. “Al revés” quiere decir que el libro no afirma el efecto unificador de la decisión de 1846, pero sí que lo implica —del mismo modo que revela una de las causas estructurales primordiales, y hasta ahora ignoradas, del alzamiento de la Acordada: entre 1827 y 1828, en efecto, la venta de los bienes de las parcialidades alcanzó su momento culminante; véase *ibidem*, pp. 60 y 70-71.

120. Véase Herrera Serna, *op. cit.*, en especial hh. 80-93.

*imposibles de aprehender. La verdadera realidad de las cosas es demasiado pequeña para el cedazo del historiador, o éste es demasiado basto, lo que para el caso es lo mismo. El momento preciso en que los carros pasaron por las garitas de Belén y San Antonio, la cantidad precisa de conductores y ayudantes que los conducían, las calles que recorrieron, los murmullos que despertó la columna a su paso, las razones exactas de la concentración popular en el Zócalo, la cantidad de sacerdotes presentes y el porcentaje de irlandeses entre los *teamsters*, por ejemplo, son algunos de los datos que sería indispensable conocer si el estudio de un pleito callejero como éste puede interesar a alguien más que a sus protagonistas. Pero de agendas detalladas y mapas exactos está sembrado el camino del infierno.*

Es posible, sin embargo, elevarse un poco del suelo y contemplar, en la mañana del 26 de agosto, a una columna de transportes estadounidenses acercándose a Belén. Los conductores de los carros no son soldados, pero forman parte del personal añadido a la expedición. Algunos de ellos son antiguos voluntarios "de un año", liberados del servicio militar entre mayo y julio, que prefirieron permanecer con el ejército pero sin exponerse a los riesgos de la guerra; es difícil, empero, saber con exactitud qué porcentaje de carretoneros está en esa circunstancia, pues socialmente no se distinguen ni del resto de los voluntarios ni de los demás transportistas. Los acompaña un puñado de jinetes e infantes, éstos sí soldados, con el doble propósito de protegerlos y controlarlos. En la garita, al parecer, nadie está enterado del permiso que el gobierno mexicano ha otorgado a los estadounidenses: cuando el oficial a cargo de la caravana anuncia su intención de penetrar en la ciudad, pues debe recoger provisiones adquiridas con anterioridad —¿en Tacubaya, en San Agustín?—, el general Joaquín Rangel le da con la puerta en la cara. Se produce a continuación un breve intercambio de recados entre el

mando estadounidense y el gobierno de México; se informa a Rangel que el armisticio —que debe ser firmado ese mismo día— incluye el libre tránsito de mercancías y dineros entre el campo de los invasores y la ciudad de México, y se acuerda posponer al día siguiente la excursión de las carretas.

La guardia de soldados permanece en Belén mientras la columna de transportes ingresa a la capital mexicana. La comanda el capitán Wayne. Unos cien carros, poco más de un centenar de transportistas, acaso el doble de mulas, son los primeros estadounidenses en asomarse al hormiguero más grande de la república. Las calles deben estar desiertas, pues el amanecer es todavía un recuerdo palpable. Para esperar a que abra *el comercio* o para permitir que los mercaderes involucrados en la operación reúnan las provisiones y los talegos, la columna es conducida a la plaza mayor y estacionada frente al portal de Mercaderes. La acompañan ya un puñado de dragones mexicanos, soldados guanajuatenses que deben comprender tanto como nosotros las extrañas sutilezas de la guerra decimonónica y las contundentes realidades de la economía política. Porque no resulta fácil asir la lógica de estos acontecimientos. Hace apenas una semana, esos mismos soldados de caballería u otros semejantes participaron en la doble batalla de Padierna-Churubusco —y no sería extraño que ellos mismos, sean parte de los piquetes enviados desde Peralvillo durante el alzamiento—; esta mañana, en cambio, deben asegurar la alimentación de quienes los batieron en las lomas del suroeste y en el convento meridional. Asimismo, para el observador de fines del siglo xx es imposible comprender las buenas maneras de los negociadores de la casa de Alfaro; no basta tener conciencia de que la guerra total es invento de nuestro siglo para que sea verosímil el artículo séptimo del armisticio. Ni siquiera un oficial como Hitchcock, tan a todas luces instruido en los asuntos militares, encuentra comprensible el sentido del acuerdo: “¿Cuándo se ha

oído hablar de cosa semejante en la historia de la guerra?”, se pregunta el mismo día en que el agente financiero del ejército estadounidense, Louis S. Hargous, desembarca en Tacubaya con 151 mil dólares en efectivo.

De la catedral o hacia la catedral, o las dos cosas, y entre las seis y las siete de la mañana, el viático recorre en procesión la plaza. Un puñado de clérigos lo acompaña. Debe haber incienso en el aire y estandartes movidos por el viento. No sabemos si las dos columnas comparten el espacio en algún momento. Es inmensa la plaza y bien puede ocurrir que quedaran muy distantes entre sí; más aún si, como con los lagos de la vieja Tenochtitlan, deberíamos comprender que el centro público de la capital mexicana está formado por un sistema de plazas y plazuelas, conectadas entre sí pero todavía independientes, y no por una sola entidad. ¿Es verdad que todos los católicos se arrodillan a su paso? ¿Es verdad que no arrodillarse es desobediencia rayana en la apostasía? Saberlo con exactitud sería en efecto provechoso, pero está lejos de ser capital. Los gritos patrióticos y de queja por la traición gubernamental sustituyen muy pronto al arrebatado piadoso de los transeúntes. En una ciudad que ha vivido y padecido la tensión de la guerra durante los tres meses anteriores, la ortodoxia liberal de las autoridades mexicanas no tiene por qué ser comprendida y mucho menos aceptada.

La espiral de la violencia tiene por eso el sello de la tragedia. Los susurros se vuelven gritos, la maledicencia se hace diatriba, y las piedras ya están en las manos de los madrugadores: quien vende en el Volador y quien desayuna en el portal de las Flores, los que van a misa en el Sagrario y los que trafican en el portal de Mercaderes, la burocracia camino del Palacio, la clerecía, el *comercio*, la plebe... pero ¿es posible señalar a un solo culpable?, ¿es siquiera deseable diseccionar a la multitud que se precipita sobre los carros? Contentémonos con admirar el espectáculo. De

gritos femeninos, piedras adolescentes y sangre de todo tipo va cubriéndose la plaza. No lo sabemos, es cierto, pero no es difícil imaginar que las mulas relinchan inquietas, que nubecillas de polvo se elevan conforme las piedras del pavimento son retiradas y conforme el nerviosismo de los animales se convierte en pánico.

Los transportistas, por supuesto, deben percibir el crecimiento de la hostilidad: no hace falta saber español para comprender el sentido de los gritos. ¿Se asustan? ¿Observan con desdén la vocinglería de los capitalinos? De su comportamiento sólo tenemos noticia cuando el zafarrancho ya es un hecho. Antes de sufrir una herida en la cabeza, uno de los carretoneros proclama ser irlandés y católico. Otros lo siguen. Y basta ese grito de desesperación, por cierto, para revelarnos el efecto que ha causado entre las tropas la traición de los verdes inmigrantes. Churubusco fue apenas ayer, como quien dice, y los sobrevivientes de las compañías de San Patricio todavía esperan el juicio sumario de las cortes militares estadounidenses. Pero los carretoneros parecen conocer de la simpatía mexicana por esos desertores o la arraigadísima religiosidad de los mexicanos. Se dicen irlandeses, son de hecho irlandeses, y esperan de ese modo conjurar la tormenta de piedras que se desencadena sobre ellos (figura 7).

De poco les vale, por desgracia. Ya varios de ellos han sido heridos —quizá 35—, alguno de gravedad. ¿Están muertos dos de ellos? Y si es así, ¿mueren los muertos de inmediato?, ¿son sólo heridos graves, que la muerte reclamará más tarde, al volver la columna a Tacubaya y a San Ángel? Abandonados a su suerte, los transportistas habrían sido linchados; el embajador británico es capaz de proteger al capitán Wayne, pero nadie tiene artes para esconder a tanta gente. Los salvan los dragones mexicanos —102 jinetes—, enviados por un gobierno sorprendido, ruborizado en su honor, que salen del Palacio y embisten a

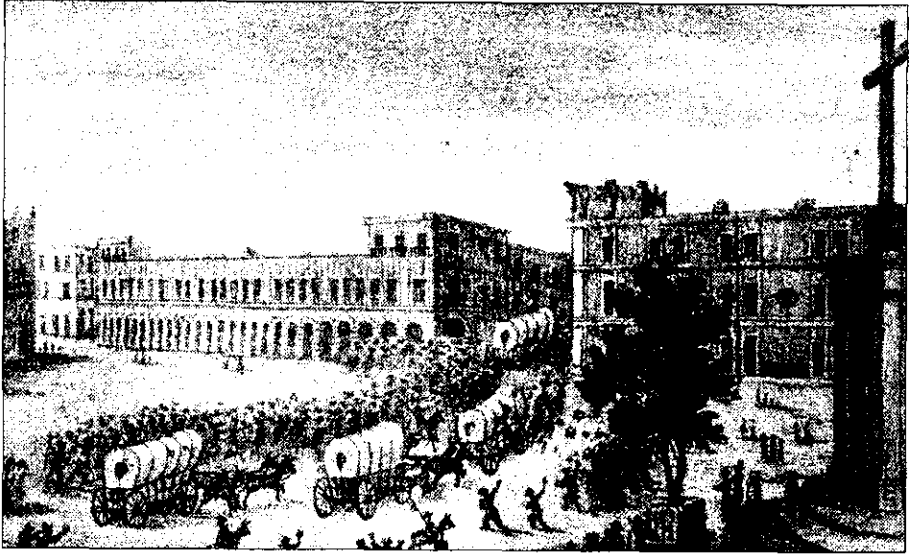


Figura 7. La lapidación de los carros en el Zócalo, 27 de agosto, 1847.
Tomado del *Décimo calendario de Abraham López...*

la multitud. (Hay también un discurso y una efigie: pero, ¿cómo saber hasta qué punto sirven las palabras y los galones que el general Herrera despliega para la ocasión?) No dudan en emplear sus lanzas y sus sables: no es la primera vez que cargan contra civiles soliviantados y no será ciertamente la última.

Es cierto que la reacción del gobierno bastó para contener lo que parecía el inicio de un linchamiento y acaso una sublevación. Los carros pudieron retirarse de la plaza mayor sin más contratiempos y de inmediato salieron de la ciudad. Reclamaciones y disculpas fueron intercambiadas entre los jefes de ambos ejércitos, se acordó una solución al conflicto suscitado por la intervención popular y la historia de las negociaciones políticas pudo por

fin comenzar. Esa misma tarde, el comisionado estadounidense, Nicholas P. Trist, se encontró con los negociadores mexicanos a medio camino entre Tacubaya y México.

Mal haríamos, empero, de conformarnos con este único dato para evaluar el enojo de los habitantes de la ciudad de México: la disuasión militar es efectiva pero sólo a corto plazo. En los días que siguieron a la trifulca, todo un sistema de información, casi de espionaje, parece haberse puesto en marcha en los barrios. Sistema, sí, por más que los involucrados ignoraran que lo tenían. ¿Cómo, si no, llamar a las habladurías que hacen pública la ubicación de los almacenes que el gobierno mexicano y el ejército estadounidense acuerdan establecer para el aprovisionamiento? ¿Cómo, si no, denominar a los ojos indiscretos que descubren el horario de los embarques nocturnos? Lo importante es que esos vínculos quedan establecidos muy pronto, o acaso, con más probabilidad, las redes informativas del pequeño pueblo ya existentes desde antes se emplean con eficacia y prontitud con el propósito de señalar y frustrar la maniobra, ésta sí servil, que el gobierno mexicano organiza para beneficio de los estadounidenses.

Todos los días, mientras prosiguen las negociaciones, agentes financieros retiran dinero en efectivo de una o varias casas comerciales. Cada noche, después del toque de queda, transportes estadounidenses entran a la ciudad, cargan los efectos y vuelven a Tacubaya. Ambas maniobras, las comerciales y las nocturnas, deben haber resultado harto notorias en una ciudad cuyas actividades económicas estaban restringidas por el semi sitio y por el exilio de alguna porción de la clase comerciante de la ciudad. Aun así, no deja de ser sorprendente que la gente se organizara, así fuera de manera precaria: cuatro días después del motín, el primer almacén es saqueado. El hecho se repite dos o tres veces, hasta la víspera misma de la batalla de Chapultepec —un

depósito de uniformes en la calle del Refugio—, y si no enreda aún más las negociaciones de la Casa de Alfaro eso se debe a la propia dinámica, ya de plano explosiva, que tuvieron a partir del primero de septiembre las conversaciones entre el gobierno de Santa Anna y el enviado del presidente Polk.¹²¹



Y todavía más: si la primera ronda de negociaciones es coherente con la política de los moderados —lo que, de cualquier modo, no tiene por qué ser apreciado por el pequeño pueblo—, ¿no es increíble que apenas diez días después de las primeras conversaciones de paz se reanude la guerra?, ¿no es indignante que los estadounidenses retiren unos 450 mil dólares de la ciudad en los días del armisticio?,¹²² ¿no es extraño que el gobierno vuelva a prometer la defensa de la capital a toda costa y ordene que “todo mexicano está obligado a hacer la guerra al enemigo con todas las armas que estuvieren á su disposición”?¹²³ ¿no es traumático que en Molino del Rey —la ba-

121. Smith, *op. cit.*, vol. II, pp. 134 y 395-396, nota 15; *Apuntes para la historia de la guerra...*, pp. 270-272; diario de Ethan Allen Hitchcock, Tacubaya, 27, 28 y 31 de agosto —donde se encuentra la frase citada— y 2 y 6 de septiembre, 1847, en *México ante los ojos...*, pp. 88-89, 89, 90, 91 y 92, respectivamente; Zamacois, *op. cit.*, vol. XII, pp. 753-757; Brooks, *op. cit.*, pp. 388-389; diario de John James Peck, Tacubaya, 27 de agosto, 1847, en *The Sign of the Eagle*, p. 118; *Décimo calendario de Abraham López...*, pp. 59-60; reporte de Ramón Lozano, núm. 5, México, 28 de agosto, 1847, GCGM, rollo 26, “Diplomatic Correspondence of Spanish Agents”, hh. 67-69; diario de Thomas Barclay, Tacubaya, 27 de agosto, 1847, en *Volunteers*, p. 152; carta de Ralph W. Kirkham a Kate Kirkham, México, 26 de septiembre, 1847, en *The Mexican War Journal...*, pp. 69-70; Ballantine, *op. cit.*, pp. 171-264, citado en *To Mexico with Taylor and Scott*, p. 177; García Cubas, *op. cit.*, pp. 566-567; “Impugnación al informe...”, p. 274; nota de Antonio López de Santa Anna a Winfield Scott, México, 6 de septiembre, 1847, apéndice núm. 4 del oficio de Santa Anna al ministro de Guerra y Marina, Tehuacán, 21 de noviembre, 1847, en *Detall de las operaciones...*, p. 19; Bloom, *op. cit.*, h. 120, con información proveniente de una carta anónima, fechada México, 28 de agosto, 1847, publicada en *El Defensor de Tamaulipas* (Ciudad Victoria), 9 de septiembre, 1847, y Roa Bárcena, *op. cit.*, pp. 494-495 y 573. La identificación del agente estadounidense, que en una versión previa de este trabajo aparecía sólo como “un tal Hargous”, ha sido obra de Ana Rosa Suárez Argüello. Sobre la formación de estos párrafos, en fin, véase el tercer tramo de este trabajo, “Noche”, p. 76, nota 100.

122. Diario de Ethan Allen Hitchcock, 6 de septiembre, 1847, 3 p.m., en *México ante los ojos...*, p. 92.

123. Bando del gobernador del Distrito Federal (José María Tornel),

talla más sangrienta de la guerra, por cierto— mueran sobre todo los guardias del Mina y desaparezcan los últimos sobrevivientes del Libertad? La reacción del ayuntamiento, en la misma tarde del 8 de septiembre, parece indicar que el daño social causado por esa batalla fue mucho mayor de lo que hasta ahora se ha pensado.¹²⁴

¿Es posible, entonces, imaginar que el pragmatismo del que hace gala el gobierno mexicano el 13 de septiembre al abandonar la ciudad es un agravio para la sensibilidad popular —y más: un insulto— puesto que se trata del segundo gesto de desdén plutocráti-

México, 7 de septiembre, 1847, JGC-UTA (donde está registrado como “José Joaquín de Herrera, general de división...”).

124. Zamacois, *op. cit.*, vol. XII, pp. 807-808. El ayuntamiento decidió honrar a todos los caídos y los que cayeran “en defensa de la capital y de los derechos de la nación”. Dispuso que en el salón de sesiones se colocara una lista con los nombres de los oficiales muertos en los últimos combates; prometió organizarles unos “solemnes” funerales cuando la situación lo permitiera, e insinuó que después de la guerra otorgaría premios y recompensas en metálico a los guardias capitalinos sobrevivientes o a sus deudos. La relevancia del acuerdo no radica, por supuesto, en lo que tenga o haya tenido alguna vez de épico o solemne. Lo importante es el momento en que se produjo, es decir, *después* y no antes de Molino del Rey. En especial, llama la atención que la iniciativa municipal no siguiera a la doble batalla de Padierna-Churubusco y eso que en Churubusco los batallones más conspicuos de la guardia nacional capitalina tuvieron su momento de gloria. Más aún, apenas el 2 de septiembre los munícipes se habían ocupado por primera vez de las consecuencias del 20 de agosto, y se contentaron con proponer el establecimiento de un fondo para ayudar a los heridos, los presos y las familias de los heridos de la batalla; véase el acta de cabildo de la sesión extraordinaria secreta del 2 de septiembre, 1847, AHDF, vol. 300. Esto acaso indica que en el combate de Molino del Rey el ayuntamiento se sintió más involucrado que en cualquier otro anterior, o que sintió a la ciudad más vinculada anímicamente con los combatientes que en algún otro momento previo. En este caso, resultaría que el sacrificio de los *polkos* de los batallones Victoria, Bravos, Hidalgo e Independencia habría impresionado menos al cabildo que la matazón de los reclutas de los batallones Mina y Libertad —*polkos*: ciertamente los primeros, pero comandados por el sastre y antiguo yorkino Balderas, y puros los segundos sin la menor duda—. ¿Se trataba, tan sólo, de un gesto del alcalde Reyes Veramendi en memoria de su viejo camarada Balderas, muerto en la zona de los molinos? En todo caso, lo que parece evidente es que el efecto de la carnicería en las lomas de Chapultepec fue mucho mayor en el ánimo de los capitalinos que la mítica heroicidad del general Anaya en la tarde del 20 de agosto. Si ello es sólo resultado de estar Chapultepec más próximo a México que Coyoacán, o si más bien tiene que ver con el carácter más popular de los artilleros del Mina y los infantes del Libertad —en contraposición con el talante aristocrático de los *polkos* “auténticos”—, las fuentes consultadas no permiten establecerlo de manera definitiva.

co en menos de un mes? ¿Es posible imaginar que nadie entiende ni quiere entender las razones de un régimen que hace política como bravucón de pulquería? ¿Es posible imaginar, en consecuencia, que en vísperas del martes 14 el pequeño pueblo de la capital mexicana se siente humillado y, sobre todo, traicionado por las clases dirigentes?¹²⁵ ¿Es posible imaginar, en fin, que el errático comportamiento gubernamental, la inepticia del ejército y el desprecio de la plutocracia mexicana *son* las causas del estallido de pobres y piedras que sacude a la ciudad de México el día de san Crescencio?

Pero si esto es verdad, ¿cómo explicar que los estadounidenses sean las víctimas de la violencia popular capitalina toda vez que, como es obvio, no fueron ellos los que sometieron a nuevas presiones a los capitalinos ni los que los traicionaron con su retirada? En cierto sentido, lo más razonable hubiera sido que el *menu peuple* capitalino se aliara con los estadounidenses para vengar el agravio del que había sido víctima y, sobre todo, que aprovechara la ocupación de la ciudad, es decir la crisis del estado, para redefinir sus relaciones con la plutocracia mexicana. Que tal salida no era imposible —por más que haya ocurrido en el ámbito de la propia élite capitalina— lo muestra el comportamiento de los puros que hicieron causa común con los estadounidenses en diciembre de 1847, ante la inmejorable

125. En este punto, por supuesto, no hago sino seguir la tesis clásica de Thompson, *Tradicón, revuelta...*, pp. 65-66, para quien los “agravios operaban dentro de un consenso popular en cuanto a qué prácticas eran legítimas y cuáles ilegítimas [...]. Esto estaba a su vez basado en una idea tradicional de las normas y obligaciones sociales, de las funciones [...] propias de los distintos sectores dentro de la comunidad que, tomadas en conjunto, puede decirse que constituían la ‘economía «moral» de los pobres’. Un atropello a estos supuestos morales, tanto como la privación en sí, constituía la ocasión habitual para la acción directa.” Y aun hay que recordar las viejas explicaciones, aunque en principio nos alejen muchos siglos y muchos kilómetros: la revuelta popular paradigmática, la *jacquerie* de 1358, parece haber sido resultado de incumplir los señores de la Ile de France lo que Barrington Moore, *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, traducción de Sara Sefchovich, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Sociales), 1996 (Pensamiento Social), pp. 30-35, llama el “contrato social implícito” que los obligaba a defender a los campesinos, en este caso de los *rou tiers* británicos. Sobre la *jacquerie* y, en general, sobre los movimientos populares de la edad media, véase por supuesto Rodney Hilton, *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*, traducción de Aurelio Martínez Benito, Madrid, Siglo Veintiuno de España, 1985 [primera edición en español, 1978; primera edición en inglés, 1973] (Historia de los Movimientos Sociales), en especial pp. 150-153.

oportunidad que la ocupación les brindó para destruir el antiguo régimen —o al menos a los moderados, al clero y al ejército—. Si los rebeldes capitalinos, por el contrario, incluyeron a los estadounidenses entre sus víctimas y, más aún, la emprendieron principalmente en contra suya —y no contra las propiedades y las personas de la plutocracia, como cabría esperar—, ello debe haber sido consecuencia de que pensaban que los estadounidenses eran en efecto los responsables de la crisis social del verano de 1847 y no el estado mexicano que decía combatirlos. Formalmente, pero también en última instancia, es claro que estaban equivocados, porque ni la decisión de hacer la guerra en el valle de México ni la estructura social y política de la ciudad eran obra de los estadounidenses. Pero en un nivel intermedio de razonamiento es indudable que su juicio era acertado, pues también es verdad —como afirma una fórmula jurídica vigesimica— que “la causa de la causa es causa de lo causado”: sin la presencia estadounidense en el valle no se habrían movilizado tantos recursos sociales como los que se movilizaron, no se habrían agravado las condiciones de vida de la mayor parte de los capitalinos y, sobre todo, el gobierno mexicano no habría sido sometido a esa dura prueba de reciprocidad de la que, como hemos imaginado, salió cualquier cosa menos bien librado.¹²⁶



Imaginadas han sido estas piedras que soñaron, pensadas como en sueños, acaso como ellas mismas concibieron su rebeldía: a través de la bruma de la inconsciencia, no obstante, es posible distinguir los bordes definidos y exactos del coraje popular y de las razones que lo animan. ¿Hemos imaginado con precisión? ¿Hay visos de que nuestra imaginación haya seguido el camino de aquélla? Puede que la materia común haya permitido un acercamiento. Después de todo, también el sueño de estas piedras —el sueño de todas las piedras— estuvo hecho con imaginación, y con deseo. ¶

126. Con esta especiosa explicación quisiera responder, sobre todo, a los comentarios de Felipe Castro y Marcela Terrazas, a quienes agradezco —faltaba más— su severidad crítica.

SE BEBE DONDE LOS VIEJOS RECOMIENDAN, DONDE EL

pozo tiene fama de insondable, donde el ardor o la pasión arrastran al sediento, pero casi nunca donde el dedo flamígero de Dios sugiere con irrefutable parsimonia. Los charcos tienen siempre, en consecuencia, un hálito de putrefacción, de imposición repugnante, y uno se muere o llega a viejo soñando con mares de agua dulce, con bíblicos pechos hechos de uvas o al menos con papeles impregnados del aroma de las vírgenes. Fracaso, sí, y frustración, son los únicos sentimientos posibles: los archivos ocultos, los testimonios secretos, los relatos exactísimos han permanecido lejos de los ojos de quien mira, de quien pretendió mirar, y nublan con su ausencia la ya insoportable magritud de lo existente, de esta existencia que a continuación desfila.

Repositorios

- JGC-UTA Jenkins Garret Collection, Special Collections Division,
University of Texas at Arlington.
- AHDF Archivo Histórico del Distrito Federal.
- GGCM *The Genaro García Collection of Manuscripts in The Latin
American Collection*. Micropelícula, Austin, University of
Texas Library, 1970.

Periódicos

- The American Star*, México, 1847.
- Niles' National Register*, Baltimore, 1847.
- El Republicano*, México, 1846 y 1847.

Obras contemporáneas (más o menos)

A ustedes les consta. Antología de la crónica en México. Compilación de Carlos Monsiváis, México, Era, 1980.

Alamán, Lucas, *Historia de Méjico desde sus primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente.* México, Libros del Bachiller Sansón Carrasco, 1985, 5 vols.

Alcaraz, Ramón, Alejo Barreiro, José María Castillo, Félix María Escalante, José María Iglesias, Manuel Muñoz, Ramón Ortiz, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Napoleón Saborío, Francisco Schafino, Francisco Segura, Pablo María Torrescano y Francisco Urquidí, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos.* Edición facsimilar de la primera, México, Siglo Veintiuno, 1977 [primera edición, 1848] (Historia).

Apuntes para la historia de la guerra : véase Alcaraz, Ramón...

Autobiography of the Late Col. Geo. T. M. Davis, Captain and Aide-de-camp Scott's Army of Invasion (Mexico) from Posthumous Papers. Nueva York, Jenkins and Mc Cowan, 1891.

Barrister, A., *A Trip to Mexico, or Recollections of a Ten Months' Ramble in 1849-1850.* Londres, Smith, Elder, and Cornhill, 1851.

Breve reseña histórica de los principales acontecimientos ocurridos con motivo de la rebelión de la colonia de Tejas y guerra con los Estados Unidos de Norte-América. México, Orientaciones, 1941 [primera edición, 1848].

Brooks, Nathan Covington, *A Complete History of the Mexican War: Its Causes, Conduct, and Consequences: Comprising an account of the various military and naval operations. From its commencement to the Treaty of Peace. Illustrated and explained by maps, plans of battles, views, and portraits.* Edición facsimilar de la primera, prólogo de Gilberto Espinosa, Chicago, The Rio Grande Press, 1965 [primera edición, 1849] (The Beautiful Rio Grande Classics).

Bustamante, Carlos María de, *Campaña sin gloria y guerra como la de los cacomixtles, en las torres de las iglesias tenida en el recinto de México causada por haber persistido D. Valentín Gómez Farías, vicepresidente de la república mexicana, en llevar adelante las leyes de 11 de enero y 4 de fe-*

- brero de 1847, llamadas de manos muertas, que despojan al clero de sus propiedades, con oposición casi general de la nación*, México, s. e., 1847.
- , *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea historia de la invasión de los anglo-americanos en México*. Edición facsimilar, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987 [primera edición, 1847].
- Consideraciones sobre la situación política y social de la república mexicana en el año de 1847*. México, Valdés y Redondas, 1848.
- Correspondencia inédita de Manuel Crescencio Rejón*. Compilación, introducción y notas de Carlos A. Echánove Trujillo, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1948.
- Chapman, William, "Letters from the Seat of War—Mexico", en *Green Bay Historical Bulletin* (Green Bay), 1928, vol. 4, núm. 4, pp. 1-24.
- Chronicles of the Gringos. The U.S. Army in the Mexican War, 1846-1848. Accounts of Eyewitnesses and Combatants*. Compilación de George Winston Smith y Charles Judah, Albuquerque, University of New Mexico, 1968.
- Detall de las operaciones : véase López de Santa Anna...
- Décimo calendario de Abraham López : véase "Segundo acto..."
- García Cubas, Antonio, *El libro de mis recuerdos*. México, Porrúa, 1986 [primera edición, 1905].
- Granja, Juan de la, *Epistolario*. Estudio preliminar de Luis Castillo Ledón, notas de Nereo Rodríguez Barragán, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1937.
- Heller, Carl Bartholomaeus, *Viajes por México en los años 1845-1848*. Traducción y notas de Elsa Cecilia Frost, México, Banco de México, 1987.
- "Impugnación al informe del E. Sr. General D. Antonio López de Santa Anna, y constancias en que se apoyan las ampliaciones de la acusación del señor diputado D. Ramón Gamboa", apéndice de Antonio López de Santa Anna, *Las guerras de México con Tejas y los Estados Unidos*, en *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*. Compilación de Genaro García, México, Porrúa, 1991 (Biblioteca Porrúa, 59), pp. 213-216.
- Lafragua, José María, *Miscelánea de política*. México, Academia Mexicana

- de la Historia, 1943.
- López de Santa Anna, Antonio, *Detall de las operaciones ocurridas en la defensa de la capital de la República, atacada por el ejército de los Estados Unidos del Norte. Año de 1847*. México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1847.
- McSherry, Richard, *El puchero, or a Mixed Dish from Mexico, Embracing General Scott's Campaign, with Sketches of Military Life, in Field and Camp, of the Character of the Country, Manners, and Ways of the People*. Filadelfia, Grambo & Co. Succesors to Grigg, Elliott & Co., 1850.
- Memoirs of Lieutenant-General Scott*. Nueva York, Books for Libraries, 1970 [primera edición, 1864].
- "Memorias del corl. Manuel Ma. Giménez", en *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*. Compilación de Genaro García, México, Porrúa, 1991 (Biblioteca Porrúa, 59), pp. 283-408.
- "Memorias del general Andrés Terrés y Mesaguer (1784-1850)". Edición crítica y paleografía de Alonso García Chávez, tesis de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), 1996.
- "Memorias de Zapatilla": véase Prieto, Guillermo, *Mi guerra...*
- The Mexican War Journal and Letters of Ralph Wilson Kirkham*. Edición de Robert Ryal Miller, College Station, Texas A&M University, 1991.
- México ante los ojos del ejército invasor de 1847. (Diario del coronel Ethan Allen Hitchcock)*. Traducción, edición, prefacio y apéndice de George T. Baker, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.
- To Mexico with Taylor and Scott*. Compilación de Grady McWhirney, Waltham (Massachusetts), Blaisdell, 1969.
- La ocupación yanqui de la ciudad de México, 1847-1848*. Compilación de María Gayón Córdova, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997 (Regiones).
- Personal Memoirs of U.S. Grant*. Nueva York, Webster, 1885.
- Payno, Manuel, *El fistol del diablo. Novela de costumbres mexicanas*. Edición y estudio preliminar de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1992 [primera edición, 1845-1846] (Sepan Cuántos..., 80).

- Prieto, Guillermo, *Actualidades de la semana*, 2. Presentación, compilación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996 (Obras Completas de Guillermo Prieto, xx).
- , *Los yanquis en México*. Edición de Paco Ignacio Taibo II, México, Secretaría de Educación Pública, 1988.
- , *Memorias de mis tiempos*. Presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, prólogo de Fernando Curiel, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992 (Obras Completas de Guillermo Prieto, 1).
- , *Mi guerra del 47*. Edición y prólogo de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Coordinación de Humanidades), 1997 (Voces de la Hechicera).
- Ramírez, José Fernando, *México durante su guerra con los Estados Unidos*. Edición de Genaro García y Carlos Pereyra, México, Librería de la viuda de Ch. Bouret, 1905 (Documentos inéditos o muy raros para la historia de México, III).
- “Relación de los acontecimientos de 6 a 21 ó 22 de septiembre de 47, hecha para enviar a sus amigos en el extranjero”, en Granja, *op. cit.*, pp. 185-190.
- Riva Palacio, Vicente, y Juan A. Mateos, *Las liras hermanas. Obras dramáticas*. Introducción de Eduardo Contreras Soto, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Nacional Autónoma de México (Coordinación de Humanidades)-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Mexiquense de Cultura, 1996 [primera edición, 1871] (Obras escogidas de Vicente Riva Palacio, III).
- Roa Bárcena, José María, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848). Por un joven de entonces*. Prólogo de Hipólito Rodríguez, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991 [primera edición, 1883], 2 vols. (Cien de México).
- Ruxton, George F., *Aventuras en México*. Traducción de Raúl Trejo, prólogo de Fausto Castillo, México, El Caballito, 1985 [primera edición en inglés, 1847].
- “Segundo acto. Últimos acontecimientos de la capital de la república mexicana, [atacada] por el ejército de los Estados-Unidos del Norte, hasta el

- 17 de septiembre de 1847”, en *Décimo calendario de Abraham López para el año bisiesto de 1848*. México, Imprenta de Abraham López, 1847.
- Semmes, Raphael, *The Campaign of General Scott, in the Valley of Mexico*. Cincinnati, Moore & Anderson, 1852.
- The Sign of the Eagle. A View of Mexico 1830 to 1855. The Descriptive and Poignant Letters of Lieutenant John James Peck, a United States Soldier in the Conflict of Mexico, and the Enchanting Color Lithographs by John Phillips, Carl Nebel, Daniel Egerton, Casimiro Castro and Captain D.P. Withing*. Edición de Richard F. Pourde, San Diego, Copley, 1970.
- “Tercer acto. Escena v”, en *Undécimo calendario de Abraham López arreglado al meridiano de México y antes publicado en Toluca para el año de 1849*. México, Imprenta del Autor, 1848, pp. 47-48.
- Tornel y Mendivil, José María, *Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana*. México, Ignacio Cumplido, 1852.
- “Tumulto acaecido en la ciudad de México el año de 1692. Carta escrita desde México dando cuenta de dos sucesos importantes acaecidos en este año de 1692”, en *Tumultos y rebeliones acaecidos en México*. Edición facsimilar de la primera, compilación de Genaro García, México, Secretaría de la Reforma Agraria (Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México), 1981 (Documentos inéditos o muy raros para la historia de México, 10), pp. 230-255.
- Undécimo calendario de Abraham López : véase “Tercer acto...”
- Volunteers: The Mexican War Journals of Private Richard Coutler and Sergeant Thomas Barclay, Company E, Second Pennsylvania Infantry*. Edición de Allan Peskin, Kent (Ohio), Kent State University, 1991.
- The War Between the United States and Mexico, Illustrated*. Edición facsimilar, introducción (nueva) de Ron Tyler, textos de George W. Kendall, ilustraciones de Carl Nebel, Austin, Texas State Historical Association, 1998 (primera edición, 1851).
- Wilcox, Cadmus M., *History of the Mexican War*. Edición de Mary Wilcox, Washington, Church News Publishing Co., 1892.
- With Beauregard in Mexico: The Mexican War Reminiscences of P.G.T. Beauregard*. Edición de T. Harry Williams, Nueva York, Da Capo, 1969.

- Zamacois, Niceto de, *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado a luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las bibliotecas públicas, y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco, existían en las de los conventos de aquel país*. Barcelona-México, J.F. Parres y Compañía, 1880, vols. XII y XIII.
- Zeh, Frederick, *An Immigrant Soldier in the Mexican War*. Traducción del alemán de William J. Orr, edición de William J. Orr y Robert Ryal Miller, College Station, Texas A&M University, 1995 (Elma Dill Russell Spencer Series in the West and Southwest, 13).

Fuentes secundarias

I. LA GUERRA DE 1846-1848

- Amador Zamora, Rubén, "El manejo del fusil y la espada. Los intereses partidistas en la formación de la guardia nacional en la ciudad de México, agosto-octubre, 1846". Tesina de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), 1998.
- Baker, George T., "Mexico City and the War with the United States: A Study on the Politics of Military Occupation". Tesis de doctorado, Duke University, 1969.
- Bauer, K. Jack, *The Mexican War, 1846-1848*. Nueva York, Macmillan-Collier Macmillan, 1974 (The Wars of the United States).
- Berge, Dennis E., "A Mexican Dilemma: The Mexico City Ayuntamiento and the Question of Loyalty, 1846-1848", en *Hispanic American Historical Review* (Durham [Carolina del Norte]), vol. 50, núm. 2, mayo, 1970, pp. 229-256.
- Bloom, John Porter, "With the American Army into Mexico, 1846-1848". Tesis de doctorado, s.l., Emery University, 1956 (University Microfilms Internacional, 1979).

- Castillo Negrete, Emilio del, *Invasión de los norte-americanos en México*. México, Imprenta del Editor, 1890, 4 vols.
- Connor, Seymour V., y Odie B. Faulk, *La guerra de intervención, 1846-1848. El punto de vista norteamericano*. Traducción, prólogo y notas de Nicolás Pizarro Suárez, México, Diana, 1975.
- Costeloe, Michael, "The Mexican Church and the Rebellion of the Polkos", en *Hispanic American Historical Review* (Durham [Carolina del Norte]), vol. 46, núm. 2, mayo de 1966, pp. 170-178.
- Frischte Aceves, Ernesto, "La representación épica de la guerra. El discurso oficial en torno de los héroes: Chapultepec y la actuación del Colegio Militar". Ponencia presentada en el coloquio "La guerra entre México y Estados Unidos: representación y participantes", México, 24 de septiembre, 1997.
- Gamboa Ramírez, Ricardo, "Los negocios del ayuntamiento de la ciudad de México durante la ocupación norteamericana", en *Los negocios y las ganancias: de la colonia al México moderno*. Compilación de Leonor Ludlow y Jorge Silva Riquer, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Históricas), 1993, pp. 401-416.
- Gayón Córdova, María, *La resistencia popular a la invasión yanqui en la ciudad de México 1847-1848*. México, Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (Sección 9)-Organización Revolucionaria del Trabajo-Semanario *Corre la Voz*, 1997.
- González, Miguel Ángel, "The Mexican-American War in Historical Perspective". Ponencia presentada en The U.S.-Mexican War Symposium, Arlington (Texas), 25 de octubre, 1996.
- Hale, Charles A., "La guerra con Estados Unidos y la crisis del pensamiento mexicano", en *Secuencia* (México), núm. 16, enero-abril de 1990, pp. 35-61.
- Herrera Serna, Laura, "Bajo la sombra de las barras y las estrellas. La ciudad de México durante la ocupación norteamericana (1847-1848)". Mecanoescrito que será presentado como tesis de doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma

- de México, México, 1998.
- Jay, William, *Revista de las causas y consecuencias de la guerra mexicana*. Traducción de Guillermo Prieto Yeme, México, Polis, 1948.
- Lemoine Villicaña, Ernesto. "Crónica de la ocupación de México por el ejército de los Estados Unidos". Tesis de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), 1950.
- López y Rivas, Gilberto, *La guerra del 47 y la resistencia popular a la invasión*, México, Nuestro Tiempo, 1982.
- The Mexican-American War of 1846-1848. A Bibliography of the Holdings of the Libraries, The University of Texas at Arlington*. Compilación de Jenkins Garret, edición de Katherine R. Goodwin, College Station, Texas A&M University, 1995 (Special Collections Publications, 2).
- México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos (1846-1848)*. Compilación e introducción de Josefina Zoraida Vázquez, México, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Relaciones Exteriores-El Colegio de México, 1997 (Sección de Obras de Historia).
- México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales*. Compilación de Laura Herrera Serna, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia (Museo Nacional de las Intervenciones), 1997 (Regiones), pp. 117-129 (Ríos Bustamante), 195-232 (Gayón Córdova), 425-471 (González Quiroga) y 473-494 (González de la Vara).
- Molino del Rey: historia de un monumento*. Compilación de María Elena Salas Cuesta, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997 [primera edición, 1985] (Regiones).
- Reséndiz Fuentes, Andrés, "Guerra e identidad nacional", en *Historia Mexicana* (México), núm. 186, octubre-diciembre de 1997, pp. 411-439.
- Sánchez de Tagle, Esteban, "La asamblea municipal de la ciudad de México durante la ocupación norteamericana", en *Historias* (México), núm. 27, octubre de 1991-marzo de 1992, pp. 115-119.
- Santoni, Pedro, "Los federalistas radicales y la guerra del 47". Tesis de

- doctorado en historia, México, El Colegio de México, 1987.
- , *Mexicans at Arms: Puro Federalists and the Politics of War, 1845-1848*. Fort Worth, Texas Christian University, 1996.
- Serrato Delgado, David, "La rebelión de los polkos". Tesis de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), 1975.
- Smith, Justin A., *The War with Mexico*. Gloucester (Massachusetts), Peter Smith, 1963 [primera edición, 1919], 2 vols., mapas, ils.
- Tuturow, Norman E., *The Mexican-American War: An Annotated Bibliography*. West Port (Connecticut)-Londres, Greenwood Press, 1981.
- Tyler, Ronnie C., *The Mexican War: A Litographic Record*. Austin, Texas State Historical Association, 1973.
- The United States and Mexico at War: Nineteenth-Century Expansionism and Conflict*. Diccionario dirigido por Donald S. Frazier, Nueva York, Simon & Shuster Macmillan, 1998 (Macmillan Reference USA).
- Velasco Márquez, Jesús, *La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848)*. México, Secretaría de Educación Pública, 1975 (Sepsetentas, 196).
- Vigil y Robles, Guillermo, *La invasión de México por los Estados Unidos en los años de 1846, 1847 y 1848*. México, Correccional, 1923.
- Wallace, Edward S., "The United States Army in Mexico City", en *Military Affairs* (Washington), vol. xiii, núm. 3, 1949, pp. 158-166.
- Winders, Richard Bruce, *Mr. Polk's Army: The American Military Experience in the Mexican War*. College Station, Texas A&M University, 1997 (Military History Series, 51).
- , "The U.S. Military Perspective". Ponencia presentada en The U.S.-Mexican War Symposium, Arlington (Texas), 24 de octubre, 1996.
- Whiteside, Henry O., "Winfield Scott and the Mexican Occupation: Police and Practice", en *Mid-America* (Chicago), vol. lii, núm. 2, abril de 1970, pp. 102-118.

II. EL SIGLO XIX Y SUS ALREDEDORES

Annino, Antonio, "El pacto y la norma. Los orígenes de la legalidad oli-

- gárquica en México”, en *Historias* (México), núm. 5, enero-marzo de 1984, pp. 3-31.
- , “Prácticas criollas y liberalismo en la crisis del espacio urbano colonial. El 29 de noviembre de 1812 en la ciudad de México”, en *Secuencia* (México), núm. 24, septiembre-diciembre de 1992, pp. 121-158.
- Arrom, Silvia M., “Rethinking Urban Politics in Latin America before the Populist Era”, en *Riots in the Cities: Popular Politics and the Urban Poor in Latin America, 1765-1910*. Compilación de Silvia M. Arrom y Servando Ortoll, Wilmington (Delaware), Scholarly Resources, 1996, pp. 1-16.
- , “Popular Politics in Mexico City: The Parián Riot, 1828”, en *Hispanic American Historical Review* (Durham [Carolina del Norte]), vol. 68, núm. 2, mayo de 1988, pp. 245-268.
- Brading, David, “El patriotismo liberal y la reforma mexicana”, en *El nacionalismo en México. VIII Coloquio de Antropología e Historia Regionales*. Compilación de Cecilia Noriega, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1992, pp. 179-204.
- , *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. Traducción de Soledad Loaeza, México, Era, 1980 [primera edición, 1973] (Problemas de México).
- Carmagnani, Marcello, “El federalismo liberal mexicano,” en *Federalismos latinoamericanos. México-Brasil-Argentina*. Compilación de Marcello Carmagnani, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1993 (Fideicomiso Historia de las Américas), pp. 135-179.
- Ciudad de México: ensayo de construcción de una historia*. Compilación de Alejandra Moreno Toscano, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1978 (Colección Científica, 61), pp. 11-20 (Moreno Toscano) y pp. 169-188 (Lombardo de Ruiz).
- La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*. Compilación de Regina Hernández Franyuti, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, vol. 1, pp. 116-160 (Hernández Franyuti) y pp. 161-224 (Morales), y vol. II, pp. 125-165 (Guedea).
- Coatsworth, John H., “Patrones de rebeldía rural en América Latina: México en una perspectiva comparativa”, en *Revolución, rebelión y revolu-*

- ción. La lucha rural en México del siglo xvi al siglo xx.* Traducción de Paloma Villegas, compilación de Friedrich Katz, México, Era, 1990 (Problemas de México) [primera edición en inglés, 1988], vol. 1, pp. 27-61.
- Di Tella, Torcuato S., "The Dangerous Classes in Early Nineteenth Century Mexico", en *Journal of Latin American Studies* (Londres), vol. 5, parte 1, mayo de 1973, pp. 79-105.
- , *Política nacional y popular en México, 1820-1847.* Traducción de María Antonia Neira Bigorra, México, Fondo de Cultura Económica, 1994 (Sección de Obras de Historia).
- Escalante Gonzalbo, Fernando, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana —tratado de moral pública—.* México, El Colegio de México (Centro de Estudios Sociológicos), 1992.
- Gibson, Charles, *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810.* Traducción de Julieta Campos, México, Siglo Veintiuno, 1977 [primera edición, 1967].
- González Navarro, Moisés, *Anatomía del poder en México.* México, El Colegio de México, 1977 (Centro de Estudios Históricos, Nueva Serie, 23).
- Guardino, Peter F., *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1957.* Stanford, Stanford University, 1996.
- Guedea, Virginia, "Las primeras elecciones populares en la ciudad de México, 1812-1813", en *Mexican Studies-Estudios Mexicanos* (Irvine [California]), vol. 7, núm. 1, invierno de 1991, pp. 1-28.
- Guerra, François-Xavier, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas.* Madrid-México, Mapfre-Fondo de Cultura Económica, 1993 [primera edición, 1992] (Sección de Obras de Historia).
- Halperin Donghi, Tulio, "Campesinado y nación", en *Historia Mexicana* (México), núm. 183, enero-marzo de 1997, pp. 503-529.
- Hart, John M., "Miguel Negrete: la epopeya de un revolucionario", en *Historia Mexicana* (México), núm. 93, julio-septiembre de 1974, pp. 70-93.
- Hutchinson, Cecil A., *Valentín Gómez Farías. La vida de un republicano.* Traducción de Marco Antonio Silva, Guadalajara, Secretaría Gene-

- ral de Gobierno (Jalisco), 1983 (Historia: Documentos e Investigación, 12).
- Knight, Alan, "Peasants into Patriots: Thoughts on the Making of the Mexican Nation", en *Mexican Studies-Estudios Mexicanos* (Irvine [California]), vol. 10, núm. 1, invierno de 1994, pp. 135-161.
- Lira, Andrés, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*. México, El Colegio de México, 1995 [primera edición, 1983].
- MacGregor Campuzano, Javier, "Crimen y castigo en México, 1845-1850", en *Estudios históricos i*. Compilación de Alejandro Tortolero, México, Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Iztapalapa), 1993 (Iztapalapa: Texto y Contexto, 15), pp. 155-180.
- Mallon, Florencia E., "En busca de una nueva historiografía latinoamericana: un diálogo con Tutino y Halperin", en *Historia Mexicana* (México), núm. 183, enero-marzo de 1997, pp. 563-580.
- , *Peasant and Nation: the Making of Postcolonial Mexico and Peru*. Berkeley, University of California, 1994.
- May, Robert E., *John A. Quitman. Old Southern Crusader*. Baton Rouge-Londres, Luisiana State University, 1985 (Southern Biography Series).
- Morales, María Dolores, "La distribución de la propiedad en la ciudad de México, 1813-1848", en *Historias* (México), núm. 12, enero-marzo de 1986, pp. 81-89.
- Moya Palencia, Mario, *El México de Egerton, 1831-1842*. México, Miguel Ángel Porrúa, 1994.
- Negrete, Doroteo, *La verdad sobre la figura militar de don Miguel Negrete*. Puebla, La Enseñanza, 1935.
- Pérez Toledo, Sonia, "Los vagos de la ciudad de México y el tribunal durante la primera mitad del siglo XIX", en *Estudios históricos i*. Compilación de Alejandro Tortolero, México, Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Iztapalapa), 1993 (Iztapalapa: Texto y Contexto, 15), pp. 135-153.
- Pérez Toledo, Sonia, y Herbert S. Klein, "La estructura social de la ciu-

- dad de México en 1842", en *Población y estructura urbana en México, siglos XVIII y XIX*. Compilación de Carmen Blázquez Domínguez, Carlos Contreras Cruz y Sonia Pérez Toledo, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1996, pp. 251-275.
- Ramírez, Fausto, "La cautividad de los hebreos en Babilonia: pintura bíblica y nacionalismo conservador en la academia mexicana a mediados del siglo XIX", en *Arte, historia e identidad en América. Visiones comparativas. XVIII Coloquio Internacional de Historia del Arte*. Compilación de Gustavo Curiel, Renato González Mello y Juana Gutiérrez Haces, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Estéticas), 1994 (Estudios de Arte y Estética, 37), vol. 2, pp. 279-295.
- Rivera Cambas, Manuel, *Historia de la intervención europea y norteamericana en México, y del imperio de Maximiliano de Habsburgo [sic]*. Edición facsimilar, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana-Gobierno del Estado de Puebla, 1987 [primera edición, 1895], 3 vols.
- Roldán Vera, Eugenia, "Conciencia histórica y enseñanza; un análisis de los primeros libros de texto de historia nacional". Tesis de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), 1995.
- Rueda Smithers, Salvador, *El diablo en semana santa. El discurso político y el orden social en la ciudad de México en 1850*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991 (Divulgación).
- Sánchez Lamego, Miguel Á., "El ejército mexicano de 1821 a 1860", en *El ejército mexicano*. México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1979, pp. 105-203.
- Shaw Jr., Frederick John, "The Artisan in Mexico City (1824-1853)", en *El trabajo y los trabajadores en la historia de México / Labor and Laborers Through Mexican History. Ponencias y comentarios presentados en la V Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Pátzcuaro, 12 al 15 de octubre de 1977*. Compilación de Elsa Cecilia Frost, Michael C. Meyer, Josefina Zoraida Vázquez y Lilia Díaz, advertencia

- de Josefina Zoraida Vázquez, México, El Colegio de México-University of Arizona, 1979, pp. 399-418.
- , "Poverty and Politics in Mexico City, 1824-1854". Tesis de doctorado, s. l., University of Florida, 1975.
- Suárez Argüello, Ana Rosa, "Una punzante visión de los Estados Unidos (la prensa mexicana después del 47)", en *Cultura e identidad nacional*. Compilación de Roberto Blancarte, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Fondo de Cultura Económica, 1994 (Sección de Obras de Historia), pp. 73-106.
- Terrazas Basante, Marcela, *En busca de una nueva frontera. Baja California en los proyectos expansionistas norteamericanos, 1846-1853*. México, Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Históricas), 1995 (Estudios de Historia Moderna y Contemporánea, 25).
- Thompson, Guy P. C., "Bulwarks of Patriotic Liberalism: the National Guard, Philharmonic Corps, and Patriotic Juntas in Mexico, 1847-88", en *Journal of Latin American Studies* (Londres), vol. 22, parte 1, febrero de 1990, pp. 31-68.
- Torres Medina, Javier, "De monedas y motines: los problemas del cobre durante la primera república central de México, 1835-1842". Tesis de maestría en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), 1994.
- Tutino, John, "Conflicto cultural en el valle de México. Liberalismo y religión popular después de la independencia" (traducción de Cuauhtémoc Velasco), en *La reindianización de América, siglo XIX*. Compilación de Leticia Reina, México, Siglo Veintiuno-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1997 (Nuestra América), pp. 358-382.
- , *De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940*. Traducción de Julio Colón, México, Era, 1990 [primera edición en inglés, 1986] (Problemas de México).
- , "La negociación de los estados nacionales, el debate de las culturas nacionales: *Peasant and Nation* en la América Latina del siglo XIX",

- en *Historia Mexicana* (México), núm. 183, enero-marzo de 1997, pp. 531-562.
- Van Young, Eric, "Islands in the Storm: Quiet Cities and Violent Countrysides in the Mexican Independence", en *Past and Present* (Londres), núm. 118, 1986, pp. 130-155.
- Walker, David W., *Parentesco, negocios y política. La familia Martínez del Río en México, 1823-1867*. Traducción de Manuel Arbolí, México, Alianza Editorial, 1991 (Raíces y Razones).
- Warren, Richard, "Desafío y trastorno en el gobierno municipal: el ayuntamiento de México y la dinámica política nacional, 1821-1855", en *Ciudad de México: instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*. Compilación de Carlos Illades y Ariel Rodríguez Kuri, Zamora-México, El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma Metropolitana, 1996, pp. 117-130.
- , "Vagrants and Citizens: Politics and the Poor in Mexico City, 1808-1836". Tesis de doctorado, Chicago, University of Chicago, 1994.
- Yoma Medina, Rebeca María, y Luis Alberto Martos López, *Dos mercados en la historia de la ciudad de México: El Volador y La Merced*. Prólogo de Jorge Angulo, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Departamento del Distrito Federal, 1990 (Divulgación).

III. EL MÁS ALLÁ

- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Traducción de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 (Colección Popular, 498).
- Benjamin, Walter, *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*. Prólogo y traducción de Jesús Aguirre, Madrid, Taurus, 1991 [primera edición en castellano, 1980] (Humanidades-Teoría y Crítica Literaria).
- Hilton, Rodney, *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*. Traducción de Aurelio Martínez Benito, Madrid, Siglo Veintiuno de España, 1985 [primera edición en español, 1978; primera edición en inglés, 1973] (Historia de los

- Movimientos Sociales).
- Hobsbawm, Eric J., *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Traducción de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 1992 (Libros de Historia).
- , *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Traducción de Joaquín Romero Maura, Barcelona, Ariel, 1974 [primera edición en inglés, 1958; primera edición en español, 1968] (Ariel Quincenal).
- Moore, Barrington, *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*. Traducción de Sara Sefchovich, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Sociales), 1996 (Pensamiento Social).
- Musacchio, Humberto, *Diccionario enciclopédico de México*. México, Andrés León Editor, 1989, 4 vols.
- Rudé, George, *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*. Traducción de Ofelia Castillo, Madrid, Siglo Veintiuno de España, 1989 (Historia de los Movimientos Sociales).
- , *Revolución popular y conciencia de clase*. Traducción de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 1981 (Estudios y Ensayos).
- Thompson, Edward P., *Costumbres en común*. Traducción de Jordi Beltrán y Eva Rodríguez, Barcelona, Crítica, 1995 (Historia del Mundo Moderno).
- , *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, traducción de Elena Grau, Barcelona, Crítica, 1989 (Historia del Mundo Moderno), 2 vols.
- , *Tradicón, revolución y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Traducción de Eva Rodríguez, prólogo de Josep Fontana, Barcelona, Crítica, 1979.

SÍ LOS LIBROS, POR SUPUESTO, Y LOS ARTÍCULOS Y LOS

grabados y los pocos papeles de archivo. Pero también, y más bien en realidad, las fuentes de este trabajo son un puñado de personas. Sus palabras y sus silencios, y también sus miradas, pero sólo en un par de casos, encaminaron la escritura hasta este punto. Sin Hugo Martínez Téllez, Tomás Tenorio y Nabor Garrido, habitantes de la desvencijada redacción donde se compuso el *Diccionario enciclopédico de México*, este trabajo no habría sido siquiera imaginado. Sin Juan Puig, María Alba Pastor y Ricardo Pérez Montfort, profesores de la primera hora, la licenciatura apenas habría comenzado. Pero sin Pablo Escalante y Cuauhtémoc Medina, maestros aunque no hubieran sido profesores, nunca habría sido concluida.

Sin Laura Herrera Serna y Pedro Santoni, que a su instrucción por escrito han sumado enseñanza en vivo y por correo, las confusiones y los yerros habrían sido mayores. Sin Tomás Gerardo Allaz y Tonatiuh Soley, sabios en la acepción antigua de la palabra, hubiera sido fácil olvidarse del presente a la hora de hurgar en el pasado. Pero sin Humberto Musacchio y Miguel Ángel Granados Chapa, guías en todos los órdenes, la historia y la ciudad de México no habrían sido más que meras ocupaciones escolares y accidentes biográficos. Asesores informales pero decisivos, los seis enriquecieron el texto más allá de lo que ellos mismos imaginan y más de lo que es debido confesar.

Lo que sí es enteramente confesable, en cambio, es la deuda que tengo con Miguel Soto, paciente profesor que dirigió este trabajo y, sobre todo, que me forzó a hacer una investigación como Dios manda. Junto con él, Felipe Castro, Cristina Gómez, Ana Rosa Suárez Argüello y Marcela Terrazas Basante —jueces formales pero no sólo— orientaron mis lecturas y enderezaron algunas de mis pifias. Carlos Sierra, por su parte, también ha desempeñado un


papel importante en este esfuerzo: escuchó, escuchó, y consiguió así dibujar las siluetas de los monstruos que separaban el final del principio.

Entre ambos extremos, lejano éste ya seis años, una multitud de bibliotecarios aportó sus efluvios sin saberlo. Especialmente gentiles fueron los de la Special Collections Division de la University of Texas at Arlington, la biblioteca del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, la Biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México, la Biblioteca Rafael García Granados del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y, por supuesto, de la Biblioteca Justino Fernández del Instituto de Investigaciones Estéticas, para quienes mis peticiones deben haber resultado extravagantes, tan alejadas como estaban del oficio editorial. Pero estos —y otros— deslices laborales habrían sido imposibles sin la solidaridad y el apoyo que he recibido de mis compañeros y jefes en el instituto, en especial de María José Esparza y de Ena Lastra. (La realización del coloquio “La guerra entre México y Estados Unidos: representación y participantes”, en septiembre de 1997 —donde pude someter a la consideración del respetable el argumento aquí expuesto— fue acaso su manifestación más clara. En ese caso, sin embargo, fue igualmente valioso el apoyo —para mí y para el coloquio— de Miguel Ángel Castro, Javier Sanchiz, Amaya Garritz y Shulamit Goldsmit.)

Otro género de consultas y peticiones, más febriles e insensatas, han sido repetidas en el seno de un cónclave que merecería llamarse seminario —o HISTORIA EN RED— si no fuera en realidad una larga, a veces larguísima, reunión de amigos: las ideas, los comentarios y el entusiasmo vital de Rubén, Mario y Rafael han auspiciado y enriquecido esta pequeña investigación que es por ello, en realidad, parte de la comuna de críos que alguna vez imaginamos establecer juntos. A ellos han ido añadiéndose otros cofrades, más serenos, menos vehementes, que aportaron una camaradería, un auxilio, sin los cua-

les estas páginas carecerían de sentido: Anel, Itzel, Fabiola, Rosa María y Gabino desde el tiempo en que la fantasía era informática; Paula, Álvaro y Viviana desde que se acabaron los pretextos.

Pero si Marta Isabel no hubiera tendido una red debajo del trapecio, hace ya mucho tiempo; si Yara no me hubiera esperado hace cinco años, a la hora de cerrarse la biblioteca; si Rosario no me hubiera animado a explicarle, cuatro años atrás, cuando apenas comenzaban las lecturas; si Áurca no hubiera venido a jugar junto al escritorio donde se escribieron las primeras fichas, tres años antes de hoy; si Tomás no me hubiera llenado el corazón de lecturas, hace dos años como ayer —como siempre—; si Patricia no me hubiera abrazado hace ya más de un año, en las noches de la escritura, y si al dos de octubre no siguiera a veces un viernes, tanto o más difícil de olvidar, lo que no tendría sentido es todo lo demás.

¿Puede un jarro no ser feliz, lleno como está con el agua de estas fuentes? 

SUMARIO

“DECIMOS LAS PIEDRAS...”	XI
Diana	19
Vísperas	39
Noche	53
Diluvio	81
Equilibrio	119
Restos	135
Las piedras, los pobres	155
¿FUENTES?	CXCIX
FUENTES	CCXIX

Realizado en el taller de Librería, S. A. de C. V., en horas robadas a *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* y a *Hoja por Hoja. Suplemento de Libros*, este volumen fue compuesto con tipos Tiasco, Tiasco Old Style y Castellar de 9 1/2, 11 y 16 puntos, y ornamentos Caravan de 14 puntos. Si no es posible hacer que la responsabilidad del diseño recaiga en Patricia Reyes Baca, Tomás Granados Salinas y Marina Garone, al menos es posible echarles en cara sus enseñanzas tipográficas y sus observaciones concretas. Javier Perucho y María del Carmen Merodio, atentos como siempre, leyeron las pruebas de imprenta y cosecharon varios quintales de erratas. Unos días más tarde fue impreso con un equipo Docutec en Ciencia y Cultura Latinoamérica, S. A. de C. V. Empezaba el mes de marzo de mil novecientos noventa y nueve.

